



**Caperucita
Y El Lobo**

Alison Paige

Purple Rose

Agradecimientos

Traducción

- *!!!BellJolie!!!*
- Silvery
- maggiih
- Darkemily
- Evelin
- dani.shawn
- Steffanie Mirella
- nathyab
- cYeLy DiviNNa
- Dramione Black
- cowdiem
- Moka
- Rihano

Corrección

- Haushiinka
- Pia2006
- Amelie22
- Nanis
- Anjhely
- Ginabm
- Tibari
- Lorena

Recopilación

- *!!!BellJolie!!!*
- Haushiinka

Revisión

- Vanille
- Estef

Diseño

- Evelin

Índice

Sinopsis	5
Capítulo 1	6
Capítulo 2	21
Capítulo 3	33
Capítulo 4	47
Capítulo 5	61
Capítulo 6	82
Capítulo 7	101
Capítulo 8	116
Capítulo 9	136
Capítulo 10	161
Capítulo 11	182
Capítulo 12	196
Capítulo 13	214
Capítulo 14	232
Capítulo 15	254
Alison Paige	271

Sinopsis

¿Quién dijo que ser comida por el lobo feroz es algo malo?

Maizie Hood lucha por mantener la panadería y obtener ganancias, o su propietario la desalojará, y su querida abuela está en un asilo de ancianos. Luchar con la decisión de vender la casa de su abuela es bastante difícil. Lo último que necesita es que las pesadillas de su infancia del gran lobo malo, se conviertan que ahora en fantasías reales en su vida adulta. El interés repentino de el sexy empresario Gray Lupo sólo empeora las cosas.

¿Es la respuesta a sus problemas, o simplemente un caballero-lobo en Armani?

Desde que mataron a su esposa hace 21 años, la vida de Gray, se ha centrado en dos cosas: En la protección de la manada y en evitar a la hija mayor de los asesinos de su esposa. Cuando se hace evidente que no puede hacer una sin comprometer a la otra, Gray se encuentra jugando al "Lobo Feroz" y Maizie Hood a "Caperucita Roja", un papel que él disfruta mucho más de lo esperado.

El ataque de un lobo *malo* de verdad lo cambia todo para Maizie. Gray no puede negar la atracción que siente en sus instintos y su corazón. De repente, él se encuentra tomando un papel que nunca pensó que él querría, como su protector y amigo. Hasta que la verdad sobre su conexión con su pasado de pesadilla sale a la luz...

Advertencia: Este libro contiene galletas, pasteles, empanadas, el chico caliente en el sexo de la chica y pasión animal, todo por cero calorías. ¡¡¡Disfrútalo!!!

Capítulo 1

Traducido por *!!!BellJolie!!!*

Corregido por Haushiinka

—Lobo. — La abuela se apoyó en la mesa, su hígado ocasionó que se apoyara en Maizie—. ¿Me oyes, Caperucita Roja? El hombre es una bestia.

—Ya lo he oído, Abue. —Maizie miró por encima del hombro al del traje de Armani que caminaba hacia las puertas de La clínica del asilo de ancianos—. Él es un lobo. Lo sé.

La palabra heló a través de su cerebro. A Maizie no le gustaban los lobos o perros o cualquier cosa de cuatro patas y peludas. Expulsó las imágenes de sus pesadillas con pieles y colmillos de su mente, no era difícil cuando su cerebro tenía mejores cosas para entretenerse.

El pelo sal y pimienta que se encrespaba sobre el cuello hizo a Maizie adivinar que el lobo de la Abuela-era-un-italiano de cuarenta y cinco, tal vez cincuenta. Sin ningún anillo o líneas de bronceado en los dedos, y el pelo oscuro sobre su piel sin ser besado por el sol, un contraste agradable con la blancura de los puños de la camisa.

Su suave piel tensa, en sus manos acentuaba su edad de cuarenta y cinco, tal vez cuarenta y dos. La chaqueta costosa a juego ocultaba los detalles de su trasero, aunque ella no lo estaba comprobando, era sólo estrictamente un diagnóstico. Aunque si lo comprobaba por fuera, estaría intrigada por la forma en que el corte de sus pantalones tenía una línea muy fina hasta el brillo gris de sus zapatos.

Extendió una mano para presionar la puerta hacia fuera, miró hacia atrás como si sintiera que lo estuvieran observando.

—Quién es. —Su reacción fue puramente química, el instinto, no necesitaba más de la función cerebral. El calor le llegó, quemando sus mejillas, mojando sus bragas.

El hombre podría tener un poco más que treinta y cinco años, sus ojos azules se encontraron con los de ella como si hubiera sabido exactamente dónde buscar antes de que él se hubiera volteado. Se detuvo brevemente, apoyando su mano en la puerta, y la miró fijamente.

Su reflejo lo molestó por lo que rompió el contacto visual. Ella no lo hizo. Hubo algo en la forma que la miró, como rentándolo a que su timidez la ahuyentara. La timidez no era cosa de Maizie. Levantó la barbilla, sintiendo su expresión a su vez dura, y segura.

Las ventanas de su nariz se movieron, ajustándose para que su forma pareciera más delicada. Su cara era todo ángulos afilados y líneas duras, una mandíbula cuadrada y una barbilla suavemente redonda a la altura de su nariz. Sus cejas eran negras, gruesas, al igual que sus pestañas, y fijaron el contraste con esos ojos de color azul pálido.

Estaba bien afeitado, aunque probablemente se vería igual de bien con un rastro de barba. Desde esta perspectiva su pelo parecía más plateado que moteado, con ondas de espesor que rodeaban su frente con un ceño fruncido, y la frente arrugada.

Justo cuando pensaba que podría haber empujado su audaz mirada por un segundo muy largo, su frente se suavizó y en una débil sonrisa torcida, se formaron sus hoyuelos en la mejilla derecha.

Grandioso. Oh Dios su boca era demasiado perfecta. Si fuera un lobo, dejaría que me devorara. Maizie se puso rígida, preocupándose si sus pensamientos pudieran mostrarse en su rostro. Se dio la vuelta, poniendo fin a la carga sexual del concurso de miradas. La parte posterior de su cuello hormigueó, como si hubiera diminutos dedos ondeando sobre sus hombros y espalda.

Todavía estaba mirándola, ella lo sabía, pero ya había tenido suficiente. No tenía ningún sentido jugar con la idea de algo que ella no tenía el tiempo para terminar. Sólo había tantas horas en un día y ya había perdido más segundos de lo que podía disponer en un hombre-lobo sexy con pelo grandioso.

Cada minuto se debió a una visita de media hora con su Abue. Después de regreso a la tienda. Y su libido descuidado no robaría un segundo de ella.

Maizie supo el momento en que se fue, el cosquilleo de su mirada cálida desapareció de su piel. Bueno. ¿Qué quería un hombre como ese con su abuelita? —Así que ¿Por qué él es un lobo?

Odiaba gastar su tiempo juntas discutiendo sobre él, pero la Abue estaba allí, ya estaba envejeciendo y no se necesitaba mucho para confundirla, para tomar ventaja. Maizie no dejaría que eso sucediera, no importaba lo atractivo que el tipo fuera.

—Porque él está detrás de la cabaña, por supuesto. —La abuela le dio un pequeño codazo al plato para acercárselo más a Maizie. Ella la había estado alimentando con sándwiches de mantequilla de maní desde que tenía siete años. Ahora ella se aseguró que el personal del asilo tuviera uno listo en momento que Maizie entraba por la puerta.

No importaba que ella no tuviera hambre y que la cosa tuviera millones de calorías. Mi abuelita me dijo que comiera, y comí. Un viejo hábito de obediencia de la infancia. Maizie recogió medio triángulo y le dio un mordisco. Además, los sándwiches de mantequilla de maní siempre habían sido su comida favorita.

—Nadie quiere la casa, Abue. —La cabaña de dos dormitorios estaba sólo a una tormenta de ser un montón de escombros, cuando era una niña. Y no había mejorado en nada desde que ambas se habían mudado de ahí.

—Bah, no por supuesto. Es la tierra. Él quiere que destruya la tierra. Va a derribar todos mis árboles y construir uno de sus centros comerciales. ¿Me oyes?

—Uh, seguro, Abue. Te oigo. El lobo feroz está detrás de la tierra. — Maizie se atragantó con el nudo de emoción en su garganta y desplazó su atención a la cesta de mimbre que había en la mesa junto a ella, pretendiendo examinar su contenido. Ella no quería que la abuela viera las lágrimas en sus ojos. La casa estaba en medio de la nada. Nadie querría construir un centro comercial allí.

Ya sea que los días fueran buenos o malos, éste seguía siendo uno de los mejores días para la abuelita. Ella los llamaba "hechizos", los describía a Maizie como días en que el mundo era un lugar totalmente diferente donde las cosas cotidianas se torcían en su cabeza y los recuerdos, reales o imaginarios, se mezclaban con la realidad del día presente. La peor parte era cuando los hechizos pasaban y la Abuela recordaba... todo.

—Te he traído algunas de mis galletas de chocolate, — dijo Maizie, con la esperanza de sacar a la abuela de su mundo de fantasía—. Las que se mezclan con chocolate blanco y almendras. ¿Aún sobornas a las enfermeras con Ron por un tiempo extra en la terraza de atrás?

La cara de la Abuela se arrugó, sus ojos brillantes eran más amplios, confusos. Ella asintió. ¿Sabía que estaba encerrado uno de sus hechizos en ese momento? Maizie no quería pensar en ello. Le debía a esa mujer, todo. Hacer que se sintiera lo más cómoda posible era lo menos que podía hacer.

—He traído algunos de esos trocitos de azúcar canela, a Clare, a la de recepción le gustan. Y dos cajas de las galletas de jengibre para que tengas algo que ofrecer a tus huéspedes de la habitación. —Maizie se ocupó de descargar todo lo que había traído de la panadería de Pittsburgh en la mesa.

—Me dijo que vendiera la tierra. Recuerdo... —La voz de la abuelita se tambaleó—. Me dijo que yo era egoísta por no hacerlo. Que necesitabas el dinero.

Maizie rompió su atención en la abuelita. —¿Quién dijo eso?

—Yo... yo no estoy segura. ¿Riddly? Creo que fue mi Riddly.

—No, abuela. No fue papá. Riddly Hood ha estado muerto durante veintiún años. Murió en un accidente de coche cuando tenía siete años. Tanto él como mamá. Te acuerdas, ¿No?

La abuela parpadeó, la piel de los párpados cayeron haciendo su expresión confusa dolorosamente adorable.

—Está bien, abuela. También a veces olvido las cosas. —Maizie se deslizó más cerca y alisó los mechones de pelo blanco enmarcados en la cara de su Abuela hacia el moño pequeño y limpio en la parte superior de su cabeza. Le enderezó los bordes de su chaqueta y sujetó el botón de la perla superior.

Todo sobre su Abuela parecía tan frágil, tan diferente de la mujer que la había cuidado, levantado, y que estaba al pendiente de todo. La abuela debería haber tenido los últimos veintiún años para concentrarse en ella. La había criado como su hija. Ella había puesto sus propias necesidades a un lado y criado a Maizie de todos modos. En el momento en que Maizie podía valerse por sí misma, la edad había comenzado a jugar con la mente de la abuelita. No era justo.

La confusión se desvaneció, los brillantes ojos azules de su abuela se volvieron acero con determinación—. ¿Necesitas dinero, querida? Dile a tu abuelita. Tengo un poco en la lata de café en la parte superior de la nevera. Toma lo que tú necesites, Caperucita Roja. Es por eso que estás aquí.

Maizie apretó la mano de la Abuela, suavemente, con cuidado de no dañar los huesos quebradizos o moretones en su piel suave.

—No, abuela. Estoy bien. La panadería finalmente ha dado muchos beneficios este año.

Era una verdad a medias. La panadería que había abierto hace dos años, “Panadería Caperucita Roja” (un juego de palabras por su apodo que se debía a su pelo del color del fuego), tenía ahora las finanzas en su mayoría en negro. Las finanzas personales de Maizie, sin embargo, eran de un color rojo brillante como su pelo.

Los asilos de ancianos, los mejores, no eran baratos.

En un mundo perfecto Maizie habría mantenido a su abuelita con ella y la habría cuidado ella misma. El mundo estaba lejos de ser perfecto sin embargo, las necesidades médicas de la Abuela, su odio por la ciudad y las exigencias de tiempo de su nuevo negocio hicieron de una residencia de ancianos la mejor y única opción para ambas.

Por supuesto que no, se detuvo brutalmente Maizie con culpabilidad. Ella se arruinaría a sí misma, y a la panadería, si fuera necesario, para hacer que la abuelita estuviera segura y con la mejor atención. Con suerte, el banco aprobaría su solicitud de préstamo y nada de esto sería una preocupación nunca más. La verdad era que la venta de la casa en la que había crecido y las ciento y tres hectáreas resolverían muchos problemas.

— ¿Cuándo fue la última vez que alguien comprobó la casa? — Maizie se preguntó.

— ¡Oh!, mi lobo de plata hermoso la comprobó el otro día. Todo está bien. Él explicó que había puesto violetas frescas en el jarrón del alféizar. Son mis favoritas, ¿Sabes? —La sonrisa de la Abuela agrupó el exceso de piel en sus mejillas, un rubor de color haciéndola parecer diez años más joven.

Maizie silbó un juramento en voz baja. Justo así, la abuela había perdido su memoria de nuevo. Al menos Maizie lo sabía. Este lobo, el lobo de plata grande de la Abuela, había sido una parte de su infancia, un personaje de sus historias antes de acostarse. La abuela parecía olvidar que sólo era un invento a veces. Maizie podía seguirle la corriente y aún tener una visita relativamente sana con su abuela.

— ¿Qué más dijo tu lobo de plata? ¿No ventiló el lugar por casualidad? Tal vez comprobó los canales y el sótano, asegurándose de que no hubiera ninguna criatura dentro.

Maizie no había tenido tiempo para pasar por ahí y comprobar el viejo lugar, por meses.

Rodeada por cientos de Acres y con vecinos de cuatrocientas hectáreas, la pequeña casa con chimenea se encontraba en lo profundo del denso bosque. Todo tipo de cosas salvajes podían asumir el control en cualquier momento.

La abuela asintió con la cabeza, su sonrisa nunca vaciló—. Sí, querida. Vió todo. Mi lobo de plata grande sabe lo importante que es ese lugar para mí. Dice que lo mantiene como lo dejé para cuando vuelva.

Maizie tragó el repentino nudo en su garganta. Ella no tenía idea de que la abuelita creía que volvería a casa algún día—. Abue...

—Relájate, querida. Podrías soplar un fusible. Las dos sabemos que vivir en esa casa es demasiado para mí como esto. Apenas puedo tomar un tintineo por mi cuenta. Es sólo una broma, es todo. Es una tentación para mí. Me gusta. Me hace reír.

—Te hace reír, ¿Eh? Siempre me dijiste que era un lobo feroz. Me daban pesadillas con las historias de cómo me comería si jugaba demasiado en lo profundo del bosque. Me contabas todo acerca de sus grandes orejas y afilados dientes...

—Oh, eso. Bueno, supongo que pudo haberte confundido con un cervatillo sabroso o un zorro o algo, pero sobre todo yo no quería que vagaras demasiado lejos y molestaras al pobre.

— ¿Así que fue una táctica de crianza de tus hijos? Agradable. —Maizie le dio un guiño juguetón a la abuelita—. Tal vez me vaya por ahí para ver qué tiene de especial este lobo de plata apuesto, con el que tú aterrizabas mi infancia para protegerlo.

—No, no, yo no creo que sea sabio. Es digno y cortés, pero todavía hay una fiera en él. No olvidéis nunca que, a Caperucita Roja... No. Es mejor que lo dejes en paz. Además, tú no viviste tu infancia con terror. Eras una de las niñas más valientes que yo hubiera conocido. Peor que tu padre. No puedo pensar en nada que pudiera sacudirte, excepto...

El corazón de Maizie tartamudeó. Las dos se quedaron en silencio. Sabía que los pensamientos de su Abuela se habían ido, al igual que los suyos. La noche de la muerte de sus padres. El accidente de coche. La mirada inquietante de un verde luminoso en el parabrisas. Allí y después nada. Estaba demasiado oscuro, llovía demasiado. Su padre no podía ver, no pudo frenar a tiempo.

Él se desvió, pero era demasiado tarde. El despliegue vicioso por el terraplén era inevitable, imparable.

¿Cómo había sobrevivido? Ella no lo sabía. No podía recordar. Pero recordó esos ojos.

Maizie aún los podía ver, mucho después de que la imagen se hubiera desvanecido, el cuerpo roto de un lobo atrapado bajo el coche, sus padres en el asiento delantero, sus rostros y cuerpos cortados y maltratados más allá del reconocimiento, en todas partes había vidrio, metal retorcido, el olor de goma quemada y gasolina, el sabor cobrizo de su propia sangre en la boca. Los ojos verdes salvajes la habían atormentado durante años. Dios, odiaba a ese lobo.

—Sí, bien. Eso fue hace mucho tiempo. —Y Maizie no quería recordar más.

—Sí, fue horrible. Has llegado tan lejos desde entonces.

Maizie le dio una sonrisa forzada y dirigió el tema lejos de los oscuros recuerdos—. Y aquí seguimos hablando de que el lobo de plata misterioso viene aquí, te hace reír, que tentador. Vamos, Abue, ¿Qué hay de tentador en él? ¿Es algo que me hará sonrojar?

La Abuela no se inmutó—. Convertirme en uno de ellos, por supuesto. Esa es la única forma de que este viejo cuerpo puede regresar a la casa. ¿No?

—¿Uno de ellos?

—Sí, cariño, un licántropo. Un cambiante de forma. —Ella suspiró por la confusión de Maizie—. Un hombre lobo, hija. Un hombre lobo.

* * *

—Annette, es el señor Lupo. —Gray se ajustó el Black Berry contra su oreja.

—Sí, ¿Señor Lupo?

—Dame todo lo que hay de Maizie Hood. Y me refiero a todo, los negocios y lo personal. Lo quiero todo. Debemos de tener sus números en el archivo junto con los de su abuela Ester. —Maldición él había ayudado a Ester con el archivo para el número de seguro social de la niña cuando él se había dado cuenta de que los padres de Maizie no tenían uno. En aquel entonces no era automático.

—¿Maizie? La pequeña niña de la...

—Todo, Annette.

—Sí, señor Lupo.

Gray pulsó el botón de desconexión con el pulgar y se metió el teléfono ancho en su bolsillo. Miró por la oscura ventana privada de su limusina a la nada, mientras salían de la clínica, de la casa de asilo.

Dios, todavía no podía creer que era ella. Ella había cambiado tanto, madurado... maravillosamente. Sin embargo, su olor era el mismo, exactamente el mismo, a pesar de haber tomado un segundo para colocarlo. Veintiún años era mucho tiempo, incluso para él.

Gray movió la cabeza, se frotó el cansancio de los ojos con ambas manos. Tal vez lo estaba imaginando, el olor de los árboles rotos, savia, gasolina y goma quemada. Todavía podía oler la sangre en el aire a su alrededor, la tierra y la lluvia. Todavía notaba las lágrimas, las suyas, y de los suyos.

Tenía que estar imaginando. Su sentido olfativo era bueno, pero no tan bueno como veintiún años. Sin embargo, ver a Maizie Hood ahora le demostró que había tomado la decisión correcta de todos estos años. Los recuerdos lo inundaron como arenas movedizas, tirando de él tanto que apenas podía respirar.

En aquel entonces, se habría matado. Él tenía derecho de pedir a su abuela, Ester, que la mantuviera lejos, al menos impedir que se aventurara en su territorio del bosque. Sólo que no podía soportar su olor, el olor de la muerte. Le dijeron que se limitara a los caminos, y él las evitó. Había trabajado en eso. Hasta hoy.

Gray arrebató el periódico de la bolsa en la pared del coche. Se inclinó hacia atrás, desplegándolo y replegándolo con un quebradizo ruido. La tinta aún estaba húmeda, no tanto como el olor de los seres humanos, pero lo sentía en los dedos. Era una buena sensación, un olor bueno, mundano. Inofensivo.

Se volvió a la sección de bienes raíces de primera clase de compra-venta. Los negocios más importantes en sus pensamientos, Maizie Hood podía desaparecer en los oscuros recovecos de su mente donde quisiera. Echó un vistazo a la lista.

Canela. Los otros olores estaban allí, o no, pero él había oído *canela* eso era seguro. Y el *chocolate*. Ester siempre había tenido un sándwich de mantequilla de maní a la espera de él, su favorito, o más bien su obligación. Pero por otra parte le habría ofrecido algún tipo de delicioso pastel o una galleta para el postre.

Se había dado cuenta de que Maizie tenía una de esas cestas de mimbre pintorescas con doble asa, rojo y blanco, con un forro a cuadros. ¿Era proveedora de la pastelería de Ester? Ester nunca había mencionado las visitas de Maizie, o por qué la había traído.

¿Por qué iba a hacerlo? Ester sabía cómo se sentía. Lo había dejado perfectamente claro hace tantos años y Ester fue una verdadera amiga comprensiva.

Lo que había de muestra de dulces azucarados, sin embargo, fue celestial. Mejor que la mayoría de los chefs profesionales que conocía. ¿Horneaba Maizie por diversión o beneficio? Él quería saberlo.

¿Dulce musgo de turba, que le está tomando a Annette tanto tiempo? La pared de árboles a lo largo de la carretera se rompió en un campo abierto y se dibujó en su mirada. Miró fijamente, sólo a la mitad notó el montón de vacas, el granero y los silos de maíz en la distancia. Su mente vagaba demasiado rápido en el pelo rojo y largas piernas de seda.

Maizie parecía lo suficientemente buena para comer. Sabía que su pelo era rojo. Lo había recordado en gran parte. Sin embargo, la luminosidad, el espesor. ¡Dios, no había tenido la menor idea! El color le recordaba a las hojas de otoño, las que habían en el bosque parecía que estuviera ardiendo con el fuego frío. Y con los bloques de espesor que caían por el camino hasta la curva superior de su trasero, parecía más como una capa de pelo.

Gray trató de abrir y cerrar la visión de su mente y se centró de nuevo en el periódico. Encontró el nombre que había estado buscando por segundos.

—Anthony Cadwick, maldito viejo—. Sin duda el hombre estaba ocupado. Acosando a Ester por la mañana, y por la tarde para cerrando un importante acuerdo de bienes raíces. Intimidaba fuertemente a los propietarios de viviendas y los manipulaba con las leyes de dominio eminente, lo cual era su especialidad.

Cadwick era cada pedacito del lobo estereotipado que Ester le había descrito. Gray sólo esperaba que Ester pudiera mantener su juicio, cuando él volviera otra vez. No podía permitir que Cadwick pusiera sus manos en la tierra de los Hood. Sólo la idea de la evolución de viviendas y los supermercados de descuento, estuvieran tan cerca de su bosque, hizo que sus bolas se encogieran.

Gray supo sin mirar, el momento en que llegaron a la carretera. La suspensión de la limusina fue superior, pero la diferencia entre los caminos rurales y la carretera era como la de los lisos adoquines con el vidrio.

No, Ester tenía el número de Cadwick, y Gray estaba listo para apoyarla por si acaso. Convencerla para vender sería como empujar agua cuesta arriba para Cadwick. El comodín era Maizie. Haberla alejado de su realidad, había hecho que no hubiera sido considerada por su radar. Ella era "en" para Cadwick lo que Gray no había considerado.

No había duda de que tenía una gran cantidad de influencia con su abuela. Eso sólo era un peligro que no podía tolerar. ¿Con qué facilidad Maizie podría ser manipulada? ¿Necesitaba dinero? ¿Era fácil de seducir? ¿Era inteligente o crédula? ¿Tenía sueños para explotar, sueños y metas que Cadwick podía darle en sus manos en un plato?

Gray miró su reloj—. ¡Dios, Annette!

Cadwick haría cualquier cosa para obtener ganancias y con el tipo de clientela que tenía, tipo *Fortune-500*, tenía un espacio para jugar. Por supuesto, con la apariencia de Maizie no era difícil adivinar su primera táctica.

A sus setenta y ocho Gray se veía de la misma edad que Cadwick, que estaba en sus cuarenta y tantos años. Aunque Gray estaba tan en forma como un hombre de veinte años. Pero Cadwick podía tener un par de ventajas. Tenía características románticas, nariz más grande, hombros más amplios, con una estructura más rechoncha.

Sus ojos eran de un aburrido marrón, el pelo negro como el de Gray, como lo fue una vez. Pero mientras el de Gray se había vuelto de un color plateado, salpicado con toques de negro, Cadwick todavía poseía los tonos oscuros, sólo volviéndose de un color ceniza sucio en los templos. Él lo llevaba más corto que Gray, bien cortado sobre sus orejas y una media pulgada por encima del cuello.

¿Cuál de ellos era el tipo para Maizie? ¿Cuál de ellos podría seducirla mejor? Gray no tenía ni idea. Pero ¿y si se llegara a eso-a la seducción? ¿Gray podía hacer lo necesario para impedir que la tierra Hood fuera vendida? ¿Podría seducir a Maizie Hood?

Su mirada se posó en la ventana, en los coches que bajaban, cruzó con su limusina por delante de ellos. Pero era una visión de pelo rojo furioso y unas piernas largas bien formadas que llenaban su mente.

Ella lucía como inocencia pecaminosa, si tal cosa existiera. El cuerpo núbil de una mujer envuelta en un vestido de verano blanco de nieve manchado con margaritas y un bosque de contraste verde. Sus pechos habían forzado el vestido de cuello redondo, presionando contra la plataforma de modo que había sido

incapaz de centrar su atención lo suficiente como para leer las letras blancas en el bolsillo delantero.

Se había dado cuenta de las sandalias que llevaba, poco sexys, sin embargo, con las uñas pintadas, de un tono rojo que palidecían en comparación con su pelo. Y seguro como el infierno había notado sus labios. Un tono maduro que no tenía nada que ver con el maquillaje de cera y todo que ver con una mujer en plena floración.

Pero más allá de todo eso, sus ojos lo habían capturado. Verde, el color de las hojas nuevas de aliso, que había mirado con descaro. Todavía podía sentir el calor de su mirada que vibraba por el pecho hasta la ingle. Dulce musgo de turba, que casi había llegado a sus pantalones con la emoción de hacerlo.

Por supuesto que no podía saber lo que estaba haciendo. Las reglas eran diferentes en su mundo, pero el reto se había sentido lo mismo. Sin decir una palabra, había cuestionado su autoridad, lo desafió, le exigió que demostrara su lugar, tenía que mirarla como otra más, como su igual o dominante. Y tal vez era su igual. Ciertamente, nadie se había atrevido a desafiarlo desde que había sido mordido hace cuarenta y tres años.

Él no tenía ni idea de lo mucho que algo le faltaba, cuánto una parte de él necesitaba ese desafío. La bestia en él ansiaba la batalla, ardía en deseos de ganar su lugar, para ganar a la hembra.

El atrevido desafío con Maizie tocó su corazón en el mismo centro de lo que él era, lo llenó de adrenalina y un deseo primordial que ahora estaba se sentía completamente absorbente.

Un gruñido retumbó en su pecho por propia voluntad, sus manos apretaron el periódico, sus ojos cerrados luchando contra la creciente necesidad. La sangre le atravesó el cuerpo, la sensación de hormigueo caliente a través de su piel, se plasmó en la ingle. Su polla creció pesada y gruesa, tensionándose dentro de sus pantalones. Se movió en su asiento, pero el roce de la ropa en contra de su sexo sólo hizo que la necesidad empeorara.

—Mierda—. Después de unos dobleces al papel, lo arrojó a través del compartimiento hacia el asiento de enfrente. La limusina era espaciosa, con espacio de más para estirarse, pero Gray no necesitaba mucho para encontrar al menos una pequeña muestra de alivio.

¡Dios, se sentía como un adolescente hormonal! No podía recordar la última vez que había tomado ventaja de la barrera de intimidad entre él y el conductor, con los vidrios oscuros para el mundo exterior. Tenía que haber sido hace más de un

año, pero esta sería la primera vez que él se había complacido solo. La bestia en él tenía necesidades simples, pero cuando esas necesidades surgían podía consumirlas.

Un torbellino de emociones rodeó a Maizie en su mente, el resentimiento, la ira y el dolor se mezcló con los deseos que despertaba en él como un hombre, la lujuria, la soledad y la atracción. Tenía que hacer algo o perder todo el control.

Se recostó en el asiento de cuero grueso, tirando de sus pantalones, tratando de aflojar la tensión creciente. Eso ayudó, pero su polla dura todavía comprimía dentro de sus calzoncillos, y quería hacer algo más que dar al gran hombre algo de espacio. Cerró los ojos y permitió que la imagen de los senos redondos de Maizie, el borde de su vestido de verano, consumiera sus pensamientos. Se podría imaginar la carne madura, llenando completamente sus manos, sus pezones duros como arrugas de cereza en contra de sus manos. Dios, él quería exprimirlas, torcerlas y burlar a los pequeños pedazos con los dedos, con los dientes.

Gray acarició su polla a través de su pantalón, la tela casi proporcionaba suficientes barreras para engañar a su mente y creer que podría ser en otro lado. Otra mano. La sensación de hormigueo, escozores eléctricos a través de sus bolas, a lo largo de sus muslos. Los músculos se tensaron, presionando su polla dura en contra de sus pantalones, contra el golpe de su mano. Trabajó con el cinturón y el botón, desabrochándolos, liberándose a sí mismo. Se movió, manteniendo su firme polla en su mano derecha, la mano izquierda liberaba sus bolas apretadas, de forma más sensible. ¡Dios, se siente bien! El dolor era como si no se hubiera venido en años.

Sus dedos cambiaron, recogiendo su polla, enviando una descarga de placer a través de él tan rápido que una gota de crema de color blanco se asomó a la cabeza de su polla. Acaricio con su mano el tronco sólido, el pulgar lo lanzo por su cabeza, secándose la humedad. Se quedó sin aliento cuando sus dedos acariciaban sobre la cresta de su cabeza y gemía en voz alta cuando la acariciaba de nuevo.

—Jódete...

Otro movimiento largo y luego otro, la piel de terciopelo se calentó contra la palma de su mano, una necesidad vertiginosa en su cabeza. Su mano derecha, trabajó en el instinto, acariciando su polla, sintiendo que sus bolas rodaban sobre sus dedos, exprimiendo, tirando suavemente y luego no tan suavemente.

No podía evitarlo, las imágenes de Maizie pasaron por su mente. Su pelo largo ardiente acariciando su vientre, mientras que sus dulces labios rodeaban su pene,

exprimiendo duro. Casi podía sentir su pecho presionando contra sus muslos, rebotando contra sus pelotas.

—Maizie... Sí... fóllame.

—¿Señor?

—Mierda... —Gray dejó ir sus bolas para presionar en el intercomunicador y hablar con su conductor.

—¿Qué? —Apenas sonó humanamente, pero apenas se sentía humano en ese momento.

—Hemos llegado al edificio de Cadwick, señor.

—Bien. —La mano derecha de Gray mantuvo un movimiento constante, sus caderas balanceándose con ritmo—. Dame un minuto...

Tocó el botón del interfono y devolvió la mano izquierda a sus funciones anteriores. Su mente se concentró en los pensamientos de la mujer ardiente de nuevo—. Maizie... mmm. — Sus curvas sexy, esos ojos verdes y audaces.

Gray acarició el pene más rápido, apretó sus pelotas. Se imaginó a Maizie tirando entre sus piernas, su lengua rozando con burla la punta de su pene antes de tomar la longitud de él entre sus labios deliciosos. Caliente y apretado, húmedo y resbaladizo, casi podía sentir su polla dura embestida en esa boca sexy, su lengua contra su eje...

El teléfono celular sonó.

—¡Jóder! —Gray tiró el teléfono del bolsillo de su pecho—. Habla.

Un momento de silencio, apenas lo suficiente para que Gray pudiera lamentar su tono duro con su querida Annette. Sabía que era ella. El teléfono sonó como cuando recibía la llamada de la oficina.

—Sr. Lupo, tengo parte de la información solicitada. Yo... Pensé que usted lo quería lo más rápido...

—Sí. Lo siento, Annette. Lo asumes correctamente como de costumbre. ¿Qué tienes?

Annette se aclaró la garganta, desterrando el tono anteriormente tímido—. La Sra. Maizie Hood tiene una calificación crediticia, mientras que el mantenimiento de los pagos mínimos mensuales de un préstamo de negocios son considerables y las

tasas de un monto por la casa de asilo en Glide, Pennsylvania. Hace poco solicitó un préstamo personal.

—¿Aprobó?

—No hay una palabra oficial, pero no se ve bien.

—Hmm... Sigamos, —dijo Gray.

—Sí, señor. Ella tiene un pequeño apartamento con un dormitorio a cuarenta y cinco minutos de la clínica del asilo en Pittsburgh, por el que paga cuatrocientos cincuenta dólares por mes.

—Extorsión. —La polla de Gray, se suavizó en su mano.

—Sí, señor. Ella recibió tres multas de tráfico y dos boletas de exceso de velocidad en los últimos seis meses. Ella tiene un ginecólogo, pero no un médico general. Ella tiene tapadas dos muelas inferiores y una receta de píldoras anticonceptivas. Sus declaraciones de la tarjeta de crédito muestran una buena cantidad de compras de comestibles.

—Interesante.

—Pensé que iba a decir eso. Ah, y el préstamo de negocios es para una pequeña panadería, también en el lado sur. La Sra. Maizie Hood aparece como la única propietaria. Ella tiene dos empleados. Una joven llamada Cherri Pi, salió recién del instituto culinario y abandonó la escuela secundaria con una licencia de conductor comercial.

— ¿Pastel de chocolate?

—No. Y Bob.

—¿Bob? ¿No tiene apellido?

—Smith, señor. Bob Smith.

—Perfecto. ¿Algo más?

—No, señor. Todavía estoy esperando volver a escuchar de mis fuentes con sus asuntos personales. Esto es todo lo que encontramos en el registro público.

—¿Usted habló de los pagos mínimos mensuales del préstamo? ¿Está haciendo los pagos a tiempo a la clínica?

—Sí, señor. Pero le han cortado el servicio un par de veces. Igual con el préstamo de su negocio.

—¿El negocio obtiene una ganancia?

—Sí, ella tiene un sueldo, a duras penas.

Maldición, era peor de lo que pensaba. Cadwick ni siquiera rompería a sudar para comprarla. El infierno, tal vez ya la había invitado a salir y a su casa.

—Llama a Chuck Woodsmen.

—¿El juez Woodsmen? —Preguntó.

—Sí. Dile que voy a necesitar de la información que discutimos. Parece que tendremos que utilizar nuestro último recurso, después de todo.

—Sí, señor.

—Vuelves.

—Por supuesto, señor.

El teléfono se cortó antes de que Gray empujara el botón de desconexión y lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Su pene duro se evaporó por completo, Gray metió sus partes preciosas en su lugar y sujetó sus pantalones. Maizie Hood se había convertido oficialmente en un negocio y Gray Lupo no follaba con su negocio.

Había conocido a Anthony Cadwick durante veinticuatro años. Fue una economía competitiva, traicionera, envidiosa y pensaba que era mucho más inteligente, con mejor aspecto, y mucho más merecedor de lo que nunca fue. Lo que básicamente significaba que fuera de sí mismo, Gray no conocía a nadie más peligroso.

Si Gray deseaba una oportunidad en el infierno para la protección de todo lo que importaba, tendría que jugar a las escondidas. Descubrirá cómo Cadwick había engañado a los Hood, lo que significaba que Gray tendría que hacer un poco de engaño competitivo para su beneficio.

Apretó el botón del intercomunicador a su conductor.

—Estoy saliendo.

Capítulo 2

*Traducido por Silvery y *!!!BellJolie!!!**

Corregido por Pia2006 y Haushiinka

—El señor Cadwick, por favor.

La delgadísima secretaria-modelo frunció sus labios, con la mirada burlándose de él como si fuera el plato principal de uno de esos buffets "Come todo lo que puedas"—. ¿Y usted es?

—Gray Lupo.

Ella se enderezó, con sus dilatados ojos marrones como los de una cierva—. Oh, se lo haré saber de inmediato, señor Lupo. —Sus delgadísimas cejas se fruncieron cuando echó un vistazo al librito de citas delante de ella—. Oh, vaya. Está... mmm, en una reunión. Puede que tarde unos minutos.

—Esperaré. —Gray finalizó el intercambio de palabras con una brusca inclinación de cabeza y volvió a la lujosa sala de espera con asientos de cuero que había en la parte más alejada del exterior de la oficina. La oficina personal de Cadwick estaba situada en lo alto del edificio Cadwick Enterprises. Los pisos inferiores estaban ocupados con varias divisiones de su compañía, con varios miles de empleados ganándose el pan diario trabajando para Anthony Cadwick. Asombroso.

Gray se dio unos suaves golpecitos en la cara. Gray no tuvo problemas para lograr el acceso a la exclusiva planta con la simple mención de su nombre. Si no sabías quién era Gray Lupo, no estabas en tus cabales. Se sentó en uno de los sillones de cuero de alto respaldo. La habitación era como cualquier otra sala de espera, con los ficus y helechos indispensables, todos falsos, proporcionando unas gotas de color.

Tomó la revista Forbes de la mesita de café de oscura madera que había delante de él. Había otras dos revistas en la mesa, ambas de la misma publicación que sostenía. Echó una ojeada a la densa portada en la que Anthony Cadwick, con su cara de mediana edad, le sonreía abiertamente. Tenía letras mayúsculas rojas

impresas atravesando su frente—. El Top Veinte de las compañías para vigilar. — Gray resopló y se preguntó si por "vigilar" querían decir "sospechar".

Hojeó las páginas hasta encontrar el artículo principal. Cadwick se había ganado un artículo de dos páginas. Un bonito pedazo de publicidad gratuita. El muy gilipollas lo estaba haciendo bastante bien.

—Señor Lupo, el señor Cadwick puede verle ahora.

Gray dirigió su mirada hasta la alta secretaria que estaba de pie junto a la mesita de café. Sus interminables piernas estaban disimuladas hasta las rodillas por un vestido azul y marrón medio transparente que dejaba demasiado expuesto de su inexistente escote y sus pálidos y largos brazos. Su cabello del color de las nueces colgaba en ondas unos centímetros por debajo de sus hombros. Observó su cara, la calma que había en ella. En absoluto era poco atractiva.

—Perdone mi falta de educación —dijo él—. No le he preguntado su nombre.

Los hombros de ella volvieron a su posición, y una sonrisa auténtica extendió sus mejillas. Sus dientes eran demasiado grandes, la sonrisa demasiado ancha, la cara demasiado grande. Era bastante normalita pero desde cierta distancia podía ser atractiva. El perfecto look runway.

—Alicia. Alicia Sanders. Y puedo decir que es un honor conocerle, señor. Quiero decir que he visto su nombre en todas partes. En el Fortune 500 y en el Time and Newsweek y...

—Sí. Gracias, Alicia. —Gray se levantó, terminando con la conversación de esa fan. Sacó su tarjeta profesional del bolsillo del pecho de su chaqueta y la presionó en la palma de ella, estrechando su mano entre las suyas—. Ven aquí el lunes. Veré que puedo hacer.

—¿En serio? Quiero decir... gracias. De verdad. Hago algún trabajo como modelo y moriría por pillar un contrato con la agencia que posee su compañía.

—Lee la tarjeta, Alicia.

Ella le dio la vuelta a la tarjeta—. ¿Pero qué...? Es usted alucinante, señor Lupo. Gracias, gracias.

—No te he entregado un contrato, Alicia, sólo te envió a conseguir uno. — Gray enderezó su corbata—. Esto es el CEO de Bad wolf Modeling. Él sabrá que la tarjeta proviene de mí. Llévala el lunes por la mañana. Prepárate, para cualquier cosa que quieran que hagas, sesión fotográfica, audición, entrevista...

—Puede apostar. Estaré allí, se lo aseguro. —Estaba literalmente dando saltitos, acunando la tarjeta como si fuera un ticket dorado de la fábrica de chocolate.

—¿Alicia? ¿Podemos ir a ver al señor Cadwick ahora?

—Oh, vaya. Sí. —Se aclaró la garganta, todos los signos de la mareante fan habían desaparecido—. Por aquí, señor Lupo.

Las estrellas de rock tenían mujeres que les lanzaban las panties. Los hombres como Gray conseguían currículos y tiros en la cabeza. Raramente garantizaba un empleo, pero siempre daba la oportunidad para conseguir trabajo. La Compañía Bad Wolf era dos veces más grande que Cadwick Enterprises y mucho más variada. Las ventajas eran muy buenas cuando abrían nuevos puestos, si alguien tenía las pelotas de pedirselo.

Alicia, que iba a la cabeza, abrió ambas puertas de madera gruesa de un empujón, sin duda por orden de Cadwick. Era mucho mejor dejarse ver de esa manera. Cuatro de las oficinas de fuera podían fácilmente caber en esta y tener además una habitación de repuesto. Cadwick estaba sentado en su escritorio, y tenía algo que recordaba a lo que podrías encontrar en el Despacho Oval, una pared de ventanas y una vista de la ciudad de Pittsburg como telón de fondo. Agradable, si te gustaban ese tipo de cosas.

—Lupo —dijo Cadwick, levantando la vista de algún documento como si hubiera sido pillado totalmente por sorpresa.

—Cadwick.

El exagerado hombre de negocios se puso de pie e hizo un esfuerzo por rodear el escritorio, tendiéndole la mano, para encontrarse con Gray a medio camino. Sus manos se entrecizaron juntas como el acoplamiento de un tren, Cadwick añadió una masculina palmada en el brazo de Gray.

—¿Todavía tengo a mi secretaria?

Gray ofreció la sonrisa obligatoria—. Lo veremos el lunes.

—¡Lo sabía, lo sabía! —Cadwick devolvió la risita Cortés. Condujo a Gray hasta las dos butacas de cuero que había frente a su escritorio—. ¿Qué puedo hacer por usted, viejo amigo?

La tensión ondeó a través de los hombros de Gray y fue directamente a su espina dorsal. Viejo amigo. Gray no se dignaría a contestar. Sonrió, se comió la irritación y esperó hasta que Cadwick se sentara en su sillón ergonómico al otro lado de su

mesa—. Tengo algo de ganado viniendo en unos 18 meses —dijo Gray—, Alces. Una pareja de apareamiento. He pensado en ampliar la reserva.

Cadwick sacudió la cabeza, con una sonrisilla alargando su gruesa cara. Los codos apoyados en los brazos del sillón se acomodaron poniendo las manos delante de él.

—Tú y esos animales. Tiene que... 350, 400 acres ya, ¿Y estás esperando añadir más? Dinero sobrante, ¿Eh?

Gray se aclaró la garganta, y permitió que su disconformidad y su creciente irritación se mostraran en sus cejas fruncidas. Se movió en su asiento, apoyándose hacia delante.

—Word tu compañía y ha estado comprando, un buen trozo de tierra alrededor de mi lugar. Tierra que no estaba previamente a la venta.

La sonrisa de Cadwick no se agrandó mucho.

—Un buen hombre de negocios se crea sus propias oportunidades. ¿No era eso lo que nos decías?

Gray suspiró. Algunas cosas no cambiaban nunca—. Estoy encantado de que encuentres mi clase tan... provechosa, Anthony. Sin embargo, no recuerdo haber enseñado extorsión, intimidación o repercusión política como parte del plan de un buen hombre de negocios.

Cadwick abrió las manos y se encogió de hombros—. Siempre dije que debería haber dado yo esas clases.

—Enseñé aquel curso de negocios en la universidad hace 24 años. La tuya fue mi última clase. Anda a pedir trabajo.

—Aquellos que pueden, lo hacen. Aquellos que no pueden...

—Ummm, touché. —Una enorme tensión se formó retorcida a lo largo de los hombros de Gray y lo traspasó en la parte baja de la espalda. Jugar a ser el chico bueno le iba a costar una fortuna en masajes chinos. El pasaje aéreo era escandaloso.

Gray hizo un giro de cabeza sobre sus hombros. Los altos chasquidos y crujidos ayudaron a esconder el bajo gruñido vibrante de su pecho. Cadwick se irguió hacia delante, asentando sus antebrazos en su mesa.

—Hace 24 años y no pareces ni un día más viejo. ¿Cómo es eso, Lupo? Quiero decir, he pateado tu culo en los negocios de cada manera posible desde el domingo y tengo las canas grises para demostrarlo. Pero tú... juro por Dios que de hecho pareces jodidamente más joven.

Gray sonrió, un rápido destello de sus dientes—. Vida sana.

Cadwick bufó, pero mantuvo la vista fija en Gray, esperando. Después de unos embarazosos segundos, estuvo claro que no iba a haber una explicación más amplia.

—Eres un naípe, Lupo. Te daré eso. Deberías haber sido cómico.

A duras penas.

—Te voy a comprar la tierra que colinda con mi propiedad, Cadwick. Di tu precio.

Cadwick soltó una carcajada, y sus apagados ojos marrones se ensancharon—. ¿Lo dices en serio? Que diga mi precio, ¿Eh? Joder, tienes Pelotas.

— Del tamaño de cocos. Ahora, ¿Cuánto?

Cadwick levantó la mano, y levantó el dedo meñique, el anular y el corazón desviando la atención.

—Tres. Cuéntalos. Tres principales compañías lameculos tengo afiliadas. No puedes pujar por ellas por ti mismo. ¿Estás loco?

Cadwick no tenía ni idea de cómo de grande era la compañía Bad Wolf. Nadie la tenía.

Gray no había pasado los años adicionales que su sangre de hombre lobo le había proporcionado cazando conejos. Había mantenido sus posesiones como el iceberg del Titanic. Lo que la gente veía en la superficie era impresionante, pero la verdadera extensión de su poder permanecía por debajo, enterrada bajo océanos de compañías de marionetas y sucursales subsidiarias. Algunas de ellas eran casi imposibles de rastrear hasta la compañía principal.

—Tú me venderás a mí y me dejaras las propiedades de las tierras sobrantes. ¿Está claro?

Las oscuras cejas de Cadwick se fruncieron, y el humor sarcástico desapareció bajo el peso de las órdenes de Gray—. Escucha, no tienes el tipo de músculos necesario para venir aquí e intentar avasallarme. Yo aplasto a gente como tú y los unto en tostadas para el desayuno. ¿Lo pillas?

El picante aroma a sudor flotaba en el aire desde el cuello del traje de Cadwick, su corazón repiqueteaba en varios latidos y una fibrosa vena morada se abultó a un lado del cuello hasta la sien. El boqueo de la emoción de su presa funcionó como Valium para Gray. Le tenía. El conejo no lo sabía todavía, pero ya estaba muerto.

—Luchar o huir. —Dijo Gray entrecerrando los ojos, disfrutando del aire empapado de adrenalina como un dulce brandy—. Luchar o huir. Escucha a tus instintos, Anthony. Corre. Esto no es una batalla que puedas ganar.

—¿De qué cojones estás hablando? ¿Huir de qué? —Cadwick estalló desde su asiento, pinchando a Gray con su dedo atravesando su escritorio.

—¿Quieres lucha? La tendrás. Después de que consiga que la Señorita Hood firme, voy a ir por ti.

Gray permaneció en calma sin pestañear, entrelazando sus manos en su regazo—. ¿Ester Hood? Ella es una amiga muy querida, pero me temo que no va a vender.

—Ah, ¿Sí? Pues su nieta sexy podría decir lo contrario. Me voy a apoderar de esa tierra, Lupo. En el plazo de dos años habrá cien hectáreas de centro comercial y concreto que rodearan tu santuario de animales de mierda. Y no hay una maldita cosa que puedas hacer para impedirlo.

Una chispa de duda se disparó por las venas de Gray. No le gustó. Maizie Hood era un cabo suelto, algo desconocido que no podía tolerar. En los papeles, era una responsabilidad, pero tenía que conocer a la mujer para saber con seguridad. ¿Cuáles eran sus prioridades? ¿Dónde estaban sus lealtades? No encontraría nada sentado en la oficina de Anthony Cadwick.

Un silencio que erizaba la piel se apoderó de la habitación. Gray deslizó su mirada lentamente hasta Cadwick—. ¿Esta es tu decisión final sobre el asunto?

—Sí. Maldita sea, esa es.

—Muy bien. Con tu permiso—. Gray se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Hey. ¿Eso es todo? ¿A dónde vas?

Gray abrió la puerta del lado derecho y se detuvo para mirar hacia atrás sobre su hombro—. A prepararme para la batalla, por supuesto.

* * *

—Eww, esto está perdido. Mira, huele. —Maizie puso el medio galón de leche bajo la nariz de Cherri.

— De ninguna manera. ¿Por qué lo olería después de ver tu cara?

Maizie se encogió de hombros—. Curiosidad morbosa. Vamos, asegúrate que tengo razón.

—Bueno, pero si quieres poner a prueba tus otros sentidos, confía en mí, el horno está caliente, las mujeres asiáticas hermosas, las uñas en una pizarra te harán encogerte y el pastel del infierno es el único pedazo de cielo que encontrarás en la tierra.

—Sí, sí, que divertido. Como sea, ¡Whoopi! Sólo huélelo.

Cherri subió con un dedo el puente de sus lentes de armazón de alambre y luego olió.

—Oh, sí, claro que está perdido. Eso tiene como dos días que está echado a perder. Esta tan perdido que no lo veo, tan perdido...

—Basta. Entendí. Gracias. —Maizie encendió el interruptor del triturador de basura y tiro el contenido pastoso.

—Sólo me aseguro que no me pidas que revise de nuevo. —Los lindos ojos castaños de Cherri se redujeron al sonreír, con su cara redonda que parecía más redonda cuando se recogía el cabello negro hasta los hombros en una coleta y luego se lo ponía bajo una redecilla blanca. Ella buscó alrededor de Maizie y abrió el agua fría.

—Vas a echar a perder eso. Se supone que tienes que dejar correr el agua cuando uses el fregadero.

—Eso es una leyenda urbana.

—No, el chico casado que dejó a su familia por su fastidiosa amante es una leyenda urbana. Esto es solo sentido común.

El cencerro que había arriba de la puerta delantera de la Panadería Caperucita Roja paró la réplica de Maizie. Ambas se volvieron para ver quién había entrado.

—Whoof.

Maizie dio un codazo a Cherri—. Eso es exactamente lo que yo dije cuando lo vi la primera vez.

El lobo de la abuelita que llevaba puesto un Armani guió la puerta de cristal para cerrarla detrás de él, parando las bisagras para que no se cerrara de golpe. Unos ojos de un azul pálido oscilaron para encontrar a Maizie, conectando con tal impacto que ella lo sintió por todo su cuerpo hasta los dedos de los pies. Él sonrió. Todos los recovecos de sus perfectos labios se curvaron levemente, sólo lo suficiente para suavizar su cara, pero no tanto como para que pudiera estar segura de su expresión. Él miró alrededor, escaneando su pequeña sala de muestras.

La tienda no era mucho, pero Maizie estaba orgullosa del maldito pequeño lugar. Aún podía recordar el día en que había terminado la escritura de las ventas, Dulces y Panes garabateado con letras blancas en una panadería y Caperucita Roja, por otra parte. Había colgado medallas rojas y blancas a rayas a cada lado en concordancia en la puerta.

Las vitrinas de exhibición formaban una "L" a lo largo de la pared trasera. Estaban llenas de pasteles, galletas, magdalenas, bollos, empanadas, dulces casi de todo, Maizie y Cherri los habían hecho. Un aparador de madera enorme que había encontrado en una venta de garaje se colocaba al otro lado, mostrando dos pasteles de tres niveles de boda, un enorme recipiente lleno de diferentes tipos de pan, un par de pasteles de queso, unos cuantos platos decorativos de diferentes galletas y una marco de plata con la foto de ella y sus padres.

El Sr. Del traje Armani se detuvo un momento mirando la foto. Levantó la mano como si fuera a recogerla, pero se detuvo. Se dio la vuelta, observando la ventana delantera con el cesto de tarjetas apiladas en el fondo, que contenía tarjetas de visita y folletos apilados en la parte superior, se dirigió a él. Usando el lápiz junto al libro de notas abierto, él lo firmó.

—Tarde, —dijo Cherri.

Maizie le dio un codazo.

Cherri frunció el ceño y se frotó su brazo. Ella articuló —¿Qué?

Maizie a su vez articuló —Te lo diré después.

A lo que Cherri frunció su frente—. ¿Huh?

—Ella dijo que te lo dirá más tarde. —Ambas mujeres saltaron con la voz masculina, atrayendo su atención en el lobo de la abuelita.

—Lo siento. ¿Usted es? —Maizie preguntó.

—Lupo. Gray Lupo.

—Anda. —Maizie casi resopló. Se detuvo.

—¿Perdón?

—Oh. No. Lo siento. Es sólo que, Lupo, esta en italiano y significa lobo, ¿Verdad?

—Yo no lo sé.

—Creo que sí.

Él frunció el ceño—. Interesante.

—No tienes ni idea.

—Lo que quería exactamente.

Los fríos ojos de Gray de color azul se movieron hasta unirse con los suyos. Sus miradas se encontraron y Maizie tuvo que recordar respirar. Sus manos se pusieron calientes y húmedas en un segundo, su cuerpo se calentó rápidamente. Su mirada se redujo a su boca y ella no pudo evitar la tentación de mojar sus labios. Él siguió el desliz de su lengua, sus largas pestañas parpadearon, descubriendo un destello de hambre masculino, que envió un hormigueo delicioso disparado hasta el fondo de su sexo.

Cherri le dio un codazo a un costado—. Sacude la cabeza, tus ojos están pegados.

Maizie cerró su boca a presión, se enderezó, secándose las manos en el delantal—. Lo siento. Bienvenido a la Panadería Caperucita Roja. ¿En qué puedo ayudarle?

Gray sonrió, y no una de esas tal vez -pudo haber sido una sonrisa, sólo se formó una mueca en su mejilla-. Incluso se rió un poco, su mirada se detuvo lejos durante un minuto, su cara sonrojándose. *Perfecto.*

Cuando volvió a mirarla, su sonrisa se había desvanecido en una sonrisa atractiva, fácil. Echó la cabeza hacia un lado, a la derecha, por lo que el sol, que entraba por las ventanas del frente, se reflejaba en sus ojos claros y provocó un color plata en su pelo.

—Grandiosa panadería ¿Es tuya? —Tenía una voz de radio, suave y sexy. A la hora de jazz con la luz de las velas.

Entonces Maizie recordó que el "DJ" estaba tratando de estafar a su Abue para que le dejara sus tierras—. Creo que usted sabe la respuesta. ¿Hay algo que pueda conseguir para usted?

Su familiar ceño fruncido volvió, el mismo que había utilizado en la Clínica de ancianos. Su tono Pícaro mejor que el agua fría.

Él era todo un empresario-rígido—. Sra. Hood, me gustaría hablar con usted acerca de una cuestión relativa a su abuela.

Oh, ella debería haber visto venir eso. No era posible agradarle a la mujer vieja para que le diera sus tierras, así que vamos a tratar de seducir a la nieta. Bueno, en realidad él no la seducía, más bien era su sonrisa sexy, su mirada con esos ojos bonitos, el uso de su boca perfecta y sus grandes manos... Semántica.

—¿Por qué no me sorprende?

—Usted no debe estarlo. Ester y yo hemos sido amigos durante años. Me preocupo por ella y, francamente, lo hago demasiado.

—¿Preocupado por qué? ¿Que ella venda sus tierras a alguien más?

—Sí. Bueno, en una forma. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

Maizie siguió su cabeceo sobre el hombro hacia Cherri y más atrás a Bob que se colocaba en la puerta trasera en donde se ocupaba de la preparación. Maldición, Bob estaba usando sus gafas oscuras en lugar del parche en el ojo.

Siempre asustaba a los otros conductores, pero el ojo que le faltaba era sólo una mala noticia para los negocios.

—Bob, ¿Dónde está tu redecilla? —Su largo pelo rubio fibroso era una violación para la salud, a punto de ocurrir.

—Van.

—¿Qué tal tu vestuario? Cherri, dale una mano, ¿De acuerdo?

Cherri miró a Bob y de vuelta a Maizie, inclinó la boca—. ¿En serio?

—No. Sólo asegúrate de que sea una redecilla esta vez y no una bolsa de cebolla vieja.

Bob mostro su tipo de risa- cáñamo de un niño—. Ya. Obtendré las cáscaras de cebolla, mi cabello era una mierda, de acuerdo.

Cherri puso una mano delgada sobre el hombro de Bob y le dio la vuelta a la sala de preparación—. Explicame de nuevo cómo tienes esa licencia CDL.

Maizie cruzó los brazos sobre el vientre y miró el Sr. Gray Lupo a sus ojos azules—. ¿Suficiente privado para usted? Es mejor si se da prisa. El personal de la tarde llegara en cualquier momento.

Personal de la tarde en una panadería. Eso fue casi cómico. Buena cosa que Maizie demasiado tiesa como para reír.

—¿Ese hombre es el conductor para el reparto?

—¿Bob? Sí. ¿Por qué?

—¿El seguro lo cubre?

—Sí. No es que sea de su incumbencia.

Gray movió la cabeza, cogió la chaqueta detrás de sus manos en las caderas. (El papi en desaprobación)—. ¡Dios!, debe de costarle una pequeña fortuna para ese ingenio detrás del volante.

—Bob tiene tres cuartas partes de ingenio, gracias. Y de nuevo, no es de tu incumbencia.

—Eres malditamente muy poco responsable.

—¿Disculpe? Muy bien, ya llegué al punto o golpearé los ladrillos—. Tenía bien pagados a los empleados como para insultarla. Ella no necesitaba de este chico.

—¿El punto? ¿Tienes alguna idea de lo que sus decisiones financieras irresponsables hacen a su abuela?

—Déjame adivinar, —dijo Maizie—. Ella se está preocupando demasiado por lo enferma que estoy por mantener esta panadería en quiebra, mientras yo estoy pagando para que se quede en la clínica de ancianos. Y si, me preocupo por ella en todo, así que debo de venderle las tierras para que mi abuela pueda dejar de preocuparse.

—Sí. No. Quiero decir... ¿Qué?

—Bueno, olvídalo. No voy a hacerlo.

Las cejas de Gray saltaron a su cabello—. ¿No quieres?

—Prefiero dejar que el banco tome la panadería y regresar a la cabaña con mi abuelita y reducir mis gastos pero no la venderé ni a usted, ni a nadie.

—¿Por qué no? —Parecía genuinamente sorprendido—. La venta podría hacerse cargo de todo, su negocio, los gastos médicos de su abuela.

—Sí, con el precio bajísimo de la felicidad de mi abuela. No, gracias.

—Si fueras amigo de la Abue sabría cuánto ama su cabaña en el bosque. Si quiere venderla es para ayudarme, pero no porque quiera deshacerse de ella. No voy a hacerlo. Nunca. Ella ya ha entregado todo por mí.

—Fascinante.

—Sin mencionar que ella patearía mi trasero por romper la promesa de su lobo de plata. —Maizie rodo sus ojos.

—¿Qué es eso?

—Nada. No lo entenderías. Las viejas historias de mi abue que me decía cuando era una niña. Y utilizaba para mantenerme en línea y para que me asustara.

—Suena terrible.

—Sí, y ahora el lobo me necesita para protegerlo. Hablé con ironía.

Capítulo 3

Traducido por Maggiih

Corregido por Amelie22

Maizie encontró la llave de repuesto en el mismo lugar donde solía estar cuando era niña, en el marco de la ventana delantera. Las flores ayudaban a esconder el llavero de tres pulgadas -Me encanta el bingo-, pero cualquiera que se tomara el tiempo para mirar la encontraría. Su abuela lo había ocultado más de los animales que de las personas. Le había dicho a Mazie que alguien lo suficientemente desesperado como para entrar a robar, probablemente rompería todo y no era necesario esconderlo de ellos. Los animales sólo harían un desastre.

La filosofía no era exactamente una con la que Maizie estuviera de acuerdo, y dudó un minuto antes de dejar la llave entre las flores. Setenta y algunos años más en la casa, su Abue nunca había perdido nada que valorara. Ella debió haber sabido lo que estaba haciendo. Puso la llave en la cerradura. La puerta se abrió. La llave era una cosa, pero dejar la puerta abierta sería un problema.

Maizie se asomó por la abertura—. ¿Hola? ¿Hay alguien aquí? Soy sólo yo... Caperucita Roja... cargando un arma de calibre 357 en su recatada mano pequeña. —Esa sería una amenaza mucho mejor si ella de verdad hubiese tenido un arma de calibre 357. Ella no escuchó. Nada—. Bueno, claro que no habría nadie aquí, por qué un ladrón respondería. —Maizie rodó sus ojos por su estupidez y entró.

—Dios mío, este lugar nunca cambia. —Maizie examinó la pequeña sala de estar a su derecha, tiró su mochila en el sofá blanco voluminoso, casi golpeó la lámpara del final de la mesa.

En la pared del fondo, junto a la chimenea de piedra, uno de los lados de las puertas francesas a la sala de estar estaba entreabierta. Ella podía ver la esquina de la sala. Los cálidos rayos del sol de la tarde daban a los pisos de azulejo un tono de fuego y por los colores en las paredes de ladrillo debajo de las ventanas.

En la sala, a pesar de las paredes amarillas-oro y blancas cortinas airosas, ya entraban las sombras de la noche. Ella se inclinó y encendió la lámpara a su lado.

La luz se filtraba a través de la ventana con cortinas en la parte superior de la estrecha escalera delante de ella. Los pisos de madera oscura brillaban contra las paredes blancas. A su izquierda las ventanas de la cocina detrás del lavabo y los enchufes se extendían a todo lo largo de la habitación. Se inclinó hacia adelante, viendo el vaso pequeño de violetas frescas en el alféizar detrás del lavabo. Nadie había estado allí en meses. Era extraño.

La cocina era del tamaño de una caja de zapatos, una habitación estrecha recta con el lavabo, una vieja estufa de gas, un horno a un lado y una pequeña despensa junto al refrigerador al otro lado. La mirada fija en él trajo recuerdos calientes de su infancia. Que habían sido más que suficientes para ella y su Abue.

Maizie dio vuelta a la cocina y a sus recuerdos, y cruzó a la sala por la puerta abierta que daba a toda la estancia. Antes de llegar a la chimenea, un olor familiar cosquilleó su nariz. Olía como a... colonia de hombre. Un escalofrío sacudió a través de sus hombros, se le aceleró el ritmo de su corazón y se le tensaron sus músculos.

El aroma se desvanecía, pero ella lo reconoció. Ella sabía quien usaba esa colonia. ¿Quién era? Trató de hacer clic a través de los posibles rostros en su mente, pero su cerebro estaba demasiado asustado por el hecho de que alguien hubiera estado en su casa. Podría seguir allí.

Algo se movió en la sala, un ruido contra el suelo de azulejo, y el corazón de Maizie estaba en su garganta. Se quedó inmóvil, su mente intermitente con toda clase de horribles imágenes de quien podría haber hecho el sonido. Todas las películas de Psicosis que jamás había visto parpadeaban a través de su cabeza en alta definición. Imágenes de extraterrestres comiendo el contenido de los estómagos de las personas, hombres vestidos de cuero armados con moto sierras, máscaras de hockey brillando en la oscuridad, su imaginación retorcida la mantuvo clavada en el suelo.

Pasaron los minutos y sólo los cantos de los pájaros y el susurro del viento entre los árboles se escuchaba. La cordura empezó a filtrarse de nuevo en su cerebro aterrorizado. Era evidente que alguien había estado allí y dejó las flores. Nada parecía fuera de lugar, por lo que no habían robado. Si la Abue tuviera alguien en la casa para cuidarla, tal vez había dejado abierta la puerta trasera como lo había hecho en la parte delantera y algunas criaturas del bosque habían decidido comprobar lo nuevo.

—Idiota. Es sólo un mapache o un ratón o algo así. —Sin embargo, mantuvo su voz en un susurro, en caso de que hubiera un tipo grande con una máscara de hockey y con la moto sierra.

Caminó cautelosa por la cómoda alfombra hacia las puertas francesas. Cogió el atizador de hierro de la chimenea y abrió lentamente la puerta, lo suficiente para que ella fuera capaz de deslizarse a través de ella.

Uno, dos... tres. Maizie saltó por encima del umbral, llevando la tierra frente a la pared hacia la izquierda, con las piernas extendidas, las rodillas dobladas, el atizador en un doble puño y lo alzaba por encima de su hombro como un bate de béisbol.

—¡Ah-ha! —Oh mierda. No es un ratón—. Perrito bonito.

Un destello de piel plateada y un gruñido llamó la atención de Maizie. Su mirada se concentró en el gran lobo mientras él se estremecía, agazapado, listo para saltar. Los dos se congelaron, sosteniendo sus miradas.

La cosa era enorme, sus grandes orejas escuchando más que sus palabras. Los ojos azules la miraban como si esperara el momento adecuado para atacar o correr. Un gruñido sordo llenó el espacio entre ellos, aunque su rostro permaneció aparentemente tranquilo y curioso. Su cabeza baja, los ojos mirando hacia arriba por debajo de la plataforma de su frente peluda, miró a Maizie curiosamente.

—¡Fuera, fuera! —Dijo, aunque todavía era un susurro. No tenía sentido alterar al gran, gran, gran, gran lobo.

Inclinó la cabeza, sus orejas se movieron hacia adelante, y se enderezó. Cualquier miedo que hubiera sentido un segundo antes pareció desvanecerse, la curiosidad audaz tomaba su lugar. El lobo olió el aire, moviendo su nariz negra y brillante.

—Vamos, sal. —Maizie hizo señas al animal hacia adelante, esperando de nuevo que saliera por la puerta abierta.

Un resoplido duro y un movimiento de su cabeza, parecían una respuesta firme antes de que el lobo se acercara a ella. Maizie retrocedió varios pasos, manteniendo la misma distancia. A este ritmo, el lobo la espantaría a salir de la casa en vez de ella espantarlo a él.

Era un hermoso animal, con hipnóticos ojos azules y piel gruesa plateada.

Una proverbial luz entró en el cerebro de Maizie—. ¿Eres el gran lobo plateado de la Abue? —El gran animal levantó sus orejas, la cabeza erguida. No es

sorprendente que haya actuado de manera audaz—. No puedo creer que seas real. ¿Qué estuvo haciendo, alimentándote?

Maizie exhaló, finalmente, y bajó el atizador—. Pobrecito. Probablemente, la extrañas, ¿Eh?

El lobo se acercó más, con la nariz hacia fuera, oliendo. Ella levantó la mano, el resto de su cuerpo todavía firmemente en estado de precaución. El hecho de que la Abue hubiera conseguido acercarse lo suficiente a esta cosa para hacerla sentirse cómoda, caminando en su casa, no lo hacía menos salvaje.

—Por favor no me comas.

Aliento caliente se apoderó de su piel, mientras el animal tomaba su aroma. Entonces la lamió. Maizie saltó con la sensación que el lobo le dio, y el lobo se asustó. Ella rió, el animal la miraba, agazapado, en espera de una pista de su próximo movimiento.

—Lo siento. Tu lengua me hizo cosquillas. —No es que ella pensara que el pudiera comprender, aunque era evidente que la abuela creía que podía.

El lobo se irguió, sobresaltado con el miedo, ardiendo un frío en sus ojos. Se estiró hacia ella y lamió sus nudillos. Su lengua áspera que masajeaba su piel, hizo que se detuviera su respiración. Se acercó. Y la lamió otra vez, la sensación desató una onda de escalofrío hasta el brazo, derramándose por todo su cuerpo.

El gran animal bajó la cabeza y un resoplido de aire caliente tocó su rodilla seguido por su lengua caliente. La olfateó, la lamió cogiéndola debajo de la rodilla y presionando hacia arriba y hacia la parte inferior de su muslo. Dios, ella esperaba que él no tuviera hambre.

La sensación áspera de tirantez en su carne era agradable de una manera extraña. Lo hizo de nuevo, esta vez su larga lengua la envolvió alrededor de su rodilla y tomó el hoyuelo sensible detrás. Maizie jadeó, su aliento se estremeció, no estaba segura de si estaba siendo probada o excitada. ¿Exactamente que es lo que la abuelita le había enseñado a esta cosa?

Alentado o hambriento, el lobo se acercó. Maizie le cepilló la piel sedosa del cuello y la cabeza mientras olía el dobladillo de su vestido. Alzó la cabeza, apretando la nariz contra la ingle.

Ella se apartó—. Perro malo, quiero decir, lobo. Por lo menos cómprame primero la cena.

Su nariz fría dio un pequeño codazo en el borde de su vestido, levantándolo mientras su lengua se trasladaba a la cara interna de su muslo. La sensación era una mezcla de vergüenza, miedo y placer. Las dos primeras emociones sobrepasaron demasiado.

—Correcto. Ya basta de eso. —Maizie dejó caer el atizador para empujar con las dos manos la cabeza masiva del lobo, tratando de retenerlo y alejarse, al mismo tiempo. Pero el lobo siguió paso a paso, lamiendo cuanto podía, hasta que su espalda estaba contra la pared. Atrapada, con su larga lengua que se trasladaba por el muslo interno, su piel hormigueaba, con los músculos rígidos. Cerró los ojos, rezando para que no la mordiera.

La lamía juguetonamente hacia arriba, la gran cabeza del lobo levantaba su vestido a su paso.

—Oh, mierda.

Esto no estaba ocurriendo. ¿Qué tipo de animal salvaje hacía esto? Con las manos en puños, orejas y grupos de piel gruesa alrededor de ella sacó la cabeza, trató de levantar una rodilla, empujándolo del cuello con toda su fuerza.

Su celo para su gusto se intensificó, su gran cuerpo empujaba más y más. ¿Qué pasaba por su mente, hambre o sexo? No le gustaba ninguna posibilidad.

Su corazón martilló contra su pecho, su respiración era un poco más frenética. Le temblaban las rodillas, los codos en posición, empujando la cabeza del animal con cada onza de su fuerza. Otra lamida trajo su lengua tan alto en su muslo interno, que ella jadeó sin aliento en un conflicto rápido de placer y disgusto.

—No. ¡Basta, estúpido idiota! —Lo empujó, aunque su lengua salió como una flecha de todos modos, siguiendo el pliegue de piel entre su pierna y su sexo.

—Joder.

Su nariz fría dio un empujón en contra de sus bragas y todo el cuerpo del lobo se estremeció con un sonido como un ronroneo salvaje bajo.

—No. —Maizie torció la pierna, en ángulo del talón de su zapato y lo pisoteó. El lobo aulló y saltó lejos. Sostuvo la pata delantera en la tierra, favoreciéndole. El dolor en sus ojos... casi era humano. El lamento anudado atravesó en el vientre de Maizie. El Lobo tonto no conocía nada mejor.

—Lo siento, pero yo no soy esa clase de chica.

El lobo de pelo plateado sacudió la cabeza, y después desde la espalda hasta su cola. La piscina de agua en sus ojos azules subió hasta ella. Él parpadeó. Ladró una vez, lo suficientemente alto como para hacerla estremecer, se volteó y corrió hacia la puerta mosquitera.

—Hey. Espera. Déjame ver tus patas por lo menos. —Ella corrió tras él y casi se cayó cuando su zapato quedó atrapado en un montón de trapos, cerca de la puerta. Ella lo miró. Pantalones destrozados, una camisa, incluso un par de zapatos que sobresalían por debajo de la suciedad.

—¿Por qué zapatos? —Maizie se mantuvo inmóvil. Se lo imaginaría después.

Más allá del patio de ladrillo, del comedor y la ruta automática de la trayectoria a través del jardín de flores de la Abuela, en un espacio de unos cinco metros que separaban el patio trasero de las hectáreas del bosque. Maizie se detuvo en el borde de maderas oscuras. No había rastro del curioso lobo.

Ella había jugado en estos bosques la mayor parte de su vida, lo conocía como su propio dormitorio, aunque ella nunca, en todos sus años, siguió el camino hasta el fin. El sucio camino de tierra como una herida y curvas de varios kilómetros por el bosque, se ramificaban en las secciones cruciales para llevar de una manera u otra.

En una sola dirección el estrecho sendero conducía a las minas de carbón local, con construcciones de tipo industrial, y el zumbido de las máquinas y ruidos de camiones día y noche. Otra sección muy profunda en el bosque se ramificaba hacia el lugar de caza. Más allá, otro llevaba a un lago cristalino claro al que se rumoreaba que los adolescentes iban a nadar. Pero el camino principal era a través de la orilla en un lado lejano del bosque.

No había recorrido ese camino en años. La hermosa construcción de viviendas conducía a su antiguo barrio. Donde había vivido antes del accidente, antes de que su mundo hubiera cambiado. Su abuelita le había prohibido que vagara en lo profundo del bosque, asustándola a su obediencia con cuentos viciosos, lobos hambrientos. Pero ella no necesitaba las advertencias de la Abuela para obedecer. Sólo tenía recuerdos dolorosos del otro extremo de la ruta cubierta de vegetación. Una vida perfecta arrancada en una noche lluviosa por una bestia.

Ella no tenía ganas de caminar penosamente a través de esos recuerdos.

Además, era más probable que el gran lobo plateado de la Abuela se hubiera dirigido de nuevo a cazar. Se suponía que hubiera vallas para mantener a los animales y preservar a los seres humanos. Si el lobo era parte de la reserva, probablemente hubo un problema con las vallas. Después lo comprobaría, tal vez encontraría al aterrador lobo de plata y el agujero que había hecho para salir.

Maizie caminó. Tres pasos, y el espeso follaje se tragó el último parpadeo de luz. Un azul-negro frío era el único signo de que la plena noche aún no había caído. Ella siguió caminando, encontró el camino casi por reflejo. Estos bosques eran su casa para ella, no importaba en lo urbanizado que se hubiera convertido. En cuestión de segundos el patio trasero de la Abuela desapareció de su vista y se hundió en el bosque a su alrededor. Ella siguió caminando.

Pasaron los minutos, cinco, doce, antes de encontrar los débiles restos del antiguo camino. A la Reserva de caza. Con su primer paso fuera del camino principal, temblaron sus dedos, y la atravesó un invisible cosquilleo en su espalda. Sus instintos temblaban. Ella no estaba sola. Su vientre revoloteaba, los músculos de sus piernas temblaban, deseosos de correr.

Ella siguió caminando, explorando el bosque a cada lado. El alto pabellón de árboles mantenía la maleza baja. Podía ver a cierta distancia, aunque la disminución de la luz hacía que fuera cada vez más difícil. Entre los árboles, el cielo y las bajas colinas, la espesura impar de matas, de zarzas y vegetación a lo largo de árboles caídos, había muchos lugares para esconderse.

Luchó con su instinto y Maizie se detuvo. Alguien estaba cerca. Podía sentirlo. ¿Era el lobo o algo peor? Su pulso se aceleró, puso sus puños a sus costados. Nunca había tenido miedo de estos bosques antes. Pero por otra parte nunca había vagado tan profundo. Los pelos en su nuca cosquillaban, su vientre se estremeció. Ella entrecerró los ojos, tratando de ver con claridad. Un destello de movimiento en la esquina los hizo abrir. Maizie rompió su atención a su izquierda. No había nada.

Otro movimiento un poco más a la derecha. Miró, pero sólo fue un medio segundo demasiado tarde. Una vez más, a varios metros de lo más profundo, algo agitaba las ramas bajas de un arbusto. No vio lo que era. Y entonces ella alcanzó a ver. Piel marrón, un tono más claro que la suciedad.

Ella miró, trató de reducir su visión en un pedazo de zarzas donde creía que se había escondido. Gruñidos retumbaban a lo largo del suelo del bosque, vibrando a través de su pecho. El sonido envió un escalofrío a través de sus venas.

La oscuridad estaba cayendo rápidamente. No podía ver nada con claridad y las sombras eran cada vez más gruesas, cerrándose dentro. El estruendo bajó la rodeaba, cambió el tono, alterando la cadencia hasta que fue menos que un gruñido y más como un gemido...

La curiosidad y la carrera rápida de adrenalina sustituyeron el miedo, empujándola hacia adelante. Un chasquido se hizo eco en los árboles, acompañado por un extraño sonido, que sonó más como un húmedo chapoteo, más suave, pero estaba allí. Los sonidos provenían delante de ella, al otro lado de un grupo de troncos de árboles, estaba demasiado fuera de lugar para ignorarlo.

Se acercó cautelosa, pisando suavemente. Sus manos más cerca de los troncos de los árboles, Maizie miró alrededor y todo lo que había estado escuchando tubo sentido, y a la vez no lo hizo.

Allí mismo, en medio del denso bosque estaba un hombre, tal vez de cincuenta años, arrodillado, desnudo, con el rostro tenso y por el esfuerzo. Los músculos se definían a través de su vientre plano, sus muslos gruesos superiores se flexionaban, apretando sus manos en las caderas de una mujer impresionante. Las caderas del hombre se sacudían en un duro ritmo constante, con las piernas golpeando contra el culo de la mujer en cuatro patas frente a él, conduciendo a su sexo profundamente repetidas veces.

Maizie estaba de pie, hipnotizada, mirando a los dos perdidos en las sensaciones de sus cuerpos. La mujer separó su largo cabello rubio de su cuello, dejando al descubierto la fina línea de su espalda. Tenía los ojos cerrados, su cuerpo balanceándose, conduciéndose a sí misma con más fuerza, más rápido contra la polla de su amante. La mujer separó sus rodillas más ampliamente, tomando más de la polla dura en su cuerpo. Maizie vislumbró el eje del hombre, brillante, cada vez que se retiraba. Sus poderosos músculos tensos por el culo, firme y redondo, empujándose a sí mismo tan duro en el cuerpo flexible de su amante se sacudía bruscamente con el impacto.

El sonido del sexo atronó los oídos de Maizie, su cuerpo repentinamente se calentó, sus músculos bajos en su interior se mojaron, flexionándose con una necesidad creciente. Ella debió mirar hacia otro lado. Dándoles privacidad. Pero en el instante en que tomó su decisión, el hombre miró por encima de su hombro hacia ella.

Maizie jadeó, sorprendida de que hubiera sabido que estaba allí, avergonzada por haber sido sorprendida mirándoles, y horrorizada por la fuerza del impulso de unirse a ellos que se apoderó de ella. Contuvo la respiración, esperando a que le gritaran, o que maldijeran por su grosería. El sonido de su corazón era tan fuerte en sus oídos que no podía oír el chasquido de su carne.

Una extraña sonrisa tembló en la comisura de la boca del hombre. Se lamió los labios, movió la cabeza en una fracción de pulgada y un destello de color en el cuello le llamó la atención. Había algo allí, rojo y abultado. Maizie se concentró, luchando contra la distracción de hacer el amor. Le tomó un momento, pero finalmente se dio cuenta de que tenía desgarrada su carne. Algo lo había mordido. La sangre se había secado alrededor de la herida, formando costras en la oscuridad, trozos casi negros y al final un flujo desordenado a lo largo de su pecho. La carne cruda y la sangre brillaban en la tenue luz de la luna, pero parecía como si la herida estuviera curada. Por cierto, no lo había detenido de complacer sus necesidades carnales con la mujer.

La posición del hombre cambió, llamando la atención de Maizie en el momento exacto en que, sin dejar de mirarla, dejó caer la mano. Ella podía ver su polla perfectamente ahora, húmeda y dura que conducía dentro y fuera de la mujer. Los sonidos del sexo se hicieron eco en su cabeza.

Maizie tragó la bola de espesor de lujuria en su garganta, su cara caliente, los muslos húmedos, su sexo vibrando de necesidad. Un grito repentino se adentró a través de la niebla brumosa de su cerebro. Los movimientos rítmicos de la mujer se convirtieron en frenéticos y despiadados por la necesidad.

Su culo se tensó, los dedos se encrespaban, enviándolos alrededor de los tobillos de su amante, trabajando sus cuerpos juntos, mientras ella montaba su orgasmo. Él conducía un ritmo contrario, que trabaja su cuerpo con el de ella, empujándose a sí mismo por el borde del orgasmo en un segundo después.

Maizie se apartó, sintiendo que el tiempo para huir, rápidamente se le escapaba. Su talón quedó atrapado contra una raíz expuesta y se tropezó, de pronto la atención de la mujer estaba en ella. No había indicios de una sonrisa en ella.

—¿Qué carajo?

Maizie corrió porque había sido sorprendida observando un momento privado, la mirada de la mujer era sorprendida y asesina, porque alguna parte de Maizie aún quería encontrar una manera de unirse a ellos. Corrió. Y la persiguieron.

Maizie conocía el camino, incluso en un pánico ciego podía encontrar su camino de regreso a la casa de su abuelita. Pero estaba tan lejos de casa y el sonido de las pisadas detrás de ella, estaban cada vez más cerca. En la parte posterior de su cabeza, escuchaba cada paso, cada paso largo y, después los pasos cambiaron, el ritmo se duplicó, aligerado.

Ella miró por encima del hombro y se dio cuenta de que la pareja no estaba persiguiéndola. Era un lobo. Este no era el lobo de la casa de la abuelita. Era otro lobo que debía de haberse escapado de la Reserva. Dios, ¿Cuántos de ellos habían aquí?

Su poderoso cuerpo largo adquirió velocidad, la piel marrón se inclinó con el balanceo rubio sobre sus músculos. En una falta de definición la pasó, giró y le bloqueó el camino. Se había movido con tanta rapidez, que Maizie no había tenido tiempo de cambiar de rumbo. Se deslizó y paró, mirando la boca temblorosa del lobo gruñendo.

—Tranquilo, muchacho, —dijo, aunque su voz era demasiado débil para comprenderse—. Déjame pasar. Voy a estar fuera de tu bosque en pocos minutos. Buen, chico. Buen... chico.

Los gruñidos del lobo se hicieron más fuertes. Maizie se dio cuenta de que no era un macho. Era hembra. El lobo se acercó y todo dentro de Maizie gritó pidiéndole correr. Ella no lo hizo, a pesar de que no había ni un apise de cariño entre ella y el peludo de cuatro patas y colmillos. Maizie sabía lo suficiente para no correr y disparar su instinto de persecución.

Ella se mantuvo firme, el miedo daba paso al resentimiento, la ira. Ella no tenía un arma y no podía dejarlo atrás. Si la bestia decidía que quería su muerte, no había nada que pudiera hacer al respecto, al igual que sus padres.

Ella había tenido suficiente—. Bien. Sea lo que sea. Mátame o déjame sola. Ya he tenido suficiente con los lobos inquietantes en mis sueños, rondando mi vida. Acaba de una vez ya. —Era un animal. Ella sabía que no podía entender, pero, sin embargo, retrocedió.

Y entonces se oyó. Un aullido lejano. La llamaba otro lobo. Después de un resoplido duro, su perseguidor se volvió y se lanzó de nuevo por donde había venido. Maizie ni siquiera hizo una pausa para pensar en ello. Ella sólo se volvió y corrió a la casa.

* * *

Su cuerpo se estiró y contorneó, tirando de los músculos y la piel, reformando los huesos. El cambio fue doloroso, como el infierno, pero le hizo saber que estaba vivo. Gray permaneció durante varios segundos mirando a través de las agujas verdes de los pinos. Por encima estaba la tinta negra del cielo de la noche, la luna apenas era una rendija de color amarillo, había pocas estrellas las suficientes para contarlas.

Viejas agujas de color marrón y en descomposición, cojines debajo de él. Respiró profundo, tomando el aire en sus pulmones, lavando su aroma. ¡Dios, que aún podía saborear dulce y salado! El olor de su coño tan desesperante, su polla había pasado de lobo a hombre, sin perder la erección dura como una roca por un segundo.

Maizie. ¿Qué había en ella que le hizo perder el control? Diablos, no podía recordar la última vez que una mujer le había echo sentir un maldito calor, la pared retráctil entre los asientos en su limusina constituía privacidad suficiente para apagar el fuego. Pero nunca había tenido este tipo de necesidad enloquecida, por lo que incluso la bestia en él anhelaba su olor, su sabor.

No podía creer lo que había pensado en hacer esta noche, lo que casi había hecho. Como un lobo, algunas cosas se complicaban más, casi imposibles de entender, y otras cosas se cristalizaron con la nitidez del blanco y negro. Ella era la hembra su macho. Olía a ella, el almizcle dulce de su sexo. Lo probó. La quería a ella. No había nada más que importara.

Dos segundos más y él la habría tenido de rodillas, follándola por la espalda, su hermosa polla en su jugoso coño. Gray se lamió los labios, probó la indirecta de ella allí. Él quería más. Como un lobo, su lengua era tan larga que la pudo haber follado con ella. Casi lo hizo.

Sacudió la cabeza, trató de hacer desaparecer el pensamiento y sólo entonces notó que su mano acariciaba el eje duro de su polla. Joder, estaba perdiendo su mente.

Gray no sabía cuánto tiempo había estado allí, treinta minutos, una hora. ¿Quién sabe? Pensar en Maizie era tan relajante y lo excitaba, pero ya era hora de volver a la realidad. Empujó sus pies y se dirigió hacia el borde del bosque, su polla rebotando, prácticamente señalando el camino. Esta cosa con Maizie le asustaba el infierno fuera de él y todavía su polla quería hacerlo.

Él no era un maldito animal. Se podía controlar a sí mismo, elegir el momento para ceder a las exigencias carnales y cuando no. Lamentablemente, si no se daba en breve, corría el riesgo de hacer algo realmente estúpido como follar a la primera mujer que se le ofreciera.

—Mmmm, ¿Necesitas ayuda con eso? —Su cuñada, lo precisamente *‘realmente estúpido’* que le preocupaba. Ella descansaba desnuda en la silla del patio, mirando a su polla rebotando. Estiró una de sus piernas, dobló la otra y la dejó caer al lado para que pudiera ver el brillo húmedo de su sexo.

—¡Vístete, Lynn! —Quizá no sabía cuánto tiempo había permanecido debajo de los árboles pensando en Maizie. Pero él sabía que había pasado al menos una hora desde que la había llamado para que volviera de su carrera solitaria.

¿Qué demonios había estado haciendo por ahí, tan tarde por su propia cuenta, de todas formas? Su cerebro humano le dijo que no era de su incumbencia, pero en él el alfa gruñó, queriendo saber lo que sucedía con los miembros de su manada. Empujó el impulso autoritario de sus pensamientos.

Gray pisoteó hasta los escalones de piedra en el patio, mirando por encima de su cuerpo esbelto, era un hombre después de todo y caliente como el infierno. Se veía malditamente buena también, con pechos altos y firmes, cintura pequeña y una suave curva en las caderas de mujer. Era morena, a pesar del pelo rubio rojizo que se encrespaba sobre sus hombros. Su pequeño coño no mentía.

—No hasta que me digas por qué estás jugando al gato y al ratón con un pedazo humano cuando tienes este agradable culo que te espera. —Agarró de la muñeca a su paso, tirando la mano de él hasta su pecho.

Se arqueó en su palma, su duro pezón se asomó entre los dedos. La fragancia de flores fuertes de su perfume llenaba su nariz de modo que no podía oler nada más. Apretó sus dedos antes de que pudiera detenerse, y sintió su carne amoldándose en su mano. Sus dedos exprimieron el pezón, la sensación envió una descarga rápida a través de las venas de su polla. Auto-repugnancia rodó sobre él como el plomo frío y se apartó.

—Tú eres la hermana de mi mujer. Nunca va a suceder. Acéptalo. Y vístete.

—Tu esposa muerta, querrás decir. Eres de la manada, Gray. No eres humano. Sus reglas morales no se aplican a nosotros. —Giró sus caderas, moviendo los pies al suelo y se levantó. Dio un paso al lado de él, presionando su cuerpo desnudo a su lado para que su brazo estuviera situado entre sus pechos suaves, apretando su

vientre y sus dedos por el cabello húmedo de su sexo.

—Antes de que Donna te transformara, te dije lo que éramos, en lo que te había convertido. Tú sabías que su compañero sería nuestro alfa. Sabías lo que quería decir, lo que significa todavía.

Gray dejó caer la cabeza hacia delante, odiando cuánto le gustaba la sensación de sus curvas femeninas en su contra. Había pasado demasiado tiempo. Demasiado tiempo. Sus dedos doblados, acariciaban a través de sus cabellos sin darse cuenta de lo que había hecho. Ella empujó las caderas hacia delante, le dio acceso libre.

—Yo sé lo que significa, — dijo.

Los labios de su coño estaban hinchados, húmedos, como si acabara de mantener relaciones sexuales. Sabía que no lo había echo. Lynn no tenía un compañero, ya que le había negado su permiso para convertir al padre de sus hijos. Sólo por esa razón estaría encargado de satisfacer sus necesidades, siendo el alfa estaba obligado. Apretó un dedo entre sus labios exteriores, donde encontraba en su clítoris inflamado.

La mano de Lynn apretaba el antebrazo, lo tenía con ella, ella bombeó sus caderas. Su dedo estaba empapado en segundos, entrando y saliendo de su coño tan fácil, añadió otro, luego otro.

Lynn echó atrás la cabeza—. Sí. Oh, Dios. No te detengas. Por favor, Gray... sólo... no te detengas.

Deslizó su brazo bajo el suyo, sobre el estómago apretando su polla dura, sus giros salvajes haciéndola rebotar aún más. Su mano lo exprimió, acariciando la sensible carne. Se sentía bien. Demasiado bueno. Maldita sea.

Cogió su mano sobre su polla. Aún sosteniéndola. Ella haría que él se viniera. Al diablo con el código de la manada, las obligaciones de cargo, él no quería eso. No podía permitir que la hermana de su difunta esposa, se lo hiciera. Lo poco que tenía para Lynn era compasión, culpa, no deseo. La próxima vez que encontrara una pareja adecuada, humano o de otro modo, él no la pararía. Eso decía su mitad humana, su mitad lobo no estaba tan segura.

—¡Fóllame! —Ella se apretó contra él, y Gray empujó sus dedos profundamente en ella, los mantuvo allí, sintiendo la suave compresión de las paredes húmedas y la liberación con su orgasmo. Esperó a que su dominio sobre su brazo se relajara, entonces él se apartó.

—Mmmm. ¿Seguirás haciéndolo después de que hallas probado a tu pequeña perra? —Ella le apretó la mano alrededor de sus dedos mojados, acariciando como si hubiera tratado de frotar su polla, con su crema lubricante. Su polla tembló, una gota salió de su punta.

Apretó la mandíbula. Resuelto—. No. Encuentra un compañero, Lynn. Es el momento.

—Lo hice. No me dejaste estar con él. —Ella prácticamente tiró de su mano, su voz, un silbido maligno.

—Estaba casado. Todavía está casado. Le echaste antes de que los gemelos nacieran y él nunca dejó a su mujer.

—Shawn la habría dejado por mí. No hubiera tenido una opción si lo hubiera transformado.

—¿Eso es lo que querías? ¿Quitarle todas las demás opciones? Él estaba engañando a su esposa, Lynn. Él te hubiera engañado. —Gray tomó su rostro. Ella trató de apartarse pero la enganchó por la cintura.

Sus vientres juntos, su polla, finalmente se ablando contra ella.

—Quiero que seas feliz, —dijo—. Tú y los niños se merecen a un buen hombre. Alguien de quien tu mamá no tenga que preocuparse. Como mi hermana es lo menos que puedo esperar. Y como que soy tu alfa es lo menos que puedo exigir.

Ella resopló y empujó su abrazo—. Shelly y Ricky tienen 29 años. Ellos saben quién es su padre y no lo necesitan. Mamá quiere que su alfa sea parte de nosotros, como debe ser. Si no somos tú y yo, entonces voy a encontrar a un hombre que luche por mí, y la manada. Recuerda mis palabras, Gray, nos perderás a todos.

Capítulo 4

Traducción por Darkemily

Corrección por Nanis

El lago de la mina era como el agua de una bañera caliente. Maizie se deslizó más profundo, disfrutando de la sensación sedosa del agua que abrazaba alrededor de sus muslos, mojando los rizos rojos entre sus piernas. No, espera. No era correcto. El lago de la mina nunca era caliente y en sus muslos parecía absolutamente fabuloso. Ah.

Soñando satisfecha, el subconsciente de Maizie tomó el control.

Cuidando de no resbalarse en las piedras debajo del agua azul verdoso, Maizie dio un paseo más y más hasta que ella estaba seca de sus pechos para arriba. Los pelos finos en la parte posterior de su cuello, hormiguearon. Ella se detuvo, exploró la pared alta de la mina en un lado, la playa y los bosques más allá. Un viento fresco recorrió el lago, llevando los perfumes del bosque, y algo más. Hubo un dulce olor, pero no de la naturaleza. Fue definitivamente masculino, como colonia de hombre sólo más terrenal, más rico, pero nada que ella haya oído alguna vez de una botella.

La carne de gallina cubrió su piel, y Maizie cruzó los brazos sobre sus pechos desnudos luchando contra el enfriamiento. Sus pezones fruncidos sintieron comezón con el roce de su propia piel, pero empujó la sensación de sus pensamientos. Alguien estaba allí, escondido entre los árboles caídos y las sombras. Podía sentirlo en sus huesos. Maizie bizqueó con los ojos, buscando la forma extraña o fuera de lugar. No fue nada. No había nadie a la vista.

Ella estaba siendo paranoica. Se volvió para disfrutar de su baño, haciendo caso omiso de su preocupación. Abrió los brazos así que cuando las rodillas se doblaron, ondas diminutas acunaron sus pezones. El aire dejó sus pechos maravillosamente fríos. La emoción de su baño tenía a su cuerpo entero tarareando con entusiasmo prohibido.

Dedos invisibles repiqueteaban por su espalda de nuevo. ¡Maldita sea! alguien estaba mirando. Podía sentir su atención enfocada como manos a tientas en su cuerpo. Maizie volvió la barbilla a su hombro, mirando de nuevo en el bosque. Nada había cambiado, no había rastro de nadie, pero él estaba allí. Estaba segura en ese momento. Él la había visto desnudarse y meterse en el agua. Él estaba mirando ahora, seguro, arrogante, sabiendo que no lo había visto—. Probablemente tiene su polla en la mano derecha ahora, masturbándose. —Dio la espalda al voyeurista enloquecedor y se zambulló en el agua. Las corrientes dieron masaje a su cuerpo desnudo mientras nadaba, revoloteando sobre sus pechos, el calentamiento entre los muslos.

Llegó a la superficie y nadó hasta el otro lado, donde la playa era de tres pies de rocas dentadas y luego una pared de piedra caliza de cinco pisos. Maizie miro hacia el otro lado donde el bosque bordeaba la playa y su vestido y ropa interior estaban cubiertos por un tronco torcido. Él todavía estaba allí, en alguna parte. Incluso a esta distancia lo sentía mirando. Una sonrisa tiró de la esquina de su boca.

¿Por qué estaba sonriendo? Puede ser cualquiera, un violador, un psicópata, un recaudador de impuestos. Ella debería estar asustada, alarmada, o pensando en los ingresos. Pero no lo estaba. En su sueño, Maizie fue valiente y estaba caliente. Ella estaba tan encendida que podía sentir los jugos de su coño caliente como crema líquida incluso bajo el agua. A ella le gustaba ser vista... por él.

¿Quién sabe?

Él. *¿Sabía quién era?* Sí. Se dio cuenta ella, pero su subconsciente no se lo decía. Maizie se zambulló de vuelta bajo el agua, nadando en la medida en que sus pulmones se lo permitían. Cuando llegó de nuevo estaba lo suficientemente cerca de tocar fondo y subir la pendiente gradual hacia el borde. El agua estaba menos profunda con cada paso, Maizie sacudió sus caderas más seximente para un lento revelar. Con ambas manos se alisó el agua de la cara, sobre la frente y por el pelo. Si su admirador secreto quería un show, ella le daría uno.

Se dirigió al tronco torcido, pero tuvo una mejor idea cuando se dio cuenta de la gran piedra más allá de tres metros, inclinada en un ángulo suave. Era ancho y plano, un escenario perfecto. El agua cosquilleaba debajo de ella detrás de su pelo, por encima de su culo, corriendo entre sus piernas.

Maizie mordió su labio en una sonrisa, sus músculos apretados, pechos pesados, aire fresco sobre su piel. No había manera sexy para subir a la roca, pero se las arregló con una cantidad mínima de vergüenza. Se estiró, levantando su pelo largo mojado, este sopló en abanicó hacia fuera encima de su cabeza cuando

ella se extendió abajo.

Un crujido de hojas, el chasquido de ramitas, su mirón se movía alrededor por un mejor ángulo. Bueno. Esta vez la hizo sonreír. Maizie cerró los ojos, se abrió a la sensación de su mirada, tocándose donde las manos de él no la podían alcanzar.

La roca estaba caliente contra su espalda, el sol luchando contra la frialdad de una brisa sobre las gotas de agua sobre su pecho y su vientre. Se frotó las manos sobre ellas, extendiendo el agua, ayudando al sol a secar su cuerpo. Su piel se estremeció bajo su toque, sus pechos dolían por el estímulo, los pezones duros y erguidos. Su vientre apretado con la sensación de su mirada fija sobre ella, sus músculos sexuales pulsaban, su cuerpo mojado y listo. Se frotó la mano sobre sus costillas, que frotaban hasta ahuecar un pecho en su palma. Su espalda se arqueó. Ella se imaginó que era su mano, sus dedos que pellizcaban su pezón sensible.

Maizie aliso su mano libre bajo su vientre, fingiendo que ellos eran sus dedos que bajaban a través de los gruesos rizos rojos de su monte de Venus, acariciando parte de los labios mayores, jugando con su clítoris hinchado. Ella gimió con el toque, el pensamiento, su apertura sexual, ansiando estar llena. Sus dos dedos se deslizaron entre sus labios interiores, que empujaban en su sexo su palma presionada contra su clítoris sensible.

Sensaciones zumbaban a través de su cuerpo, su sexo apretando los músculos, alisando los movimientos rítmicos. Contuvo la respiración, la construcción de una suave presión que brotaba de su centro. Se lo imaginaba, junto a ella, sobre ella, sus dedos entrando y saliendo de su sexo, su mirada se centró en verla responder a su contacto. Se había endurecido a la vista de su placer, lo deseaba, pero queriendo mirar también. Ondas de calor líquido hormigueaban en su piel como si ella pudiera sentir su aliento.

Cerniéndose sobre ella, casi besándola, pero no. Ella inclinó sus rodillas, con las piernas abiertas, queriéndolo allí dentro de ella.

Maizie se retorció contra la roca dura, olvidándose de su público, se perdió en el remolino rápido de la sensación en su interior. Ella mordió su labio, se concentró en la presión deliciosa, la liberación a sólo unos pocos segundos de distancia. Ella levantó las caderas, los dedos, el bombeo de su sexo, conduciendo su orgasmo más cerca, más rápido. Casi allí.

Algo se movió al lado de la roca. Maizie quería mirar, pero no lo hizo. No podía perder este sentimiento, esta dicha que venía. Ella apretó los dientes. Sólo otro segundo entonces ella miraría. Su mano mantuvo el ritmo, su sexo tan mojado, sus muslos sintieron el frío de la brisa.

Un silbido de movimiento, el chasquido de garras a lo largo de la roca plana, su público había llegado a ella. Gray. Él estaba allí, junto a ella. Abrió los ojos, sólo una rendija, tomó un flash de piel de plata y luego se había ido.

Maizie inclinó la cabeza hacia atrás, tan cerca de la liberación, contuvo su aliento. Una mano apretó por encima de la rodilla. No una pata, una mano, la mano de Gray, la distrajo lo suficiente como para llevar su orgasmo de nuevo a un nivel más bajo, a reconstruirse, lo cual lo hacía más intenso, más innegable.

Una segunda mano se apretó contra su otra pierna, masajeando, hasta los muslos. Ella no dejó de masturbarse.

Él miraba, justo como ella se había imaginado. Su pecho apretado, la necesidad zumbaba bajo su piel. Cálidos labios presionaron un beso en su muslo interior, la mano rozando la barba en su mejilla. Un cosquilleo caliente se precipitó a través de su cuerpo desde su lugar, dejando una huella caliente de sus labios en su mente. La lengua firme de Gray trazó la carne en su pierna donde encontró su sexo, sus muslos temblaban con la sensación, luego la mordió allí. Sólo un mordisco, pero la hizo saltar y envió una sacudida de agudo placer rebotando a través de su cuerpo.

Ella jadeo sin aliento, la cabeza atrás, los ojos cerrados—. Sí.

Ella levantó las caderas de la roca y sintió el cabello sedoso de Gray rozar su muslo cuando él se inclinó y movió la lengua sobre su coño. Maizie aspiró su aliento, la sensación que triplicaba la intensidad en su coño. Entonces lo hizo de nuevo, esta vez empujando en la apertura.

—Sí.

Su lengua apretó otra vez, bastante firme para extender los músculos apretados, pero a la vez suave y bastante húmedo para no hacer daño. Su aliento cogido en su pecho, músculos que presionados, enrollados, la sensación de follar... follar... y luego justo su liberación aumentó por encima de su moderación y cada terminación nerviosa de su cuerpo tembló a su paso.

Gray permaneció allí jugando con la apertura vaginal mientras sus dedos bombeaban su sexo, su mano acariciando su clítoris. Su cuerpo se presiono a su alrededor, fallándola por más.

Estaba empapada, con crema de muslo a muslo, y ella se iba a venir. A llegar de verdad. Contuvo la respiración. *Sí. Gray. Sí.*

—Alguien llama a la puerta, —dijo Gray con su voz más sexy y atrayente, entre sus muslos.

—Alguien en casa ¿Hola? —La voz no era atractiva y sonaba más lejos.

Maizie abrió los ojos. Exploró la habitación. Su habitación. En la cabaña de la abuelita. Miró hacia abajo, la correa larga de su camisón había sido empujada por debajo de sus pechos, sus manos estaban en sus bragas, las rodillas abiertas de par en par, las sábanas en un enredo alrededor de sus pies.

—De nuevo. —Ella dejó caer la cabeza en la almohada. El orgasmo más alucinante del mundo se había ido—. Este día ya apesta y ni siquiera me he levantado de la cama todavía.

—¿Hola? Última oportunidad. Alguien en casa.

Maizie se deslizó en la cama. Era la voz de un hombre. Viniendo desde el interior de la casa. Ella dejó sus pies libres de las sábanas y se apresuró hacia la puerta de su dormitorio, enderezando su camisón, agarrando su bata. Golpeando la escalera, metió los brazos en las mangas.

¿Algún ocupante ilegal que había encontrado la llave hábilmente escondida de la Abue, un dependiente, un ratero -alguno u otro? Daba lo mismo.

Entonces, Nelly, no escogieron ellos la casa equivocada para entrar y destruir. Bien, entren. No había furia, como la de una mujer sexualmente frustrada. La primera vez que estaba pasando la noche en la cabaña en meses y sorprende a alguien aprovechándose de la confianza de la Abuelita.

La puerta principal estaba abierta. Maizie corrió los unos últimos pasos y agarró la esquina de la pared para ayudarse a balancearse a sí misma en la cocina. Alcanzo a través del mostrador, enganchó uno de los cuchillos de la mesa de madera y se dirigió hacia la sala de estar.

—Hey. ¿Qué diablos crees que estás haciendo? —Apoyó el cuchillo en su hombro, su peso en una cadera.

Sí, ella no lo asesinaría. Ella no tenía esa intención. Pero él no lo sabía.

El hombre, alto, probablemente de seis pies, dio la vuelta para encararla justo por delante del umbral de la sala de estar. El era mayor, alrededor de unos cuarenta y cinco años, pelo negro canoso. Era regordete, pero muy elegante con su traje negro carbón, camisa azul pálido y corbata a juego.

—Oh. Perdón. No pensé que alguien estuviera en casa. —Sus ojos castaños rastrillado por su cuerpo, deteniéndose demasiado tiempo en sus pechos. Una sonrisa torcida floreció en su rostro bien afeitado—. Usted debe ser Maizie.

Había una mirada de reojo, un tono lascivo en su voz, que hizo que un escalofrío se asentara en la base de su columna vertebral. Maizie se enderezó, de repente se sintió vulnerable a pesar del cuchillo de seis pulgadas en la mano. Junto los bordes de su bata, que mantuvo cerrados antes de dejar el cuchillo para atar el cinturón.

—Usted entró ilegalmente, —ella dijo—. Ya he llamado a la policía. —Gran idea, lástima que no hubiera pensado en ello, antes de que corriera a medio vestir para espantar a los criminales. Uf. Su cerebro estaba obsesionado, frustrado.

—¿De verdad? Qué torpe. Usted sabe, yo estoy aquí a petición de su abuela. — Entró en la sala.

—No te acerques. —Maizie sostenía el cuchillo con ambas manos. El hombre se detuvo al instante, su sonrisa arrogante se derritió junto con el color en su piel. Levantó sus manos en señal de rendición.

—Tranquilízate, Maizie. Relájese. Ya le he dicho. Soy amigo de Ester. Llámela. Y compruébelo.

Sí, claro. ¿Cómo sé que no eres un asesino en serie que quiere cortarme en pedacitos tan pronto como me de la vuelta para utilizar el teléfono?

Su sonrisa se volvió menos arrogante—. Bueno, usted esta agitando la cuchilla de un carnicero. Y este no es un traje para cortar a la gente.

Muy bien, buen punto. La mayoría de los asesinos en serie, probablemente no llevarían Versace en el trabajo. Reconoció el estilo.

—¿Quién eres? La abuela no mencionó que alguien vendría. Acabo de verla ayer. —Él dejó caer su mirada, la apartó por un momento, después de vuelta, sus ojos tristes.

—Ester no siempre recuerda las cosas con claridad. Estoy seguro de que ella le habría dicho, pero, ya sabe. —Mierda. Sabía exactamente lo que quería decir.

Su sonrisa era cálida. Era una bonita sonrisa que iluminaba sus ojos y agudizaba la redondez de su mandíbula. Era atractivo, en un rígido, tipo de negocios, con una nariz fina, cejas espesas y pelo corto, ondulado, justo por encima del cuello.

—Mi nombre es Anthony. Anthony Cadwick. —Extendió una mano hacia ella, muy lentamente. —Yo no muerdo y sólo corto en pedacitos a personas en sentido figurado. —Bien, ahora se sentía un poco estúpida sosteniendo la cuchilla como un hacha lista para cortar una extremidad.

Ella lo bajó a su lado, después la puso en la mesita al lado de la puerta—. Hola, Tony. Soy Maizie, la nieta loca.

—Es, ummm, Anthony, en realidad. Encantado de conocerte. Tu abuela habla de ti a menudo. —Dio un paso adelante. Se estrecharon la mano. Su piel era suave y cálida, su apretón fue débil como si le preocupara que le hiciera daño. A ella le gustaba eso.

—Anthony. Perdón. Bonito traje.

—Igual tu. —Su mirada se dejó caer a la bata abierta y a las piernas desnudas, arriba de las rodillas—. ¿Yo la desperté?

Maizie ató la bata, hizo un nudo. Se sacó un mechón de pelo de la cara, la otra mano sosteniendo su cuello.

—En realidad, usted interrumpió un sueño muy bueno.

—Mm, lo siento. Ester dijo que vivía en la ciudad. No pensé que alguien estuviera aquí. —Él miró su reloj—. Es tarde, alguien tiene un gran horario de trabajo.

—Me detuve brevemente anoche para verificar las cosas. Tomé un paseo en los bosques. Se hizo bastante tarde, entonces sólo me quedé. El lugar es más consolador de lo que recuerdo. En particular la fauna.

—Umm...

—Espera. ¿Qué hora dijiste?

Miró el reloj de nuevo—. Ahora. Doce veinticinco.

—Oh, mierda. No tengo tiempo ni para ducharme. —Ella se dio la vuelta y se dirigió a las escaleras—. Uh, escucha, tengo que estar en el trabajo, ahora, así que si puedes disculparme... Cierra la puerta al salir. Gracias.

Ya había subido cuando escucho que él comenzaba a subir las escaleras.

—En realidad, no es una circunstancia muy favorable. Llegar tarde al trabajo a pesar de la circunstancia. Se detuvo y se inclinó sobre la barandilla.

—Bueno, estaba confundida. Tengo que cambiarme de ropa y arrastrar mi trasero. Tiene que marcharse.

—Pero he estado deseando hablar con usted. Se trata de su abuela. Realmente estoy bastante preocupado.

—¿Sí? —Quizás es algo en el agua. Ella no tenía tiempo para esto. Maizie dio sus dos últimos pasos y corrió a su habitación. Cerró la puerta y giró la cerradura de perilla cheapy. Mejor que nada. Tal vez el vería la puerta cerrada y captaría la indirecta.

Maizie tiró de su túnica y arrancó su pequeño camisón sobre su cabeza. Su mirada se posó en su vestido de verano de ayer. No sólo ella lo había llevado para trabajar el anterior día, pero la fuga del lobo enfurecido había dejado un rasgón largo desagradable en el dobladillo. Tenía que haber algo mejor. Ella fue al armario. Quizá alguna de su ropa vieja, estaba guardada ahí dentro. Empezó a cavar y se dio cuenta de que su armario viejo había llegado a ser aparentemente el lugar donde los abrigos anticuados se guardaban.

—Sabes... ¿Maizie? —Sheezz, el tipo no podría captar una indirecta. O una sencilla orden. Ella puso los ojos en blanco y siguió buscando a través del plástico cubierto de prendas de vestir.

—¿Sí?

—Oh. Uh, tu abuela se preocupa mucho por ti. Habla de ti todo el tiempo.

—¿Es cierto? —Bingo. Correcto entre una chaqueta marrón de lana y el abrigo de invierno con exceso de relleno, ella encontró una falda vaquera envuelta y vieja—. Dios mío, estas cosas nunca fueron del estilo de la abuela.

—¿Qué es eso? —La voz de Anthony sonó más fuerte, cuando se apoyó contra la puerta. Él la escuchaba cambiarse de ropa. Espeluznante.

—Nada. ¿Así que, usted decía que la Abue habla con usted acerca de mí? —Si ella hablaba mucho, sabía que él no escucharía que estaba desnuda.

—Sí. Sí, ella lo hace todo el tiempo. —Maizie puso los ojos en blanco de nuevo. Necesitaba algo para cubrirse. Había llegado al final del armario y no había encontrado nada, ¿Que iba a hacer? Se volteó y corrió por la habitación hacia su vieja cómoda. Cajón... basura, juego de cartas, bolígrafos, gomas elásticas. Empujó. Siguió cajón... libros.

—Yo no creo que haya algo en el planeta que le importara más que tú, —dijo Anthony. Maizie cerró el cajón y después se trasladó al próximo... más libros, lo mismo que el anterior. Ella abrió la gaveta.

—Ropa, Gracias a Dios. —Sujetadores Doble D, enormes bragas, y... ¡Eureka! Un pequeño montón de agradables camisetas viejas.

—De la única cosa que ella podría preocuparse, es de su gran lobo de plata. —Anthony se echó a reír, pero la sangre se le heló a Maizie.

Hasta ayer por la noche el lobo de plata había sido un producto de la imaginación de una anciana, un personaje de un cuento de hadas. Pero él era de verdad. Él era real y hermoso y... Ella no quería pensar en él en el resto del día. Acerca del camafeo extraño en su sueño. ¿Qué fue eso? Había pasado un momento, después de que ella había atrapado al animal en la casa de la Abuela, en el que había tenido miedo. Miedo de ser asesinada, pero temerosa de ser incapaz de detenerlo de sus embarazosos e intensificados golpes, transformándose en algo más, en algo peor. Tal vez ese miedo, esa rara posibilidad de que había contaminado sus sueños.

—¿Maizie? —Sacudió la cabeza, sacando el tren del pensamiento extraño y cogió la camiseta de la cama, y se vistió.

—¿Qué dijo la Abuela sobre el lobo, exactamente? —Preguntó.

—Estoy seguro que lo has oído antes. Ella dijo que tengo que protegerlo y prometí que nunca vendería la tierra para que siempre tuviera un lugar para correr. Igual que siempre.

La camiseta era chica, pero le servía. Se colocaría un delantal cuando llegara a la tienda. Maizie buscó su cepillo en su bolso y cogió su prendedor de pelo de la mesilla de noche.

—Si usted me pregunta, —dijo Anthony—. Creo que el lobo es usted. Metafóricamente hablando.

—¿Qué? Uh, no. —Está bien, me hubiera dado cuenta la noche anterior y por su sueño, que era demasiado retorcido.

—Piense en ello. Ella hizo una promesa de protegerlo, para mantener la tierra, de modo que siempre tuviera un lugar para vivir. No hay nada que ella amara más. ¿Suena familiar? Al igual que las promesas que hizo para cuidar de usted.

—Sí, pero... — Le faltan unos pocos pedazos de información vital, como que realmente había un lobo grande de plata corriendo por el bosque. Maizie no tenía intención de contárselo a Anthony Cadwick. Ella encontró sus sandalias y se sentó en la cama para atarlas.

—Creo que es una carga real sobre ella, mental y físicamente. No importa cómo se vea, está enlazada a este lugar debido a usted, y creo que le está costando a ella.

—¿Costarle a ella? Ja —Maizie bruscamente cerró la boca. Sus finanzas no eran negocio de este tipo.

—Sí, sé que le cuesta, también. Y también lo sabe Ester.

Bueno, tal vez sus finanzas eran su negocio, y aparentemente de cualquiera que hubiera tenido una charla con la abuela.

—Estoy bien. La tierra es buena. Los gastos de la clínica de ancianos son buenos. La tienda está bien. Estamos todos bien.

—Parece convincente, pero no lo compro. Y tampoco su abuela. Ella no es una mujer tonta, Maizie. ¿Cómo piensa usted que ella se siente sabiendo que usted lucha y no sabe por qué? Sin saber cómo ayudarla.

Ella sabía exactamente cómo la abuela se sentía. Ella quería proteger a Maizie, para ayudarla con cualquier cosa y todo lo que podía. Le hizo ver la preocupación de los frutos secos en la cara de Maizie, de la preocupación que Maizie no podía esconder de la abuela, de la preocupación que Maizie no hablaría.

La abuela siempre había esperado que Maizie volviera a la casa un día, pero si ella supiera como las cosas eran difíciles por la falta de dinero ella vendería en un latido del corazón, para darle el dinero en efectivo. Por supuesto la Abuelita no lo sabía, por eso ella no vendería... Tal vez Anthony tenía razón. La abuela se enlazaba a la tierra a causa de ella y estaba perjudicando a ambas.

Maizie agarró su bolso y abrió la puerta. Anthony tropezó en la habitación. ¡Jaja! Ella había tenido razón. Sabía que él estaba apoyado en la puerta.

—Lo siento. —Se enderezó—. Es mi culpa.

—Realmente tengo que correr, pero voy a pensar en lo que dijo. —Anthony le dio su tarjeta.

—Entendería que si quiere afrontarlo y mantenerse en el lugar. Quiero decir, Ester ama este lugar, incluso si ella probablemente nunca lo vea de nuevo. Pero si usted decide que quiere más. Hágale saber cómo puede ayudar. Dame una llamada. Conozco algunas personas que estarían interesadas.

Su mirada se dejó caer a sus senos, sus ojos marrones chispeaban. Aquel creído, se la imaginó desnuda con una sonrisa y se pellizcó una mejilla otra vez, él se rió entre dientes, bajo y provocativo. Ella cambió su peso a una cadera, apoyando su mano a un lado.

—Tal vez le gustaría tomar una foto.

Él se rió—. ¿Usted lleva eso para trabajar?

Maizie miró su camisa—. Ah, perfecto. —Había tomado una camiseta de sus días de juventud rebelde, por la salud del medio ambiente. Una caricatura de un castor borrosa, plano de cola y al lado de *‘salva un árbol, come un castor’*—. Sabía que este día sólo iba a empeorar.

—¿Cómo está Maizie? —Gray podría haber derrotado a Ester con un buen destornudo. Ella le miró parpadeando a través de la mesa, boca floja.

—¿Caperucita roja? Ella esta bien. Estupendo. Ella está muy bien. Pensé...

—Yo lo sé. —Gray sabía lo que estaba pensando. Le había dejado claro que quería olvidar a la chica como si ni siquiera existiera. Ninguna mención de ella, nunca. Esa era la regla. Pero ella ya no era niña y su cerebro al parecer no podía dejarla ir. No se habían visto desde hacía días, desde aquella noche en el bosque, pero aún podía oler el dulzor azucarado de su cuerpo, su piel, el sabor amargo. Se encogió de hombros.

—Ha sido un largo día.

La abue asintió con la cabeza, llevando la caja de galletas de jengibre más cerca de su plato.

—Demasiado tiempo. No fue su culpa.

—Ester. —Fue una advertencia, pero él no lo pensó, gruñó. Sólo que no estaba dispuesto a ir allí. Él masticó el último bocado de emparedado de mantequilla de maní y tomó dos de las galletas. Gray se rió entre dientes, mirando al hombre pequeño encima, delante y detrás—. Ella hizo estas. Todos estos años eran sus galletas las que yo comía.

—Claro que las hizo, —dijo la abuela—. Su mamá le enseñó. Creo que recuerdas a Maizie en los mejores días. Ella ha horneado estas desde que era una niña. Desde el mismo momento en que empezaste a comerlas.

—Extraño.

—O destino —dijo la abuela—. Ustedes perdieron un pedazo de sí mismos esa noche. Es lógico el pensar, que cada uno tiene lo que necesita el otro para compensar.

Gray lanzó la galleta en la caja—. Basta, Ester. Son galletas.

—Sólo quise decir...

—Perdí a mi esposa. —Bajó la voz—. Mi compañera. Tú sabes de mí, de nosotros, lo que somos. Somos compañeros de por vida. Se ha ido. Nada puede compensar eso.

—Hum —Abue le arrebató una de las galletas de jengibre y mordió la cabeza. Un pesado silencio se estableció entre ellos. Gray dejó su mirada fija sobre el cuarto. El pasillo social del “Asilo” era brillante y atractivo. Tenuas paredes de color amarillo decorado con artesanías de los países y fotos de época.

Las mesas redondas de color blanco con sillas a juego llenaban la mayor parte de la habitación. Las áreas más pequeñas estaban ocupadas con cómodos sofás de color verde y sillas tapizadas. Personas visitando a sus familiares, mirando la televisión y jugando juegos, incluso ondeando una melodía en el piano de cola.

Gray centró su atención en la sala, a la pared de vidrio de las puertas abiertas, el patio exterior y el bosque más allá. Trató de imaginarse a sí mismo atrapado en un lugar como este. Tan agradable como era, no era la libertad.

—Deja de fruncir el ceño, Gray. Soy feliz aquí. Tengo amigos y te veo más a ti y a Maizie de lo que alguna vez hice en la casa de campo. —Trasladó su mirada hacia ella. Ella lo conocía bien.

—¿No la extrañas? ¿La casa de campo? ¿El bosque? —Ester se encogió de hombros.

—Claro. Algunas veces. Pero yo soy una anciana, no un lobo hermoso. Aquí es donde yo pertenezco. —Él se acercó y le cogió las manos en las suyas.

—Yo Podría cambiar esto, Ester. Un pellizco. Un poquito de sangre. Usted se sentiría años más joven, con años y años de vida.

La abuela soltó una carcajada de la dulce anciana—. No, querido. Esta es mi vida. Estoy feliz. Pronto voy a ver a mi Frank otra vez. No quiero posponer eso por más tiempo. Maizie es lo único que me preocupa. Y tú.

Gray se movió en su asiento, llevándose consigo sus manos y frotándose las palmas de las manos sobre los muslos.

—Yo estoy bien. Y Maizie es Maizie... es...

—*Una joven maravillosa que está demasiado ocupada tratando de hacer su vida perfecta y que se está perdiendo la mejor parte. Amor. Y tú...*

—Ester. —Trató de poner fin a la conversación que él sabía que tendría.

—Silencio, y deja que una vieja señora de su opinión por una vez. Usted esta tan ocupado afligiéndose por lo que ha perdido que no puede ver todo lo que se desliza a través de sus dedos. —Ella se inclinó hacia adelante y apoyó la mano seca suavemente en su brazo—. Sé lo qué es ser compañero de por vida, querido,

y la mujer que murió era su esposa. La amaba. Pero eso no quiere decir que fue el compañero de su vida. El corazón quiere lo que quiere. ¿Dígame, Sr. Lupo, que es lo que su corazón de lobo le susurra cuando se acerca a mi *Caperucita Roja*?

Capítulo 5

Traducido por Evelin

Corregido por Anjhely

—No soy Lilly, abuelita, soy Maizie, Lilly era mi mamá. — Durante una de sus pérdidas de memoria, era casi imposible hablar con la abuela.

—Eso lo sé. —La abuela resopló—. No he perdido por completo mi mente. Tú sueñas igual que ella, eso es todo.

—De acuerdo. — Maizie tendría que tratar de ser más sensible la próxima vez. A nadie le gustaba que le recordaran que su mente estaba desvariando.

—No me puedes culpar por oír la voz de Lilly. Yo siempre pienso en ella cuando he pasado el día con Riddly.

El silencio se estableció a través de la conexión telefónica mientras la explicación de la Abuelita se hundía.

—Umm... — ¿Cómo preguntar esto? —¿Papá te visitó hoy?

—¿Él no te dijo que iba a venir?

—No, no lo hizo. No he hablado con él en mucho tiempo. —La garganta se le reseco, dificultándole tragar y sus ojos le picaron. No lloraría.

—Bueno, no te enojas con él Caperucita Roja. Está ocupado en estos días. Ni siquiera tiene tiempo para jugar una ronda de Reyes (cartas). —Ella hizo chasquear la lengua y Maizie pudo imaginársela sacudiendo la cabeza.

—Él sólo está demasiado envuelto en el trabajo. No es bueno para el chico. No solía trabajar tanto. Y ahora él está preocupado por ti.

—¿Preocupado por mí? —Una sonrisa amarga cruzó sus labios y se secó una lágrima furtiva—. ¿Por qué está preocupado?

—Igual que siempre. Piensa que tus finanzas están demasiado disminuidas. Se preocupa de que tú sacrificarías la panadería para mantener la casita de campo para mí. —La abuela dejó de hablar, pero no parecía que hubiera terminado de expresar su pensamiento.

— ¿Abuela?

—Él cree que yo debería de vender la tierra Maizie. Le dije que tú dijiste que el negocio iba bien, pero...

¿Qué pasaba si Anthony Cadwick tenía razón y la abuela estaba aferrándose a la tierra por Maizie, porque ella no sabía que más hacer por ella? ¿Por qué seguía teniendo esas ilusiones donde Riddly la persuasía para vender?

—Abuela, sabes que no puedes vivir en la casita de campo sola, ¿Verdad?

—Por supuesto, querida. Ya no me desenvuelvo tan bien como solía hacerlo.

—¿Y sabes que quiero vivir aquí. En la ciudad. Cerca a la panadería?

—Sí, Caperucita Roja, se lo mucho que piensas que amas la ciudad.

¿Pensar? Maizie sonrió. La abuela siempre creía que conocía a Maizie mejor de lo que ella se conocía a sí misma. —Eso significa que nadie vivirá en la casita de campo.

—Sí querida. Lo entiendo.

—Entonces dime la verdad. ¿Por qué es tan importante aferrarse a la tierra?

—Porque hice una promesa, por supuesto.

—¿A quién? ¿A papá? —Maizie preguntó.

—¿A tu padre? No. Riddly nunca lo entendería. Él todavía no lo cree. No, querida. Se lo prometí al lobo. Mi hermoso lobo plateado. Nuestras tierras permanecen como un amortiguador entre su mundo y el nuestro. Le prometí que siempre tendría ese amortiguador.

Maizie contuvo el aliento, los recuerdos inundaron su mente, ese sedoso pelaje, esos ojos hipnóticos, el sueño erótico. Ella empujó las distracciones fuera de sus pensamientos.

El lobo no quería que ella vendiera. Hace unas pocas semanas hubiera entrecerrado sus ojos debido a esa afirmación, pero después de haber conocido a la misteriosa bestia no parecía tan descabellada la idea.

A Maizie no le importaba por qué la abuela quería mantener la casita de campo. Ella no la quería vender. Así que Maizie no permitiría que se vendiera. Tan simple como eso. Era lo menos que podía hacer por una mujer que le había dado una buena parte de su vida.

—¿Maizie?

—Si, abuela. Todavía estoy aquí.

—Él dijo que te has retrasado en tu pago del préstamo, la próxima semana hará un mes completo. ¿Es verdad?

Un peso incómodo se hundió hasta el fondo de su vientre, como si hubiera tomado una comida de mar en mal estado. ¿Cómo pudo saber su Abuela sobre su historial de pago? —¿Quién te dijo eso?

—¿Es verdad?

Sí. Era verdad. Ella había hecho el pago, pero había un cargo extra por la demora, lo que sólo hacía sus finanzas más apretadas. No había manera en la que la abuela pudiera saber eso, aunque alguien debió de habérselo dicho. Alguien que no está hecho de recuerdos ni de ilusiones. Alguien real.

—Estoy realizando los pagos. Todo está bien. Ahora, ¿Con quién has estado hablando?

—Con Riddly. Era Riddly. Él dijo... —Su voz era suave, insegura. Y cuando sus palabras se desvanecieron, Maizie supo que la abuela se dio cuenta que su mente le había estado jugando una mala pasada.

—Abuela, papá está muerto. Él no podría haberte dicho lo que está pasando con mi préstamo. Piensa. ¿Quién era?

Quien quiera que estuviera alimentándola de la información financiera de Maizie estaba obviamente detrás de la tierra. Usaría cualquier medio necesario, incluyendo hacer sentir culpable a una viejita. ¿Pero hacerse pasar por su hijo muerto? Eso era algo demasiado bajo.

—Él dijo que era Riddly. Al principio no le creí. Pero me confundí algunas veces. Él se parece a Riddly... un poquito. Yo sólo extraño a mi chico.

—Lo sé. Yo también extraño a Papá. Pero no es él. Alguien está tratando de engañarte para que vendas la tierra y yo creo saber quién es. Hablaré con Clare, en la recepción. Lo averiguaremos.

Los pensamientos acerca de Gray Lupo jalaron a Maizie en dos direcciones diferentes. Su vientre se removió. Dios mío, ella siempre se había considerado muy buena juzgando personalidades. ¿Cómo pudo volverse su instinto tan libido y apagado?

Tal vez la abuela se refería a alguien más. Gray había parecido feliz cuando

Maizie le dijo que no dejaría a nadie poner las manos en la tierra de la abuela. Y si ella no lo conociera mejor, juraría que él realmente se preocupaba por la abuela.

Uff. Estoy agarrando un clavo ardiendo.

—¿Estás segura que no necesitas dinero, Caperucita Roja? —La abuela de repente sonó muy lúcida—. Se lo prometí al lobo, pero él entendería que las necesidades de mi nieta son lo primero.

—Estoy segura. El lobo se puede relajar. Tampoco permitiré que la tierra sea vendida.

—Ah, qué extraño giro del destino, —dijo la abuela.

—¿Qué?

—Todos estos años protegiéndolos el uno del otro y aquí estas. Cada uno protegiendo al otro del mundo.

—Sí, todo al revés. —Maizie no podía dejar de pensar que su vida hubiera sido más fácil si el gran lobo malvado se hubiera quedado en el brumoso mundo de los cuentos al que pertenecía.

—¿Tienes alguna idea de quién es el Sr. Lupo? —Cherri se detuvo a mitad del tamizado para mirar a Maizie, la mitad de la bandeja de panecillos de crema estaba salpicada de azúcar en polvo.

Maizie se encogió de hombros. Miró a Cherri y luego volvió a la masa del pastel de manzana, apretando las abolladuras en el borde—. No importa.

—Tonterías. ¿Me estás diciendo que no buscaste nada en internet de él?

Maizie se encogió de hombros, la reina de la indiferencia. Era un hecho que ella

había buscado información de él. Pero admitir eso significaba admitir que ella sentía la respiración pesada, las bragas húmedas, y que olvidaba su propio nombre, por el tipo que estaba tratando de engañar a su dulce abuelita. Ella no quería admitir eso. Ni siquiera para ella misma.

—Bueno, yo busqué sobre él, —dijo Cherri—. Y es La Mierda. Lo digo en serio. Es Él Hombre. El Gran Tipo. El Sr. Monopolio. Boardwalk, Park Place, el hombre posee toda la junta directiva.

—Impresionante. Pero él no podrá volver a ver a la abuela. Hablé con Clare. Es un trato hecho.

—¿Clare? ¿La mondadientes de la recepción? Sé que los maestros del jardín infantil son más rudos que ella. ¿En verdad crees que ella puede detener a un hombre como Gray Lupo?

—Es un centro privado. Él no está por encima de la ley.

—Uh, ¿Holaaa? —Cherri empujó sus gafas con el dorso de la mano azucarada—. ¿Un tipo con esa cantidad de dinero y poder? Sí, él está por encima de la ley.

—No me intimida.

—Debería. Él ha salido con algunas de las mujeres más hermosas del mundo, estrellas de cine, modelos, incluso una princesa. ¿Eso no te intimida?

—No. —Es deprimente.

—Estuvo casado una vez.

—¿De veras? —Ahora esa era una novedad para Maizie.

—Ella lo dejó. Desapareció.

—Suele suceder.

—Él puede comprar y vender a Donald Trump. El hombre no posee un par de zapatos, cinturones o portafolios que provengan de un ser vivo. Cuando come comida china, lo hace... en China.

—No me importa.

—Él no lava su ropa interior. Sólo compra una nueva.

—Cherri.

—Y son hechos a medida.

—Basta. —Ella no podría contener la risa por mucho más tiempo.

—Bien. ¿Qué tal esto? Él también es tu vecino.

—¿Qué? —Maizie le dijo bruscamente a Cherri, con el pastel en una mano y la puerta del horno en la otra.

—No buscaste información sobre él, ¿Verdad? No lo puedo creer. —Cherri se dio la vuelta y acabo de esparcir la azúcar sobre los panecillos.

—De acuerdo, de acuerdo. Dejé de leer después de la parte de lo de la princesa. ¿Feliz ahora? Cuéntame la parte de que él es mi vecino.

Maizie empujó el pastel en el horno, ajusto el temporizador, luego tomó el banquillo vacío de la mesa de preparación de Cherri.

—Bueno, él físicamente no es tu vecino, a menos que viva en alguna parte de la reserva Wild Game al lado del terreno de tu abuela.

— ¿La reserva?

—Sí. Él es el dueño.

Maizie siempre pensó que la reserva era algún proyecto gubernamental. Nunca había visto nada remotamente exótico... excepto el gran lobo plateado. Ella con seguridad nunca había visto ninguna señal de una casa.

—¿Es el dueño?

—Sí.

—Entonces ¿Por qué estaba tratando de conseguir que la abuela vendiera la tierra?

La campanilla de la puerta principal sonó—. ¿Hola?

Maizie se paró rígidamente. Ella conocía esa voz—. Ese es él.

—¿Él, quién? —Cherri se echó hacia atrás, tratando de ver a través de la puerta de entrada hacia el mostrador.

Maizie se quitó el delantal torpemente y lo arrojó sobre el banquillo. Se retorció el cabello alrededor de las sienes con sus dedos. Girándolos en espiral, revitalizando los rizos. Buscó el moño de cabello en la corona de su cabeza. El desordenado moño, seguía desordenado.

Un manchón de harina en el borde de su vestido sin mangas atrapó su atención y se apresuró a sacudírselo antes de comprobar su reflejo en una de las ollas de metal que colgaban por encima de la mesa. Seguía siendo pelirroja. Pecosa. Nada podía ser hecho al respecto.

Maizie tomó un largo respiro y se dirigió a través de la puerta—. Quédate aquí.

—De acuerdo. Pero ¿Quién es? —Cherri dijo después de ella.

Maizie pasó alrededor de las vitrinas. —Sr. Lupo. ¿Qué puedo hacer por usted?

Él se veía confiadamente casual en unos pantalones de color rojizo-marrón, un jersey negro, una camiseta ceñida a su pecho y una ligera chaqueta de cuadros, vestía a la moda. Incluso si llevara zapatillas de deporte o zapatos acordonados, tendrían un costo de cientos de dólares.

Maizie pensó en la ropa interior. ¿Hecha a medida? Y luego pensó en él paquete dentro de la ropa interior. Todo natural. Sus mejillas se enrojecieron. Muchas gracias, Cherri. Ella trató de pensar en otra cosa.

—Señorita Hood, usted se ve... —Él exhaló—. Adorable. —Dijo "adorable" como si fuera una declaración comedida. Bien hecho. Ella forcejeó su sonrisa mientras la mirada de él viajaba por su cuerpo de arriba hacia abajo. No era la mirada más lujuriosa, pero era muy masculina. Un rápido estremecimiento recorrió sus hombros.

—Si esto es acerca de mi abuela y la clínica Green Acres, realmente no hay más que discutir.

Esos pálidos ojos azules se encontraron con los de ella, él frunció el ceño.

—¿Disculpa?

—Oh. —Tal vez el no sabía sobre la no-admisión que ella había determinado en Green Acres—. ¿Por qué esta aquí Sr. Lupo?

A juzgar por su pequeño sobresalto, ella debía de haber sonado más ruda de lo que había previsto—. Es Gray. Por favor. Sr. Lupo suena demasiado... me sentiría honrado sí me llamará Gray.

—Bien. Gray. —Ella esperó una respuesta, aunque la forma en que él la miraba fijamente, era como si estuviera luchando contra el deseo de extender la mano y tocarla. En realidad no parecía importante el por qué él estaba allí. Ella simplemente estaba feliz porque era él.

No. Él es un asno.

Él sonrió, con una de sus casi-ladeadas sonrisas que la hacían pensar que él podía leer su mente—. Toma el almuerzo conmigo, —él dijo.

—¿El almuerzo? —Eso no lo vi venir.

—Sí.

Ella había pensado que él vendría con advertencias, demostrándole los peligros de desafiar a un hombre de su considerable poder y riqueza. Eso, ella lo hubiera manejado. ¿Pero esto? —No puedo almorzar contigo.

—¿Por qué no? Tú todavía no has comido, ¿Verdad?

—No.

—¿Tú comes, cierto?

Maizie se burló—. Sí. —Cuando me acuerdo.

—Bien. Entonces ven conmigo.

—Es medio día. Tengo una tienda que atender. Tú sabes que algunos de nosotros tenemos que ensuciar nuestras manos para mantener nuestros negocios en marcha. No puedo.

—Lo tengo todo cubierto, —Cherri gritó desde la parte trasera del salón de preparación—. Ve. Tómate el día libre. Ni siquiera te extrañaremos aquí.

Maizie podía decir por la cercanía de la voz de Cherri que ella estaba apoyada contra la pared al lado de la puerta, escuchando—. Ella está bromeando. Yo soy absolutamente indispensable aquí. No puede atender el lugar.

—Sí, yo puedo, —dijo Cherri—. Lo he hecho antes. Un montón de veces. Ve. Toma el almuerzo. No hay razón para sentirse intimidada.

Eso es todo, en la primera oportunidad que tuviera, despediría a esa entrometida. Y esta vez sería en serio. Probablemente. De acuerdo, probablemente no lo haría, pero ella la haría pensar en lo que hizo.

Maizie miró a Gray en el momento en que se estaba pasando una de sus enormes manos por su cabello. Que contraste tan agradable, una piel bronceada, perdiéndose entre el sedoso color plata y negro. El gesto subió la manga de su chaqueta, mostrando un musculoso antebrazo con oscuros pelos. Algo realmente masculino.

Ella no podía dejar de seguir con la mirada su mano dirigiéndose de nuevo al bolsillo delantero de su pantalón, dejando su pulgar colgar de una esquina al igual que el otro. Cuando él dejó de moverse, la mirada de ella se apartó de él.

Él la había estado observando mientras lo miraba. Esa media sonrisa tirando de la comisura de su boca apareció de nuevo. El cuerpo de Maizie se calentó, una ola de calor se onduló hasta su centro, preparando su cuerpo para lo que quería, sin importar las protestas de su cerebro.

—¿Por qué? —Ella dijo.

Sus cejas se apretaron, haciendo desaparecer la arrogante sonrisa—. ¿Perdón?

—¿Por qué quiere almorzar conmigo? —Él podía citar a cualquiera. Él había salido con todo el mundo. ¿Por qué ella?

—Pensé que podríamos hablar.

¡Ajá! Hablar. Sobre la abuela y su terreno, sin duda. Ella estaba en lo cierto. Dejaría a un lado a la viejita, y comenzaría a usar sobre ella esos ojos lindos y esa voz sexy. Finalmente.

¿Cuántos acuerdos él había hecho de esta manera? ¿Cuántas de esas mujeres con las que había sido fotografiado habían sido víctimas de su encanto y palpable atractivo sexual?

¿La llevaría a algún lugar exótico? ¿La sobornaría con vinos caros y caviar de trescientos dólares? ¿Le compraría joyas y vestidos de diseñador sólo para llevarla a un ballet o tal vez a la ópera? ¿Trataría de comprar su ayuda para ponerla contra su abuelita?

—Sólo hablar, ¿Eh? —Ella preguntó. Él era demasiado sexy, pero la rápida cita no le haría olvidar los trucos crueles que él había usado con la abuela.

—Sí. Sólo hablar. Y comer.

Dios mío, sería genial dejarlo desperdiciar todo su dinero por todo lado, mostrando intermitente casi-sexy sonrisa, pensando que él estaba siendo astuto, manipulándola. Y luego al final del día ella le diría "Muérdeme", observaría su mandíbula caer al suelo. Eso serviría. Tengo razón.

—Bien. Llévame a tomar el almuerzo.

Gray imaginó que Maizie se sorprendería cuando su conductor giró hacia el camino de grava con la señal de la reserva Wild Game, pero parecía casi confundida.

—¿Hay una pista privada en algún lugar del bosque? —Ella miró a través de la ventana del carro, tratando de encontrar algo entre los árboles, escudriñando en la oscuridad. Sus manos se tensaron alrededor de la caja de pastelería que tenía en el regazo, causando abolladuras en los bordes.

—Uh, no. No hay una pista de aterrizaje. Ni helipuerto. —¡Jesús!, ¿dónde estaba esperando que la llevara a tomar el almuerzo? Él había tenido citas con muchas mujeres que esperaban veladas totalmente excéntricas, pero no había vinculado a Maizie con ese tipo de mujer. Ella había sido criada por Ester, así que pensó que ella sería más centrada, más... real.

Después de varios minutos de viajar por la grava del bosque, el carro se detuvo. Gray se agachó y sacó una caja de zapatos de debajo del asiento del conductor.

Se la tendió a Maizie—. Ten. Es posible que quieras ponértelas.

Ella dio la vuelta, su mirada bajó hacia la caja. Una extraña sonrisa se cruzó en sus labios—. Me compraste zapatos, ¿Eh?

—En realidad, yo...

—Que son, ¿Manolo Blahnik? ¿Jimmy Choo? ¿Prada? —Ella le entregó la caja pastelera y retiró la tapa de la caja de zapatos como si estuviera exponiendo un culposo soborno.

—Son Timberlands, —Gray dijo—. Las botas de mi sobrina. No estaba seguro de tu talla, pero tu pie parece tan pequeño como el de Shelly. Es una especie de caminata. No hay lodo, pero tampoco es para caminar en sandalias con tacón. —Él abrió la puerta—. ¿Querías zapatos de diseñador?

Ella palideció prácticamente se echó atrás en su asiento—. No. No, yo sólo pensé... No importa. Estos están bien, perfectos.

Dave, el conductor, los había llevado tan cerca del lugar de picnic como pudo. Sin embargo, la cantera del lago estaba a una buena distancia de la carretera. Gray no había estado allí en años, pero había tenido un extraño sueño la noche anterior con Maizie y él en el lago. Ella salía del agua desnuda.

Gray sacudió el erótico recuerdo de su cerebro. Hoy quería mantener un estricto

control, sobre todo en sus acciones, así como en sus pensamientos. No quería arriesgarse a perder el control como lo había hecho en su forma de lobo. Jesús, ella hacia salir el animal en él.

Llevando la caja de pastelería por ella, él escuchó el sordo juramento de Maizie y miró hacia atrás en el momento en que ella se recuperaba del tropiezo con la raíz de un árbol. Él la agarró de la mano sin pensar. Ella se sobresaltó, pero luego le sujeto la mano fuertemente. Se sentía tan bien. Él trató de ignorarlo.

Gray contemplaba su pierna elevarse sobre la raíz del árbol que sobresalía, la pierna bien formada estiraba los límites de su adecuado vestido.

La idea era congraciarse con Maizie, conocerla, dejarla conocerlo un poco. Sí, él usaría la seducción suficiente para influenciarla. Usaría su atracción ya floreciente para ganarse su lealtad. Cuando Cadwick hiciera su movimiento él quería que Maizie tuviera todas las razones para rechazarlo.

Nada más. No importaba lo que Ester esperaba, no había nada realmente entre él y Maizie. No podía. Ya había demasiado entre ellos. El hecho de que ella no pudiera recordar, no cambiaba nada.

Llegaron al estrecho claro a lo largo del borde del lago.

—¡Oh Dios mío! —Maizie exhaló las palabras—. La cantera. —Ella se puso pálida.

—¿No te gusta? —Él hizo un gesto hacia la mesa bajita fijada sobre una alfombra oriental. Grandes almohadones de colores estaban alineados a los dos lados de la mesa mientras el sol chispeaba rayitos plateados sobre la cubierta de los platos.

La mirada de Maizie se deslizó sobre la mesa, sus labios se entreabrieron—. No. Es... es hermoso. Estoy sorprendida. Nunca lo hubiera adivinado. Yo... —Ella miró en dirección opuesta y Gray siguió su mirada.

Cuando él vio la enorme roca inclinada suavemente hacia el agua, su súbita erección lo dejó aturdido por un segundo. El recuerdo de lo que ella había hecho

en su sueño. Buen Dios, llegaría al orgasmo sólo con pensar en eso. Él se dio la vuelta, luchando para controlar sus pensamientos. Pero entonces la mano de ella comenzó a temblar en la suya, la palma estaba humedecida. Ella se había sonrojado, su respiración era poco profunda. Estaba tan aturdida como él lo estaba, afectados con la misma rapidez. ¿Por qué?

—¿Comemos? —Ella dejó caer la mano y se dirigió a la mesa—. No puedo esperar para ver que hay debajo de esas cubiertas.

Él siguió, pero su mente era un caos con un millón de pensamientos, miles de preguntas. Algo estaba pasando entre ellos, algo que él no podía explicar pero podía sentir, como sentía el bosque a su alrededor. El impulso de vida luchando bajo la superficie, tocando la naturaleza primitiva dentro de él, estaba conectado con el bosque y conectado con Maizie.

Su mandíbula estaba rígida—. No. —Eso no está bien.

—¿Qué?

Su mirada se posó en la de Maizie, sus ojos eran inquisitivos con unas pequeñas arrugas en las esquinas.

— ¿No vamos a comer aquí? —Ella preguntó.

—Sí. Lo siento, yo estaba... Perdóname. Por favor. —Él hizo un gesto hacia el cojín púrpura de gran tamaño que estaba más cerca de ellos.

Se quitaron las botas y zapatos, pasándose de ida y vuelta la caja de pastelería, cuidadosamente dieron un paso sobre la alfombra.

Esos ojos verdes estaban mirando fijamente sus pies, una mirada de completa apreciación femenina se proyectó en su cara—. Lindos pies.

Esto era definitivamente una mala idea.

Gray ignoró su semi-dura erección. Se trasladó hacia la mesa, guiando a Maizie con su mano en la parte baja de la espalda. Ella se sentó como una dama, las rodillas juntas y las piernas recogidas hacia un lado. El apretado vestido le había dejado pocas opciones.

Annette había puesto dos platos lado a lado. El otro lado de la mesa estaba lleno de arreglos florales, un plato más grande con fruta y dos llameantes candelabros. Con el espacio limitado y Maizie ya sentada, Gray no tenía más remedio que tomar el cojín al lado de ella.

Después de un segundo o dos de moverse inquietamente, ambos aceptaron que las piernas de ella se presionaran contra su muslo. Gray hizo su mejor esfuerzo para ignorar la sensación.

—¿Y qué hay debajo de las cubiertas? —Ella preguntó, desconfiada—. ¿Langosta? ¿Trufas? O no, apuesto a que es steaktartare* ¿O tal vez codorniz?

¿Steaktartare? En lugar de contradecir sus bizarras suposiciones, Gray se acercó y quitó las dos cubiertas al mismo tiempo—. Sándwiches de mantequilla de maní, galletitas y un vaso de leche. Me dijeron que era tu favorito.

Ella parpadeó, mirando fijamente el plato.

—Estas decepcionada. Lo siento. Yo pensé...

—No. — Ella le agarró la mano y le sonrió. —Es perfecto. Tienes razón. Es mi favorito. Pero tu... estoy segura que preferirías tener, no lo sé, cangrejos de concha suave o algo así.

Gray resopló, poniendo las cubiertas a un lado—. No. No soy un amante de la comida de mar. Además, no hay nada mejor que los sándwiches de mantequilla de maní para los nervios.

—Lo sé. —Su mirada se posó en la suya como si acabara de oír lo que él había dicho—. ¿Estas nervioso?

—Oh. No. Quiero decir... — Él la miró fijamente. Algo había cambiado en la manera en que ella lo miraba. Había una suavidad en sus ojos, la fácil curva de su sonrisa, como si él fuera de repente más atractivo para ella. Dios lo ayudara, a él le gustaba la manera en que ella lo estaba mirando.

—Sí. —Él dijo—. Un poquito. Supongo. ¿Tu?

Ella se rió y los pequeños rizos saltaron a los lados de su rostro balanceándose contra sus ruborizadas mejillas—. Sí. Yo también.

Él podía oler el aroma de lavanda de su champú, le encantaría sentir su cabello rojo encendido en la mano, presionarlo contra la nariz, aspirarla a ella, la esencia misma de ella.

Gray parpadeó. Una rápida sacudida de cabeza y estaba fuera de la fantasía mental.

—¿Estás bien?

Él no podía dejar de fruncir el ceño—. Sí. Solo estaba... ¿Cómo está tu sándwich?

Ella rió de nuevo, ligera y feliz—. No lo he probado todavía, pero es mantequilla de maní. Es un poco difícil equivocarse con ella.

—Sí. Es verdad. —Él trató de reír, pero sabía que sonaría forzado.

—Es hermoso este lugar. Sabes, he escuchado que a los adolescentes de la zona les gusta andar a hurtadillas hasta aquí para darse unos chapuzones desnudos.

Su atención se fijo en ella—. ¿Lo has hecho?

—¿Yo? —El rubor coloreó su cara y corrió por su nuca hasta el cuello redondo de su vestido. Gray siguió el rastro de ese rubor. ¿Se había extendido más lejos? ¿Se calentarían sus pechos como lo hicieron sus mejillas? ¿Estaría caliente entre sus muslos?

—Bueno, sí. Una o dos veces. Pero eso fue hace muchísimo tiempo. Cuando vivía en la casita de campo con la abuela.

Él no quería pensar en eso. No podía dejar de pensarlo. El recuerdo de su sueño, la realidad de ella nadando desnuda, los pensamientos e imágenes mezcladas como una película erótica en su cabeza.

Ella tomó un sorbo de leche, dejando un delgado y blanco bigote revistiendo su labio superior cuando terminó. Ella se humedeció su labio, pero una débil línea de leche permaneció—. ¿Entonces por qué me trajiste aquí? Es sobre la tierra de la abuela, ¿Verdad? Por lo menos estoy en lo cierto.

—Sí. —Él tragó saliva, con la mirada pegada en la línea de leche trazando su labio.

—Yo quería que vieras qué está en riesgo si tu abuela vende.

—Pero ¿No es usted el que está tratando de comprar la tierra de la abuela?

—No, Maizie. Yo no quiero que Ester se la venda a alguien.

—Así que ¿No estás tratando de seducirme?

Gray abrió la boca, pero se dio cuenta que no sabía la respuesta. Exhaló. Cerró su boca y desvió la mirada. Sus ojos aterrizaron en la caja de pastelería, con los bordes abollados, aún puesta entre sus platos.

—¿Nunca me vas a enseñar que hay en la caja? —Él preguntó. No era el cambio de tema más suave, pero lo haría.

Maizie parpadeó, cogiéndola desprevenida, se enderezó—. Oh. Es... realmente no es nada. Yo pensé en traer el postre.

Ella abrió la caja y el celestial aroma de chocolate flotaba.

—¿Brownies?

—Espero que te gusten las nueces. —Ella dijo.

Él sonrió, ella no podía saber por qué—. Me gustan. Mi madre solía hacerme brownies. Ella era una panadera muy buena. Dios, amaba ayudarla.

—¿Tú horneas?

Gray resopló—. Claro que no. Lo que hice nunca podría ser descrito como hornear. Yo tomaba las medidas. De vez en cuando agitaba la mezcla. Fijaba la temperatura. Mi especialidad. Principalmente la observaba.

—¿Eran cercanos?

Había sido hace mucho tiempo. Ser un hombre lobo había extendido su duración de vida, lo cual significaba que esos recuerdos eran aun más lejanos—. Sí. Éramos muy cercanos. Ella falleció hace muchos años, pero todavía puedo recordarla desplazándose por la cocina, recopilando ingredientes, cocinando en un sartén, mezclando sin ni siquiera mirar una receta de cocina. Se movía como si estuviera flotando en una nube. Nunca cometía un error.

—¿Tú padre también ayudaba?

Gray se burló—. No. Mi padre era de la creencia que los hombres eran hombres y

los hombres de verdad no entraban a una cocina excepto para informarle a sus esposas que querían para la cena.

—Wow. Qué acto tan de 1950 por parte de él.

Ella estaba más cerca de lo que pensaba, pero Gray mantuvo esa información para sí mismo—. Correcto. Un hombre de verdad no llora como un niño. No importaba. Yo la tenía a ella. Esas horas que pasaba solo con mi mamá mientras ella horneaba me hacían libre. Podía contarle todo, mis miedos, mis angustias, mis sueños y nunca pensó menos de mí. Nunca me hizo sentir avergonzado por no ser duro como el acero todo el tiempo. Yo... extraño eso.

—Sé a lo que te refieres. Yo solía hornear con mi mamá también. Ella hacía el mejor pastel de chocolate. Después de que falleció, yo solía sentarme en la cocina por horas con mis ojos cerrados, imaginando que todavía podía oler ese dulce y fresco aroma de algo recién horneado. Era como si ella aún estuviera conmigo.

Una banda invisible presionó el pecho de Gray. Los recuerdos de la noche en que Maizie había perdido a su mamá pasaron por su mente. Él los apartó.

—Es estúpido, —Ella dijo—. Pero es una gran parte de por lo que me gusta hornear. Me hace sentir como si ella estuviera alrededor. Raro, ¿Eh?

Él extendió la mano y limpio la leche, todavía una húmeda línea estaba por encima de su labio, él la retiró con el pulgar.

Querido Dios, sus labios eran tan suaves como parecían. Su mano se deslizó por la mejilla de ella—. No. Es increíblemente adorable. Estoy seguro de que ella estaría orgullosa de ti.

Los ojos de Maizie se ensombrecieron con su toque. Ella se lamió el labio, trazando en donde el pulgar de Gray había estado.

—Tal vez podríamos tener un tiempo juntos y tú podrías, eh, tomar las medidas por

mí.

Ella se rió y el sonido complació su piel e hizo saltar su corazón.

—Me gustaría hacerlo.

—Sí. Sería agradable compartir con alguien que, tú sabes, entiende del tema. — Su sonrisa temblaba, sus ojos de repente brillaron con lágrimas sin derramarse.

El corazón de Gray se encogió, sus músculos se apretaron queriendo recogerla en sus brazos. Sin pensarlo, su mano se había deslizado hacia el cuello de Maizie, la trajo hacia él. Su mirada se desvió de esos suaves labios hasta sus ojos justo en el momento en que se cerraban y él tomó su boca con la suya.

Caperucita Roja. Jesús, no sólo era el lobo en él quería devorarla.

*SteakTartare: Es un plato de carne de vaca que se elabora con carne picada cruda. Se suele servir con cebolla picada muy finamente, alcaparras y diversos ingredientes, algunas veces se pone una yema de huevo.

Capítulo 6

Traducido por dani.prmr y Darkemily

Corregido por Haushiinka

Ella sintió el beso. Por todos lados. Cualquier pensamiento fugaz que hubiera tenido de recusarse desapareció. Sus emociones se atascaron en su pecho, pensamientos sobre su madre, perdiéndola, perdiendo la comodidad y seguridad de sus padres, danzaban sobre su corazón.

Gray entendió qué era lo que ella había perdido. Él entendió lo que ella necesitaba. Ella no podía rehusarse a él, incluso si quisiera.

Sus labios eran fuertes, pero muy suaves. La lengua de él recorrió el labio inferior, probando la lengua de ella, seduciéndola dentro de su boca. Y cuando ella se deslizó a través de sus labios, él realmente ronroneó. El sonido vibró por todo su cuerpo bajando hacia su sexo.

Su gran mano cubrió la parte trasera de su cuello, manteniéndola presionada contra sus labios. La posición era torpe, inclinados sobre sus encorvadas piernas. Pero a ella no le importó. Este sentimiento tan maravilloso. Hormigueos recorrían su piel desde su cabeza hacia la punta de sus dedos, su cuerpo se calentó tan rápido, se sintió encendida.

Una mano se balanceó sobre la mesa, y alcanzó con la otra sus mejillas. Él lucía un limpio afeitado pero ella podía sentir la áspera textura del nuevo crecimiento con sus dedos. Su colonia impregnó su nariz, dulce, viril, mezclada con los aromas propios de la naturaleza. Intoxicante. Ella lo olió, dejando que el aroma de él la hiciera marearse.

Ella pudo saborear una insinuación de whisky escoses en su beso. Juntos, su olor y el rápido golpeteo de su pulso, era todo lo que Maizie podía hacer para no desmayarse y caer en sus brazos.

Ella se movió, levantando su cuello y él la recompensó con un duro, fuerte beso. Era muy fácil, el beso, el deseo. Su cuerpo parecía reconocer su tacto, cálido ante la posibilidad. Ella era un poco más chica que él y su mano se deslizó desde su cuello hacia su cintura. Todavía la empujaba hacia él, tan cerca como ella nunca había estado antes.

Sosteniéndola, su mano libre se deslizó suavemente sobre las costillas cercanas a sus senos. La respiración de Maizie se detuvo incluso después de que su palma tomara su pecho, después de que sus dedos lo apretaran. Cada músculo en su cuerpo trabajaba por más, más placer, más sensaciones, más...

Un placentero temblor traspasó su vientre. Sus muslos temblaron, los músculos en su sexo pulsaron, húmedo y necesitado. Ella quería sentarse a horcajadas sobre él, presionar su coño contra él, dejar claro lo que él le hacía a ella, lo que quería que él le hiciera a ella. Lo que él le hizo necesitar. El vestido era muy apretado, había sido afortunada de subirlo hasta sus rodillas.

Su mano masajéó su pecho, encontrando su duro y deseoso pezón. Él jugó con el, induciéndola a algo más pesado, presionando innegablemente sobre la fabricación de su corpiño y vestido. Maizie gimió y cayó a su tacto, sus caderas presionando su ingle. A ella no le importaba donde estaba, quien era él, qué había echo. Ella lo quería. Ahora. Llenar el vacío entre sus piernas.

Sus dedos pellizcaron duro y Maizie echó la cabeza hacia atrás, jadeando. Ella arqueó su espalda y sintió su caliente y húmeda boca a través de su vestido, sus dientes mordiendo los pequeños y ásperos nudos de la tela. Su cuerpo se curvó hacia el otro lado, sus brazos rodeando su cuello, sosteniendo su cabeza contra su pecho.

Gray se puso de rodillas, recogió a Maizie en sus brazos, presionando todo su cuerpo contra él. La dura línea de su polla presionaba a través de sus pantalones contra su muslo, burlándose de ella sin piedad. La tomó de nuevo por la boca, frenético, con hambre. La finura de su primer beso perdido en una explosión de pasión.

Uno de los brazos rodeaba su espalda, él dejó caer la otra mano hacia su culo. Apretó. Duro. La levantó y presionó su coño contra su polla, su necesidad por ella estaba clara, tan clara como la suya propia.

Ella trató de fundir más sus piernas, pero el vestido mantenía sus muslos capturados. No daría nada, y ella no podía bajar sus manos y subirlo.

—Demasiada maldita ropa —murmuró dentro de su boca. Todo el cuerpo de Gray se puso duro, tenso. Sus labios empujaron los de ella.

—Cristo... —Estaba sin aliento, todavía sintiendo la descarga de su cuerpo—. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Maizie abrió sus ojos. Él lucía horrorizado, sus pálidos ojos escaneando su cara, su frente ceñida, como si buscara alguna pista de comprensión. Él la liberó y se puso de pie tan rápido que ella cayó cerca por la fuerza misma.

Gray se paseó por la alfombra, se limpió el beso de sus labios con el dorso de la mano, y colocó agitado su flequillo en su lugar, lejos de la cara.

Mantuvo sus caderas en una ida y vuelta, sus ojos hacia abajo, la frente ceñida. ¿Fue algo que ella haya dicho? ¿Qué dijo ella? La mente bebida de Maizie se apresuró a desenredar el misterio. Aturdida, se sentó sobre su almohada, su mano limpiando la humedad que bordeaba el labio inferior. El pincel de su dedo hormigueo a lo largo de su boca, todo su cuerpo sensible por la inactividad de sus toques. ¿Qué había ocurrido?

—Esto no es para lo que te traje aquí. —Gray no la miró. Él mantuvo el movimiento de sus caderas—. Yo... lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Por qué? ¿Por besarme sin sentido o detenerte?

Él se detuvo, sus enojados ojos llameando en los de ella—. Si, por supuesto que lo siento. Tu no pensaste que yo quería... —Él debió haber leído algo en su expresión, decepción, vergüenza, duda. Él parecía estar reconsiderando sus palabras—. No quise decir... ¡Diablos! Obviamente, quería... quiero decir. Yo era el que... Mierda. Maizie, hay algo sobre ti que me despista.

Su mirada se suavizó, esperaba. Maizie forzó una sonrisa, no grande, pero era lo mejor que podía lograr. Ella podía aceptar "despistado". Era mejor que "lo siento".

Gray gruñó a su tácita tregua y se puso a andar de nuevo—. Esto debería ser algo sencillo. Mensaje de texto. Un picnic. Sucesivamente entendible. Todos los favoritos de las mujeres. (Se refiere a las cosas que más les gustan a las mujeres). Un poco de coqueteo inofensivo para atraparlas mirando cosas en mí. No esperaba que...

Maizie se encogió de hombros, fingiendo indiferencia—. Misión cumplida.

—¿Qué? —Gray se detuvo, mirándola.

—Si todo esto era para tratar de convencerme de que la abuela no vendiera las tierras, entonces has estado seduciendo equivocadamente, por así decirlo.

Él se ruborizó y alejó el rostro por un momento, pero lo subió rápidamente—. Es fácil decirlo, pero cada uno tiene un precio, Maizie. ¿Cuál es el tuyo?

Ella trató de no sentirse insultada. Maizie sabía qué tipo de hombre era Gray Lupo. Un vehículo todo terreno, un comerciante. Un playboy, rico, poderoso, de los que consiguen lo que quieren, sin importar los medios ni tampoco la pequeña pelirroja que se vio atrapada en su camino.

El tipo al que le gustaba pasar tiempo con su madre, el hombre que compartía su placer, se había ido.

Fue insultada. Fue herida. Y le estaba tomando demasiada maldita energía negarlo. Se puso rígida, dejando su temperamento hervir sobre su orgullo herido.

—¿Mi precio? Por la felicidad de mi abuela. Si ella quiere las tierras, quiere proteger a ese lobo que insiste en correr hasta aquí, entonces voy a mantener la tierra. —Él palideció. A ella no le importó el por qué—. Si ella quiere vender hasta la última parcela, entonces voy a venderlas todas mañana. Voy a hacer lo que tenga que hacer para hacerla sentir segura.

Maizie se puso de pie, acomodando su vestido—. Voy a dejar mi negocio ir a bancarrota. Voy a mudarme a esa desolada casa. Voy a hacer cualquier cosa para asegurarme que no estas pretendiendo ser mi padre muerto, tratando de convencer a la abuela de vender la única cosa que significa el mundo para ella. —Ella tomó una bocanada de aire, tratando de calmar la ira y el dolor que sacudió sus brazos. Juntó sus manos—. Nos vemos Sr. Lupo, mi precio es simple y no negociable. ¿Feliz?

Ella cruzó los brazos bajo su pecho, la barbilla alta. Su estomago contraído, con las rodillas temblándoles y un torrente de lagrimas que obstruía la parte posterior de su garganta, pero maldita sea, no le dejaba ver nada de eso.

Gray la recorrió con la mirada, las manos apoyadas en la cintura, la chaqueta enganchada detrás de las muñecas. El silencio se estableció entre ellos como un árbitro que llamaba a un tiempo de espera.

Su nariz aleteaba con cada respiración, su musculoso pecho con cada inhalación y exhalación. Un viento suave agitaba las puntas de su cabello a medida que su mirada viajaba por su cuerpo. El estudio era tan intenso que ella

podía sentir la ruta. Ella juraría que estaba borracho. ¿Quién no lo estaría después de toda esa perorata? Pero la mirada en sus ojos, el calor, ella esperaba que no fuera ira.

Él gruñó. Las manos cayendo de sus caderas—. Al diablo con eso.

Sus grandes zancadas comieron el suelo en un borrón. En un segundo estaba en sus brazos, la recogió contra su duro pecho, una mano contra su cadera, la otra contra su cabeza. Y luego se congeló. Su cálido aliento acarició sus labios, tan cerca que ella pudo imaginar la sensación del besó. Pero él no la besó. Él se mantuvo, observándola. Después de un largo momento, preparado, impregnado de anticipación. Maizie se retorció.

Los brazos de Gray se endurecieron a su alrededor—. Sshh.

Ella conocía esa mirada, sus ojos distantes por un momento hasta que se centraron en los de ella. Él no dijo ninguna palabra, pero ella entendió el significado en su mirada. Él quería que ella escuchara. Algo no estaba bien. Ellos no estaban solos.

Maizie se enderezó, empujando desde el abrazo de Gray. Ella mantuvo sus ojos en él, pero su mente buscaba, sus sentidos escuchando, oliendo, saboreando el aire.

El chasquido de una rama sonó a su izquierda, luego un largo susurro de hojas. Los bellos de su cuello se erizaron, dedos invisibles rengueando hacia su espalda, congelando su espina dorsal—. ¿Qué es eso?

—La manada. Lobos. Ellos creen que es un juego, pero están muy disgustados. No es seguro. Las cosas se pueden salir de las manos.

—Bueno, volvamos al auto. —Se dio vuelta para irse, pero él atrapó su brazo, empujándola hacia dentro.

—No podemos hacerlo. Mi casa está cerca. Ellos pensaran más claro ahí.

—¿Quiénes?

Gray tomó su mentón con los dedos, y la obligó a mirarlo—. Quédate conmigo. Estarás bien. No mires atrás. No mires alrededor.

—Pero...

—No. Sólo... confía en mí. —Su voz era suave y firme. Totalmente segura. Ella dejó que el sonido la lavara, calmando los nerviosos hormigueos de sus músculos, terminando con su pánico instintivo.

Sin apartar los ojos de ella, se agachó y tomó su palma con su enorme mano, tragándosela, sujetándola con fuerza y firmeza. El simple toque hizo más por ella que cualquier otra droga. Ella estaba a salvo. Sin importar nada.

Sin otra palabra, se volvió y aprovechó su largo paso para guiarlos por el bosque. Descalzo, sin nunca vacilar en su ritmo, pero remarcando cada paso, para encontrar un terreno suave y flexible.

Los caminos de los que siempre había sido consiente aparecían desde ningún lado. Gray hizo su propio camino a su manera, cortando ramas, cayeron arboles y zarzas espinosas sin esfuerzo. Sin dolor.

El suelo boscoso debería ser duro contra sus pies. Pero no lo era. ¿Por qué? Se movían rápido, los pasos de Gray más largos que los de ella, pero se esforzó por mantenerse a su lado.

Su cuerpo estaba liviano, fácilmente empujado y girado como un cometa con cadena.

A cada lado suyo, el bosque era una mancha borrosa, los árboles eran una mancha verde, con destellos de luz, y una maraña de marrones. El viento silbaba pasando por sus orejas, rastrillando a través de su pelo, soltando el moño y dejando que cayera suelto, enganchándose en las ramas. Se mantuvo en movimiento. No fue difícil. Como una gota de agua cayendo a un río. Una parte de todo, pero separada.

Las sensaciones y los sonidos del bosque caían sobre ella, la madre selva, el graznido de un cuervo, savia de los pinos, una madriguera de conejo. Todo mezclado y fundido en ella. A través de ella. Rodeándola. Ella era el bosque, cada parte de él, y el bosque era ella, uno y el mismo... Y entonces se detuvieron.

Ella casi estrella su nariz con su hombro. Ella sostuvo su cabeza con su brazo por un momento esperando a que el mundo dejara de dar vueltas. Ella miró por encima de su hombro.

—Qué diablos fue eso, —ella preguntó—. Se sintió como si estuviéramos haciendo un suave vuelo. Eso no es posible. ¿Verdad?

Gray echó una mirada sobre su hombro hacia ella—. Te explicaré después. ¿Okay?

Él lucía preocupado, o como si tuviera cosas más importantes de las que preocuparse en ese momento, y deseaba que ella no agregara a la lista estar insistiendo por respuestas. Ella podía hacer eso. Por ahora. Se dieron la vuelta hacia ¿La mansión?

Maizie parpadeó, su cerebro tratando de reconciliar lo que creía posible y lo que estaba ante sus ojos.

—De ninguna manera. Cherri estaba en lo cierto. Tienes una mansión escondida en el bosque.

De tres pisos de altura, del tamaño de un pequeño hotel, la enorme estructura era de piedra gris, sin embargo era eclipsada por el bosque circundante. La mirada de Maizie se focalizó a través de ellos. El borde del bosque era de por lo menos de diez pies de ancho, denso y sombreado. Se imaginaba caminando dentro del terreno de Gray, y no ver la enorme mansión a través del follaje.

Gray tomó su mano y Maizie camino después de él hacia las escaleras de su patio. Tres enormes puertas de cristal se abrían en el porche de la casa desde el patio ofreciendo una clara vista de la habitación del lado. Al final de la habitación, escaleras alfombradas hasta la pared del fondo. Ella podía ver una enorme chimenea de piedra, un sofá grande y un sector para fumadores del bar. Maizie miró al tiempo que tres mujeres de largas piernas bajaban las escaleras para quedar a la vista.

Las mujeres eran hermosas, la segunda una versión ligeramente más joven que la mujer a su derecha. La más antigua y hermosa del trió tenía el cabello del color de azúcar morena, mientras que la mujer del centro tenía un matiz de seda rubia. Ellas vestían con estilo unos kimonos verdes; con solapas y una faja complementaria color rosa, radiante contra sus pieles tostadas.

Las mujeres se paseaban ordenadamente, las femeninas curvas de sus caderas bamboleándose. La mujer del medio se dio la vuelta hacia el pequeño patio del bar de la esquina al momento que pasaron el umbral. Las otras siguieron directamente hacia la dirección de Gray. Ella trató de liberarse de su mano, pero él la retuvo.

—Gray, mi dulce niño, —dijo la mujer mayor a medida que se acercaba—. ¿Volviendo de tu salida tan pronto? Te hemos echado de menos, querido.

—Madre Joy. —Gray respondió, a modo de saludo.

Evidentemente, la mayor de las tres, Joy, todavía se veía años más joven que Gray. Su cabello castaño caía en suaves ondas largas sobre los hombros hasta su media espalda. Su piel era impecable, su cuerpo en forma. Sin embargo, había una densidad en ella, la manera de caminar, hablar, que viene con la experiencia y no simplemente la edad.

Ella presionó sus manos contra su pecho, se estiró y le besó en la mejilla. Él se quedó de pie, su cuerpo rígido, la cabeza recta, con el ceño fruncido, firmemente en su lugar.

—Ella es mi invitada, Joy. —Miró hacia delante, a la nada, como si no quisiera mirar a la mujer—. ¿No podría hacer el menor esfuerzo por comportarse? Con el vestido, por ejemplo... ¿Más acorde a tu edad?

La mujer rió, una risa ahogada, golpeando juguetonamente su pecho—. Querido, estábamos curiosas y Lynn nos había convencido de que estabas guardándonos secreto. Dijo que habías elegido una compañera. Puedes imaginar nuestra decepción.

—¿Eso es lo que todos ustedes han estado elucubrando aquí arriba? —Su mirada se desvió a la mujer del bar—. Deberías ser conciente que salir en ese estado de ánimo podría haberseles salido de las manos.

La mujer mayor encogió un hombro—. Sí. Bueno, podrías haberle dicho a Lynn sobre tu "gracia de la semana" y salvarnos a todos del problema. —Su brillante mirada azul se posó sobre Maizie—. Sin ofender cariño. Estoy segura de que estas perfectamente agradecida.

Maizie sacudió la cabeza, aunque no tenía ni idea de lo que estaban hablando. La mujer no podía tener más de cuarenta y cinco y Maizie no estaba segura del problema que Gray tenía con el vestido. Si Maizie lucía tan bien a los cuarenta y cinco, usaría simplemente un vestido similar. Joy se dio la vuelta y encontró un asiento en una tumbona de madera. La menor del trío paseaba por el patio de piedra gris, no tan graciosa, su bonito rostro desfigurado por el pliegue de piel fruncida en su frente.

—Ahorra tu aliento, tío Gray. No necesitamos una conferencia. Fue idea de mamá. Y sólo estábamos viendo. Tu sabes, este tipo de cosas no pasarían si tu dejaras de traer a estas zorras humanas aquí.

—¡Suficiente!, Shelly. —Ella miró la expresión tensa de Gray, que flexionaba los músculos de su mandíbula por la rabia contenida. Su mirada volvió hacia Maizie y después de nuevo a Gray—. ¿Qué? ¿Mamá estaba en lo correcto? ¿Hay algo diferente sobre esta? No. Claro que no. Lo que sea.

La joven belleza se estiró sobre sus pies, su mano subiendo suavemente por el pecho de Gray hasta su cuello, forzándolo más cerca. Su cola de caballo se agitaba en su espalda mientras besaba la mejilla de Gray, dejando una mancha de lápiz labial rosa.

La mortífera joven mujer dio un paso atrás, haciendo un mohín. La túnica de seda cayó suelta, mostrando su ombligo y su plano vientre. Por lo menos sus pechos lograron mantenerse ocultos, sus pezones tentando a través de lujuriosa tela, erectos como soldados.

Maizie miró a Gray. Se quedó rígido como antes, sus ojos centrados en línea recta, los labios en una línea, mientras Joy se unía a los muebles del patio para descansar. Sus ropas caían libres, porque podían. Gray no parecía darse cuenta o no le importaba, su atención se situaba en la tercera mujer. Esta, estaba de pie junto a un carrito, con un vaso, removiendo el líquido claro con el dedo. Obviamente disfrutando de la atención, sacó el dedo de la bebida y se lo chupó con largas lametadas con los labios pintados de rojo.

—Oh. —Maizie tragó su aliento. Ella sabía de esta mujer. Esta era la mujer que había visto teniendo relaciones sexuales en el bosque. Las mejillas de Maizie se calentaron. ¿Qué había pasado con el hombre con que la había visto? ¿La marca que había visto en su cuello? ¿O había visto mal?, aunque no se había molestado en mirar lo suficiente como para no evitar atornillarse los sesos.

—Mala jugada, Lynn —dijo Gray—. Tú sobrepasas los límites.

Ella rió, suavemente y su bonito cabello largo, rubio cubría sus hombros. A sus veinticinco años más o menos el cuerpo de Lynn estaba en la flor de la vida. Ni siquiera se había tomado la molestia de atar la banda de la bata. Caminó hacia él, sus caderas curvadas se balanceaban, los bordes de su bata descubrían su vientre desnudo, paja de color marrón y sus muslos firmes.

—¿Tuviste un día maravilloso en el lago, Gray? —Ella preguntó.

—Si cualquier daño hubiera le hubiera llegado a pasar a ella... el olor de la presa asustada ¿Sabía lo fácil que podría haber salido mal, haberse salido de sus manos? Has dirigido al resto por ahí sabiendo lo molesto que estarían cuando vieran que era mi compañera.

—Sólo demuestro un punto, querido hermano, lo mismo que tú. —Ella tiró de su camisa por el cuello, peleó con su apretón. Un duro tirón jaló de él hacia ella, el reflejo abrió su agarre sobre Maizie. Ella dejó caer la mano a su lado, observándolo.

Lynn tomó la boca de Gray con la suya, su mandíbula se amplió, su lengua profundamente en su boca. Y Gray la tomó. Ningún músculo en el resto de su cuerpo respondió, pero no le negó el beso. Tan profundo y largo como ella quería, lo obligó.

Ella lo lanzó con un pequeño empujón, se limpió la boca con el dorso de su mano y tomó un sorbo de su bebida. Su mirada se desvió hacia Maizie.

—Además, si estabas tan preocupado de que hubiéramos perdido nuestros sentidos y le diéramos caza realmente, ¿Por qué la trajiste aquí? Ella es una responsabilidad, al igual que Shawn.

—Incorrecto. Estos eran negocios, —, dijo Gray. —¿Y por qué no le traería aquí? Esta es mi casa. Espero que mi familia se comporte como humanos civiles aquí, y en cualquier otra parte.

—Pero, por supuesto. —Lynn se escabulló hacia Joy y Shelly, al último salón que no había sido utilizado. El movimiento que fluyó en su cuerpo era fascinante—. ¿Negocios, dices tú? ¿Realmente? Sólo si tu negocio está seduciendo a ignorantes chicas. O tal vez ella consigue enviar algo a través de tu culo y es por eso que tu mano estaba sobre ella.

Lynn se rió de su propio ingenio, mirando a las otras mujeres que sonrieron indulgentemente, aunque Joy parecía cansada de la demostración. Lynn se recostó, la bata se deslizó por los lados de su cuerpo, dejándola completamente expuesta. Ella levantó una rodilla, tapándose el arbusto y mostrando la redondez lisa de su trasero.

—Esta es la nieta de Ester. —Dio un paso hacia ellas, cada vez poniendo una mayor distancia entre él y Maizie—. Ella tiene influencia con su abuela. Hice lo que tenía que hacer. Y el resto de ustedes no interferirá.

—Tú hiciste lo que querías. Como siempre lo haces. —Lynn puso su copa sobre la mesita de noche entre ella y Joy—. Somos los únicos que cumplimos las normas arcaicas y los códigos.

Gray dio otro paso, con el rostro lleno de ira—. No hay razón detrás de nuestras reglas.

—Sí. —Lynn se sentó directamente, con el cuerpo rígido—. Y nosotros estábamos ilustrando estas razones, como lo hiciste para mí. Tú eras vulnerable, Gray. Te hacía lento, torpe y vulnerable. Tú no podrías protegerla de esta forma. Tú no puedes protegerte. Ni de tus sentimientos por ella, cuando viste el miedo de su reacción, dejaste de hacer lo que deberías haber hecho. Lo que habrías hecho sin pensar si no fuera por ella.

Gray la miró con el ceño fruncido, los músculos de su mandíbula se tensaron. Entonces, de repente una extraña tranquilidad se apoderó de él, como si hubiera elegido la conducta a seguir. Sus manos se deslizaron en los bolsillos delanteros del pantalón, aparentemente casual.

—No eres tú la que me educa. Tú fuiste la hermana de mi esposa. Pero no te engañes. Empújame en esto y te voy a bajar. Haz caso a tu lugar, Lynn, o te pondré en él a la fuerza. —Su voz era baja. Sus palabras fueron precisas y el sonido de ello envió una frialdad que bajaba por la espina de Maizie.

—¿Su lugar, tío Gray? —Todos los ojos se volvieron hacia el joven aturdido que empuja la puerta de cristal del patio—. Ah bueno. Discutamos los lugares de Jerarquía.

Su cuerpo desnudo, la perfección esculpida, relucía un brillo fino de humedad, de su pelo corto salpicaban gotas de agua. Con cada paso casual hacia vibrar su polla, semi-dura, cada vez más grande cuando él notó que Maizie lo miraba fijamente. Una sonrisa se formó a través de sus labios, luego la suprimió, cambió su atención de nuevo a Gray.

Maizie parpadeaba, desvió la mirada hacia... nada. Sin embargo, Gray se había dado cuenta, vio que abría los ojos sobre el joven. Podía sentir sus músculos tensos, pero no le dijo nada—. No empieces, Rick.

—¿Empezar? Tío Gray, cuando me decido, apenas comienzo, voy muy bien y no habrá nada que puedas hacer al respecto. Confía en mí. — Gray gruñó sus palabras a través de sus dientes—. Este es un negocio, Rick. Mantente alejado de ella.

—Correcto. Negocio. ¿Por qué no estoy sorprendido? —Los ojos azules de Rick, coincidieron con los de Shelly, y después pasaron a Maizie—. ¿Te molestaste en decirle a la chica? Por su mirada, yo diría que ella está esperanzada como el resto de nosotros. La diferencia es, que te conocemos. Estamos acostumbrados a

ti con el juego de tomar un compañero y siempre fallar. Si tú no la tomas, tal vez yo lo haré. Ella parece bastante abierta a la idea.

Gray miró a Maizie, atrapándola con su mirada pegada a la polla de Rick antes de que ella pusiera su atención en su cara, sus rojas mejillas ardieron. Abrió su boca en señal de protesta—. ¿Qué? Yo sólo estaba... Está desnudo. Yo no estoy muerta, no soy tampoco un animal. No salto a cualquier cosa que cruza en mi camino y parezca listo y capaz.

La frente de Rick se elevó, con una sonrisa levantando una mejilla—. ¿No es un animal? ¿Has oído eso, tío Gray?

Era evidente que el joven era un pretencioso al que dejó de prestar atención, alisaba sus arrugas, su pene crecía mientras observaba. ¡Maldita sea!, ¿Por qué él confió en que su familia actuaría como un ser humano frente a Maizie si ella se reunía con ellos aquí en lugar de en el bosque? Siempre era una competencia con Rick. Quería ser alfa a pesar de las preocupaciones y protestas de las mujeres en sus vidas.

Lynn, Joy y Shelly habían rogado a Gray que no se apartara, no se alejara y no entregara la manada a Rick. Por mucho que Rick pudiera desearlo, tanto como Gray le gustaría dárselo, él no podía hacer esto al chico. Tenían razón. Rick era demasiado joven. El conseguiría ser matado por un perro callejero dentro de una semana. Si seguía tratando de utilizar a Maizie para salirse con la suya, Gray se aseguraría de eso.

Gray se enderezó, sin moverse, pero bloqueando el camino de Rick a Maizie por voluntad.

—Esto no es un juego, chico.

Rick se detuvo en seco, con la mirada pasando de Maizie a Gray—. Estoy en mi maldito derecho. Esta es la vida, viejo. ¿Traes a una mujer a tu guarida y crees que no tendrás que luchar por ella? Tú eres el que está delirando.

Él palmeó el hombro de Gray, riéndose entre dientes, y se acercó a su alrededor. No había ninguna duda del desafío en sus ojos, aunque Gray sabía que no tenía mucho que ver con querer a Maizie como su compañera, si no que él lo hacía con el deseo de liderar el grupo. Él debería haberlo visto venir. Llevarla a la casa fue un error. No sabía que las cosas habían llegado a ser tan inestables.

—¿La primera mujer? ¿De verdad? —El tono de Maizie fue goteando con indignación y conmoción.

Gray también sabía que si por algún milagro, Rick lograra derrotarlo en una pelea, Rick no pasaría a tener derecho de tomar la compañera de su oponente. Lo que no iba a suceder. No con Maizie. Nunca.

—No quiero hacer esto, chico. Ahora no. No ella. —Gray advirtió.

La mirada fija de Rick que proyectaba seguridad vaciló, bajó, pero él se recompuso—. Dime que ella es la elegida. Digamos que estás listo para ser el alfa de esta manada, la necesitas y no lo intentaré. Si ella no es la elección de tu lobo, entonces ¿Por qué te importa si la pruebo un poco?

La frustración picaba sobre sus hombros, anudado sus músculos. Era una cosa sencilla. Anunciar que tenía un interés romántico en Maizie, que él la reclamaba como suya, y hacer felices a todos. Maldición, a su familia le gustaría. Tener un alfa acoplado significa seguridad para la manada.

Compañeros alfa sólo demostraría que la manada era vital y estaba viva. Un macho alfa solitario sin la esperanza de producir fuertes herederos varones, eso les decía a los hombres que la manada se estaba muriendo. Las hembras viables, Lynn y Shelly, serían persuadidas a unirse a manadas sanas. O asesinadas. Gray, no, no podía dejar que eso sucediera.

Entonces ¿Por qué no podía reclamar a Maizie como suya? Porque había algo en ella, algo diferente que nunca había sentido antes, convincente, adictivo. Él no quería nada de eso. Había estado casado una vez, tuvo una posibilidad para amar. Donna era su esposa, viva o muerta, él había tenido un compromiso. Su mitad humana no le dejaría dar la espalda a esto, no con la mujer cuya familia la había matado.

—Es un negocio, —Gray insistió.

Rick miró a Maizie, con la intención renovada—. ¿Es cierto lo que dicen de las pelirrojas? —Él pasó junto a su hombro, apoyándose y susurrándole en su oído, pero Gray lo podía oír suficientemente fuerte—. ¿Usted es una fiera salvaje y perversa?

Las manos de Gray se formaron en puños. Rick era sólo un niño, un joven para los estándares de hombre lobo. Se dijo así mismo. No acababa de entender el peligro, el instinto que sus acciones habían disparado en Gray. Pero la batalla entre el intelecto y las demandas principales vacilaba. Las uñas de Gray se hundieron en las palma de sus mano, un gruñido retumbó en su pecho.

Maizie sostuvo su expresión, tranquilamente indiferente, y deslizó sus ojos para verlo. Ella capturó su mirada—. ¿Tú besas a tu madre con esa boca?

Rick fingió una carcajada—. ¿Por qué no le preguntas? Ella está sentada justo allí.

Maizie miró a las tres mujeres. Gray sabía que ninguna de ellas parecía lo suficientemente mayor para ser la madre de Rick. Lynn cortésmente levantó una mano, moviendo los dedos, y los ojos de Maizie se extendieron, con la boca abierta—. Eso no es... no es posible.

Había olvidado lo impactante que su familia parecía para los seres humanos.

—No le hagas caso, Maizie. Mi sobrino le gusta bromear. Es un poco inseguro y piensa irritar a su tío para que le de lo que quiere. —Gray se lanzó hacia Rick con una mirada fulminante—. Estás equivocado.

Rick echó atrás la cabeza, soltando una risa—. ¿Tú crees? Por lo menos estoy dispuesto a hacer lo que hay que hacer para proteger a esta manada. Ella es la nieta de Ester. Ella ya sabe, o lo haría si le creyera. ¿Qué más quieres? Si no la vas a morder y hacerla tú compañera alfa, yo lo haré. No puedes esperar que vas a quedarte solo y conducir esta manada.

—¡Morder! ¿Muerdes a las personas? —Maizie abrió demasiado los ojos a Lynn—. Tú mordiste aquel hombre, ¿No? Pensé que... pensé que era uno de los lobos. Pero fuiste tú.

Gray miró a Maizie a Lynn y viceversa—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué has visto? ¿Qué hombre?

—Nada. —Respondió Rick por ella. —Ella no ve nada. Ambos están tratando de retrasar lo inevitable. —Tomó el brazo de Maizie.

Gray no sabía lo que quería hacer. No importaba. Su primer reflejo tomó asiento como el cierre de una cuerda demasiado estirada. El perforó hacia afuera conectando sólidamente con el pecho de Rick tan rápido que su propia mente no lo pudo rastrear.

Rick voló hacia atrás en el aire. Su joven cuerpo musculoso chocó contra la pared de piedra del patio por lo menos a ocho metros de distancia. Su cabeza y sus hombros azotaron de nuevo por el borde hacia adelante, con sus manos tomo su pecho, mientras se dejó caer al suelo.

Gray estaba entre ellos, sus hombros temblaban, sus puños apretados a los

costados luchando por controlar su ira, soltando la adrenalina masculina que zumba a través de cada músculo de su cuerpo. Había estado temiendo esto, luchando por evitarlo, por mucho tiempo. Lamentó luchar en contra de él.

Si hubiera sido cualquier otra mujer con la que pudiera mantener su auto-control. Pero no Maizie. Maizie era suya, había sido desde la noche que él le devolvió la vida. No se había dado cuenta hasta ese momento particular. Gray se había mantenido a distancia, trató de ignorar su existencia, pero todo el tiempo la había visto como suya.

¿Un reemplazo? ¿El pago de lo que había perdido? No estaba seguro. Su mitad lobo no le preocupaba. Con el empuje de Maizie y la mezcla de tensiones cada vez mayor entre él y el joven miembro de la manada, el instinto fuertemente atado de Gray, se liberó. La necesidad del lobo para defender lo que era suyo gobernó su mente y cuerpo.

Lynn saltó entre ellos, empujando a Gray lo suficiente con los hombros para que se tambaleara y diera un paso atrás—. ¿Qué fue eso? ¿Eh? ¿Qué fue eso? Te pedí mantenerlo a salvo, y prácticamente rompes su cuello.

Ella fue hacia su hijo, tomando los bordes de su bata se colocó de rodillas a su lado, sosteniendo su cabeza y hombros contra su pecho. Rick se empujó hasta la pared con los codos, con las piernas todavía tumbadas delante de él. Se frotó la parte de atrás de su cuello, se formó una sonrisa en la esquina de su boca.

—Tal vez ella es la elegida. Sólo decide sobre ello pronto o te prometo que lo haré. —Se apartó de su madre y se puso de pie.

El chico pensó que había tenido éxito en distraer a Gray. Y lo tuvo, pero sólo por un minuto. Se volvió a Maizie que estaba atónita, en silencio. ¡Dios! Ella debe pensar que se topó con un set por la forma en que se comporta su familia. Se dijo que no importaba lo que pensara. No importa, él no lo creía por un segundo.

—¿Qué has visto, Maizie? —Él pidió—. ¿Qué has visto hacer a Lynn?

Maizie parpadeó con esos lindos ojos verdes en él, como si reiniciara su cerebro—. Ellos estaban en el bosque. Estaban haciendo el amor. El cuello del hombre estaba roto, como si hubiera sido mordido. Estaba cubierto de sangre, su cuello, el pecho. Pensé que había sido atacado por los lobos, y yo no podía comprender

cómo podía hacer el amor allí mismo, en el bosque después de un ataque tan brutal.

—¿Quién era? —Gray presionó—. ¿Cómo era el hombre?

Maizie sacudió la cabeza como si ella todavía estuviera luchando con todo lo que había visto y oído. Entonces su mirada se deslizó hacia la casa y ella apuntó con un dedo.

—Él. Era él.

Gray se volteó y su corazón casi se detuvo—. Shawn.

Tiró a Maizie detrás de él sin pensar y dio un paso amenazador—. ¿Qué diablos está pasando, Lynn?

El padre de los hijos de Lynn, Shelly y Rick, el hombre que había engañado a su esposa, el hombre al que había prohibido a Lynn que transformara, parado más audaz de lo que él tenía derecho estar. Lynn estaba al lado de su amante en un latido del corazón, poniendo su cuerpo entre su alfa y su ruina segura.

Ella levantó una mano, como si pudiera evitar la indignación de Gray—. Volví con él. Yo necesitaba a alguien, Gray, y tú estabas demasiado ocupado corriendo por el bosque con Caperucita Roja allí para hacer el trabajo. —Un gruñido amenazador vibro a través del pecho de Gray y él caminó hacia adelante—. Se trataba de una excusa y ambos lo sabían. El tipo no era bueno para ti. Él podía sentirlo.

—Dejó a su esposa, —intervino Lynn.

—¿Antes o después de que le hicieras imposible quedarse con ella? —Gray preguntó, apretando los dientes.

—¿Qué diferencia hay? ¡Es mío! —Dijo. —Tú me dijiste que encontrara una pareja. Él es el único. Él siempre ha sido el elegido.

—Él es un tramposo. Es débil de voluntad. Y huele a traición. —Gray miró a su cuñada, una mujer que había jurado proteger a su familia—. Él no es lo suficientemente bueno, Lynn. Él te dañara y las piezas que va a dejar atrás no serán lo suficientemente grandes para poder de nuevo juntarlas.

—No, no siempre terminan de esa manera, Gray. —Joy se movió entre él y Lynn.

—Sé que la muerte de Donna destruyó una gran parte de ti, pero no por ello es una conclusión inevitable. A veces el amor se siente bien.

Gray palideció con la boca cerrada. ¿De verdad ella pensaba que sus objeciones sobre Shawn eran una especie de transferencia de sus propias obsesiones? No lo eran.

Gray exhaló. Ninguno de ellos lo entendía. El amor era una emoción pasajera poco fiable, nunca era lo mismo de un día a otro, transformándose en algo irreconocible de lo que era en un comienzo. Él sabía mejor que nadie que no podía basarse en las decisiones de la vida en el amor.

—No es que sea un extraño. —Shawn caminó hacia adelante, como si él pudiera eliminar la tensión y la incompreensión desde el aire—. Quiero decir, he conocido a Lynn desde hace años, y los niños, bueno, yo soy su padre. Ella me contó todo acerca de su familia. Me explicó cómo funcionaba. Yo... yo estoy enamorado de ella.

Gray miró los ojos del hombre. Parecía mayor que Lynn por lo menos tres décadas, pero Gray sabía que la diferencia era mucho menos que eso—. ¿Y tu otra familia? ¿Tus otros hijos?

—Cuando tenga el suficiente control, voy a conseguir un arreglo para la custodia con mi ex. No me fui porque Lynn me hiciera uno de ustedes. Me fui porque me di cuenta de que la amo. He sido miserable sin ella todos estos años.

Gray se burló. ¿Qué mejor prueba él necesitaba para que la declaración del hombre no fuera lo suficiente buena? —Hecho por un beta. Nunca será lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a un desafío.

—Yo lo sé, —dijo Lynn—. No me importa. Sólo lo quiero... a él.

—Si lo amas, si ya habías ido y reclamado como tu compañero, ¿Por qué has estado presionándome tan duramente para que yo acepte el papel?

Lynn se ruborizó, sus mejillas eran de color rojo brillante, y desvió la mirada. Ella se encogió de hombros—. El hábito quizá. He estado enojada contigo, por lo que es difícil saber. No lo sé. Yo no quería que investigaras demasiado acerca de Shawn. Yo sabía lo que harías, sabía que lo matarías antes de que fuera lo

suficientemente fuerte como para defenderse.

—Yo todavía podría.

Ella lo miró con una expresión dura—. Y yo quería que tú pagaras. Todos estos años sola, toda la angustia. Yo sólo... yo no podía dejar que la ira se fuera.

—¿Y ahora? —Gray preguntó.

—Obviamente, yo todavía tengo algunas cosas que trabajar en lo que a ti te concierne. Todavía está ahí, pero Shawn me está ayudando a dejarlo atrás. Con su ayuda lo conseguiré. Lo sé. Déjame estar con él, por favor, Gray.

Gray enfadado, resopló demasiado cerca a un lobo—. Está hecho. Es la manada o su muerte. Muéstrale su lugar, o lo haré yo. —Se dirigió hacia la puerta más cercana, con la mano apretada alrededor de Maizie, tirando de ella tan rápido como pudo.

No le importaba nada, acerca de Lynn y su mal gusto en los hombres, acerca de Rick y su campaña para llevar la manada. No le importaba nada de eso.

Lo único que le importaba era cuidar a Maizie de cualquier amenaza posible, conseguir un lugar seguro. Él la llevó hasta las escaleras hacia el gran vestíbulo, con el suelo de mármol negro y las amplias escaleras. Sin ningún hombre-lobo.

—Sr. Lupo. —Annette pasó fácilmente desde su oficina a la izquierda de la sala, sus piernas llevando su cuerpo más rápido que una persona dos veces más alta—. No me di cuenta de que había regresado.

Ella sostuvo su bloc de notas siempre presente con una carta enganchada a su sobre en la parte superior. Empujó sus gafas marrón, demasiado grandes para su pequeño rostro, pero de alguna manera con su peinado alto, su blusa y la falda ajustada. Su mirada se desplazó a Maizie. Las comisuras de sus labios delgados formaron una sonrisa bonita.

—Sra. Hood. Usted está aquí. Qué maravilloso. Eso quiere decir...

—¿Qué pasa, Annette? —Reconoció el brillo en sus ojos. Ella tenía una tendencia inoportuna de idealizar cosas que provenían de Gray. No era difícil imaginar los

saltos que habría dado el verlo caminar de la mano con Maizie.

—Sí. Por supuesto, Sr. Lupo. Lo siento. —Annette se puso rígida, toda ella exudando negocios. Ella leyó su bloc de notas—. Ha recibido la información que usted ha estado esperando del juez Woodsmen.

—Gracias.

—Lo dejé sobre su escritorio.

—Lo leeré más tarde. —Maldita sea, esperaba que no hubiera necesidad de esa información.

—Sí, señor. Además, la Sra. Pi llamó de la panadería, a la Sra. Hood. Ella dijo, y cito, que Joe golpeó el cubo ahumado con el pie y tomó un pedazo de lámina de corta fuego para cubrirlo, el pastel de bar-mitzvah de Pearlman y la mitad de los pasteles para la despedida de soltera están sucios.

Maizie susurró un juramento luego se desvió hacia Annette. Ella le cogió las manos, inclinándose—. Annette, ¿verdad? Tienes que sacarme de... —Ella miró a Gray—. Quiero decir, tengo que llegar a mi tienda. Ayúdame a salir de aquí. Por favor. Espera. Mis zapatos.

—Gracias, Annette, —dijo Gray, caminando al lado de Maizie. Él envolvió su brazo alrededor sus hombros, y le dio un tirón mas cerca—. Me aseguraré de que la Sra. Hood salga del bosque. Personalmente.

Capítulo 7

*Traducido por *!!!BellJolie!!!**

Corregido por Pia2006 y Ginamb

— Pertenece a la madre de Maizie. —Dijo Gray.

—¿Lilly?

—Lo encontré un par de semanas después del accidente.— Él colocó el medallón de oro en la mano de la abuelita—. Se rompió el cierre. Lo tuve que limpiar y reparar.

Los tristes ojos azules de la Abuela lo miraron por debajo de la capucha de sus párpados.

—¿Usted lo guardó todo este tiempo?

Gray, cambió su enfoque hacia las puertas abiertas de cristal del patio de la clínica de ancianos. Su rostro estaba caliente—. No estoy seguro de por qué no lo regresé antes. Tal vez porque ya no quedaba nada para recordar a Donna. Tal vez porque Riddly y Lilly habían tomado algo mío y yo quería tener algo de ellos. Es absurdo. No sé.

La abuela cubrió su mano con la suya. Él podía sentir sus temblores, la edad hacía su balance inestable. Era comprensible—. Usted lo necesita más que nosotros. Maizie era demasiado joven para tener algo como esto y yo... yo no habría sabido qué hacer con él.

—Gracias, Ester. —Era una mala excusa, pero él la tomaría—. Lo tienes ahora y creo que encontré fotos que son bastante útiles.

La abuela miró hacia el medallón, los dedos finos que trabajaban su sello hermético. Su miniatura encajaba entre las dos mitades de óvalos y se abrió. Los segundos pasaron mientras su mente procesó las imágenes y una sonrisa brillante floreció en su cara.

Gray sabía lo que veía. Él había mirado la foto de la joven familia Hood y la del frente, de Riddly con su bebé Maizie, un millón de veces en los últimos años. Esta foto nunca existió en su familia. Él y Donna nunca discutieron por tener niños. Irónicamente, no se había dado cuenta de lo mucho que había deseado una foto, hasta que a ella le quitaron la posibilidad, debajo de la aglomeración de un SUV.

Gray obligó a sus pensamientos a alejarse de los viejos sueños y deseos—. Maizie mencionó que había tenido un visitante. Alguien que fingía ser Riddly.

Las mejillas de la Abuela se pusieron de un rojo manzana, con una pequeña sonrisa tímida en sus labios delgados—. Oh, yo sé que Riddly no quiere que venda mi casita. No sin una buena razón. Todo era mi imaginación. Mi mente juega trucos conmigo a veces, ya sabes.

—Yo no creo que su mente esté jugando esta vez, Ester. Creo que alguien está tratando de aprovecharse, usando cualquier táctica que pueda, para poner sus manos sobre su propiedad. Y estoy bastante seguro de que sé quién está detrás de esto.

La noticia trajo un destello de alivio a sus ojos. Un instante más tarde el resentimiento tomó su lugar—. ¿Aprovecharse, dice usted? Uhmph. Vamos a ver eso. La próxima vez que el perro viejo venga, voy a... —Su promesa murió en el aire, agitando su mirada a Gray.

Sabía sus pensamientos sin oírlos. La habían engañado una vez, creyendo que su hijo muerto estaba de visita, dándole órdenes, ¿Cómo sabría ella la diferencia la próxima vez?

Gray llevó sus manos alrededor de las de ella, que todavía sostenían el medallón abierto—. Esto ayudará. Use el medallón de Lilly. Mire las fotos la próxima vez que alguien se llame a sí mismo Riddly. Recuerde donde fue encontrado. Y que Riddly se ha ido. Se han ido Lilly y Donna. Cadwick puede parecerse a su hijo, pero no lo suficiente para enfrentarse a su fotografía, o a esas clases de memorias potentes.

No podía quedarse con la abuela las 24 horas de los 7 días y a la vez tratar de prohibir a Cadwick de las premisas de la tienda para hacer parecer mejor su oferta a Maizie. Gray había utilizado su encanto de hombre lobo y la familiaridad con el personal que rodeaba a Maizie para restringir la lista de los visitantes, pero Cadwick era un maestro para pagarle a una persona. Él ubicaría el eslabón más débil en la seguridad y lo traspasaría.

No. La abuelita tendría que utilizar su mente y su ingenio para protegerse. El medallón la ayudaría.

—Nunca pudiste enterrar a tu esposa, ¿Verdad?

La pregunta de la Abuela le cogió totalmente por sorpresa.

La pregunta de la abuelita lo tomó totalmente por sorpresa. Tartamudeaba. El desplazamiento de su mente tan rápido, que no tuvo ni tiempo para lanzar las barreras que mantenían fuera el más doloroso de sus recuerdos.

—No. Yo... ella... No. Donna murió antes de que pudiera cambiar a la forma humana. Se deshicieron de su cuerpo como lo harían con cualquier animal muerto. —Hizo una mueca de dolor al final, su corazón pichándolo.

—¿No podían dejarlo a su decisión y que se quedara con usted? El accidente ocurrió en su tierra.

Gray sacudió la cabeza. Si tan sólo hubiera sido tan fácil. Si sólo hubiera sido capaz de pensar con claridad, rapidez, tal vez hubiera podido llegar a alguna solución—. Tomar al lobo... muerto... es el procedimiento. No había nada que pudiera decir que no pareciera extraño. Tuve que pensar en la manada. Proteger al resto de la curiosidad o la sospecha.

Gray le había dado permiso a la familia Hood para utilizar el acceso directo a través de su bosque, de la subdivisión a la cabaña. Él nunca tendría confianza de nuevo. La policía llegó tan rápido como pudieron porque Riddly y Lilly Hood habían traicionado su acuerdo.

Otro coche, amigos de los Hood, iban tras ellos cuando habían golpeado a su esposa. Debido a ellos, a la policía, ambulancias y todos los demás había tenía que detenerse, sin poder hacer nada en el bosque, mientras ellos que sin pensarlo

sacaban el cuerpo de su esposa del el tubo de metal. Y lo lanzaban a la parte trasera de la grúa como escombros. Llevaron a su mujer para incinerarla en un horno de la ciudad. O Dios no lo quiera, algo peor.

Su único consuelo era que algo como esto no volvería a ocurrir. Se había cerrado la carretera de un solo carril de grava, técnicamente sólo dos caminos de neumáticos con malas hierbas que crecían en medio, inmediatamente después del accidente. Se plantaron árboles, alentando a la maleza, de modo que por ahora no había ningún rastro de la carretera que había existido.

La abuela cambió el medallón de la mano y envolvió la otra alrededor de la palma de Gray—. Fue un accidente, querido. Sé que culpas a mi Riddly, pero él no tenía ni un hueso malo en su cuerpo. No habría deseado el tipo de sufrimiento que han soportado tu y Maizie, ni a su peor enemigo.

—No lo culpo. —Gray se sorprendió con la facilidad con que lo dijo. Lo había estado pensando desde el principio, pero nunca en voz alta.

—Fue mi culpa. Donna y yo estábamos discutiendo... peleamos. La acusé de engañarme y salió corriendo. Yo no fui tras ella.

Él recordó el olor de otro hombre en su esposa, un hombre que reconoció. No había ninguna sospecha, ninguna suposición. Él sabía que ella había estado con alguien más. El problema fue que no estaba tan molesto por su infidelidad como lo estaba con él mismo por no sentirse más traicionado. Le gustaba Donna, pero algo faltaba entre ellos, algo que sólo se hizo verdaderamente perceptible después de que ella había muerto. Tal vez un niño hubiera sido la diferencia, llenaría lo que faltaba entre ellos. Él nunca lo sabría.

—Yo estaba feliz por la distancia entre nosotros —él dijo—. Hasta que... ¡Dios! todavía puedo escuchar ese sonido, ese accidente, como una explosión. Yo lo supe antes de empezar a correr. Sabía que Donna se había ido. Yo podía sentirlo.

—Lo escuche también. —La abuela se estremeció—. Un sonido horrible. Yo sabía que mi hijo se había ido. Simplemente estoy agradecida de que mi Caperucita Roja sobreviviera. Dios sabe cómo lo hizo.

Gray sabía cómo había sobrevivido. Él había sido el que se había precipitado por la ladera hasta la orilla del bosque en donde estaban muertos, tan rápido que nadie lo vio pasar. Los amigos de la familia eran inútiles, estaban embobados en la ruina de la carretera a través de la lluvia y la oscuridad, fue Gray el que evaluó los daños.

El camión estaba volteado. Había reconocido el olor inconfundible de la muerte, una mezcla de fluidos corporales y carne fría. Los padres estaban muertos. El olor se lo confirmó, antes de que él hubiera llegado a revisarles el pulso. Ninguno llevaba puesto el cinturón de seguridad. Habían atravesado el parabrisas antes de que el camión se detuviera.

Su niña, Maizie, levaba abrochado el cinturón en el asiento de atrás, pero la correa de su hombro se había deslizado hasta estrangular su cuello. Estaba inconsciente, su carita poniéndose azul. Pero ella estaba viva.

Trató de soltar la hebilla de ella, pero el broche se había atascado en el rodillo. Romperlo no fue nada de fuerza mayor. Su pequeño cuerpo cayó en sus brazos y por un momento extraño la miró a la cara, poco a poco, vio que podía respirar. Su mente no le permitió un respiro durante mucho tiempo. Sin embargo, el sonido, la estruendosa explosión de metal y vidrio, el ruido espantoso, y el conocimiento instintivo de que Donna había desaparecido hizo que todo se viniera sobre él de nuevo.

Coloco a Maizie con suavidad en uno de los helechos y lentamente se dirigió a la parte delantera de la camioneta. No pudo verla en un primer momento, la forma en que la camioneta estaba, la lluvia, la oscuridad, hacían difícil ver. Después se inclinó y miró en la parte delantera de la camioneta. Sólo alcanzó a notar la cola y las partes traseras, la piel marrón suave, mojada por la lluvia, y la sangre.

Gray corrió alrededor de la camioneta a las ruedas delanteras del lado del conductor. Donna estaba en un ángulo, atrapada entre la defensa y el árbol, sus patas delanteras, el pecho y la cabeza separados del resto de su cuerpo, sólo en esa posición debido al peso aplastante de la camioneta. Estaba muerta. Estaba muerta antes de que la camioneta se hubiera detenido, Dios.

¿Cuánto tiempo había estado allí? ¿Cuánto tiempo pasó? No estaba seguro. Tal vez si hubiera salido más rápido, reaccionado más rápido, tal vez podría haber llevado el cuerpo de Donna lejos antes de que la policía se presentara. Pero una vez que el primer policía tropezó y se tambaleó en el camino, fue demasiado

tarde. Esas personas y su pequeña pelirroja habían cambiado su vida de manera irrevocable.

Y ahora aquella pelirroja está a punto de hacerlo de nuevo.

—Yo no estoy enojada. Sólo es por curiosidad. —Sí. Si ella lo gritara en voz alta unas cuantas veces más a lo mejor, en realidad se lo crearía. Después de todo, ¿Qué otra emoción le haría hacer algo tan estúpido? Y, Maizie tuvo que admitirlo, caminar en el bosque al atardecer, la luna llena alzándose o no, era estúpido. Realmente estúpido.

Pero tenía que hablar con él. Ella quería saber por qué había esperado Gray veintiún años para dar a la abuela el medallón.

—Veintiún años. Eso era mucho tiempo para aferrarse a algo que no era tuyo. No es que yo esté loca por él.

Ella lo estaba en realidad. Era sólo una excusa. Más que nada quería saber dónde lo había encontrado.

La abuela dijo que Gray había estado allí en el accidente. Pero ella estaba tan contenta con tener el medallón de regreso que no le importaba lo que significaba que estuviera allí. Podía responder a las preguntas que nadie más podía.

¿Qué había visto? ¿Qué sabía? ¿Sus padres habían dicho algo? ¿Estaban vivos? ¿Vio al lobo que los había matado? Ella lo tenía que saber.

Cada vez que le había hecho ese tipo de preguntas a la abuela, o cualquier otra persona que pudiera saber, sólo había conseguido unos ojos tristes, ojos de perro mirando hacia ella, y ninguna respuesta sólida.

—Sólo déjalo detrás, querida. —Diría la abuela—. Eso no los traerá de vuelta. Considérate bendecida porque no lo puedes recordar.

Esta vez, ella tenía una buena excusa para abordar el tema. Ella tenía una fuente de primera mano que le diera algunas respuestas. Ella no se conformaría con los ojos tristes y no la tranquilizarían como los clichés. Esta vez tendría respuestas y eso, más que cualquier otra cosa, la impulsó hacia el bosque, a un lugar al que no había ido en años.

La linterna de Maizie brillaba a la izquierda. El camino estaba claro, cubierto de tierra, con hierbas altas y matorrales mantenían la distancia. Hizo un pequeño giro de su muñeca hacia la derecha y expuso una franja de hierba corta a través del bosque de ocho pies de ancho. Debajo estaban los restos de una carretera olvidada hacia mucho tiempo. Aún podía ver los surcos dobles como huellas de llantas viejas a través de los tallos de hierba, aunque lo que recordaba nunca había sido una carretera realmente.

Este camino llevaría a la subdivisión, a la cabaña, al lugar que alguna vez había llamado casa. Esperaba que también la llevara más cerca de la mansión secreta de Gray en el bosque. Tenía que encontrarla otra vez. Tenía que encontrarlo a él.

Maizie tembló por sus nervios y empezó a caminar. Sus piernas dividían las malas hierbas con cada paso. Semillas verdes, hojas pegajosas se aferraron a su pantalón, y dejaban rayas oscuras de rocío a lo largo de la tela gris en los muslos y rodillas. Su mente volaba, analizando constantemente los sonidos, las sombras y movimientos extraños.

Éste era un riesgo estúpido teniendo en cuenta que se había encontrado cara a cara con el lobo de plata grande una vez. Y estaba bastante segura de que la persiguió al lago, el otro día. El lobo había sido cualquier cosa, menos mortal. Por supuesto, su actitud paciente podría haber sido pura suerte.

Si tan sólo pudiera recordar la ruta que Gray había tomado hacia el lago no tendría que andar por ahí tratando de encontrar la casa por accidente. Ella debería haber esperado hasta mañana. Pero ella quería respuestas y ni siquiera puso atención en que tendría que lidiar con su extraña familia. Ella ya había esperado bastante.

Maizie había verificado todos los mapas de la zona que podía encontrar. Ninguno de ellos mostraba más allá de las carreteras, caminos de grava a la Reserva de la caza silvestre. El bosque era como un punto en blanco, el Triángulo de las

Bermudas de Pennsylvania.

De esta manera, un camino recto a pie, Maizie estaba convencida de que era más rápida. Por lo menos si se perdía estaría en la parte derecha de la selva.

Su ritmo estaba acelerado, pero sin ninguna buena razón que ella conociera. Estaba oscuro, no completamente todavía, pero ella usó la linterna para explorar los bosques, mientras caminaba, en primer lugar de un lado al otro. Una pequeña parte de su cerebro se dio cuenta que la linterna la mantenía en una situación de desventaja. La luz brillante señalaba su ubicación a cualquier persona o cualquier cosa que pudiera seguirla.

Ella siguió caminando, con su cuerpo firme, mirando a ambos lados de ida y vuelta, con la esperanza de la linterna alcanzará a cualquier atacante antes de que él saltara. Las posibilidades eran escasas, pero eso no le impidió tener esperanza. El camino cubierto viajó hacia arriba, y cuando brilló la luz a su izquierda, vio las copas de los árboles.

Una mejor visión la hizo darse cuenta de que el suelo del bosque desaparecía a pocos metros de la ruta. Un viajero audaz aventurero podría caerse aquí, era una ladera muy empinada, era muy alto. Maizie no quería pensar en ello. Escalar la ladera desde abajo era algo que sabía demasiado, aunque no podía recordarlo. Ella siguió caminando, reasumiendo la exploración con su linterna a la derecha y la izquierda mientras el bosque se volvía a nivelar.

Después de más de una hora, la oscuridad había llegado por completo, la luz blanca de la luna suave apenas penetraba en el pabellón grueso del bosque. Por último, Maizie se filtró para ver algunos pequeños destellos de luz a través de los árboles delanteros.

—Las viviendas Wood Haven. —Exhaló las palabras. Aliviada. Tenía que ser el alumbrado público pintoresco del barrio. Maizie se permitió una pequeña sonrisa a pesar de una pizca de decepción.

Ella no había tropezado con la casa de Gray, como había esperado, pero ella había caminado a través del bosque sin ser devorada por cualquier gran lobo malvado.

La civilización estaba a menos de quinientos metros de distancia, su confianza volvió. Sus hombros se relajaron, dirigió la linterna en frente de ella. Ella confiaba

en que llegaría a la calle más cercana y esperaría en un sitio donde pudiera llamar a un taxi.

Tres pasos y la confianza de Maizie se evaporó con el roce de un movimiento a su izquierda. Ella se quedó helada, sintió el hormigueo de la adrenalina corriendo por su columna vertebral. Trasladó la luz a la izquierda. Un árbol y un grupo de altos helechos se tambaleaban. ¿Había algo pasando junto a ellos o se había movido por una brisa que sólo ahora ella noto a través de su pelo?

Maizie movió la luz más a la izquierda, observando todo lo que podía. No había nada ahí, sólo la vegetación. Ella exploró el otro lado y no encontró nada fuera de lo común.

Forzó una risa que no sentía—. ¿Muy paranoica?

Tan pronto como las palabras salían de su boca hubo otro movimiento, esta vez sobre su lado derecho, la heló hasta los huesos. Movié la luz, tratando de echar un vistazo a lo que se movía por ahí. Nada.

Ella miró durante varios minutos. Sin mover los pies, arrastro la luz de la linterna en un círculo a su alrededor, girando su cuerpo para cubrir la mayor área posible.

Ella comenzó a dar marcha atrás y sintió el repiqueteo familiar de dedos invisibles en la base de su cuello.

La luz volvió rápidamente en la dirección en que había venido y se reflejó en dos ojos blancos brillantes—. ¡Oh, mierda!

Sus pies se revolvieron hacia atrás sin el beneficio del pensamiento o del equilibrio para mantener su posición vertical. Ella aterrizó duro en su trasero, pero no dudó ni un segundo. Olvido la linterna, sus manos y los pies se clavaron en el suelo, camino comó cangrejo tan rápido como fuera humanamente posible.

Sin la reflexión de la luz, los ojos blancos se volvieron azules en la oscuridad fresca y se fijaron en ella. Maizie no podía apartar la mirada, no se atrevió, no podía arriesgarse a acelerar un ataque inevitable del animal, la advirtió su inconsciente. En algún lugar de su cerebro una voz gritó: ¡Levántate! ¡Levántate! Pero Maizie no pudo encontrar un momento para desperticiar en ponerse de pie, en ves de alejarse.

Ver esos ojos, el mismo tipo de ojos del lobo de su infancia, los mismos ojos de miedo de cientos de pesadillas y noches de insomnio, significaba que ella no estaba viendo por dónde iba. El duro golpe de un árbol contra su cabeza paró todo el progreso.

Se dejó caer en su trasero con un juramento. Por un latido de su corazón, cerró los ojos, su mano fue a su cabeza en el reflejo. Ella abrió sus ojos con de nuevo y encontró los orbes azules que la perseguían y todavía la miraban, más cerca. Ella podía ver el cuerpo completo del lobo ahora, grande, musculoso y... color miel-marrón.

Este no era el mismo lobo del que su abuelita le había hablado. Este no era el lobo de plata travieso de Maizie. Esto no era ni siquiera la bestia salvaje que la había perseguido la otra noche. Este era un hombre lobo y grande, con una mirada enloquecida en sus ojos.

El animal gruñó, sus labios se encrespaban detrás de sus enormes dientes blancos, su piel gruesa vibraba. Maizie presionó su espalda contra el árbol, sus zapatillas de deporte excavaron en el suelo como si ella se pudiera empujar a sí misma a través del grueso tronco hacia el otro lado.

—Perrito bonito. Ahora, vete. Vete a casa. —Valió la pena intentarlo. Pero el lobo enorme se acercaba. Con pasos lentos y deliberados, sus ojos se centraron tan intensamente que podía sentir el frío helado que trabajaba para paralizar su cuerpo.

Ella tenía que huir. Maizie se inclinó a su derecha, girando contra el tronco del árbol, lista para girar en torno a la otra parte. Pero justo cuando cambió su peso a su cadera, una corriente de aire caliente ondeó por encima de su hombro y al lado de su cara.

Ella miró de reojo y escuchó el gruñido de un segundo lobo. Su pelaje era de color marrón claro, los extremos con puntas rubias. La loba que la había perseguido el otro día. Estaba lo suficientemente cerca para que su saliva goteara sobre su hombro, la humedad caliente, la empapó a través de su blusa.

Mierda, ¿Cómo había llegado tan cerca sin que ella lo notara? Maizie no perdió tiempo preguntando. Se volvió hacia otro lado y se puso de rodillas delante de un tercer lobo miel-marrón que se ponía cara a cara, ojo con ojo con ella.

—¡Mierda!

Maizie se deslizó hacia atrás por reflejo, aterrizando en su trasero de nuevo. Se presionó contra el árbol, se empujó a sí misma y consiguió estar de pie. El más bajo de los tres lobos llegó a su cadera con la cabeza. El más alto, el varón con la piel miel-marrón, era sólo un centímetro más bajo de lo que era su lobo de plata.

Los gruñidos mezclados se combinaron, convirtiéndose en un sonido bajo que la hizo vibrar a través de su cuerpo, nada parecido a lo que hubiera escuchado o sentido antes. Estaban demasiado cerca, el lobo se arrastraba más cerca, gruñendo y babeando. Enjaulada con los lobos en el frente y en ambos lados, con el árbol a su espalda, ella se estaba quedando sin las vías de un escape rápido.

Maizie se deslizó alrededor del árbol y salió corriendo. La suave piel del lobo la esperaba a su izquierda presionándose contra su pierna, enganchado a través sus `dedos`, mientras se lanzaba para tratar de detener su huida. Ella se escapó.

No. La dejó escapar. En algún nivel Maizie sabía que era verdad. ¿Por qué? Al diablo. A ella no le importaba por qué la había dejado ir.

Estaba libre, corriendo a toda velocidad hacia el parpadeo de las luces del Wood Haven. Maizie con el pánico en su mente corría, intentando trazar un mapa con la ruta más directa, pero algo andaba mal.

Sólo podía ver una luz ahora y era más débil, como si una espesa capa de árboles bloqueara la vista.

¿Dónde estaban las otras luces? ¿La docena de farolas, la luz cálida de las salas y las pantallas de televisión? Debería haber más luces. Debería haber estado más cerca. Por un segundo cambió su atención con la esperanza de ver alguna luz parpadeante, en la selva a su alrededor.

El camino cubierto que había estado siguiendo se había ido. El pánico debió de hacer que se equivocara de camino. Entonces, ¿Cuál era la luz a la que estaba corriendo, si no de era Wood Haven?

El sonido que del golpe de pisadas suaves acolchadas y crujidos detrás de ella alejó la pregunta de su cerebro. Ellos venían. Los lobos le darían caza. La cacería había comenzado. ¿Es por eso que la dejó ir? ¿Así podría seguirla?

El corazón de Maizie retumbó en sus oídos, bombeo adrenalina en la sangre rica en oxígeno que corría a través de su cuerpo. Sus pulmones quemaban pero no se detendría, no podía, o corría el riesgo de ser descubierta, Me comerán. Oh, Dios.

Más adelante, un enorme árbol caído bloqueaba el camino y se desvió a la izquierda para ir a su alrededor. Ella se deslizó a través de las viejas ramas, reduciendo la distancia que tenían que recorrer por varios metros. En ese instante se rompió todo su mundo, se cerró a su fin.

Un lobo. Un cuarto, tan alto como su lobo grande de plata y sólo con unos pocos kilos menos, estaba delante de ella. Su piel era del mismo color miel-marrón de los otros dos, con ojos de un azul luminoso inquietante. Sus labios subieron sobre sus colmillos, temblando con un gruñido bajo amenazador.

Una trampa. Ella había sido conducida a la masacre como una oveja estúpida. El bosque crujía y crujía mientras los otros tres lobos la atrapaban en un círculo, el lobo rubio se inclinó y saltó al árbol caído, sobresaliendo por encima de su hombro derecho. El otro lobo mas pequeño permaneció detrás, el gran lobo de pelo más oscuro, dio la vuelta a su izquierda.

Los músculos de Maizie temblaron con rapidez, temor y el deseo irresistible de correr. Su cuerpo se estremeció, los instintos volaron en conflicto con el sentido común y las probabilidades de éxito. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Alguna manera de salir de esto, obtener ayuda. Sólo una tenue luz de esperanza vino a su mente.

—Gray. —Hablabla casi en un tono normal, sin saber cuál sería la reacción de los lobos. Los gruñidos aumentaron en volumen, pero se quedaron donde estaban, cada uno, a algunos buenos cuatro metros de distancia.

—¡Gray, ayuda! ¡Ayúdame! Alguien-Ayu... — El lobo frente a ella dio dos pasos más cerca y se detuvo.

Al aliento de Maizie se detuvo. *Cállate. Cierra la boca. Cállate. Cállate.* El instinto la detuvo y el miedo le gritó que no hiciera otro sonido o se arriesgaría al ataque de las bestias.

Inteligencia se dijo, su voz era su única esperanza. Que necesitaba utilizarla mientras todavía podía. Respiró profundo para obtener el mayor volumen que pudo.

—Ayuuuudaaaaaaaaaaaaaaaaa...

El lobo grande oscuro se lanzó a su izquierda, se estrelló contra ella, quitándole el resto del aire de sus pulmones. Maizie abrió la boca con un grito silencioso, sin aliento, mientras sus dientes afilados se enganchaban en el dobladillo de su blusa, casi rozándole la piel. El lobo mas grande se abalanzó hacia ella, pero su enorme cuerpo se estrelló contra el lobo oscuro y ambos cayeron en la maleza.

Un instante después su hombro estalló en dolor, mientras el lobo más pequeño traspasaba con afilados dientes el músculo y la carne. En el siguiente momento, Maizie contuvo su aliento e hizo un grito más fuerte y ruidoso. Pero las poderosas mandíbulas del lobo apretaron más fuerte.

Maizie se retorció bajo el peso de su cuerpo, sus manos frenéticas, empujando contra su cuello, los dedos arrancaban pedazos de piel. La bestia no la soltó. Miró a su alrededor, buscando algo, cualquier cosa para utilizar contra su agresor, pero lo único que vio fue un rápido desenfoque de la piel de la loba-rubia. Contuvo la respiración, se preparó para la próxima puñalada de dolor, la mordedura siguiente.

Llegó desde el mismo punto exacto de su hombro, cuando los dientes del lobo perdieron el control sobre ella, y su cuerpo voló varios metros. La loba-rubia lo había golpeado. ¿A quién le importaba por qué?

La herida era profunda y dolía como el infierno. Incluso el más mínimo movimiento enviaba una lluvia de dolor palpitante desde el interior. No importaba. Tenía que salir de allí. Maizie movió la cadera, empujándose, tratando de llegar a sus rodillas y esperando estar en pie. Ella no pudo llegar a sus rodillas antes de que su instinto

le dijera que las cosas de pronto habían cambiado jodidamente para mal, más allá del reconocimiento.

Su mirada se desplazó al lobo de piel-marrón entre ella y la única luz que podía ver. Él se arrastraba más cerca, bajo, como acechando para herir a su presa. Y ahí estaba.

Miró hacia atrás y vio el gran lobo de miel-oscuro sin parpadear mirando con sus ojos azules, reconociéndola como lo que era, la comida. A su derecha estaban los dos lobos que la habían atacado y él que la liberó. Este último todavía estaba alrededor, pero ambos tenían su atención fija en Maizie.

Ella estaba sangrando. La misma mancha roja en todas partes. Había suficiente sangre, el olor de ella debía estar impregnado en el aire, provocando unos instintos que no tenían ninguna razón para ignorar. Definitivamente váyanse a la mierda.

El lobo en el frente, el más oscuro de los cuatro, se lanzó primero. Maizie lo vio venir a tiempo para girar lejos su cadera, pero no lo suficientemente rápido para evitar que sus enormes colmillos blancos se clavaran en su pantorrilla, hundiéndolos dentro. Ella gritó y otra serie de poderosas mandíbulas capturaron la parte trasera de su blusa. La tela se rompió mientras el tercero mordía su pierna, capturando su saliva en sus dientes, rasguñando su piel por debajo.

—¡Ayúdenme! ¡Ayuda! ¡Ayuuudaaaaa!

Maizie metió la cabeza entre sus brazos, protegiendo su cara. Las patas traseras la arañaban su espalda, presionadas contra ella, caminando sobre ella, luchando por ella. Miró sobre su cuerpo la enorme cabeza peluda, mordiendo y rasgándola, desgarrando su ropa, uno al otro. Y después había uno menos.

Ella parpadeó justo a tiempo para ver a otro lobo navegar hacia atrás en el bosque. Una mano grande apretó el cuello de la piel del lobo, lo levanto, y lo envió volando, todo su cuerpo se retorció y giraba por el aire. Por último, las dos manos presionaron contra la boca del lobo, el lobo, cuyos dientes aún estaban profundamente en la pantorrilla de Maizie.

Una mano en la parte superior, y la otra por debajo, y abrió la quijada del lobo. Maizie movió la pierna libre, lanzando su mirada a la cara de las manos—. Gray.

Sin soltar las mandíbulas en sus manos, Gray torció el cuello del lobo, forzándolo a ir lejos. Las largas piernas del lobo se tambalearon hacia atrás y Gray lo dejó ir. Sacudió su cabeza grande, después resopló como si tratara de volver a centrar sus sentidos. Fulminó con la mirada a Gray, gruñendo, sus hombros bajos como si fuera a atacar.

—Ella no te salvará de esto, Shawn. No puede. Empuja más lejos y vas a morir aquí. Ahora, dijo Gray.

—¿Qué vas a ser, muchacho?

El lobo miel-marrón se detuvo. Se balanceaba sobre sus patas delanteras, como si dilucidara una línea de conducta. Un resoplido duro de nuevo, y entonces se dio la vuelta y corrió lejos.

Gray miró a Maizie, todavía tirada en el suelo.

—¿Qué haces en mi bosque?

—Santo cielo —dijo—. ¿Dónde aprendiste a hablar lobo?

Capítulo 8

*Traducido por Cowdiem y *!!!BellJolie!!!**

Corregido por Amelie22

—Bendito Taj Mahal, Batman. Puedes hacer que quepa toda la parte baja de la cabaña aquí.

Maizie miró sobre el hombro de Gray hacia la habitación mientras él la llevaba hacia el baño principal. Incluyendo la terraza solar.

La habitación era enorme, más grande de lo que cualquier otra habitación necesitara ser. La cama tamaño King size, de madera color claro con gruesos postes de madera tallada y diseños circulares a juego a través de la cabecera, podría haber empequeñecido su habitación en la cabaña, pero en esta habitación, era solo una pieza de mobiliario. Hacía juego con el armario, el vestidor y la cómoda, y con los veladores también.

La sala con sus sillas tapizadas de cuero beige y las otomanas a juego, la clásica chimenea, el pequeño mini bar de madera y el piso esférico obligatorio estaba sacada directamente de la guía de decoración para chicos ricos graduados. La única cosa que la alejó de pensar que ella había ingresado en una set de fotos de la revista de Arquitectura era el sitio la estructura con el sistema de juego y la TV dentro, junto con un impresionante montón de juegos. Un control estaba tirado a los largo del piso como si alguien hubiera estado sentado en la banca tapizada de cuero a los pies de la cama, jugando.

Gray sentó a Maizie en el mostrador.

Su pierna y hombro dolían, pero un extraño calor y una excitación surgían a través de sus venas, y parecía sobreponerse a lo peor del dolor. La adrenalina era una cosa maravillosa.

—¿Es este tu baño? ¿De verdad? —Ella se había quedado en habitaciones de hotel más pequeñas que este baño.

—Sí, Maizie. Mi habitación es grande.

—Muy grande.

—Tú has establecido eso. Ahora responde mi pregunta. ¿Qué estabas haciendo allá afuera? Te han dicho desde pequeña que te mantengas en los caminos. Que te mantengas lejos de esta zona del bosque.

— ¿Cómo sabes eso?

—Tú sabes cómo. — Él se puso en cuclillas alcanzando las puertas del gabinete de abajo. Él golpeó la cara interna de su rodilla, indicándole que abriera sus piernas. Cuando ella lo hizo él abrió la puerta tras de ellas—. Tú abuela y yo hemos sido amigos por un largo tiempo.

Maizie tragó. Ver a ese enorme hombre de cabello gris y negro bamboleándose entre sus muslos le trajo una corriente de pensamientos de chica sucia a su cabeza.

—Eres muy joven para haber sido amigo de la abuela cuando yo era una niña. No puedes ser más de diez, quizá doce, años más viejo que yo.

Él miró hacia arriba—. Soy más viejo de lo que parezco. Su mirada recayó en la V de sus piernas. Su expresión se fundió de la distracción al interés focalizado en un instante. Él humedeció sus labios y luego miró hacia el rostro de ella como si hubiera recordado que ella estaba mirando. Sus mejillas se calentaron un poco, pero luego volvió a su búsqueda bajo el mostrador.

—Hay cosas sobre mi familia, sobre mí, que necesitas saber. Especialmente después de esta noche. Verás, nosotros no somos exactamente normales. —Gray se levantó, sus manos llenas de gaza, cinta, tijeras, desinfectante y lo que parecía ser tres cajas de distintos tipos de banditas, una de ella con las caricaturas de Scooby-doo.

—No son normales. Sí, me di cuenta de eso la última vez que estuve aquí. —Ella se arrastró hacia atrás, cerró sus piernas, recordando el intercambio entre los miembros de la familia en el patio—. Una verdadera familia... unida.

¿Cómo ella podría olvidarlo?

Problemas de poder con su sobrino, batallas con su cuñada, una sobrina que parecía enojada con el mundo y una suegra aparentemente ciega sobre todo eso. Gray estaba clavado en medio, tratando de hacerlos a todos felices, lo cual para ella sólo empeoraba las cosas. Ella mantuvo esa opinión en reserva.

—Bastante unida. Esa es una forma de describirnos.

Un profundo aliento se sintió tibio en el pecho de ella. Su ropa se pegó a su cuerpo, el aire se puso más denso, parecía presionarla—. ¿Por qué esta tan caliente aquí dentro?

Gray dejó los suplementos médicos a cada lado de ella y presionó la palma de su mano en la frente de ella. Su frente se contrajo frunciéndose familiarmente pero no dijo nada.

Maizie cerró sus ojos. Su mano era fría contra su piel y traía su deliciosa esencia de colonia dulce de hombre y bosque fresco a su nariz. Ella trató de no disfrutarlo, pero las cosas se estaban tornando un poco enredadas en su cabeza y el calor estaba haciéndole sentir hormigueos en su piel, sensible.

El hecho de que ella hubiera considerado cada posible forma de estar sola con este resistente y sexy hombre desde que ella prácticamente saltara sobre él en el lago de la cantera tenía que tener algo que ver con esto. Mucho que ver con esto, la verdad. No es que importara. Ella era una cobarde cuando se refería de dejarle saber a un hombre lo que ella quería. Pero esta noche, de alguna forma, ella ya no era tan cobarde.

Él engancho sus dedos en el cuello de su camiseta y tiró lo suficiente para mirar bajo ella.

—¿Buscando algo?

Él la dejó ir—. Esta camiseta esta arruinada, y necesito llegar a la herida.

—Oh, está bien. Así que ¿Qué es lo que quieres...?

Un fuerte tirón y él rompió la camiseta a lo largo de la costura desde el cuello hasta su hombro antes de que ella terminara la frase. Tiró de todo su cuerpo e hizo a su corazón saltar hasta su garganta.

Lo más provocativo de su hombro era el tirante de su sostén, pero él se quedó mirando fijamente su carne expuesta como un hombre hambriento, hambre de hombre refulgiendo en sus ojos. Sus manos sostuvieron los extremos desgarrados de la camiseta de ella como si él estuviera luchando con pensamientos contradictorios, su pecho subiéndolo y bajándolo con respiros deliberados.

La excitación fluyó por el sistema de ella, apretando sus músculos, estremeciendo su estómago y humedeciendo el canal de su sexo—. ¿Es suficiente o estas planeando destruirla completamente?

No es que ella tuviera un problema con eso.

Las manos de ella se empuñaron sobre las mallas de sus muslos. Ella contuvo el aliento. Trató de no imaginarlo. Ella buscó su mirada. ¿Estaba él pensando lo mismo? Él no había respondido, su rostro era serio, el ceño fruncido en concentración.

Después de un respiro profundo él extrajo una pieza de gaza, empapándola en desinfectante. Cuando se giró hacia ella, él era la viva imagen del autocontrol. Él paso la almohadilla empapada sobre la carne rota donde ella había sido mordida.

Él hubiera podido haberla acuchillado con un atizador y le hubiera dolido menos. Ella siseó—. Hijo de Cheech y Chong. —Tanto por la adrenalina enmascarando su dolor.

Él se encogió de hombros—. Si, esto puede arder un poco.

—¿Tú lo crees?

—Lo siento. —Él se acercó a ella para ver la parte de atrás de su hombro. Su pierna se presionó contra sus rodillas así que ella abrió las piernas permitiéndole acercarse. La posición presionó el bulto en el cierre de su pantalón contra la rodilla de ella y le dejó saber que su comportamiento tranquilo era solo superficialmente profundo.

Ella tragó fuerte, luchando con la urgencia poderosa de alcanzar su polla casi rígida para dejarla dura y preparada. Ella humedeció sus labios, y luego se mordió el interior de su mejilla. La necesidad de tocarlo era casi irresistible.

¿Qué demonios estaba mal con ella?

Gray era sexy como el infierno, olía como un hombre al que pegarse, con una voz que podía derretir mantequilla y un cuerpo que podía dejarla jodidamente ciega. Pero ella nunca había estado tan lista y preparada en toda su vida. Además, ella casi no lo conocía y lo que ella si sabía de su vida era lo suficientemente torcido, por decir lo menos.

—Se ve feo ahora, pero sanará rápido. —Él se enderezó, haciendo una bola con la gaza ensangrentada en sus manos—. Siento mucho esto. De verdad, pero si tu hubieras escuchado a tu abuela por una...

—Hey. No nos metamos en las dinámicas familiares del otro. ¿Está bien?

Él lanzó la bola a través de la habitación hacia el baño y golpeó el papelerero junto a él sin tocar el borde. Él se alejó y enganchó sus manos en las costuras de sus mallas a la altura de sus pantorrillas. Un tiro rápido y el material se desgarró. Como no había costuras que seguir el resultado fue irregular, terminando bastante más arriba de su rodilla.

—Confíesalo. Te gusta hacer eso. ¿Cierto? —Ella estaba tratando de aligerar el incómodo momento, pero la crudeza en su voz la hizo sonar más como un vamos.

Su pequeña risa fue apretada en su garganta—. Si claro— dijo él como si estuviera jugando, pero no realmente. Él le sacó las zapatillas y los calcetines y luego agarró una nueva porción de gaza empapada en desinfectante.

Él se arrodilló. Su enorme mano acarició suave y sedosamente su pierna, con

cuidado de evitar su herida. Él bajó hacia sus talones y luego a lo largo de la planta del pie y de vuelta a su tobillo. La sensación envió un tibio temblor hasta la cima de la cabeza de ella, el cual bajó hasta asentarse entre sus muslos.

Él se aclaró su garganta y comenzó a hablar como si él no la hubiera acariciado recién sin ninguna razón—. Joy es mi suegra. —Él dejó el pie de ella descansar en su rodilla. Alineando sus ojos con los de ella dijo—, va a arder de nuevo.

Ella asintió, apretando.

Él limpio la herida mientras hablaba—. Lynn es la hermana de mi esposa, Rick y Shelly son los hijos de Lynn. Su padre, Shawn, no era... uno de nosotros cuando los gemelos fueron concebidos. Ellos habían tenido una relación pasajera. Él estaba casado sin intenciones de nunca dejar a su esposa y de alguna forma en la mente de Lynn eso es mi culpa. Él no es lo suficientemente bueno para ella. Esa es la forma en la que me siento.

Él negó con la cabeza y tomó más gaza—. De todos modos, después de que mi suegro resultó muerto por un rancharo en Utah...

—¿Muerto? ¿Quieres decir asesinado?

Gray se detuvo un momento para mirarla—.Sí. El chico atrapó a mi suegro matando a sus ovejas. Es un problema común con los lobos en ese estado. Había rumores. Ellos no pudieron probar que alguno de ellos eran hombres lobo. Los malditos rancharos comenzaron a usar balas de plata sólo para asegurarse, por si acaso.

¿Hombres lobo? Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Maizie a pesar del sudor que pegaba su camiseta al pecho. La implicación era bastante clara pero demasiado bizarra para aceptarla. Combinada con todo lo demás... El lobo plateado que su abuela amaba, más humano que animal, y la familia de Gray,

más animal que humana y el lobo que ella había conocido en el bosque... Quizá lo bizarro era posible. O el suegro de Gray fue confundido con un lobo. O él era uno.

No. Los hombres lobo no existen.

Gray se levantó, tirando de las bolas de gaza—. Su muerte me dejó como el hombre más viejo. Yo como que me deslicé en el rol de macho alfa sin siquiera darme cuenta. Ellos son mi responsabilidad ahora, Joy, Lynn, los chicos. Así es como funciona. Es mi trabajo velar por sus necesidades, comida, techo, ropa... sexo. Lo último es solo un tema con Lynn en realidad, y sólo porque ella sabe las leyes, quiere hacerme pagar por su decepción.

Él la miró como si estuviera tratando de calibrar su reacción a esto último.

Maizie aún estaba alrededor de la palabra alfa en su cabeza.

—¿Sexo? ¿Tú tienes sexo con ellos? ¿Todos ellos?

—No. Puedo, pero no lo he hecho. Excepto... Lynn, una vez. —Él miró sus manos, frotando las manchas de sangre en sus dedos—. Nosotros tenemos instintos diferentes. No es como una familia de humanos.

¿Humanos?

—Me tengo que ir. —Al infierno con sus fantasías sexuales sobre Gray y la primera oportunidad real de hacerlas realidad. Esta noche se había inscrito en la zona roja de su medición de lo extraño. Ella trató de descolgarse del mostrador, pero Gray se interpuso, sus manos agarrando sus caderas, sosteniéndola en el lugar.

—No puedes Maizie, no es seguro.

—¿Por qué no? ¿Frankenstein y Drácula me están esperando en algún lugar ahí afuera también? ¿O es sólo tu familia de la que me tengo que preocupar? Esos fueron ellos, ¿Cierto? Ellos fueron los lobos que me atacaron, y casi me mataron.

—Sí. Pero no creo que ellos quisieran herirte. No de verdad. El lobo en nosotros es aún un animal salvaje en el corazón, impredecible, guiado por el instinto. —Él suspiró—. Escucha, sé que esto parece extraño...

—¿Extraño? No. Pasamos lo extraño hace tres días atrás. —Ella se removió, tratando de romper el agarre de él, y tratando de no sentir la onda de excitación de estar siendo tan fácilmente retenida por él.

—Está bien. No hablaremos más de eso esta noche. Lo prometo. Sólo... quédate. Por favor. Necesito que te quedes aquí esta noche. —Él sonaba sincero, como si significara todo para él el tenerla aquí esta noche con él. ¿Por qué? ¿Qué es lo que quería de ella? Su mente se llenó de posibilidades, la corriente de excitación creció. Las manos de ella se enrollaron en los antebrazos de él, sintiendo los cordones de músculos de acero bajo la camisa de hombre. El aliento de ella tembló, cerró sus ojos.

Como si él pudiera escuchar sus pensamientos, oler su lujuria creciente, los dedos de Gray se flexionaron en las caderas de ella, agarrándose al material elástico de sus mallas en cada lado. Él se acercó, cobijando sus caderas entre las piernas de ella. Con un simple tirón, él la acercó al borde del mostrador. La ingle sonrosada de ella contra el duro eje de su polla.

—Quédate conmigo Maizie. —La voz de él era baja, retumbando en su pecho y vibrando a través del cuerpo de ella como un trueno distante—. Te quiero aquí. Tú no sabes cuán difícil es para mí admitirlo. Traté de pretender que tú no me afectabas, que yo estaba haciendo las elecciones. De convencerme de que la

forma en la que me sentía a tu alrededor era controlable, que podía ignorarlo. Estaba equivocado. Quédate, Maizie.

—¿Tu plan es mantenerme aquí contra mi voluntad?

—No. —Él puso sus labios en la oreja de ella, la boca de ella en el pecho de él—. Pero amaría la posibilidad de convencerte de que te quedas.

El aliento de él era tibio, tranquilizador y erótico contra su piel. Ella se sentía como un gatito en la arena para gatos. Había sido una noche extraña, atemorizante y estimulante. La habitación recalentada, la esencia de él, la pelea por su vida, todo la hacía sentir mareada y dejaba a su cuerpo queriendo. Era demasiado difícil pelear. Ella no quería hacerlo más. Así que paró de luchar.

Ella lo olió, sus manos viajando hacia los ganchos del cinturón en sus pantalones. Sus piernas se enrollaron alrededor de las de él. Ella empujó, presionando su húmedo y necesitado sexo contra la dura longitud de él—. Convénceme.

Era ambos, una invitación y un desafío. Gray era bueno con ambos. Admitiéndolo, él quería que ella se quedara por su propia seguridad, por la salud de ella. El primer cambio era duro y atemorizante como el infierno. Pero había una parte de él, una enorme parte que se agrandaba por segundos, que quería que ella se quedara sólo por razones egoístas.

A él le gustaba la forma en que se sentía con Maizie, cómodo, en casa. Él nunca había sentido esto antes, ni siquiera por Donna. No era justo. Él debería haber sido capaz de darle eso a ella, de encajar tan perfectamente con alguien como ahora. Él no lo había hecho. Pero él estaba tan cansado de castigarse a si mismo por sus fallas. Por una noche él había aceptado que quizá él de verdad merecía sentirse feliz.

Gray besó la oreja de Maizie, luego la saboreó, sólo un rápido lamido de su lengua. Azúcar y especias. Jesús, él siempre había pensado que eso era sólo una rima de cuento de niño. La profesión de Maizie lo hacía una realidad distractora.

—Ducha primero.

Ella se alejó—. Oh, lo lamento. Estaba corriendo antes y hace calor aquí... —Ella dobló su cuello hacia su hombro y olfateó.

—No. Tú hueles...genial. —Ella olía a tierra, galletas y sexo, las tres cosas favoritas de él—. Tus heridas, sin embargo... serás más resistente a las infecciones, pero no quiero tomar riesgos.

—Oh. —Ella rió, pero había un nerviosismo sobre eso que venía con los amantes la primera vez. El sonido hizo que los músculos de él se estremecieran y envió la misma excitación nerviosa a través de él.

Él se separó hacia un lado y la levantó, llevándola hacia la ducha de paredes de vidrio. El asiento moldeado de la esquina era suficientemente grande para tres pero Gray no tenía intenciones de sentarse junto a ella. El se acercó a la parte inferior de la camiseta de ella. Ella se inclinó hacia atrás, agarrando el borde.

—Puedo hacerlo sola.

Él no pudo evitar la sonrisa ladeada—. ¿Qué diversión hay en eso?

La comprensión brilló en sus ojos, la lujuria calentaba el color de sus mejillas. Ella se sumergió en su barbilla, tímida y sexy, lo miraba fijamente a través de los filamentos rojos de su cabello.

—Tú primero.

El virus trabajaba a través de su sistema más rápido de lo que esperaba, mejorando sus sentidos básicos. Él nunca había visto a nadie pasar por las etapas iniciales, además de él y de todo lo que recordaba de aquellos días era alimentar el dolor... y el sexo. Intenso fue el lema de la experiencia. El virus no te hacía hacer cosas que no quisieras, sólo hacía todo saber, sentirse, y olerse mejor.

Gray enganchó los bordes de su camisa y tiró de ella, enviando los botones color verde marino hacia el cristal y sobre el piso de la regadera. La camiseta ya estaba en ruinas, con la sangre de Maizie, pero lo habría hecho de todos modos sólo para ver sus ojos tan abiertos como la otra vez.

Sacó sus brazos libres, arrojó la camiseta a la ducha y arqueó una ceja hacia ella. Él no le dijo, pero sabía que su mirada le diría que era su turno.

Maizie agarró los bordes rotos de su blusa y tiró de ellos. Se amplió el rasgón de su herida un centímetro, pero sólo un poco.

—¿Puedo?

Ella asintió, cogiendo su labio inferior entre sus dientes, cuando él llegó a los bordes de su blusa. Un tirón rápido y la blusa de algodón, se abrió a través de su cuerpo. Se quedó sin aliento, sus pechos balanceándose en su sujetador de encaje blanco a la fuerza. La respiración de ella era pesada, y que Dios se apiadara de él, no pudo mirar nada más por tres sólidos latidos cardíacos.

—Para. Yo te ayudaré con él...

Sacudió la cabeza, una sonrisa maliciosa se formó en su cara—. No, es mi turno.

Gray no dudó. Tiró fuera su pantalón junto con su ropa interior para ahorrar tiempo. No llevaba zapatos o calcetines cuando había oído los gritos de Maizie, así que después de lanzar su ropa al piso del baño, estaba completamente desnudo y más duro que la piedra.

Los ojos verdes de Maizie miraron su polla moviéndose en línea recta a través de su cuerpo como si intentara llegar a ella por su cuenta. Su atención se centró en sus músculos temblorosos, crispando el eje sustancioso aún más y tirando una brillante sonrisa hambrienta en su cara.

¡Dios, odiaba lo que le había hecho! Pero no pudo evitar su entusiasmo al despertar sus sentidos y la necesidad que venía con ello. La quería a ella. Desde el momento en que la había visto en la clínica. Su lobo lo había sabido todo el tiempo, y había tratado de ignorarlo. Pero ahora con el virus bombeando a través de sus venas, el aroma salvaje de la manada aumentaba a través de su piel, no podía negarlo, no pudo resistirse a ella. Estaba indefenso. El lobo quería a su compañera.

Maizie lo alcanzo por él. Sus dedos largos y delgados lo tocaron con ligereza en la cabeza de su pene, las venas viscosas bombeaban a lo largo del eje. Incluso viéndolo venir, los pulmones de Gray se expandieron a su tacto, endureciendo su cuerpo. Su mirada se desvió a la suya, su sonrisa era un accesorio permanente en su rostro. Ella lo detuvo, no con un apretón de su palma, pero con la suficiente adherencia como para que cuando tiró de él la siguiera.

Tres pasos fueron suficientes y los labios suaves rojos de Maizie se separaron sobre él. Su lengua exploró las texturas, girando y agitando, haciéndolo temblar con la sensación de ella. Se empujó más profundo en ella, su mano derecha frotando alrededor de la base del pene, acariciando lo que había dejado de tomar. Su boca tiró de él, dulce, la succión húmeda que extrajo la sensación de cada parte de su cuerpo, como una marioneta.

Ella bajó más succionando, y devuelta, aplicando una mayor presión. Abajo y hacia atrás y luego de nuevo a la polla. Las caderas de Gray bombearon con

cada caricia, hasta que fue jodió su maldita boca, tan fuerte y rápido como ella podía aguantarlo. Cada empuje era más profundo, y Maizie lo tomó, agarró sus bolas, y su trasero y pidió más.

Él mantuvo su cabeza con ambas manos, sus dedos se cavaban en su pelo grueso rojizo. Sacudió sus caderas, metiendo su pene entre sus labios, sintiendo el roce de sus dientes afilados, él tiro duro en la succión. Él se vendría así si no se cuidaba.

Joder. La sensación repiqueteaba por sus venas, remolinos, construyéndose en la ingle, sintiéndose mejor y mejor por segundo. Quería venir. Se sentía tan condenadamente bien. No. Podía contenerse unos cuantos segundos más, disfrutarlo un poco más. Las manos de Maizie comenzaron a jugar. Ella rodó sus testículos a través de sus dedos, acarició, y tiró de él. Su otra mano se deslizó alrededor de su culo, trazó la línea de las mejillas, burlándolo, en busca de su polla.

La sensación irrumpió a través de su cuerpo más rápidamente de lo que esperaba, una oleada de calor y delicioso placer estrellándose a través de su control, un tenue destello de liberación.

Llegó antes de que pudiera detenerse. Lo sacó, retirándola antes de perder más de su carga. ¡Dios, habían sido décadas desde que alguien se lo había hecho! Ella controlaba su cuerpo. No podía recordar la última vez que alguien había logrado seducirlo más allá del control, aunque fuera un poco.

Maizie se lamió los labios, probándolo, e interrogándolo con sus ojos—. ¿Qué pasa?

—Tu turno. —El lobo gruñó en él, jadeando. Había despertado a la bestia, como ella lo había estado haciendo durante varios días, sólo que esta vez lo satisfaría.

Gray tiró de ella a sus pies, hasta que él estaba seguro de que había encontrado el equilibrio.

Ella mantuvo la mayor parte de su peso sobre una pierna, sus manos apoyadas, una al lado de la pared del fondo de azulejo, la otra en la pared de vidrio.

Los brazos, el pecho parecían un regalo para él, y él no pudo resistir una caricia rápida, sintiendo la redondez, lo flexible cuando apretó, los pezones duros que se presionaban bajo el encaje. Su espalda arqueada, presionando en sus palmas y Gray, le dio un apretón final, un poco rápido, un suave tirón.

Él se arrodilló, enganchando sus dedos en su cintura, cogiendo sus bragas, y atrayendo hacia abajo sus caderas. Tiró lentamente de ellas por las caderas hasta que los primeros rizos rojizos se asomaron sobre el borde. Un poco más y podía ver la ranura superior de su sexo. Se detuvo, se inclinó y movió la lengua en el pliegue.

Ella jadeó. Él metió la lengua más firme entre los labios vaginales, saboreando su crema mientras encontraba su clítoris. Ella gimió, trató de abrir más las piernas, pero su ropa interior la detuvo la retuvo. Ella curvó sus caderas, presionando su sexo en su cara y Gray respiró.

Nada de miel ahí, pero un montón de especias y el aroma embriagador de mujer. ¡Dios, podía vivir con ese olor! Sus burlas lentas se habían convertido en una tortura. Tiró de sus calzones por sus tobillos y cunado se encogió, sólo pudo recordar la niña herida..

—Mierda. Maizie...

—Bien. Yo estoy bien. No te detengas. Por favor, Dios... —Levantó un pie libre y se abrió de piernas, agarró su cabeza y puso su cara en su sexo.

Gray sonrió cuando él movió su lengua de la apertura de su sexo hasta su clítoris. Ella gimió fuerte con la sensación de su boca en ella y lo hizo de nuevo. Lo más probable era que el virus la hiciera tan audaz, pero no le importaba. Le gustaba. Mucho.

La parte superior de los muslos internos estaban mojados, sus rizos brillantes, Gray deslizaba sus dedos entre su carne hinchada, la entrada pulida apretada. Sus músculos pulsaban, apoderándose de su dedo y luego acogiendo un segundo, su crema caliente en la parte superior de sus nudillos. Ella ardía, luchó contra la necesidad, tratando de llevar las cosas con calma, para satisfacerla antes de que él estuviera dentro y la follara tan fuerte que gritara su nombre. El instinto principal en su interior fue a su polla antes que a su cerebro, de modo que apenas podía pensar, con claridad.

Él separó los labios de su clítoris, chasqueando el nudo gordo con la lengua, haciendo temblar su cuerpo incluso mientras sus dedos la follaban. Sus caderas se oscilaban contra él, conduciendo sus dedos, más profundo. Él arqueó sus dedos dentro de ella, curvado a lo largo de su canal para encontrar el lugar que la hacía llevar su cabeza hacia atrás, sus ojos se cerraron y sus caderas establecieron un ritmo frenético.

Su mano agarró su pelo, en la parte posterior de su cabeza—. Ahí. Justo ahí. Sí. — Se pegó a su clítoris, aspiraba y jugaba, tirando de la carne jugosa en su boca, convenciendo a los espasmos pequeños a temblar a través de sus músculos llegando al orgasmo.

—Gray... —Ella cayó de espaldas. Él la tomó, los dedos aún bombeando en su sexo, la boca todavía en su clítoris hasta que sus caderas se detuvieron, con la mano en el pelo y el último espasmo de su sexo revoloteaba alrededor de sus dedos.

Querido Señor él quería que se viniera de nuevo. Se inclinó, con la boca abierta, mirando fijamente a su cara. La parte posterior de sus hombros se apoyó contra la

pared, su cuerpo era sujetado por su brazo alrededor de su culo. Los ojos de Maizie estaban cerrados, con la cara roja, su pecho subía y baja con las respiraciones profundas. Necesitaba un momento para recuperarse.

Gray no pudo resistir un mordisco juguetón en su coño mientras sacaba los dedos de ella. Ella se agitó un poco, con una risa suave.

Ella era absolutamente flexible a su tacto, ni siquiera abrió los ojos cuando él se levantó y le quitó el sujetador. La puso contra el cristal de la ducha, se dio vuelta y ajustó la temperatura de la ducha. Esperó hasta que el agua en las tuberías se había calentado lo suficiente. El proceso tomó menos de dos minutos.

Se puso de pie protegiéndola de la repentina caída del agua caliente. Ella todavía no había abierto los ojos ni dejado su bonita sonrisa. La miró, la cremosidad de su piel pálida, los rasgos delicados de su cara. Pestañas largas y de color rojizo, casi transparente, la sombra de pecas en las mejillas. Los labios tan suaves que con los pétalos de rosa no se podían comparar, se inclinó con una sonrisa, le dio un tirón a su corazón, lo hacía feliz de ser un hombre. ¿Cuándo la abuela había convertido a Caperucita Roja en una mujer encantadora?

Su mirada se redujo a sus pechos que se elevaban hacia él con su respiración lenta. Él se acercó a uno, con el dedo a lo largo de la curva en el exterior, llevando un pequeño temblor a su cuerpo. Su sonrisa se iluminó, pero sus ojos permanecían cerrados. Deslizó un sólo dedo hasta la carne más oscura de la areola. La piel reaccionó como una flor delicada, arrugándose por su tacto, su pezón endurecido, y definido. Abrió su mano sobre ello sin pensar, apretando con los dedos suavemente, cogiendo el pezón duro. Su corazón aumentó su ritmo, la sangre corría a través de su pene, apretando sus músculos.

No había nada como la sensación de un pecho de mujer tan perfecto, tan sensual, tenía que sentirlo en su boca. Gray deslizó su brazo alrededor de su cintura, su mano deslizándose para ahuecar su culo. Él la atrajo hacia él. Su pene se contrajo contra ella, los pelos húmedos de su sexo jugaban con él. Se inclinó sobre ella, chasqueando la lengua por el pezón, duro como una cereza.

Grrr... Le gustaría apretar sus dientes en esa piedra dulce de carne, morder y mordisquear. La dulzura no fue fácil, pero él no quería hacerle daño. Sabía que había fracasado cuando ella jadeó, se apartó. Se detuvo inmediatamente y se reunió con su mirada. Hubo risa en sus ojos verdes-bosque que se percataron de su preocupación con facilidad.

—No tan duro.

Él gruñó su disculpa mientras le besaba el pecho, a continuación, lo condujo todo lo que pudo dentro su boca, con cuidado de no tirar de él demasiado. La carne arrugada de su pezón se sintió de maravilla en su lengua y se arremolinaba alrededor de él, deleitándose con la sensación. Se arqueó en él, presionando su cuerpo contra él, desde sus costillas a su sexo. Gray presionó de vuelta, los brazos envueltos en ella se presionaron a su alrededor.

Un sonido suave le advirtió antes de que cayera el agua perfectamente caliente por las tres paredes y el techo. Su cuerpo la protegió, pero ella retrocedió de todos modos.

—Wow, eso se siente bien, —dijo.

Gray la soltó, dio un paso atrás, permitiendo que más del agua hirviendo llegara sobre su cuerpo. Tomó la esponja de mar en la cesta de plata de la pared de atrás y se la mostró a ella.

—¿Te importa? Es casi nueva. —Estaba todavía un poco dura, pero el agua la ablandaría lo suficiente—. Tengo paños, si prefieres...

Ella se rió—. Acabo de tener su pene en mi boca. Creo que puedo manejar el baño de esponja en mi espalda.

La imagen de sus labios alrededor de su pene duro pasó por su cabeza. Puso su mano en su nuca, tirando de ella, para tomar su boca con la suya. Tenía que sentir sus suaves labios de nuevo, en algún lugar, en cualquier parte de su cuerpo.

Su sorpresa sólo duró un instante, y ella lo besó, como necesitándolo. Sentía las manos sobre sus caderas, sus uñas clavándose, no fuertemente pero lo suficiente para enviar una sacudida de un doloroso placer a través de su sistema. Su lengua chasqueó contra la suya, trazó el techo de la boca y salió disparada. La persiguió con la suya, deslizando su cuerpo contra el suyo.

El rápido movimiento la saco de su equilibrio, la obligó a poner demasiado peso sobre su pierna lesionada. Hizo una mueca, rompiendo el beso mientras tropezaba contra él. Gray la cogió, prácticamente levantándola.

—Mierda. Lo siento. Yo... ¡Maldita sea! —La bajó, y esperó a que encontrara un equilibrio cómodo—. Este no soy yo. Es que hueles tan perfecto, y se siente... yo...

Ella rió, sosteniendo sus hombros—. Sé exactamente lo que quieres decir. Realmente. Todo se siente tan correcto, tan bueno, contigo. Te juro que nunca he sido así, pero tengo que admitir, es grandioso.

La tensión dejó sus hombros dando paso a su sonrisa. Tendió hacia fuera la esponja, dejó que se llenara de agua, la escurrió y lo hizo de nuevo, hasta que estuvo suave y pesada en su mano. La llenó de jabón, apretó, hasta que estaba blanca por la espuma y después dio vuelta a Maizie, el agua caía en cascada sobre su pelo largo hacia su espalda.

Ella inclinó su cabeza hacia el agua, pasando la mano por su pelo, con los ojos cerrados, mientras Gray deslizaba la esponja con jabón por el cuello y sobre sus pechos. Él lavó cada centímetro de su deliciosa mujer. La tocó en lugares que

probablemente se perdería cuando hiciera el amor con ella y disfrutó cada minuto. Incluso le lavó el pelo, algo que nunca había hecho antes, y deseó hacerlo otra vez.

Cuando terminó y había aclarado el último rastro de champú de su pelo, lavado la última burbuja de jabón de la redondez de su culo, ella se dio vuelta y tomó la esponja de la cesta donde él la había puesto. Ella la exprimió, la espuma blanca del jabón burbujeaba entre sus dedos. Ella sonrió.

—¿Todavía vamos por turnos?

Capítulo 9

Traducido por Steffanie Mirella

Corregido por Nanis

—Ahí mwap mwap mwap sabes, Maizie.

Maizie sólo podía entender la mitad de lo que estaba diciendo Gray debajo de la toalla mientras él le secaba el cabello. Ella definitivamente, podría acostumbrarse a esta clase de atenciones. Sin mencionar el servicio que le acababa de brindar en la ducha. *De hecho...*

Ella dejó caer la toalla que había estado usando para secarse el cuerpo y le agarro las manos, dándose la vuelta para quedar cara a cara con él. Sus pensamientos debieron haberse reflejado en su rostro. En el momento que sus ojos se encontraron, él dejó que los últimos mechones de su cabello se escaparan por debajo de la toalla que el sostenía, *olvidados*, su mirada vagaba hacia sus pechos desnudos y más abajo.

Podrían pensar que nunca la ha visto desnuda por la forma en que la miró. Labios entreabiertos, mirada intensa, músculos tensos. Ella se sentía hermosa, sensual.

—Necesitamos hablar, Maizie. Lo digo en serio. —Había un indicio de culpabilidad en su voz, por no decir en su mirada. ¿Por que? ¿Era porque él había robado el relicario de su madre? ¿Que más? Tal vez se había dado cuenta. Pero ella no quería arruinar el momento con explicaciones o excusas. El relicario de su madre era en lo último que ella tendría en su mente en un momento como este.

Su mirada no se había movido de su pecho, y la mirada que había en sus ojos no era la mirada de un hombre en busca de una conversación estimulante. Ella se acercó más, las manos de ella agarraron la toalla que él llevaba enganchada alrededor de sus caderas. Ella tiró de la toalla y el suave y cálido material se partió para luego deslizarse al suelo.

Su pene duro se levantó a su encuentro. Sí, él está interesado en sólo platicar. Ella envolvió sus dedos alrededor de su duro miembro, amando lo grueso que era. Más pequeño que un rodillo, más grueso que el mango de un bate, lo suficiente para llenarla pero no para lastimarla.

Oh Dios, ella quería saber que se sentiría tenerlo en su interior. El sólo pensarlo envió una ola de placer húmedo a través de su sexo. Ella lo acarició, sintiendo las crestas aterciopeladas del pene, los labios suaves de la cabeza, y nuevamente bajó. Ella arqueó la espalda para que la punta de su pene duro hiciera presión en su vientre cuando lo acariciara.

El gruñó, el sonido vibrante emanando de su pecho. Sus caderas se sacudieron junto con las de ella, persuadiéndola a continuar, a ir más rápido. Ella lo apretó y siguió a un ritmo más rápido, y se encontró a sí misma acariciando su sexo contra su pierna. La mano de ella en su cadera, tratando de recordar no clavarle las uñas muy profundamente. Ella se acercó para besar los duros músculos de su pecho.

Pequeños hilos de agua corrían bajo su pecho desde su cabello mojado, humedeciendo los labios de ella. Su piel estaba caliente, con un hermoso bronceado y tan suave que ella tenía que sentirlo en su lengua. Él estaba limpio por la ducha, pero el más leve brillo de sudor comenzaba a formarse. Salado, terrenal y sutilmente dulce, tal y como olía él.

Ella encontró su pezón con sus labios, la arrugada carne de color rosa oscuro, con un pequeño pezón erecto, excitado. Ella jugaba con su lengua sobre de él,

encendió, succionó, beso, y mordió. El aliento de Gray escapó como un silbido, una corriente de escalofríos viajaba por su piel. Su pene latía en las manos de ella.

Él agarro sus brazos, e hizo sus caderas hacia atrás los suficiente para que ella lo dejara ir.

—Jesusus, cómo me distraes.

—Esto es algo bueno. —Ella se acerco a él, pero él la mantuvo lejos.

Él rio, divertido, genuino.

—Es algo muy bueno, pero quiero hablar.

Ella suspiró, lo más dramáticamente que pudo.

—¿Siempre se va a hacer todo lo que tú quieres? —Se permitió una sonrisa caprichosa en la comisura de su boca.

—¿Qué? No. Yo... —El pobre hombre se había venido completamente. Su erección era tan fuerte que probablemente ella podría mamarlo desde el otro lado de la habitación. Era una excitación. Pero ella haría que valiera la pena si tan solo él dejara de hablar insensateces.

Él alcanzó a ver su sonrisa, frunció el ceño, un determinado gesto oscureciendo su rostro.

—Absolutamente.

Gray la agarró, sosteniéndola contra su pecho cálido, e irrumpieron del baño a la cama de él. Su cuerpo musculoso prácticamente vibraba con el poder. Estaba sano, excitado. Ella deliberadamente había jugado con su lujuria, lo había retado. ¿Podría ella manejar las consecuencias?

Como si hubiera sentido su preocupación, él se detuvo a un lado de la cama y la miró. Sonrió, y beso su frente tan tiernamente que todas sus preocupaciones desaparecieron.

—¿Estas bien?

Ella asintió, retorciéndose en sus brazos, con su mano cubriendo la parte posterior de la cabeza para halarlo hasta su boca. Los labios de él eran firmes y tomaron el control del beso en un instante. Su lengua daba trazos largos en los labios de su boca y ella la abrió para él. Él entro en su boca mientras la tumbaba en la cama, yaciendo con la mitad de su cuerpo en la cama y la otra mitad encima de ella.

Su pesada pierna cubrió las de ella, mientras su pie trataba de separarle las piernas. Ella impulsaba sus caderas, presionando contra los vellos gruesos de la pierna de él. Dios mío, estaba tan caliente que cualquier parte de él serviría.

Apoyándose sobre un codo, él la beso, tomó primero sus labios, buscando sacar a jugar su lengua, hasta llegar a explorar su boca. Su mano libre viajó por el cuello de ella hasta su pecho. Ella se arqueo para él, mientras él abría su mano lo más que podía para apretar sus pechos, masajeándolos. Sus dedos rozaron el arrugado pezón, pinchándolo, y una corriente de dolor y placer recorrió su cuerpo, haciéndola jadear. Su mano se alargó para tomar la de él, para sostenerla justo ahí, y ayudarle a apretar.

Gray miró hacía sus pechos y guió la mano de ella para que se masturbara a si misma. Se quedo observando, sus carderas presionaban el duro pene contra su

piel, su piel estaba caliente al igual que la de ella, meciéndose al ritmo que la hacía responder a los toques que ella misma le daba a su cuerpo. Ella apretó con fuerza, ofreciéndole su pezón a él. El lo tomó con ansias, el sofocante calor de su boca la inundó. Su brazo la rodeó por la cintura, volteándola, halándola hacia su pene para que éste quedase contra su vientre.

—Gray... por favor... —La sensación de su dureza era una exquisita tortura. Ella lo quería dentro, lo quería en todas partes. El calor la inundó, humedeciendo su sexo, haciéndole difícil el poder respirar, el poder pensar. Su cuerpo ardía, su piel hormigueaba, y su mente estaba mareada por el deseo.

El aligeró su apretón, deslizando su mano sobre su vientre, a través de los rizos de su pubis. Cálidas gotas se escurrían entre los labios de su sexo hasta mojar sus muslos. El deslizó sus dedos entre sus pliegues de manera suave y natural.

—Diablos, Maizie, estás tan húmeda. —Su rica voz vibraba contra el pecho de ella, él aun sostenía su pezón en la boca—. ¿Es sólo por mí? Dime que toda esta crema es sólo por mí.

—Es por ti. —Ella trató de no jadear, de no chillar en lo que sus dedos se hundieron dentro suyo, doblándose instantáneamente para acariciar su punto G—. Tú me hiciste esto.

Sus caderas se sacudieron contra su mano cuando un segundo dedo la llenó y un tercero apenas logró hacerlo. Maizie tomó su muñeca, ayudándole a su mano a joder su coño con más fuerza, y más velocidad.

—Jeesús... —Él jadeó, cambiando su peso, su boca se dirigió a su cuello mientras empujaba sus caderas entre los muslos de ella—. Tengo que sentir esa crema caliente en mi pene. Quiero enterrarlo hasta mis bolas.

Sus dedos salieron de ella y por medio segundo casi no pudo respirar por la pérdida. Luego la suave cabeza gorda de su pene presionó contra ella y el mundo se volvió una llama blanca detrás de sus ojos.

Ella empujó su cabeza hacia atrás contra la almohada, y levantó su cintura tratando de coaccionarlo a ir más profundo. Pero él sacó su pene y un gemido de protesta salió de ella por sólo un reflejo.

Gray empujó hacia arriba, balanceándose sobre sus rodillas y un brazo. Ella abrió los ojos para mirarlo observándose tomar su pene, y atormentarla pasando la cabeza de su miembro por su pelvis. Su sonrisa era malvada y sexi como el infierno, su mano frotaba la cabeza entre sus húmedos pliegues, desde su clítoris hasta lo más profundo.

Ella sostuvo su aliento cuando él presiono ahí, sus músculos pulsaron ante una fresca ola de calor, humedeciéndola aun más. Su pene, brillando gracias a su crema, resbaladizo y húmedo, casi se deslizó dentro. Una parte de ella deseaba eso. Realmente lo deseaba. Pero ella deseaba aun más que llenarse de su miembro.

—Gray...

Ella no tuvo que pedirlo dos veces. Un solido empuje y su rígido miembro se condujo profundo dentro de su concha, llenándola rápido, robándole el pensamiento y el aliento. Ella abrió su boca para gritar, pero ningún sonido salió, medio latido después sus pulmones jadearon en busca de aire.

Gray la sostuvo detrás de sus rodillas, presionando sus piernas hacia atrás. Esa posición colocaba su concha hacia arriba y él se acercó sobre sus rodillas para introducir todo su pene tan profundo dentro de ella como su cuerpo se la permitiera.

—Oh... sí... —El sentirlo tan profundo, tocando lugares dentro de ella que no habían sido tocados en... no podía recordar cuanto tiempo había pasado. Una dulce satisfacción creció en el centro de su cuerpo. Con los ojos cerrados, sus manos lo buscaron a ciegas, encontrando sus rodillas a los lados, subiendo hasta sus muslos y apretó.

Las caderas de él bombearon, fallándola rápido, entrando profundamente hasta que sus bolas golpearan contra el trasero de ella.

—Eres tan estrecha. Puedo sentirte apretando mi pene.

Ella flexionó los músculos en la base de su pelvis.

Gray silbó.

—Jeesús. —El apisonó su pene profundamente una y otra vez—. Tócate, Maizie. Muéstrame lo que te gusta.

Maizie no se lo pensó dos veces. Ella nunca había estado tan caliente, nunca había necesitado tanto, nada era demasiado personal, no existían las inhibiciones. Lo único que ella deseaba era saciar esta hambre, y todo lo que ellos hacían realmente se sentía inexplicablemente bien y la hacía desear con más intensidad, con más urgencia.

Él gruñó, observándola, su excitación hacía que se pusiera cada vez más duro, que jodiera su cuerpo más rápido. Mazie quería mantener los ojos abiertos para ver su hermoso rostro tomado por la pasión. Pero ella apenas podía pensar más allá de la sensación de él dentro de ella, más allá del zumbido de su piel, el trueno de su corazón, y la deliciosa fricción de su sexo.

La mente de ella se envolvió a sí misma en las vertiginosas sensaciones. El duro pene presionando a través de las sensibles paredes dentro, cada investida llenándola a la perfección, construyendo una exquisita presión, cada fibra de su cuerpo deseaba más.

Su corazón latía con fuerza, sus músculos ordeñaban su cuerpo, y sus dedos jugaban con su clítoris, creando otro torbellino de presión necesitada que aumentaba la primera y provocaba que sus músculos se apretaran.

—Síiii... —El ritmo de Gray se duplicó, la fuerza detrás de sus embestidas hizo que la cama se moviese.

La respiración de Maizie se detuvo, su cabeza presionó hacia tras, y sus caderas se corcovaron contra las de él, frenética, mientras la presión llenó a su máximo, para luego derramarse a borbollones por todo su cuerpo como llama líquida, sin aliento y húmeda. Ella gritó, doblando los dedos de sus pies, empujando su cadera fuerte contra la de él, y con los músculos pulsando.

Gray empujó hacia ella, dejó que pasara su orgasmo y comenzó a buscar el suyo. Su pene aún estaba duro y tieso como el acero, su ritmo egoísta, impaciente e imperfecto. En segundos, la presión se había reconstruido dentro de ella, su concha tan sensible y lista. Ella podía sentir cómo se aproximaba su orgasmo, la manera en que su pene la llenaba, empuñado en lo profundo de ella, rápido y hambriento, justo cuando él los había llevado a la cúspide del placer, él se salió de ella.

Tomando su miembro, comenzó a masturbarse como loco, mientras su otra mano trabajaba para que ella llegara al orgasmo. El jadeo que salió de ella por el shock era mas bien un grito y lo vio llegar al clímax, llevándose a sí misma a uno igual medio segundo después. La escena erótica de su mano bombeando su rígido pene, de su crema cayendo a chorros sobre su cálido vientre, era todo lo que ella necesitaba para enviarla en espiral a su orgasmo.

Ella se recostó en la almohada completamente relajada, desecha, cabalgando sobre las olas de placer que la embargaban. Gray colapsó a su lado. Luego de pasar un minuto tratando de recuperar el aliento, el tomó un pedazo de papel para limpiar el vientre de ella. Ella sonrió.

—Por cierto. Estoy tomando la píldora.

—Mierda. Lo olvidé.

—¿Que quieres decir?

Él besó la parte trasera de su cuello.

—Nada. No tiene importancia.

Ella recordó haber ronroneado cuando él la recogió, cuando sintió el calor de su cuerpo, la fuerza en sus brazos. No pudo luchar contra la espesa manta de sueño que se apoderó de ella. De hecho, ni siquiera lo intentó.

—Dobla la cantidad de huevos y tocino, Greta. El Sr. Lupo tiene un invitado. Mejor dicho, una invitada.

Maizie se sentó derecha de golpe, esperando toparse con Annette conversando al pie de la cama. No había nadie ahí.

—Nooo. ¿Toda la noche? —La otra mujer habló con un ceñido acento español.

—¡Sí! —Aplaudió emocionadamente—. Creo que es ella —Annette dijo.

—Oh, Dios mío. Ha pasado tanto tiempo. —La mujer puso tres porciones de tocino junto con las demás, cada una chisporroteaba al contacto con la sartén—. Es un milagro que no botara la casa al tomarla.

¡Ah! Grosero, sonrió Maizie, volteando a ver al durmiente Sr. Lupo a su lado.

—Pero cierto.

Esperen. ¿Cómo es que las escuchaba desde la cocina?

—Intercomunicador —se dijo a si misma. En una casa tan grande, probablemente eran tan necesarios como las puertas.

—Greta —Annette advirtió—. Las relaciones sexuales del Sr. Lupo, o la falta de ellas, no son asunto nuestro. —Una momentánea pausa y después risitas.

—Conque insultando al jefe, ¿eh? —Maizie pensó—. No es sorpresa que dejara encendida esa cosa. —Ella miró a su alrededor, tratando de localizar la caja, o tal vez un altavoz en la pared. Como sea. Ella salió de la cama, moviendo cuidadosamente el brazo de Gray de alrededor de su vientre. Tan flácido como una muñeca de trapo, el hombre estaba muerto al mundo.

Ella se quito con la mano un mechón de cabello que le caía sobre el ojo. Él volteó la cabeza y rozó su rostro contra la almohada que ella había usado, él arreglo, y metió la mano debajo de ella, luego se quedo quieto. Sexi y adorable.

—Whoof —dijo ella, sonriendo.

Maizie se fue de puntillas hasta el baño y encontró su ropa destrozada y llena de sangre justo donde las habían dejado la noche anterior, la camisa y el pantalón eran basura, pero ella aún podía salvar las bragas y el brasier.

—¿Ya extrañas a Lynn y a los demás? —preguntó la cocinera.

—No...er...No lo creo —dijo Annette.

Maizie volvió a la habitación. Ella necesitaba algo de ropa si quería bajar por un poco de esa comida. El olor del tocino estaba haciendo agua su boca. Su estomago gruñó. Ella puso una mano sobre su estomago y se dirigió al armario.

—Camisas de vestir. Vaya sorpresa. —Todas mangas largas, todas de lino, algunas con el cuello doblado, otras con cortos cuellos tipo mandarín, pero ninguna repetida.

—Decisiones. Decisiones.

Ella tomó una simple camisa blanca, de pliegues, con una estilizada apariencia de arrugas y metió los brazos en las mangas.

—Fantástica.

Ella haló el cuello hasta su nariz e inhaló. Oía como a detergente floral, pero debajo de eso, impregnado en la tela, se encontraba el más dulce y terrenal olor de Gray. Era extraño que una lavada no hubiese quitado su olor completamente.

Ella le sugeriría un mejor detergente. Tal vez, si ella planeaba usar más de sus camisas.

Una olfateada profunda final y ella vago alrededor de la habitación buscando el intercomunicador en lo que se abotonaba. La camisa le quedaba grande, llenándole hasta la mitad del muslo, y las mangas eran una pulgada mas largas que sus manos.

—Hecha a la medida. —La voz suave de Gray la hizo saltar. Ella se dio la vuelta para encontrarlo boca arriba, apoyándose sobre los codos, y mirándola. Aún tenía en su rostro la misma mirada de anoche de de me-gustaría-algo-de-eso, con una sexi sonrisa de lado para completarla.

Sus mejillas se calentaron. Ella rio.

—¿Te gusta? Pensé que repondría la camiseta que rompiste anoche.

—Tu camiseta ya estaba rota.

—Cubría las partes importantes.

—Y ensangrentadas.

—Pero aún usable.

—Dijiste que podía despedazarla. De hecho, lo disfrutaste.

—Bien. ¿Quieres que me quite esto?

Él se sentó derecho, con los ojos grandes.

—Sí.

Ella se rió ante su impaciencia.

—Después. Huelo comida. ¿No tienes hambre?

—Siempre. —Él le guiñó el ojo.

Maizie volvió a sonrojarse. El hombre podía derretir icebergs con esos ojos y esa voz.

—Bueno, yo también. Aunque creo que tu intercomunicador está roto, puedo oír a alguien en la cocina pero no creo que ellas puedan oírme. ¿Dónde está el altoparlante?

—No hay. —Gray alzó la mano hacia el teléfono a la par de la cama y lo sostuvo para que ella pudiera ver—. Hablamos por teléfono.

Maizie parpadeó viendo el auricular en su mano.

—Pero escuche a Annette y a Greta.

—Mis cocineras.

-Lo que sea. Nunca las he conocido, pero sé sus nombres. ¿Por qué? ¿Por qué las escuche hablar? ¿Cómo pude hacer eso si no hay intercomunicador? Puedo oler el tocino como si estuviera en la habitación... y los huevos y las tostadas. En este momento, ella está exprimiendo naranjas. —Había una explicación razonable. Tenía que haberla. Pero algo respecto a decirlo en voz alta hizo que su corazón se acelerara, sus palabras fueran mas rápido, y finalmente comprendiera.

—De acuerdo. Vamos a hablar. —Gray puso en su lugar el teléfono y le ofreció su mano—. Ven aquí. Quiero explicarte.

—¿Podríamos olvidarnos de eso por ahora? Ya lo sé. Por eso es que vine. —Maizie alejó su mano ondeando la de ella desde el final de la cama. ¿Acaso pensaba que estaba bromeando? Ella estaba oyendo a través de las paredes, y los pisos. Ahora no era el momento para discutir un robo que él había cometido hace veintiún años.

Gray dejó caer su mano. Y parpadeó.

—¿Lo sabes?

Ugh. ¡Acaso pensaba él que la Abue no le diría sobre el relicario? ¿Sobre que él estuvo en el accidente? ¿Que más pudo haber puesto ese brillo de culpa en sus ojos, y el suave remordimiento en su voz?

—Puede que seas amigo de la Abue, pero yo soy su sangre —dijo ella—. Sé sobre el medallón. ¿De acuerdo? No estoy molesta. Tampoco estoy contenta con que lo hayas robado, o con que hayas esperado veintiún años para regresarlo. Pero no estoy molesta. Bueno, tal vez un poco. Pero eso no es lo que me hizo venir anoche.

—¿Entonces qué? —Gray se sentó con una rodilla doblada sobre la cama y la otra colgando en el borde, con las cobijas sobre su cintura.

—¿Qué? ¿Qué me hizo venir acá? Yo... tenía unas preguntas. Sobre el accidente. Sobre esa noche.

Él se encogió de hombros, su rostro se oscurecía con el humor serio.

—Pregunta. No tengo nada que esconder.

¿Era esa su actitud? ¿Le estaba dando la actitud ahora?

—¿No?

—No. No soy un ladrón... Pequeña caperuza. —Él hizo que el sobrenombre sonara como un insulto.

Ella frunció su ceño.

—No me llames así.

Gray meneó la cabeza, se quitó las cobijas y caminó molesto al baño. Su hermoso cuerpo, bronceado y musculoso.

—Eres una niña. Su niña.

Él volvió, usando una bata de seda gris, las solapas y la cinta eran de un color mas claro.

—La próxima vez que vayas a la casa de un hombre para acusarlo, al menos debes saber cómo son los hechos.

Ella colocó las manos en sus caderas.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿acaso no le diste a mi Abuela el relicario de mi madre ayer? ¿Un relicario que tú encontraste en el sitio del fatídico accidente? ¿Un relicario que te quedaste por veintiún años?

Él se volteó hacia ella. El movimiento fue tan repentino que ella dejó caer sus brazos, perdiendo así la postura de engreída.

—Sí. Encontré el maldito relicario en la escena del accidente. El fatal accidente de mi esposa.

—¿Qué? —Ella no podía respirar—. ¿Fatal? Pero yo creí que ella sólo se había mudado lejos de aquí.

—No. —Gray se enderezó y pareció perder algo de su enojo—. Ella es la razón por la que yo estaba ahí. No me importaban en lo absoluto tus padres. Ellos la mataron. La cortaron como un... un... —Él dio un gruñido frustrado y se dio la vuelta, caminando hacia las torres de las ventanas de la sala.

—¿De qué estás hablando? No le dimos a nadie. Chocamos contra un lobo. —Sus mismas palabras enviaron un temblor por su espina, e hizo que los hombros de Gray se tensaran mientras miraba por la ventana. Ella lo sabía, pero no quería saberlo.

Los recuerdos le volvieron.

—Íbamos conduciendo para recoger a la Abuela. Mis padres estaban felices pero... yo no. No quería dejar mi bosque.

—Mi bosque —dijo Gray.

Maizie apenas lo escuchó.

—Papi acababa de recibir un ascenso. Nos mudábamos...

Gray dobló los brazos sobre su pecho.

—Ellos estaban traspasando nuestro bosque. Mío y de Donna.

—Era oscuro y llovía. Tomamos el atajo.

—Estaban conduciendo demasiado rápido —Gray dijo.

—El lobo, saltó de pronto.

—Ella tenía todo el derecho de correr en sus bosques.

—Mis padres no pudieron detenerse. Lo intentaron...

—No lo suficiente.

—Papi dobló bruscamente. Nos fuimos de lado. Mamá estaba gritando. Papa también. Y entonces... esos ojos, verde frío, ojos sin corazón... —Su mirada se enfocó en la espalda de Gray—. El lobo, el lobo que causó la muerte de mis padres. Era tu esposa. Tu esposa era una loba. Una mujer loba.

Su voz era suave y fría.

—Y yo he convertido en mi pareja a la hija de sus asesinos.

—Pero no existe algo como...

Gray se dio la vuelta, la ira grabada en su expresión.

—¿Como qué? ¿Un hombre lobo? Deja de mentirme a ti misma, Maizie. Lo has estado haciendo por demasiado tiempo. ¿Qué crees que fue lo que te atacó anoche? ¿Qué crees que soy yo?

Ella saltó involuntariamente. Él estaba tan enojado. No, no era enojo lo que brillaba en sus ojos, era culpa... y acusación.

—Oh Dios mío, culpas a mis padres por la muerte de tu esposa. Me culpas a mí.

Gray dejó caer su mirada, su expresión se suavizó.

—No. Tú sólo estabas en el auto, ella estaba muerta. Tú no.

—Sí, lo haces. Me culpas, al igual que yo la culpaba... —Gray se encontró con la mirada de Maizie, pero no la detuvo de continuar con la frase—. Todo este tiempo, no podías soportar el verme. Hiciste que la Abuela me mantuviera lejos de aquí. Quédate en el camino, Maizie. Aléjate de esa parte del bosque. Ten cuidado del grande y malo... lobo.

—Maizie...

Un toque en la puerta congeló la conversación.

—¿Sr. Lupo? —Annette calló por un momento al otro lado de la puerta—. Sr. Lupo, tengo un mensaje para la señorita Hood. También traje el desayuno.

—Pasa —Maizie dijo cuando fue claro que Gray no iba a contestar. Él se quedó estoico, con los pies plantados al piso, su espalda a la ventana, y los brazos doblados sobre su estomago.

Annette abrió la puerta, sosteniendo una bandeja de cama, su brillante sonrisa se desvaneció cuando se topo con la mirada oscura de Gray.

—Oh. Lo lamento. Interrumpí.

—No. Está bien. Estamos... —Maizie volvió a ver a Gray— ...terminando. De hecho, ya terminamos. —Ella miró a Annette yaciendo medio dentro, medio fuera de la habitación.

—¿Cual es el mensaje, Annette? —Gray preguntó.

Ella sostuvo la bandeja con una mano, mientras se arreglaba los lentes con la otra, luego volvió a tomarla con las dos.

—Oh. Sí. Llamaron del Asilo. Al parecer, trataron de contactar a la Srita. Hood y cuando no pudieron llamaron aquí. Al parecer, Ester tiene un pequeño problema de salud.

—¿Qué? —El corazón de Maizie se detuvo.

—Oh, no, no —Annette dijo aprisa—. Ella está bien. Sólo fue un susto. La llevaron al hospital anoche y la dieron de alta hoy por la mañana. Probablemente, ya este en casa.

¿Esta mañana? ¿Al hospital y devuelta tan rápido?

—¿Qué hora es?

—Son casi las cuatro —dijo Annette.

—¿Cuatro? ¿Pm? —Maizie la observó asentir—. Eso es imposible. ¿Dormí más de catorce horas? —Ella miró a Gray.

Cuya mirada permanecía fija en Annette, silencioso, con sus cejas casi juntas, y su mandíbula rígida. No fue sino hasta que Maizie habló nuevamente que el volvió a verla.

—Tengo que irme.

—¿Adónde? —dijo él.

—¿Adónde crees? Tengo que asegurarme que mi abuela se encuentre bien. — Ella se dirigió al baño y tomó sus tenis. Estaban manchados de sangre, pero eso no afectaría lo bien que protegían sus pies.

—Annette te dijo que ella estaba bien.

Maizie salió saltando, luchando por ponerse un zapato y después el otro.

—Tengo que asegurarme por mí misma.

—Entonces, llama al Asilo. Puedes utilizar el teléfono que esta aquí.

—Llamaré desde la cabaña. Después de todo, quiero bañarme antes de ir a verla.

—Báñate aquí.

—No tengo ropa.

—Lo que tienes puesto está bien. —Él deslizó sus manos dentro de los bolsillos de su bata. Y se encogió de hombros—. O enviaré a Annette a que te compre algo más apropiado. Lo que sea que necesites.

¿Por que estaba haciendo él esto más difícil? El debía querer que ella se fuera tanto como ella deseaba irse. Excepto que ella realmente no quería dejarlo. Dios,

¿tanto había cambiado tan rápido? Todo se había arruinado y retorcido. Ella lo deseaba tanto como hace veinte minutos.

¿Pero cómo podía quedarse cuando él todavía no sabía cuáles eran sus sentimientos sobre el papel que ella había jugado en el accidente? ¿Como podía quedarse cuando ella no sabía cuáles eran sus sentimientos respecto al papel que él jugaba en la muerte de sus padres?

—Tienes que quedarte, Maizie.

—No es así. —Ella enfocó su mirada en la puerta abierta. No podía soportar mirarlo. No podía arriesgarse a ver esa mirada en sus ojos: ira, culpa, odio. Ella preferiría nunca tener que volver a verlo.

—No es seguro —dijo él—. Tú no entiendes...

—No. Tú no entiendes. —Ella cerró los ojos, las emociones cerraban su garganta. No podía llorar. No lo haría—. No tengo tiempo para esta mierda. Me dije a mi misma que no tenía tiempo para relaciones románticas desde el principio. Se lo dije a la Abuela. Ya he dejado olvidada la tienda. Y ahora dejé a la abuela sola. Es suficiente. No tengo tiempo para esto. No tengo tiempo para ti.

Ella corrió. No era algo maduro, ni valiente, pero era lo único que ella podía hacer. Tenía que alejarse, poner distancia entre todos esos sentimientos, esos recuerdos, la confusión de lo que pensó saber, y lo que pensó que quería. Tenía que alejarse de él.

Para cuando ella llegó a la cabaña se había enfermado. Había corrido todo el trayecto y se consiguió una laceración al costado, y su estomago se estaba volviendo nudos.

Ella entró por la puerta trasera. La había dejado sin llave la noche anterior.

—Sólo necesito comer algo.

En la cocina, todo lo que encontró fueron unas latas de soda dietética y do tarros de mantequilla de maní. Se apoyo contra el mostrador, la soda a su lado, y comió. Era la mejor mantequilla de maní que hubiese existido. Ella miró la etiqueta luego de unos mordiscos.

—Ni siquiera tiene marca.

Ella se terminó la jarra en minutos, raspando el fondo con la cuchara para conseguir hasta el último pedacito de cremoso cielo café. Cuando pudo ver a través del fondo transparente, botó el tarro vacío en la basura y abrió el otro antes de darse cuenta lo que estaba haciendo.

—Mierda. Debería simplemente ponerla en mi trasero. —Ella tomó tres cucharadas más, y finalmente dejó la cuchara y se alejó. Cuando alcanzó las escaleras, su estomago gruñó, y luego se acalambió. Ella tembló y luego de unos minutos el dolor se aminoró.

Corrió a su cuarto y tomó su celular de su bolso. Tenía al Asilo en marcado rápido.

—Hola. Habla Maizie Hood. Llamo para saber de...

—Maizie, hola, soy Clare, de recepción. Tu abuela está bien. Tuvo un pequeño ataque de angina anoche, pero la revisaron en el hospital. Ya está de vuelta. Ahora está dormida. Le puedo decir que te llame.

—Gracias, Clare. Dile que iré esta noche.

—Puedes estar segura que lo hare.

Maizie cerró el teléfono, lo tiró a la cama, y tomó su esponjada bata de la silla de mecer al paso. Su estomago volvió a gruñir y ella tembló durante la sensación de un calambre.

—Un tarro completo de mantequilla de maní de una vez no le hace bien al cuerpo.

Ella se dirigió al baño y haló la cortina color crema de la bañera vieja. Abrió el grifo del agua caliente y la dejó correr. Un baño la haría sentirse como ella de nuevo.

Aunque la ducha de la noche anterior la había hecho sentirse más como ella, como no se había sentido en años. Incluso con las heridas, nunca se había sentido tan bien, así como si estuviera tan viva. ¿Era por Gray o algo así?

Desnuda frente al espejo con gabinete donde guarda las medicinas, Maizie observó la mordedura en su hombro. Dos heridas pequeñas y punzantes que habían dejado dos orificios rojos. Se dio la vuelta mirando por encima de su hombro. Los de la espalda eran los peores, algunos moretones, pero un poco curados. Ella se puso el pie en el baño para checar su entrepierna. La mordida estaba sanada de la misma manera que su hombro.

Un calambre le hizo agarrarse el estomago, dio un respingo, se inclinó para tratar de calmar el dolor. Pasó, pero la intensidad era obviamente mayor e iba incrementando. ¿Qué estaba mal con ella?

Maizie negó con la cabeza, puso su pie en el suelo.

—Ugh. Está bien. Esto no es una película de terror o un cuento de hadas.

Lo más probable era que Gray tenga algún agente medicinal en su agua para evitar que los animales se enfermen. Sí, eso tenía más sentido en vez de que ella se convirtiera en un... Ni siquiera iba a pensarlo.

Maizie se metió en la bañera, ajustando la temperatura del agua, cerró la cortina y tiró de la palanca de la regadera. Agua caliente, cayendo en cascada sobre su cuerpo, lavando cada toque, cada beso que Gray había dejado en ella. Lástima que no pudiera lavar los recuerdos del encuentro de su cuerpo caliente dentro del suyo. O el deseo de que lo hiciera de nuevo.

Capítulo 10

Traducido por Darkemily

Corregido por Tibari

—¿Quién lo hizo? —Gray se colocó de pie en el borde de la piscina, con los brazos doblados firmemente a través de su pecho—. ¿Cuál de estos idiotas se suicidó anoche?

Lynn levantó la cabeza para girar la otra mejilla, con una mirada de reojo a Grey. Ella estaba sobre su vientre, con los pechos al aire bronceados por el sol del atardecer.

—¿De qué te quejas?

—¿Quién le hundió los dientes?

Sus manos en puños apretados bajo su brazo, con sus pensamientos apretando su cuello, destellaban en su mente. Maldita sea, éste no era él, pero cuando se trataba de Maizie, sus prioridades cambiaban.

Rick se encogió de hombros en la parte trasera del trampolín.

—¿Qué diferencia hay? Es lo que querías. Lo que todos necesitamos. —Dio tres pasos largos, rebotó una vez, y se tiró de cabeza a la piscina.

—Lo hecho, hecho está. —Joy tomó un sorbo de té helado, a continuación, lo puso sobre la mesa entre ella y Lynn antes de retomar la novela romántica que sostenía—. Estoy segura de que fue un accidente, cariño. No hay ahora nada que hacer al respecto.

—¿Un accidente? ¿Ella se cayó en la boca abierta de alguien? —Gray no necesitaba que se lo dijera. Estaba seguro de que sabía que uno de ellos se atrevió a tocarla. Dejó caer los brazos, caminando a lo largo de la piscina para colocarse sobre Lynn—. ¿Dónde está?

Lynn levantó la cabeza, con los ojos entrecerrados.

—¿Quién?

—Tu compañero muerto —dijo Gray—. Por lo menos, lo será una vez que ponga mis manos sobre él.

—No fue Shawn.

—Una mierda. —Él había tenido que quitar la mandíbula del estúpido por Maizie. Por ser nuevo, Shawn tenía el menor control y el menor respeto por la manada. Gray miró hacia la casa, vio el aleteo en las cortinas de la ventana cerrada del dormitorio de Lynn. Cobarde. Sin decir palabra, se dirigió a las puertas de cristal, con el asesinato en su mente.

—Gray, no. ¡No! Él no lo hizo. Te lo juro —Lynn gritó detrás de él. Sabía que se había levantado, estaba detrás de él—. ¡Rick! Rick, detenlo. Lo va a matar.

Rick escaló la escalera de metal en el extremo de la piscina al mismo tiempo que Gray se acercaba. Tontamente se puso delante de él, como si incluso eso le detuviera.

El recién llegado iba a morir. Alguien tenía que pagar por el cambio de Maizie, por obligarle a afrontar un hecho que había estado evitando durante veintiún años. Maizie era su compañera. Ella siempre había sido su compañera. Su matrimonio con Donna nunca debió ocurrir. Ella había merecido algo mejor. Para cuando Rick le empujó contra su pecho, los pensamientos de Gray dieron la vuelta, su culpabilidad le había debilitado al origen de su rabia.

—Tío Gray, no fue Shawn —dijo Rick—. Él se entusiasmó y corrió detrás de ella cuando se echó a correr. Es un lobo nuevo, aprendiendo a controlarse. Pero nosotros le detuvimos. Le teníamos bajo control. Él no fue quien la mordió.

—Entonces, ¿quién? —Ahora estaba gritando, su voz tan cerca de un rugido que su garganta protestó, cada vez con más dolor—. ¿Quién lo hizo?

Rick sacudió su cabeza, después miró hacia atrás, con la barbilla alta y los ojos desafiantes.

—Fui yo. ¿Está bien? Yo lo hice. Yo la mordí. Te dije que lo haría si no lo hacías tú.

La ira, el dolor, la culpa y el remordimiento se agitaron en una furiosa tormenta dentro de él. Gray explotó, empujando el pecho de Rick, enviándolo en un vuelo varios metros atrás. El joven se agarró, aterrizando con la punta de sus pies, dispuesto a luchar si fuera necesario.

—Vamos, muchacho —Gray habló a través de sus dientes—. Terminemos esto hoy. Toma la manada o sal de aquí.

Con su cuerpo apretado, Rick gruñó a Gray, avanzando hacia delante un poco, pero sin atacarle. Rick nació como hombre lobo y más fuerte a causa de ello, pero Gray era mayor y lo convirtió su difunta esposa, la más fuerte entre ellos. Ella lo había elegido para ser Alfa, detectando la fuerza natural dentro de él. Sería una batalla, pero Gray tenía la rabia de su lado.

—No. Basta. —Shelly, hundida en el jacuzzi, luchaba por salir fuera, y corrió hacia el otro lado de la piscina—. Ricky, si pierdes tendrás que irte. No puedes luchar por ser Alfa y luego volver a subordinado.

—Yo no lo desafíe. Él me desafió. No puedo ser expulsado por defenderme. Yo me encargaré de esto.

—Tío Gray, por favor. No fue Ricky.

Los pelos en el cuello de Gray se erizaron, sus músculos tensos, el instinto de gobernar era emocionante, una mezcla de adrenalina dentro de su cuerpo.

—Desobedecer mis órdenes es un desafío. Y lo acepto.

—¿Es así como pretendes jugar? —preguntó Rick, con el disgusto en aumento en su voz.

—Yo lo hice. —Shelly saltó entre ellos y empujó los hombros de Gray—. ¿Me oyes? Yo lo hice. Te desobedecí. La convertí. No Ricky. Ni Shawn. Fui yo.

—Cállate, Shelly. —Gray parpadeó, el rápido cambio de emociones empañaba su cerebro.

—¿Tú? ¿Por qué?

Shelly resopló de furia, las lágrimas brillaban en sus ojos azules. Ella dio un paso atrás, dejando caer la mirada. Por un momento, parecía adolescente, a pesar de su verdadera edad y la forma en que sus curvas llenaban su bikini marrón rosado.

—Quería que las cosas fueran normales. Quería que fuéramos una familia normal. Al igual que antes con la tía Donna...

Gray le acarició la mejilla.

—¿Cómo el convertir a Maizie nos va a hacer normales, cariño?

—Fue un accidente —dijo Lynn, caminando al lado de ellos, su bikini negro ahora ajustado en su lugar. Joy la seguía muy de cerca—. Está bien, lo admito, Shawn tiene poco control, pero cuando Maizie empezó a correr simplemente no podía mantener un dominio sobre su instinto. Bueno, tú sabes cómo es. La persecución, el miedo de la presa condimenta el aire. Perdiéndolo, Shelly la cazó un poco sobreexcitada.

Joy se unió a ellos, deslizó un brazo alrededor de su nieta.

—Los mellizos son todavía jóvenes, Gray. Sus instintos de lobo consiguen lo mejor de ellos a veces.

—Yo no perdí el control, abuela. —Shelly se encogió de hombros—. Y no fue un accidente. Quise convertirla.

Los músculos de Gray se anudaron a través de sus hombros, un latido sordo golpeó su cabeza. Amaba a su sobrina, pero ella lo estaba haciendo todo tan complicado como todas las otras mujeres que había conocido.

—Shelly, cariño, explícame exactamente por qué querías convertir a Maizie Hood en uno de nosotros.

—Porque amo a mi familia y quiero que mi manada permanezca junta. Sabes que ella es tu amor, pero tu preciosa culpabilidad es tanta que no podías dejarla ir y tomarla. Y soy demasiado joven para casarme con un estúpido perro viejo, porque no puedes tomar una esposa y mantener esta manada con vida.

—Nunca hubiese sucedido —dijo Gray, su ira hirviendo a fuego lento.

—No puedes desobedecer las leyes de los lobos, tío Gray. No te dejarán —dijo Shelly—. Algún autoproclamado líder tarde o temprano vendría, olería alrededor y te desafiaría, o Rick encontraría una compañera y los verían como la pareja más fuerte y te desafiarían. Ni lo uno ni lo otro funcionaría para mí, así que hice lo que pensé que sería mejor para todos. Incluido tú, tío Gray.

Gray resopló y movió la cabeza, en busca del siguiente par de ojos.

—¿Eso es lo que todos han estado pensando? ¿Están preocupados de que un imbécil venga aquí y luche contra mí por todos nosotros?

Ellos no contestaron. Finalmente, Joy habló.

—Eres de la familia, Gray. Sé que tú y Donna no eran compañeros naturales, pero ella realmente se preocupaba por ti. Eras tan fuerte. Un líder nato. —Dio un paso delante de él, ahuecando su rostro, con el amor de una madre—. Hiciste tu

trabajo en tu matrimonio, incluso cuando estaba claro que el vínculo no estaba allí. Pero desde que la perdimos, ni siquiera has tratado de encontrar a tu verdadera compañera. Y cuando rechazaste a la muchacha también nos preocupamos porque nunca tomarías a una compañera. —Ella dejó caer sus manos en su pecho—. No quiero perderte. La pérdida de Donna fue bastante difícil.

—Nadie está perdiendo a nadie. —Tendrían que matarlo antes de que alguien le separara de la familia de Donna, de su familia.

—Exacto. Gracias a mí —dijo Shelly. Todos los ojos se clavaron en ella—. Hice lo que tú no podrías. Maizie Hood es tu verdadera compañera. Todos lo sabemos. Eres muy delicado sobre el cambio de ella a causa de cierta lealtad torcida a la tía Donna. Ella no debió haberte convertido. Tú no eras para ella, pero su muerte te llevó a la persona a la que estabas destinado. Ahora la tienes.

—Yo no tengo nada. —En lugar de admitir su culpabilidad, había permitido que Maizie creyera que la culpaba por el accidente. Ahora estaba allí sola, con su cuerpo en el cambio. Estaba demasiado enfadada con él para que le dejara ayudarla. No la merecía.

—Volverá —dijo Joy—. Ella ahora es de la manada. La manada siempre encuentra su camino a casa.

—Sólo si ellos quieren. —Gray se volvió y se marchó de nuevo a la casa, los tristes ojos heridos de Maizie destellaron por sus pensamientos. ¡Jesús, había sido un asno por dejarla salir así!

Él podía solucionar este problema. Tenía que darse una ducha rápida, arrojar algo de ropa nueva e iría a buscarla. Podría explicarle por qué había pasado los últimos veintiún años culpándola de su soledad y su encarcelamiento doméstico cuando era una niña. *Sí. Entonces le diré que fue culpa mía que Donna se*

escapara esa noche. Gray reguló la temperatura del agua para la ducha. Maldición, si no fuera por mí sus padres aún estarían vivos.

Y nunca habría sucedido lo de anoche.

No. No importa lo mucho que le juzgara o lo mucho que pensara que debía, no podía lamentarse por lo de anoche. Había sido demasiado perfecto.

El sonido de advertencia sonó. Medio segundo después enfrente, a los lados y en la parte superior, estalló el agua hirviendo en la ducha. Se metió, inclinó la cabeza hacia atrás y dejó caer la cascada de agua sobre su cabeza y cuerpo.

Imágenes de Maizie bombardearon sus pensamientos, esos lindos ojos verdes, la forma en que se fruncían sus esquinas cuando le sonreía y se volvían un tono más oscuro cuando se enfadaba. Casi podía sentir el tacto suave de sus besos y su capa de pelo rojo deslizándose por sus dedos. La sensación de sus pechos firmes y redondos apretándolos entre sus manos, el estremecimiento rápido de sus pezones. Su mano sobre su suave vientre, deslizándose entre los muslos de su sexo húmedo y cálido.

¡Jesús, ella era asombrosa en la cama! No solo se mostró, se unió, se entregó como mujer.

Sus pensamientos cambiaron, recordando los ojos que lo miraban con sus labios rosados envueltos alrededor de su pene. Su boca estaba tan caliente y húmeda, su pene deslizándose a través de esos labios suaves, lo succionaba atrás una y otra vez.

Gray puso la mano en su boca, acariciando su pene. Estaba duro como una piedra sólo con la memoria de la boca de ella en él. Sus pelotas presionadas, se llevó la mano libre para acariciarlas. El constante zumbido de placer onduló a través de su cuerpo, sus bolas rodando a través de sus dedos, músculos que

tiraban del saco más apretado. Agarró su pene más duro, bombeando sobre la cabeza y la espalda, balanceando sus caderas.

Los pensamientos y recuerdos se deslizaron a través de su mente, pasando al primer plano y después retrocediendo, mientras que otra imagen tomó su lugar. Maizie, su cuerpo maduro atrapado bajo él, su pene golpeando duro en su centro, tan apretado y húmedo, balanceándose a su encuentro. Las paredes de su sexo presionadas alrededor de él, la cabeza sensible de su pene empujando a través de los músculos de la misma manera que ahora empujaba a través de su mano.

No. No es lo mismo. Su imaginación no era tan buena. Miró la mano que tenía en su pene, el agua repiqueteando sobre sus dedos, manteniendo la carne tensa mientras él se acariciaba. Pero lo que sentía era el centro de Maizie exprimiéndolo, su crema caliente mojaba sus bolas, su culo chocando contra él mientras bombeaba.

—¿Qué mierda? —Se detuvo, dejando caer sus manos, dejando su pene meneándose delante de él. Un latido del corazón pasó, y cuando los músculos invisibles exprimieron repentinamente alrededor, casi se vino.

—Jesús... —Él empujó sus caderas hacia delante, al igual que lo haría si el coño de Maizie estuviera allí para rogarle que sus paredes húmedas y calientes abrazaran su pene, acariciándolo, sujetando con fuerza cuando él se retiraba. Apoyó sus manos en las paredes de la ducha, mirando su pene duro mientras conducía sus caderas en el aire, pero no sintió la sensación inconfundible del centro de una mujer, el sexo de Maizie entregándose.

Bombeó de nuevo, y otra vez. No podía evitarlo. La sensación era demasiado buena. Oleadas de placer recorrieron su cuerpo con cada impulso, tarareando por su piel, la erección, el endurecimiento del saco de sus pelotas.

Gray no tenía ni idea de cómo sucedió esto, lo que estaba ocurriendo, pero no le importaba. Balanceó sus caderas, metió su pene en la nada, pero sentía la compresión de bienvenida del coño de Maizie. Se aferraba a las duchas en cada pared, apoyó los pies y dejó que el extraño fenómeno le transportara a la cima.

Su cabeza colgaba hacia atrás, el agua caliente de la ducha le envolvió mientras él follaba a su Maizie invisible, más, más rápido. Los pensamientos de sus pechos suaves presionando sus manos llenaron su mente, apretó sus pezones entre sus dedos. La sensación de sus labios en los suyos, el sabor dulce de su boca, su piel, cuando se dirigía a sí mismo más profundo dentro de ella.

—Maizie...

—Gray... —Ella le quería ahora. El tamborileo suave del agua de la ducha era un pobre sustituto. Dio un masaje a lo largo de su cuerpo, goteando sobre sus pezones y humedeciendo entre los muslos, pero era poco más que un juego.

Dios mío, él la había aplastado con esos ojos azul pálido que acusaban y ese corazón frío. ¿Cómo se atrevió a culparla? La pérdida de su esposa fue claramente difícil, pero ella había perdido a sus padres. ¿Tenía una idea de lo difícil que era para una niña de siete años?

Ella había culpado a ese lobo, a todos los lobos, durante años. Ahora sabía que había sido su esposa la que había corrido hacia el frente del coche. Fue un accidente, y ella sospechaba que Gray entendía eso también, pero todo era tan difícil de aceptar. Ella había pasado tantos años señalándole con el dedo, necesitaba culpar a alguien por la injusticia. ¿Habría sido diferente para Gray?

La realidad la dejó entumecida. Su mirada fría dejó ver su dolor. Ella no quería desearlo, sentir sus brazos calientes alrededor de ella, su boca en su pecho, la seducción sobre su pezón. Quería estar enojada con él, pero había visto la culpa

en sus ojos y conocía el poder de la misma. Ella había sentido el mismo tipo de culpa constante... que la abuelita había desperdiciado sus años de oro educándola. Ella haría cualquier cosa para escapar de esa sensación. Incluso culpar a otros por ello si pudiera.

Gray fue atrapado en la misma trampa desgarradora de culpabilidad al igual que ella. Pero al menos en los brazos de Maizie había encontrado alivio. Una sensación de que había una razón detrás de todo, una razón por la cual sus padres murieron en ese camino forestal... su bosque. Eso los unió para siempre y por siempre. Ella ahora deseaba esa sensación. Lo deseaba a él.

Maizie cerró los ojos, se imaginó su mano explorando su piel. Ella imitaba la imagen en su mente con su propia mano, envolviéndola sobre su clavícula, por su pecho. Ella misma ahuecándolo, sus dedos encontraron el pliegue de sus pezones, apretando mientras pasaba la otra mano entre los muslos.

El pensamiento de él tenía su coño caliente y húmedo. Parecía mayor que ella, pero sólo por unos pocos años. Ahora sabía que era probablemente mucho más. Su pelo hasta los hombros de color gris plateado distinguido, su cara mostrando los pliegues de la sabiduría y de la edad, hizo su cuerpo viril aún más que sorprendente. Tuvo la capacidad de resistencia y la flexibilidad de un hombre a su mediana edad, pero con el control de un profesional experimentado.

La memoria de él de pie desnudo ante ella pasó por su mente. Su cuerpo se encajó como un jugador de fútbol, musculosas piernas gruesas, un estómago liso, unos pectorales definidos y brazos como cañones. Estaba hecho para la velocidad, la resistencia y el poder. Y él había utilizado todos sus sentidos para hacerla gritar su nombre.

Maizie se apoyó contra la pared, la cortina de la ducha sobre su espalda y las piernas hacia abajo de la bañera. Ella introdujo los dedos en su sexo, encrespándose adentro, tratando de encontrar el punto que Gray había encontrado una y otra vez.

Ella tomó su labio inferior entre sus dientes, bombeando sus dedos dentro y fuera de su coño, imaginando la sensación de su grueso pene profundamente dentro de ella, llenándola. Maizie pellizó sus pezones, el meollo duro y sensible entre los dedos.

—¡Maldita sea, Gray! Te deseo.

Maizie, sin aliento, empujó la punta de su pie con un golpe duro entre los muslos. A la vez su coño estaba lleno hasta el borde, con los dedos todavía enterrados en su interior. Sacó su mano, pero la sensación no cambió. Mirando con los ojos muy abiertos al techo de paja de color rojo oscuro entre sus piernas, su cerebro mareado con la primera oleada de pánico. Pero entonces una retirada lenta sacó un dedo hormigueando todo su cuerpo y el pánico dio paso al deseo.

Con los puños apretados en la cortina de la ducha mientras el pene invisible estaba profundamente dentro de ella otra vez.

—Oh, Dios...

Justo como el grueso pene de Gray la había golpeado en su última noche, estirando los músculos, un ajuste exquisitamente apretado.

Los empujes sacudieron su cuerpo al instante antes de que la sensación húmeda y caliente de su boca cubriera sus pechos. Succionándolos, lengüetazos firmes que chasqueaban los pezones endurecidos, con los dientes mordiéndola, burlándolos, envió sacudidas eléctricas a lo largo de su piel.

Maizie cerró los ojos, inclinó su cabeza contra la pared. Ella balanceaba sus caderas, cabalgando al ritmo del pene invisible de Gray, la presión profunda en su interior, la necesidad de terminar más y más fuerte.

¿Cómo sucedió? Se sentía tan real. ¿Lo fue? ¿Podría hacer esto? Ella debería tener miedo, pero se sentía demasiado bien, imaginando sus besos, sus labios firmes en los suyos, lo rápido de la lengua en su boca, el roce suave de sus dientes. Lo sentía y quería más. Recordó cómo había jadeado cuando burló su pezón y deseaba poder hacerlo de nuevo.

Se humedeció los labios y sintió la piel rígida de su pezón, endurecido. La mordió, suave, y luego lo atrajo hacia su boca.

Gray jadeó, tirando de sus músculos en su ingle apretada. Maldita sea, le había gustado cuando ella lo había hecho la noche anterior y le gustó aún más cuando él lo imaginaba ahora. Se sentía real.

Empujó sus caderas, manteniendo el ritmo, sus bolas golpeando contra sus muslos, imaginándose a sí mismo golpeando su trasero. Había sido como esto, maldito aire, sentía que estaba follando a Maizie. Podía sentir su pecho en la palma de su mano, apretando la carne suave y amorosamente, la forma en que moldeaba a su control. Sentía sus labios en los suyos, la lengua, la boca incluso las burlas como otra chispa de placer de su pezón a su pene.

Sus músculos con su coño apretando y pulsando en torno a él, la creación de la presión en sus bolas, llevándole rápido hacia el borde de la liberación. Jesús, quiso follarla desde dentro hacia fuera, en todas partes, de todos los sentidos. El pensamiento de la redondez de su trasero... Gray al instante sintió la piel suave en su palma. Los presionó, los músculos se tensaron, se imaginó sus dedos deslizándose en torno al pliegue entre sus mejillas, deslizándolos más lejos al agujero estrecho de su ano.

¿Ella querría esto? ¿Se lo permitiría? Al diablo, ésa era su fantasía, y lo deseaba tanto que en realidad podía sentir sus dedos deslizarse a través de la barrera presionada.

—No... sííí... —La extraña mezcla de dolor y placer rodó por sus ojos. Maizie jadeaba, la sensación sobrecargaba en su culo con la plenitud de su coño. Ella sacudió sus caderas, deslizándolas hacia el ano, y el ritmo de repente vino tan fácil. La opresión incómoda llevó a movimientos exquisitos, sus músculos con sensaciones de hormigueo que ella nunca había conocido que fueran posibles.

Ella tomó la barra de la cortina, desesperada por sí misma contra el giro rápido por la necesidad construyéndose dentro de ella, sacudiendo sus muslos, flexionando su coño, follándolo. Se vendría de esa forma. Nada tocándola, pero sintiéndose totalmente consumida por la sensación.

—Oh Dios... —Su boca se abría, las caderas balanceándose, con las piernas abiertas. La promesa de liberación vendría fuerte y rápido.

La mandíbula de Gray apretada, sus manos agarrando apretadas en la ducha, el pene balanceándose duro. Sus músculos calientes y húmedos abrazando su coño alrededor, pulsando en contra de su pene más cerca y más cerca del borde. Su dedo se adentró en su ano, sintiendo sus músculos virginales dando paso a él.

Ella estaba cerca. Podía sentirlo.

Y así fue.

Pero era más que un producto de su imaginación.

Esto estaba todo en su mente, ¿no? La sensación de él, el placer innegable, la liberación.

No se preocupó.

Él no se preocupó. Que durara tanto tiempo como pudiera, más de lo necesario, ya que no tenía a nadie a quien dar placer más que a sí mismo. Pero esos músculos invisibles le exprimían, le rogaban que aguantara. Su Maizie fantasma exigía la última vez, sólo un poco más. El instinto dentro de él le obligaba a más placer, a su liberación, lo haría más alucinante. Los músculos le incitaron más y más rápido. Ya iba a llegar la liberación.

Maizie tomó aliento, su cuerpo se congeló, permitiendo que el ritmo frenético del pene invisible la empujara al borde. La dulce liberación vino dura y rápido, rodó a través de sus músculos, la fuerza con el temblor a través de sus rodillas. Su cuerpo zumbaba, su piel caliente, el corazón palpitaba en sus oídos.

—Sí. ¡Sí! —Sola en la casa, gritó las palabras sin cuidado, enrollándose en el orgasmo sin inhibiciones. Ella jadeaba, tratando de recuperar el aliento, el ritmo del fantasma de Gray nunca vaciló, sus golpes llegaron más y más duros.

Su pene grueso. Ya iba a llegar.

Ni un segundo más. Su coño ordenó a su último hilo de control y Gray se dejó ir. La prisa de su placer, la negación, casi lo barrió, oscilando. Un baño de calor irrumpió a través de su cuerpo, sacudiéndola por su mente. Sus caderas balanceándose en su pene, tirando su líquido cremoso en la pared trasera de la ducha.

—Oh, sí. Fóllame. ¡Sí! —golpeó su pene una y otra vez, yendo contra sus caderas, vaciando hasta la última gota de su carga. Luego se dejó caer entre la ducha, agotado, saciado.

—Wow. —Maizie tropezó bajo el chorro de agua fría, haciendo todo lo posible para sostenerse sobre sus piernas débiles, mientras ella lavaba los restos pegajosos de su orgasmo. Sus pechos sensibles, el dolor en su coño, como si en realidad hubiese sido exquisitamente follada.

No tenía sentido, no era posible, ninguno era hombre lobo. Dios mío, ¿Qué le pasaba? ¿Cuánto tiempo había perdido masturbándose en la ducha, fantaseando con Gray? Al mismo tiempo, su abuelita luchando sola por el trauma de una experiencia cercana a la muerte.

¿Estaba preocupada, preguntándose por qué su Caperucita no estaba a su lado? ¿Cómo podría explicarle Maizie lo de la extraña fascinación que sentía por Gray Lupo a pesar de su conexión malévola? ¿Cómo iba a explicar lo del ataque, el sexo, los hombres lobo? ¿Qué le diría?

—Has sido mordida. —La abuelita se levantó de la cama cerrando la puerta de su habitación detrás de Maizie. Su mano arrugada tembló, señalando a Maizie para que se acercara.

Maizie sacudió su sorpresa y entró en la habitación. Ella tomó su mano.

—Estoy bien, abuela. Es sólo un rasguño. Tú eres la que me preocupa. Siento mucho no haber estado aquí cuando te llevaron al hospital.

—¡Bah! Eso no importa. El hospital tiene el mejor bizcocho los jueves por la noche.

—Abuela...

—¿Qué pasó? ¿Por qué? ¿Me lo explicarás todo? El libro dice que la primera vez es más difícil. —Maizie abrió sus ojos como platos, con la espalda recta. La abuelita estaba lo más lúcida que había visto en años, y ella no tenía ni idea de lo que estaba hablando—. Te dolerá, ya sabes, la primera vez.

—¿Qué dolerá? ¿Explicar el qué?

—Lo de... Maizie, querida, ¿dónde está?

—¿Quién?

—Gray Lupo, por supuesto. No conozco a ningún otro lobo, ¿no? —Su tono de voz dejó claro que era una broma, pero cuando Maizie no contestó, la abuelita llegó a sus propias conclusiones.

Las voces en la sala atrajeron la atención de Maizie. Joder, ¿por qué hablan tan fuerte? Oía hablar a la enfermera con el Sr. Peterman en el pasillo, como si estuvieran en la sala. ¿Y quién estaba tocando el piano? ¿Habían colocado un micrófono dentro del piano? Por supuesto que habían puesto un micrófono en el piano para ser escuchado y sartenes que se estrellaban en la cocina. Dios, ¿por qué es tan ruidosa la Clínica hoy? ¿Cómo puede pensar alguien?

—Así que has conocido a toda la familia, entonces —dijo la abuelita, ajustando el edredón de flores de la cintura para abajo.

—¿Qué? —Maizie volvió su atención a su abuela.

—La familia de Gray —dijo—. La Sra. Joy es muy agradable y los gemelos son corteses, pero no puedo decir que Lynn me agrade demasiado. Siempre tratando de entrar en los asuntos de Gray. Es viuda, por amor de Dios, y su cuñada.

—¿Lo sabías? ¿Acerca de todos ellos? ¿Durante todo este tiempo? —Alguien limpiaba un tocador, el sonido de un inodoro, el sonido de agua se hacía eco en la cabeza de Maizie.

—¿Por qué? Sí, querida. Tú también. Te he hablado sobre mi hermoso lobo de plata cientos de veces. —Con la frente arrugada, su voz adquirió ese tono cuidadoso usado con niños pequeños y mentalmente inestables—. ¿Cómo pensabas que llevaba las violetas al florero y limpiaba todo?

Alguien gritó "bingo". Maizie miró a través de la habitación buscando un altavoz. No había nada, a pesar de que varias personas expresaran sus felicitaciones a Millie.

—Yo... Pensé que eras...

—¿Una vieja tímida con una carga completa?

—Sí. —Aunque ahora se preguntaba lo mismo sobre sí misma—. Quiero decir, yo pensaba que era uno de tus encantos.

Maizie se derrumbó en la silla de noche, resistiendo el impulso de ahuecar sus manos sobre sus oídos.

¿Qué estaba pasando? El dolor encrespó su estómago, la hacía cruzar los brazos sobre su vientre, agarrando con fuerza. Era el primer calambre desde la ducha, pero parecía hacerle más daño. Hizo una mueca, dejó el dolor, esperando que se calmara.

—Está comenzando ya —dijo la abuelita con la cabeza en el vientre de Maizie.

—¿Qué? —Maizie se retorció en su asiento. El dolor la entorpeció, pero aún no había desaparecido por completo.

—El cambio. El cambio está empezando. Mierda, ¿en realidad él no te explicó nada?

—Abuela...

—Bueno, querida, lo siento. Pero no debiste dejarlo sin hacerle algunas preguntas. No saltarías a la cama sin descubrir en primer lugar las cosas más importantes acerca de un hombre, ¿verdad?

¿Cosas importantes como que él la había culpado por la muerte de su esposa y él era lo que ella había despreciado durante toda su vida? *Al parecer.*

—¿Cómo supiste que había sido mordida? —Un cambio astuto. Maizie esperaba que la abuelita no la llevara a admitir todas las cosas descuidadas que había hecho la noche anterior.

—Puedo verlo en tus ojos. —La abuelita se inclinó hacia Maizie, mirándole los ojos, pero no dentro de ellos—. Ellos tienen esa mirada salvaje. Las pupilas dilatadas, con los ojos más grandes, como si lo vieras todo. —Maizie no estaba segura de eso. En ese momento estaba demasiado ocupada notando cómo el dolor sordo en su estómago se había extendido a las piernas y los brazos. Le dolían los músculos como si hubieran sido por exceso de trabajo. Y el ruido se estaba convirtiendo en un maldito sonido ensordecedor—. Hueles a él también.

—¿Qué?

—Debes de haberlo notado. Es un olor maravilloso, como la tierra y los árboles y el viento. Hueles como él ahora. Pero eso es normal para los hombres lobo.

—Hombres lobo... —Maizie todavía no podía envolver su cerebro alrededor de eso—. Abuela, ¿Cómo sabes todo esto?

La abuelita abrió el cajón de su mesita de noche y sacó un libro viejo de cuero. Se lo entregó a Maizie.

—Gray me lo dio hace años cuando tu abuelo murió. Él se ofreció a llevarme a su manada. Me lo contó todo. No puedo creer que, por lo menos, no te hubiera advertido sobre el primer cambio.

—No fue Gray.

— ¿Qué? Entonces, ¿Quién? ¿Qué pasó? —La cara de la abuela palideció.

—No te preocupes. Estoy segura de que Gray se encargará de ello. Cuidó de mí. Pero entonces se distrajo. Estaba demasiado ocupado, malditamente ciego para decirme que había sido convertida en un hombre lobo. Y entonces yo sólo... yo no me quedé allí.

—Bueno, no puedo imaginar lo que podría distraerlo de algo tan importante. ¿Qué...? —Sus mejillas se enrojecieron—. Oh. Sí, bueno... un carácter muy amoroso también es normal.

—¿Te creíste lo que pone aquí? —Maizie leyó la tapa—. *La Maldición del Lobo*, por Gervasio de Tilbury, en el año de nuestro Señor 1214.

—Parte de ello es mentira, por supuesto.

—Abuela. —La mujer casi juró que nunca había hecho las ocasiones más raras, más sorprendentes.

—Tenía miedo de mi propia sombra en aquel entonces. Y no es una maldición. Es un virus. Te desplomas por la enfermedad en primer lugar, como la varicela, antes de que tu cuerpo cree anticuerpos para tu control. Después puedes cambiar una y otra vez a tu voluntad. El resto del libro es bastante exacto, según me dijeron. La ley de la manada, el instinto, la tradición. Deberías leerlo antes de que el cambio avance demasiado.

—Genial. —Se sentía como una mierda, dolor en el estómago, estaba abrumada por toda clase de ruidos, y ahora ella la estaba preparando. Maizie se estremeció, con un hormiguelo en la piel. Revisó su brazo para asegurarse de que sólo sentía las hormigas encima de ella—. Tengo que irme a casa.

—Sí, querida. Estoy totalmente de acuerdo. Lee el libro o busca a Gray. Es tu elección, Caperucita.

Algo le dijo que la hora de la verdad se había acabado.

Capítulo 11

Traducido por nathyab & cYeLy DiviNna

Corregido por Haushiinka

Su cuerpo estaba tratando de volverse al revés... a través de su ombligo.

Maizie se acurrucó en el sofá haciéndose bola, tirando de la manta debajo de la barbilla. La casa estaba llena de sombras, el sol casi se había ocultado. La temperatura en el termómetro de colibrí aspirara en la ventana una lectura de ochenta y dos grados, pero Maizie estaba temblando tanto, que sus dientes rechinaban.

Esto era peor que la vez que había cogido la gripe y tuvo que ser hospitalizada durante un día y medio, mientras que lo peor pasaba. Había tenido miedo porque se podía morir. ¿Qué dice eso acerca de las posibilidades que tienes ahora?

Otro fragmento de dolor atravesó su vientre, como una sierra cortando desde su ombligo hasta el cuello. Ella gritó, pero el sonido era ronco, la última media hora había arruinado su voz. Ella debería de haber llamado a Gray.

¿Pero qué podría haber hecho más que observar? Ella ya había arrojado todo hasta que ya no quedaba nada dentro de ella. Nadie necesitaba ver eso.

Su cuerpo convulsionaba, sus músculos contrayéndose y luego estirándose. La manta voló a través del salón, cayendo detrás de la silla en la esquina. Querido Dios, se estaba congelando, incluso mientras el sudor caía por su nariz y barbilla. Ella no podía evitar temblar y cuando otra ola de dolor atravesó su cuerpo se encontró retorciéndose en el suelo.

Su cabello estaba empapado, largas líneas aferrándose a su cara, pegados a su cuello y goteando pequeños charcos en el suelo. Ella se levantó, bloqueando sus codos, luego descansó ahí un segundo tratando de encontrar un momento de paz. Su cuerpo no lo tendría.

—Oh Dios mío, Oh Dios mío. Algo está pasando. —Ella colapsó.

Si era posible sobrevivir a cada hueso siendo roto de manera simultánea y luego reacomodado, tendones rasgándose de sus músculos, órganos cambiando, cartílagos creciendo, estirando su piel, si era posible sobrevivir a su autopsia, Maizie ahora sabía cómo se sentiría.

Su boca abierta en un grito mudo mientras veía sus dedos encogerse, los huesos de su brazo tirando hacia atrás, reorganizándose. Ella podía sentir cada grueso pelo metiéndose a través de su piel como gordas agujas abriéndose paso a través de sus pequeños folículos.

Ella gritó otra vez cuando el cartílago de su nariz se desmoronó y reorganizó, extendiendo su carne, su mandíbula saliendo, dientes afilándose, rasgando sus encías mientras crecían. Pero el sonido no era el suyo, o al menos ninguno que se hubiera escuchado antes. Era un loco, agudo chirrido ahuecado hacia el final.

Su columna vertebral arqueada de una manera y luego de otra, huesos fracturándose a lo largo de su espalda, empujando por debajo de la sensible piel por encima de su trasero.

—No. Por favor... una cola. —Las lágrimas manchaban su cara, pero no podía sentir la humedad a través de su piel. Sus piernas transformándose justo como sus brazos lo habían hecho, el dolor igual de intenso.

Y luego... Finalmente se detuvo.

Maizie yacía inmóvil en el suelo junto al sofá de la sala. Sus ojos cerrados, jadeando, tratando de recuperar el aliento. El dolor había durado toda una vida. Le tomó varios minutos confiar en que no volvería. Ella se humedeció los labios, excepto que no tenía ningunos. Dientes, largos y afilados, rasparon a lo largo de su lengua. Se lamio de nuevo y casi toca el puente superior de su nariz. La piel era áspera contra su lengua, salada por el sudor y las lagrimas.

Ella abrió sus ojos, casi los cruzó tratando de ver el largo hocico donde su nariz había estado.

Algo corrió a lo largo de la fundación de la casa. Ella escuchó y sintió sus orejas girar. Sacudió la cabeza a la extraña sensación y se puso de pie, débil al principio, el centro de balance muy diferente de dos piernas a cuatro. Sus shorts arrugados alrededor de la parte trasera de sus pies, y lo que quedaba de su camisa aun colgaba alrededor de su cuello.

Ella hizo todo lo posible para tocar con la pata el tejido roto y se las arreglo para atrapar su garra en el cuello y extraerlo el resto del camino. Hizo una nota mental para estar desnuda la próxima vez que esto pasara. El pensamiento la detuvo por un segundo. Ella sabía que habría una próxima vez.

Libre, se sacudió. Qué asco. Era demasiado extraño. Su grueso y pesado pelaje deslizó su piel ida y vuelta en su cuello. Un estremecimiento viajó a través de sus hombros, sobre su espalda y por su cola.

La cola. Ella casi lo olvida. Maizie giró, tratando de ver su trasero, pero cuando volteo, su parte trasera la siguió. Dio vueltas de nuevo, pero solo consiguió ver un atisbo de piel rojiza y tal vez una pisca de fresa-rubio en la punta. Ella no podía estar segura. Si tan solo pudiera tener una mejor visión.

Rápido, ¿cómo se maneja una cola? Ella trato de moverla mientras daba vueltas alrededor pero eso tomo más coordinación de la que había dominado en ese momento. Ella siguió tratando de ver a través, dando vueltas y torciéndose, torciéndose y dando vueltas, pero no pudo cogerla... *Oh dios, estoy persiguiendo mi cola.*

Se detuvo, agradecida que nadie la hubiera visto. *Soy un ser humano inteligente. Puedo resolver esto. Ahora, si quiero verme a mí misma yo...*

Había algo en las flores fuera del solarío. Maizie levanto la cabeza y resopló. *Ciervo. Y estaba contra viento. Podría cogerlo si yo...*

No. Espera. Ella estaba pensando en otra cosa hace un minuto. ¿Qué era?

Su culo se golpeó contra el sofá y luego otra vez. Pero ella no había movido su culo. Ella giro su cuello hacia su grupa y vio un destello de pelaje fresa-rubio balanceándose fuera en la punta de su cola. *Estoy moviendo mi cola. Genial. ¿Cómo?*

Sin embargo en el instante que pensó en eso, su cola se detuvo. De inmediato. Ella sólo había conseguido un rápido vistazo. Quería ver más. ¡Eso es! Ella había estado pensando en la manera en que podría verse a sí misma sin tener que correr en círculos. *Un espejo.*

Joder. ¿Cuál es el problema con ella? ¿Por qué no podía mantener un pensamiento en orden en su cabeza? Maizie dio vuelta y se dirigió a las escaleras, sorprendida de cuán rápido y fácil se movió ahora que tenía cuatro pies para subir en vez de dos.

Había tantos olores, tantos sonidos, incluso las cosas cotidianas capturaban su curiosidad. Era todo lo que podía hacer para no oler la basura cuando fue al baño. Ella empujo la puerta con su nariz para que pudiera verse a sí misma en el espejo de cuerpo entero detrás de ella

Pero cuando su reflejo mostró un alto, robusto lobo marrón, ella entró en pánico. Los pelos bajo su espalda hasta sus piernas se erizaron, un gruñido vibró en su quijada, enseñó los dientes. El lobo color rojizo gruñó en respuesta, imitando su posición agazapada, mostrando los dientes.

Ella podía luchar o huir. Esa era su guarida. No iba a huir a ninguna parte.

Maizie saltó al lobo y el lobo saltó a ella. Ellos chocaron duro, rompiéndose una grieta como telaraña donde se encontraron sus cabezas. Maizie se tambaleó atrás, sacudió la cabeza y vio al robusto lobo marrón hacer lo mismo. Ella resopló, y lo mismo hizo su reflejo.

Ugh. ¿Qué estaba pensando? No. El problema era que no estaba pensando. Ella estaba actuando por instinto, instinto de lobo. Era más fuerte que cualquier cosa que ella había sentido como humana y sorprendentemente difícil de ignorar. Ella tendría que tener eso en mente lo mejor que pudiera.

Maizie tomó un mejor vistazo de sí misma. Ella era un gran lobo, probablemente normal para hombres lobo, pero espantosamente grande para un lobo natural. Su pelaje tenía un color más oscuro que el normal de su cabello excepto por el fresa-rubio en las puntas de sus orejas y su cola, los cuales podía ver ahora si se inclinaba en el ángulo correcto.

Sus ojos eran del mismo verde que siempre habían sido, pero su forma era diferente, más almendrados, más largos. Quizá por eso su visión era más clara.

Santo cielo, hacía calor. Su boca colgaba abierta mientras ella veía, su lengua cayendo fuera a un lado. Ella jadeó, se detuvo, y luego lo hizo de todos modos. La enfriaba y era mejor que tomar agua del inodoro, lo cual era otro terrible impulso que estaba golpeando a través de su cerebro. Tenía que salir de la casa antes que hiciera algo completamente asqueroso.

Maizie empujó la puerta con su nariz y bajó corriendo las escaleras. Su corazón latía más rápido con sólo el pensamiento de aire libre, espacio libre para correr, un bosque para explorar. Ella atravesó la sala hacia el solárium y luego salió por la puerta trasera. La pantalla de la puerta golpeó contra el marco de madera detrás de ella, dándole un comienzo, pero ella siguió moviéndose.

El sol estaba por debajo del horizonte, su suave brillo desvaneciéndose rápidamente. Más allá del umbral de la selva, era tan bueno como la noche entera, y Maizie podía ver perfectamente. No es de extrañar que no hubiera podido escapar de la familia de Gray la noche anterior. Había estado corriendo a ciegas mientras ellos jugaban con ella. Idiotas.

Ella empujó el pensamiento lejos, permitiéndole a la noche robar su atención. El bosque estaba vivo ante ella, no solo lleno de billones de latidos sino con colores, olores y sonidos. Muchas cosas eran infinitamente fascinantes, el ejército de hormigas viajando en líneas de transmisión llevando corteza, hojas y carcasas de bichos.

El penetrante olor de una mofeta que había pasado horas antes la llevó por un camino antes de que la cola de una marmota joven le hiciera dar vuelta.

Un búho llamó a su compañero por lo alto y un murciélago arremetió tan bajo que ella trató de saltar y cogerlo. Una cosecha de madera violeta perfumaba el aire en un lugar y un parche de bayas tenía su estomago gruñendo en otro. Ella en realidad podía sentir el dulce sabor de la savia en su hocico y el amargo sabor del aerosol del zorro por accidente.

En algún lugar en el fondo del bosque, un ciervo raspaba sus cuernos árbol tras árbol esperando la llegada de la siguiente estación. El corazón de Maizie se aceleró, sus músculos muy inquietos, ansiosos por la caza. Si ella los perseguía, huirían. Probablemente no los cogería, pero no importaba. Ellos huirían.

El pensamiento entró en su mente y su cuerpo obedeció. Se deslizó a través del bosque con gracia y una rapidez que desafiaba la razón, desafiaba la gravedad. Ella sabía cosas, dónde el tronco que no podía ver cruzaba su camino más adelante, qué tan bajo las partes espinosas de una rama colgaban en la oscuridad, qué piedras golpear a través de la corriente para no caer en el agua.

Sabía cuándo girar a la izquierda, a la derecha o cuándo cambiar de dirección para ahorrar tiempo en la larga carrera. El bosque le hablaba, le contaba secretos, le daba la bienvenida a su seno. La naturaleza, el bosque, las plantas y los animales, eran partes de un todo y ella también lo era.

Los ciervos fueron más allá de un matorral a quinientos metros de distancia, pastoreando en el escaso pasto del suelo del bosque. No la habían oído acercarse en dirección del viento u oído correr con sigilo, manteniendo blandas la tierra y las plantas. Aminoró, perfumando el viento, localizando su posición exacta sin siquiera verlos. Sí. Ellos estaban ahí, un novillo y dos más viejos. Dos estaban al final de su ciclo, el tercero estaba listo para el apareamiento. Todo esto vino a Maizie con el aire, pero había algo más, algo familiar pero fuera de lugar.

Tarta de manzana con nuez y arándano. Ella había llevado tres a la Abuela ayer. La esencia era única, pero diluida por la distancia. La abuela debe tener las tartas cerca de la pantalla en la ventana. Maizie quería ver a la Abuela así que volteo lejos del ciervo y fue a verla. Así de simple. Sin complicaciones. Su instinto de lobo tomaba las decisiones fácil pero algo en el fondo de su mente se quejaba que fácil no era lo mismo que mejor.

Era muy difícil pensar ahora. Maizie estaba perdida en la rápida demanda de sensaciones, flotando a través del bosque, los músculos de sus piernas bombeando como los pistones de un motor bien afinado. Una con el bosque, ella esquivó y saltó, giró a la izquierda, giró hacia la derecha, moviéndose sin problemas a través de la oscuridad del bosque. No era nada como lo que conocía y no quería que terminara. Pero cuando rompió la línea del bosque en el patio trasero del asilo de ancianos Green Acres, todo cambió.

Cabeza abajo, ella corrió a lo largo de las sombras, abriéndose camino hasta el borde del edificio. Las puertas de vidrio a lo largo de la pared trasera estaban todas cerradas, pero las luces de la esquina interior arrojaban un resplandor miel suave y encendieron la sala de recreación lo suficiente para que Maizie pudiera ver al grupo de personas reunidas en torno a la televisión. Se deslizó fuera de la esquina, la luz interior y la oscuridad de la noche la hacían prácticamente invisible.

Maizie buscó una cara familiar, preocupada de que su cerebro de lobo no reconociera a su abuela cuando la viera. Ella miró a los hombres de avanzada edad dormir en camas reclinables y se detuvo sólo un minuto para estudiar las

características de la mujer entre ellos tejiendo. Había una mujer en la silla mecedora leyendo bajo una de las lámparas de la esquina y otra sentada en un asiento de amor mano a mano con una oferta hacia el futuro hacia un hombre de edad avanzada. Esos dos eran los únicos que parecían estar viendo la exuberante televisión evangelista. Pero Maizie no los reconocía. No reconocía a nadie de ellos.

Abuela, ¿dónde estás? El cerebro de Maizie estaba confuso, lleno con embriagadores aromas y sonidos, con los instintos de su mitad lobuna. Había demasiado, demasiadas distracciones. Pero ella sabía cómo lucía Abuela ¿no? Sí. Ella la recordaba la manera en que hacía sentir a Maizie, lo que significaba para ella.

Ninguna de esas personas era la Abuela. Maizie se volvió y corrió a lo largo del edificio, evitando el derrame de luz emitida por las ventanas. Siguió el borde alrededor de las esquinas, hacia las alcobas y luego fuera de nuevo. Finalmente, llegó a la parte trasera del edificio donde cuatro ventanas estaban de manera uniforme a lo largo de la fachada. La primera pasaba por alto el patio trasero, por el borde del bosque cerca de las últimas tres. *La suite de la Abuela*. La luz de la habitación de la Abuela lanzaba una estela de luz en el bosque, iluminando a tono un rectángulo de follaje.

Maizie circuló fuera del borde de la luz, con cuidado de no ser vista.

Las cortinas de encaje de la Abuela eran elaboradas, pero las pesadas cortinas estaban retiradas a los lados, exponiendo la habitación a cualquiera que se atreviera a mirar.

Abuelita. Maizie la reconoció al instante. La anciana se sentó con estilo en su cama de hospital, con la parte superior de su cuerpo en ángulo para que pudiera ver la televisión. Con un control remoto en una mano, se colocó un tenedor en la otra, suspendido sobre una tarta de arándanos agrios con manzana y nuez esperando en una bandeja sobre la mesa que estaba en la cama. Sus pies se movieron a un ritmo feliz bajo la manta, acurrucando en su boca una media

sonrisa, aún trabajando en su último bocado.

Estaba feliz y los músculos de Maizie se relajaron, liberando una tensión que no había visto antes. La abuela estaba segura y cuidada para la transformación en caso de que no pudiera revertirse. Maizie se estremeció ante la idea.

Ella no estaría atrapada como ella, ¿verdad? Las viejas historias siempre habían tenido un pobre desgraciado que sabía que había sido mordido y qué podía hacer para regresar a su forma humana. La recuperación de su vida era una lucha, pero siempre lo intentaban, siempre se revolcaban en la negación.

Por supuesto, en la mayoría de los casos, no tuvo éxito y se terminó transformando en el peor momento posible. Los aldeanos se atormentaban pensando que podían atacar a los niños, y eso les daba una buena razón para darles una muerte brutal. Maizie se estremeció una vez más e hizo una nota mental sobre dejar de ver tantas películas de terror. Estaría bien. Esto no podría ser un estado permanente y los aldeanos casi nunca irrumpirían en estos días. La abuelita dio otro bocado a la exquisita tarta, su sonrisa se hizo más amplia y la masa salió de sus labios. Inclino la cabeza hacia atrás, bailando el tenedor en el aire como un conductor. Maizie nunca se había dado cuenta de lo largo y hermoso que era el cabello de su abuela. Como un manto de nieve blanca y fina, que parecía una hoja brillante que abarcaba desde la espalda hasta su trasero. Blancos rizos se agrupaban alrededor de sus caderas, provocando pequeñas cosquillas en sus mejillas.

Dios, ¿qué era lo que el mundo trataba de decirle a Maizie? ¿Por qué no le dio un último abrazo, un beso en el pasado? Quería escuchar la voz de la abuelita, sentir su mano suave en su mejilla, diciéndole que la vida era más que la pérdida y el dolor. Ella quería ir a ella ahora. Maizie dio un paso, sus pies y la cabeza fueron bañados por la luz de la habitación de la Abuelita. Se detuvo, su instinto humano le dictaba que se detuviera. No podía. El miedo era demasiado grande. Su mirada de lobo no estaba dispuesta a confiar en los seres humanos, incluso en los que amaba.

Al retroceder, volvió a las sombras de nuevo. Otra vez. Si ella se quedaba de esta manera, Maizie seguiría tratando de superar el grito de sus instintos de lobo. Pero,

por ahora, incluso si ocurría que siguiera siendo un lobo tierno siempre, los aldeanos creían que era vandalismo, lo importante es que Maizie sabía que la abuela estaba a salvo. Llamaron a la puerta de la Abuela y atrajeron la atención de Maizie.

—Ven —dijo la abuela, las palabras más cantadas de lo indicado. La puerta se abrió y un hombre de cabello oscuro asomó la cabeza por la grieta—. Hola, mamá. ¿Estabas durmiendo?

—¿Riddly? —La mano de la Abuela se redujo a la cama, dejando el tenedor a distancia y al MTV olvidado—. No... no estoy dormida. ¿Eres tú, Riddly?

El cerebro de lobo de Maizie tenía problemas con las palabras. ¿Papá? Maizie se enfiló hacia adelante, la luz tocaba sus pies y su hocico. El hombre sonrió, entró y cerró la puerta detrás de él.

—¿Cómo está mi chica? —Guapo, sofisticado con su traje a medida, el hombre le era familiar, pero Maizie no sabía por qué. Él estaba densamente construido, como un luchador alto, con hombros anchos, una mandíbula cuadrada y una nariz prominentemente románica. Había canas en sus sienes, el color apagado era aún más notable en contra de la oscuridad absoluta de su pelo bien recortado.

Él mantuvo su mano derecha escondida detrás de él cuando entró en la habitación de la abuelita. Cuando llegó a su cama, se inclinó y la besó en la frente y luego le ofreció el ramo de rosas blancas que escondía.

Maizie resopló. Eran hermosas, pero no eran las favoritas de la abuelita. Las violetas. La abuela haría cualquier cosa por un puñado de violetas. Los pensamientos de Maizie fueron probados por la expresión de la abuelita.

—¡Oh, uhmm, querido! Son... uhmm. ¿Podrías ponerlas en agua por mí? Hay un florero por ahí, uhmm. —La abuela sacudió el tenedor hacia la puerta del baño.

—Claro, mamá. —Ese hombre no era Riddly Hood. El padre de Maizie nunca hubiera traído a su madre las flores equivocadas. Una vibración extraña tarareó en su pecho, un gruñido llenó sus oídos. Le tomó un segundo darse cuenta que el gruñido venía de su interior, la ira se manifestaba en su forma de lobo de nuevo. Le gustaba.

En el momento en que el extraño impostor salió de la habitación, la abuela busco a tientas en su pecho. Encontró su relicario y trabajó duro para abrirlo. Una amplia sonrisa sentimental llenó su rostro, una tristeza pellizcaba la esquina de sus ojos mientras miraba las imágenes en su interior.

—Yo, ah, traje los papeles que nosotros uhmm sobre lo que tú sabes — dijo el hombre en el baño.

La abuela se apresuró a cerrar el relicario, dentro del puño en su mano antes de que él caminara hacia la habitación, con un jarrón rebosante de rosas. Hizo una pausa por un momento, con la mirada estudiaba su rostro y luego descendió sus manos a su pecho. Su expresión era oscura, y su sonrisa de repente más rígida, forzada.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada. —Pero la atención del Riddly falso fue remachada. Dejó el vaso sobre la mesita de noche de la abuela y llegó a sus manos.

El gruñido vibrando a través de Maizie se hizo más fuerte. Dio otro paso audaz hacia la luz. La abuela se rió. Dejando abrir sus manos.

—El medallón. La imagen es tan vieja. Difícilmente se parece a ti mismo. Y mira a Maizie. Tenía apenas cinco años de edad. — El hombre estudió las imágenes, las negras cejas gruesas se arrugaron estrictamente sobre sus ojos oscuros. Pero luego sonrió, cerró el medallón y se lo puso suavemente en el pecho—. Esa fotografía es

de hace unos años. Miré a una persona diferente entonces. —La abuela asintió con la cabeza, con su sonrisa brillante—. Todavía eres hermoso, sin embargo.

—Gracias, mamá. —El hombre puso una mano en el bolsillo de su saco y sacó una delgada pila de largos papeles doblados. Los puso en la bandeja junto a la tarta de la abuela, colocando una pluma de lujo junto a ellos.

—¿Extrañas tener veinte? —Él asintió con la cabeza hacia el televisor.

—Dieciséis. Siéntate, siéntate, aunque ya estoy un poco vieja —dijo la abuela.

—Vieja. —Él se burló—. Tú te ves como todos nosotros. —Sacó el banco, alrededor de la cama y lo arrastró a una de las sillas de respaldo alto, más cerca. Se dejó caer en ella con una ligereza impropia de su ropa sofisticada y apoyó el cuero costoso de sus zapatos en el banco.

¿De qué papeles hablaban, y qué claramente había dejado en la bandeja de la Abuela? ¿Y quién diablos era él de todos modos? Había algo familiar en él, pero su cerebro de lobo no encontraba la conexión. No importaba. Todo dentro de Maizie le dijo que necesitaba alejarlo de la abuela. Incluso su mitad lobo estuvo de acuerdo.

Ella retrocedió en las sombras de nuevo, corriendo hacia el final de la construcción. Tal vez podría encontrar una puerta entreabierta o deslizarse por detrás de alguien más. Tenía que llegar a la abuelita, protegerla, a pesar de su miedo instintivo hacia los seres humanos. Ella caminó a lo largo de la construcción, bordeando los espacios con luz lo mejor que pudo. Volvió a dar una última curva donde estaba el bosque. Los dedos de sus pies se encontraron en el borde de la gran extensión de asfalto. Frente a ella, el estacionamiento del Asilo Acres se extendió entre ella y la puerta principal.

El bosque cercaba a Green Acres en tres lados, dejando a la fachada principal y el estacionamiento descubiertos. El lote estaba iluminado como la luz del día por tres luces enormes colocadas justo para mantener a raya las sombras. Más allá del aparcamiento, justo enfrente de la residencia de ancianos, los automóviles

pasaban como una bala en dos carriles ocupados, y en el otro lado se evaporaba el resplandor de la humanidad. Un restaurante, un supermercado, una estación de gas y más cerca del borde de la civilización, rodeada por un lado, acres y acres de bosque detrás de ella. Maizie quería dar marcha atrás y le dolían los músculos de la moderación.

La abuelita. Ella la necesitaba y Maizie dio un paso provisional. El fondo negro era cálido en su almohadilla, todavía con el calor de un día soleado. Ella se trasladó más lejos, con la mirada fija en la puerta de vidrio. Dentro de ella podía ver la recepción y una cara familiar sentada detrás de él. ¿Cuál era su nombre?

No importaba. Ella no reconocería a Maizie así de todos modos. Maizie mantenía un movimiento lento y constante. Ella se quedó cerca del suelo, en cuclillas, tratando de ser más pequeña, menos perceptible. Era inútil, lo sabía, estaba totalmente expuesta. Una puerta se estrelló y a Maizie se le congeló el corazón palpitante. Su mirada se precipitó sobre el estacionamiento, cinco coches. Sus orejas se crisparon, olfateó. Nada. Con los músculos tensos, con ganas de correr, pero no se movió.

—¿Maizie?

Ella conocía la voz, profunda y rica, suave como...

—Soy... uhmm Gray. Fácil, ¿no?

¿Gray? Maizie siguió la voz con los ojos. Lo encontró junto a un coche largo y negro aparcado en el bosque en el otro lado. Ella lo observó, con las manos bajas, fuera de su cuerpo como si tratara de parecer menos amenazante. Sus instintos no se lo creyeron. Ella volvió a olfatear y recogió sólo un indicio de su olor cuando el viento cambió a su alrededor, rebotando en el edificio. Mmmm... Conocía el olor de la tierra, y las plantas, el bosque, pero había más. Un toque de dulzura, colonia humana. La mitad lobo de Maizie se opuso al olor, retrocediendo hacia atrás.

—No. Espera. —Dejó de moverse—. Yo te ayudo. Déjame estar contigo. —Maizie sabía las palabras, pero no pudo envolver su cerebro de lobo en torno a su

significado. Él era humano. Ella no podía confiar en los seres humanos. Se trasladó otro paso atrás—. ¡Jesús! Eres un hermoso animal. Sé que estás asustada con lo que estoy diciendo, pero no puedes seguir sola.

Maizie dio otro paso atrás. ¿Por qué estaba aún a la intemperie con él? ¿Adónde iba? Ella no podía recordarlo. No importaba. Tenía que huir. Tenía que correr, su instinto lo exigía y era demasiado difícil de ignorar. El pesado cuerpo de Gray, chocó con ella, no pudo cambiar la velocidad y dirección mejor que ella. El impacto golpeó el aire de sus pulmones, ambos cayeron al asfalto en la hierba suave. Maizie encontró su centro y se detuvo en su giro, justo a tiempo para sacar la nariz fuera del camino de la minivan rodando por el camino. Se torció duro, echando la cabeza y el cuello, Maizie tuvo los pies en ella. La adrenalina subió por su cuerpo, dándole un alto vértigo mientras desconcertada pensaba qué hacer a continuación. ¿Dónde estaba el hombre? No importaba nada más.

Un gruñido dio la vuelta, el sonido tan visceral que vibraba a través de su carne y hueso, el tartamudeo del latido de su corazón. Miró hacia el bosque, tratando de localizar el sonido. La oscuridad era completa, incluso para su vista de lobo mejorado. Con esfuerzo, se las arregló para tomar un sutil cambio de movimiento detrás de un grupo de árboles y centró la mirada cuando el suave brillo de los ojos azul pálido rompió la cortina de color negro.

La piel plateada de Gray salió a la luz. La persecución había comenzado.

Capítulo 12

Traducido por Dramione Black y Moka

Corregido por Lorena y Nanis

Le había salvado la vida, dejándola fuera del camino cuando su instinto animal se congeló. Normalmente, esto debería haberle hecho ganar algunos puntos, pero sabía que el gris y febril cerebro de Maizie como loba no iba hasta la lógica. Una vez que su cuerpo generó los anticuerpos necesarios para superar la fiebre, ella recuperaría su forma humana. Por desgracia, no había manera para Gray de saber cuánto tiempo tardaría.

Maizie de cuclillas, con las orejas hacia abajo, el vientre casi tocando la hierva. Le enseñó los dientes, gruñéndole, advirtiéndole que iba a luchar o huir si se atrevía a acercarse. La protegería hasta que terminara la fiebre y no iba a ser fácil de esta forma.

Ellos ahora eran animales. No hay manera de comunicarse con la excepción del camino de la naturaleza, destinado para los de la especie. Al menos en ese sentido, Maizie era capaz. Ella era más lobo que humano, por lo menos por el momento.

Gray resopló con un movimiento brusco de su cabeza y salió de las sombras. Maizie retrocedió, con sus ojos verdes brillantes fijos en él. Ella gruñó, alzando la voz.

Gray tenía la sensación de que ella estaba más lista para salir corriendo que para luchar, si se diera la ocasión. No podía leer su mente, pero se sentían el uno al otro, entendían lo que el otro quería, deseaba y necesitaba. Un fenómeno natural creado por un aumento de la norma del cinco.

Con un gemido pequeño, un sumiso suspiro, Gray se sentó en el suelo del bosque. Sobre su vientre, él se acercó, la cabeza inclinada hacia un lado, la vista baja tanto como le era posible. *No voy a hacerte daño.*

Maizie se enderezó, pero no lo suficiente, sabía que él la entendía. Movié las orejas, con la cabeza torcida en una dirección, luego en la otra antes de que ella hiciera un curioso gruñido. *¿Qué quieres?*

Gray siguió con su enfoque de sumisión, sin contestar. *No voy a hacerte daño. No voy a hacerte daño.* Estaba casi con ella, pero se estaba convirtiendo en una Maizie inquieta.

Su corazón latía tan fuerte que podía ver las vibraciones sutiles de su pelaje. Moviendo sus pies, encontrando las mejores condiciones para lanzarse a una carrera en cualquier momento. El miedo provocaba una reacción química en su cuerpo, el aroma se filtraba a través de sus poros, un sabor amargo en el aire. Era un riesgo que le permitiera llegar demasiado cerca. Ella sabía que él la podría dominar en cuestión de segundos.

Dio un paso atrás, acompañado de otro gruñido, pero éste era más duro, enlazado con una advertencia. *¿Qué demonios quieres? Mantente alejado. Puedo derribarte.*

Otro gemido, Gray se acercó. *No voy a hacerte daño.* Unos pocos metros más y estaría lo suficientemente cerca para atacar.

Maizie era inteligente, una evolución ofrecida por sus siglos de conocimientos, el instinto que permitió al sexo débil sobrevivir a las exigencias del más fuerte. Y Maizie estaba funcionando en el instinto casi puro.

Ella gritó, agudo, enojada, sus pies moviéndose inquieta, su cola agitada, rápida. Lanzó un gruñido. *No voy a ser dominada. No voy a ser asesinada. Voy a luchar... si tengo que hacerlo.*

Gray no se lo tragó. Estaba tan asustada que casi se ahogó con el olor de ella. Sus pies se agitaron, sus músculos apretados rodando bajo su piel. Estaba dispuesta a saltar, correr a su más mínima distracción. Él no se podía distraer. En una carrera recta a pie, Gray sabía que podía vencer los pasos más pequeños de Maizie, pero a través de una carrera en el bosque, con sus giros y vueltas, su tamaño más pequeño se convertiría en una ventaja. Tuvo que acercarse antes de que ella se quitara, de lo contrario, nunca podría alcanzarla.

Él lanzó un farol, levantándose como uno de ellos. Gray alzándose, no en toda su estatura, pero sí hasta que se encontraron ojo con ojo. Le enseñó los dientes, con un gruñido más profundo, más fuerte, más visceral que el de ella. *Muévete, y voy a terminar contigo, aquí y ahora. Mi bosque. Mi manada. Yo decido. No te muevas. Permíteme estar más cerca.*

Jesús, ella era hermosa. Para su medio-lobo era tan atractiva, como lo era para su medio-hombre. El miedo apareció en el verde joya de sus ojos, pero en el fondo se las arreglaron para cautivarlo con su curiosidad e inteligencia, con su enorme desafío.

Ella era valiente, fuerte, rápida e inteligente. Era todo lo que un hombre podía desear en una pareja, en una madre de sus hijos.

A pesar de la advertencia de miedo e ira, a ella le gustaba su posición dominante. Podía olerlo. Quería que se la llevara. Era el alfa, valiente, el más fuerte, el más rápido y más inteligente, todo lo que una mujer puede desear en una pareja, en el padre de sus hijos.

Maizie quedó congelada ante su muestra de poder. Su aroma hacía el aire más denso. Ella se encogió ligeramente, a pesar de su excitación, creyendo en su

amenaza, incluso cuando su calor le llegó a través del fresco de la noche y la envolvió. Su aroma almizclado, más ácido de lo normal, le hizo cosquillas en la nariz, moviendo su primitivo cuerpo. No era el olor natural que precedía de la ovulación. Pero Maizei al ser medio-humana no permitía una excitación sexual sin una inducción biológica. Combinado con todo lo demás que ella ofrecía, Gray controló sus instintos y tiró con fuerza de sus músculos. El lio de pensamientos se arremolinaba en su cerebro, hasta los recovecos más oscuros de su cerebro.

Gray se agachó y se acercó mucho, su mirada se cruzó con la suya, sin estar dispuesto a moverse. Se colocó cerca de los pies de ella. Un paso más y estaría lo suficientemente cerca como para lanzarse a la clavícula de ella, afirmar su autoridad como alfa y ganaría su aprobación. Era la única manera de protegerla en su estado salvaje.

Maizie no pensaba en nada de eso. Ella esperó, moviendo sus pies, una fracción de segundo de exceso de confianza de Gray, y ella giró y echó a correr. Había esperado demasiado tiempo y, sin embargo, Gray fue capaz de salir a darle caza sólo un segundo por detrás de ella. En cuestión de minutos, debido a su tamaño y a su maniobrabilidad rápida, ella aumentó la distancia entre ellos. Gray tronó, confiando en la experiencia y la estrategia de los humanos para nivelar el terreno.

El bosque era negro, la luna y las estrellas no eran rival para la cortina de hojas gruesas. El aire a través de su pelaje rayado, el sonido de su corazón, su aliento constante y el pulso rítmico de sus patas hizo eco a su alrededor. Maizie se lanzó hacia una barricada de ramas bajas, se deslizó por debajo con facilidad. Gray, con un cuerpo más alto pasaba raspando, las ramas clavándose en su piel gruesa, rompiendo las ramas poco a poco, rascándole la piel.

Más adelante había un árbol caído. Lo que hizo lo demás de lado en cuestión de segundos. El tronco era demasiado bajo para que Gray pudiera seguir su camino y las ramas eran demasiado gruesas para saltar.

Sin romper su ritmo, salió corriendo hacia el enorme grupo de tierra y raíces. Se comió segundos preciosos, pero llevó a Gray, más rápido, y deslumbró el pelaje

rubio corriendo entre los árboles en la oscuridad. Cerrando la distancia que los separaba.

Corría salvaje y con pánico. Gray mantuvo la cabeza, su mente humana y sin fiebre era su única ventaja. Corrió por la derecha, para rápidamente girar a la izquierda. Luego de unos minutos, se volvió y corrió a lo largo, cerca de su zona izquierda para poder asustarla. La condujo hacia el lago por la cantera, mientras que ella estaba demasiado loca para darse cuenta. Una gran espesura de zarzas le obligaron a desplazarse a la izquierda. Maizie se volvió y se dirigió a él antes de lo que Gray había contado. Ella atravesó cañones, con la cabeza baja, su cuerpo pequeño atravesando las espinosas ramas y moviendo las espinas para el otro lado. Demasiado amplia para todos, demasiado alto para saltar, Gray no tenía otra opción.

Él la tenía delante de sus ojos, centrada, decidida, caminando decidida en la pared áspera de matorrales. Él no encajaba. Las espinas pequeñas no podían penetrar en su piel gruesa, pero su rostro era vulnerable. Cerró los ojos en ranuras y mantuvo la cabeza tan baja como se atrevió, sin perder de vista a Maizie. No fue suficiente.

El aguijón afilado le cortó a lo largo de su hocico, desde las esquinas de sus ojos. No le importaba. Por primera vez en cuarenta y tres años, las dos mitades de su alma estaban unidas, la humana y el lobo, queriendo la misma cosa, a Maizie.

Él no la dejó escapar y cuando se abrió paso en el otro lado, una ola de embriagador alivio le recorrió.

Gray conocía este bosque como la palma de su mano. Estaban casi allí, en la parte alta del lago, donde el terreno había cedido por el agua de abajo. Su único temor era que Maizie pudiera ir por la falda a lo largo de la orilla antes de que él pudiera llegar a impedirlo y su oportunidad de arrinconarla se perdería.

Tenía que llevarla a la recta hasta el borde y confiar en que sus instintos la detuviesen antes de que cayera por el acantilado, pero sin advertirle antes de que fuera demasiado tarde y que cambiara de rumbo. Maizie miró por encima de su hombro. Sus músculos afinados, mientras golpeaba sus patas en el suelo, empujándose con mayor rapidez. Sus ojos se abrieron por un momento, una nube de pánico flotando encima de su pelaje que le indicaba sus pensamientos.

Ella no estaba pensando. Sólo estaba corriendo. Esto funcionaría. La cornisa de la cantera subiendo a su ayuno. Gray la observaba, varios pasos por detrás.

Ella aulló, cambiando de peso en sus patas traseras, con los pies hacia atrás cogiendo impulso hasta que se deslizó por el borde. Él se agarró con las patas a la tierra volviendo así sus músculos, se dio la vuelta y se metió otra vez. Con las garras clavadas en la pared del acantilado, las patas delanteras extendiendo los dedos de sus pies de ancla, desesperado por aferrarse. Pero ella se le escapaba.

Gray se lanzó, cogiéndola del cuello. Se las arregló para detener su caída. Para poder sacarla él tenía que poner los pies por debajo de sí mismo y utilizar la fuerza bruta.

Él la salvó... otra vez. Sin ganar nada.

En el instante en que Maizie estaba de vuelta sobre el suelo sólido, le mordió, capturándole por debajo de la mandíbula, llenándole de sangre. Gray gruñó, un dolor punzante atravesó su mente, disminuyendo su paciencia que ya se le estaba empezando a acabar. Embistió, su ancho pecho chocando contra los hombros de ella, la colocó en su espalda. Tropezó, soltando un pequeño gemido mezclado con su aliento.

Saltando velozmente sobre ella, con sus grandes mandíbulas la sujeto por el cuello, capturando su yugular entre los dientes. Se dejó caer sobre ella, su cuerpo pesado aplastándola, dejando su vientre al descubierto. Absolutamente a su merced. Ella se calló.

La sostuvo allí, mientras recuperaba el aliento, sintiendo cómo su instinto le envolvía, tentando a su control. Sintiendo cómo la vida de ella transcurría entre sus dientes, gruñó suavemente, era como un ruido sordo que le nacía del pecho, expresando su misericordia. *Yo soy el alfa. Mi bosque. Mi manada. Yo decido. Me obedecerás.*

Maizie se retorció de repente, la cola quieta en el suelo. *No voy a ser dominada. Yo no...*

Gray ejerció presión sobre ella, le apretó la mandíbula. Sus dientes le rompieron la piel.

Un hilillo de sangre salía de su lengua y le envió una chispa de pensamientos primarios a través de su cerebro; cazar, capturar, devorar. Sus ojos en blanco, apretando la mandíbula ligeramente. Combatiendo la reacción eufórica y sintió cómo Maizie se tranquilizaba debajo suyo. Su gruñido vibró de nuevo, haciéndose eco a través de su propio cuerpo. *Yo soy el Alfa. Mi bosque. Mi manada. Yo decido. Me obedecerás.*

Maizie gimió, metiendo su cola entre las piernas. *Compasión. Me someteré.*

Gray la mantuvo debajo de él con su abrazo. Obligándola a una continua exposición. Su cuerpo estaba caliente en oposición al de él, debido a la fiebre. Sin embargo, a él le gustaba la sensación de tenerla ahí, pecho contra pecho, su corazón latía con tanta fuerza que el ritmo le golpeó a través de su cuerpo.

Maizie gimió y se relajó a pesar de su situación vulnerable. Ella meneó su cola, sacando su larga lengua rosada, tratando de aplacarlo con besos. Ella no pudo llegar a su rostro así que puso su boca en el cuello de Gray, pero ese gesto fue más que suficiente.

Maizie se apresuró a darle las gracias lamiéndole el hocico, limpiándole la herida que le había hecho bajo su mandíbula. Su lengua calentándole a través de los pelos de su cara, su cuerpo irradiando calor. Debía de llevarla de vuelta a la mansión donde ella pudiera descansar, pero le gustaba la sensación de sus caricias, el olor salvaje de su pelaje, el espeso aroma de su sexo.

No. Ella necesitaba descansar. Necesitaba protección. Lo último que necesitaba era su polla enterrada profundamente dentro de ella. Gray se puso de pie, con cuidado de no poner ninguna presión sobre su cuerpo más pequeño.

Maizie se torció y revolvió, volviéndose de espaldas hasta que consiguió apoyarse en sus pies. Se acercó a él al instante, lamiendo su cara, su cola apretada entre sus piernas, su cuerpo bajo, sumiso.

Sus acciones eran lo suficientemente elocuentes. *Estoy con ustedes. Te acepto como dominante. Yo soy tuya.* Era el lobo en ella que era tan sumisa. Como una mujer, las creencias sociológicas de Maizie, sin duda, ofreciéndose pasiva frente a alguien mayor. Por el momento, aunque Gray encontró en su afán una tentación erótica. La sensaciones de ella, su olor, lo que quería de ella, era un juego cruel para su cansado cerebro de lobo. Su cuerpo ajustándose a la necesidad.

Por mucho que quisiera montarla y clavarse con fuerza en su interior, no lo haría. Tomarla ahora sería aprovecharse de alguien bajo la influencia de drogas o alcohol. Gray dio un paso atrás e intentó morderla para detener el servilismo.

Suficiente.

Maizie saltó fuera de su alcance, cambiando todo su comportamiento. Ella dio un delicado bufido y una dura sacudida a su cola. *Por supuesto.*

Gray sólo pudo parpadear sorprendido, mirándola fijamente. ¿Había estado actuando?

Maizie había estado haciendo como si debiera asegurarle que no era una amenaza. Misión cumplida, su natural carácter independiente agarrotó su columna vertebral. La fiebre debía haber comenzado a romperse. No esperaba que el virus se desarrollara en ella con tanta rapidez. Era más fuerte de lo que se imaginaba, en cuerpo, mente y espíritu. Pero entonces no debería haberse sorprendido. Esto era parte de lo que le gustaba de ella.

Minuto a minuto, día a día, ella se mostró como la perfecta pareja para él. *Donna, perdóname. Era difícil de rechazar.*

Gray sacudió su cabeza, empujó su hombro en ella hasta que cruzó, señalando su cuerpo en la dirección correcta. *Sigue.*

Maizie se mordió la cola cuando pasó. *Todavía no.*

Gray giró, una punzada de dolor y picor corrió por su columna vertebral. La lengua de Maizie lo asaltó, sus fauces trabajando duro tratando de zafar de su boca el mechón del pelo de su cola. Ella sacudió su cabeza, lo último de él flotaba hacia el suelo.

Aquellos ojos verdes como el Aliso se centraron en él, su aire inconfundible. *Reclámame.*

Un suave murmullo vibró de la lana gruesa de su pecho, un ronroneo tan seductor que sacó su polla del bolsillo de su piel.

Reclámame.

No. No aquí. No así. Gray se tensó. Su negativa permaneció.

Maizie lamió su hocico, su lengua tibia, no tan caliente como antes. Sus largos besos rodando acariciaron su mejilla, limpió la sangre de los arañazos de la ortiga en sus ojos. Empujó al lado de su cara en su cuello, frotando su cuerpo a lo largo de él, apuntando hacia su cola.

Los músculos de Gray se estiraron, la cola alta de Maizie se acercó. Su corazón martilleó, su irregular respiración.

Maldita sea, ella olía bien. Olía como el sexo.

Ella movió sus caderas cuando supo que su culo estaba en su nariz, agitando su cola por encima de los ojos.

Reclámame.

Sin previo aviso, su sangre de lobo se alborotó en su cuerpo, una necesidad primaria creciendo a través de su cerebro.

Maizie. Tómala. Reclámala.

Los pensamientos eran forzados, frenéticos. Ella lo había empujado malditamente demasiado lejos. Gray giró, hundió sus dientes en la gruesa piel de su culo, sus patas arañándola, atrayéndola en torno a su dura anhelante polla.

Ella apretó su cola plana contra su costado, exponiendo su sexo a él. Empujando contra él, Maizie se contoneó, animándole a seguir adelante. Gray cerró sus ojos, su boca llena de su pelaje, y su nariz nadando en su aroma, su sabor. Su respiración jadeó por él, su corazón atronando. Necesitaba un momento para encontrar el irregular hilo de control.

No de esta manera.

Sus caderas presionaron en ella, su polla excavando profundamente en su húmedo pelaje, pero olvidando su sexo. Gray liberó su agarre, alejándose de ella, trotando a unos metros de distancia. Se volvió a ver cómo se colapsaba en el suelo.

Ella rodó a su lado, enrollándose y estirándose, retorciéndose como si tratara de encontrar alguna medida de alivio. Llegó a su vientre, aquellos encantadores ojos verdes centrándose en él, hambrientos, necesitados. *Reclamándome.*

Gray gruñó y dio otro paso atrás.

No de esta manera.

Maizie cayó hacia atrás, resignada, la cabeza apoyada en el suelo del bosque. Su costado subía y bajaba con varias respiraciones pesadas antes de que su pelaje rodara a lo largo de su cuerpo de manera que sólo podía significar que su cambio había comenzado.

Gray miraba, impotente. Regresar a la forma humana no sería tan doloroso como el cambio inicial, pero esto todavía podría dañarla. Siempre dolía un poquito, pero nada como estas primeras veces. No había nada que pudieran hacer por ella.

Trató de mantener un pensamiento compasivo en su cabeza mientras miraba el pelo retrocediendo de su cuerpo, sus patas volver a manos y pies, su cola contrayéndose, sus pezones remodelándose a senos de mujer. Lo intentó, pero ella lo empujó tan malditamente lejos. Mirándola acostada sobre su vientre, jadeando como consecuencia de su cambio, la deseaba tanto como un momento antes.

Su largo pelo rojo fuego envolvía su espalda, su culo regordete y suave, su pajizo coño húmedo y brillante. Su polla de lobo temblaba, su mente llena de pensamientos de conducirse en lo más profundo entre los cachetes de su trasero. Él soltó un bufido y se acercó más, no podía permanecer lejos. Lo había intentado.

La fiebre se había roto. El virus había pasado a través de su sistema y su cuerpo se había adaptado a su efecto. La mente de Maizie era suya otra vez, pero él tenía que reclamar su cuerpo. Se sintió impulsado a reclamarla ahora.

La olió primero, el aroma salvaje de su piel se desvanecía, por el dulce aroma de su piel cada vez más fuerte en su lugar. El efecto en él era el mismo, tirando de los músculos de su cuerpo. Él la lamizó, desde la espalda por su muslo a la firme redondez de su culo.

Maizie gimió, sus caderas se elevaron para encontrar su caricia. Los labios de su coño eran un festín, el olor de su excitación golpeándolo con toda su fuerza. Su cola se agitaba, su polla se meneó dura y rígida. Levantó sus patas traseras,

montándola, pateando a lo largo de su espalda con un sólo pensamiento cruzando, de no estropear su carne tierna con sus garras.

Podía tomar este camino. Era bastante alto, su polla larga y lo suficientemente gruesa. Pero la idea de su protesta, le obligó a detenerse, era más de lo que podía soportar.

Gray cerró sus ojos, obligó a su bestia a retroceder a la oscuridad, llamó a todo lo que era humano en su interior. Sus patas se remodelaron a manos y dedos sosteniendo sus costados. Sus patas traseras alargadas y tuvo que ajustarlas así que se quedó de rodillas, sosteniéndose contra ella.

Por segunda vez en su vida, su polla celebró su erección en todo el cambio, su húmeda cabeza girando por el terciopelo liso, cosquilleado en el vello húmedo de su coño. Empujó sus caderas hacia delante, precipitándose en su interior. No podía esperar un segundo más.

Al igual que una ráfaga de aire caliente, el calor disparó su polla sobre su cuerpo sintiéndola a su alrededor, hormigueando a lo largo de su piel y tirando de sus bolas tan fuerte que lo ajustó como puño con los dedos de sus pies. Él apretó su mandíbula, reprimiendo la demasiado tentadora llamada de la liberación. Quería más, mucho más.

Sus muslos temblaban cuando Maizie empujó con sus manos y rodillas, bloqueó sus codos, arqueó su espalda.

—Síiii...

Su voz era ronca, pero Gray reconoció el ronroneo bajo del lobo, cómo el virus había alterado permanentemente el tono, lo hizo más rico, más sexy. Echó atrás sus caderas, sacando su polla a través de la compresión ondulada de las paredes apretadas de su coño. Su piel zumbaba con la sensación de ella, la deliciosa presión acrecentándose, tentándole a ceder, para caer en un baño de liberación. Todavía no. Él se introdujo otra vez en ella, el golpe de sus cuerpos

vibraba más profundo en su ingle.

Ella se echó hacia atrás, obligándolo a ir más profundo. Sus paredes internas apretaron, ordeñando hasta el último centímetro de él, arrastrando un hormigueo que estremecía las terminaciones nerviosas por todo su cuerpo. Gray vio como su eje duro se deslizó por entre sus húmedos y brillantes pliegues, la erótica visión zumbó a través de su mente y cuerpo. Deslizó sus manos a las mejillas de su culo, apretó, los apartó para tener una mejor vista.

El dulce agujero de su ano le guiñó un ojo mientras conducía su polla en su coño de nuevo. Se lamió un dedo, mojó la apertura y se estremeció ante la facilidad con que se deslizaba en su interior. El apretón de su culo en su dedo hizo que su polla se contrajera en ella, en respuesta a sus músculos, con un envite duro de su voluntad sacudió su polla y abrazó todo su cuerpo como un relámpago.

Maizie quedó sin aliento.

—Eso es todo. Eso es todo. Al igual que soñé que hiciste en la ducha.

Gray giró su mirada para hacer frente a la cara de Maizie, grabado con concentrado placer. La invisible ducha de Maizie había sido su sueño. ¿Era posible que ella hubiera sentido lo que sentía por ella? ¿Podría ser que estuvieran conectados por el destino? Tal vez. Es posible. Si fueran verdaderos compañeros de vida. Pero ¿que haría Donna?

Su erección se suavizó. No quería pensar en ello. Ahora no. Gray empujó sus caderas, bombeando su polla hasta que sus músculos hambrientos se hicieron tan fuerte que casi llegó. No quería pensar en Donna. Tenía a Maizie en sus brazos, su coño mojado, su culo sexy. Quería joderla sin sentido, la había querido desde el principio.

Sacó y se inclinó hacia su ano.

Lo lamió y besó, metiendo su lengua en la estrecha abertura mientras sus dedos bombeaban su coño. Maizie se retorció contra él, manteniendo el ritmo rápido hasta que su ano estaba tan pulido y listo para él como su sexo.

Gray se introdujo en ella, guiando la cabeza de su polla mientras sostenía la mejilla de su culo.

Empujó, sintió la dulce resistencia y permitió a Maizie atraerlo a su interior.

Ella se apretó contra él y la polla de Gray se deslizó, suave y fácil, a través de los músculos, tan fuerte que quedó sin aliento por la oleada de placer, levantando los vellos en todo su cuerpo.

Ella se quejó en voz alta y el sonido reverberó a lo largo de su polla, haciéndole bombear cuando quería permanecer inmóvil. Jesús, ella lo volvió salvaje. La alcanzó y encontró su clítoris. Él la acarició, usando su propia crema para mantener los dedos mojados. Se movió contra él mientras bombeaba, apretando sus músculos fuerte, empujándolo al borde, inflamando la necesidad en él. Tan cerca, tan cerca, la liberación viene tirando de sus bolas, canturreando a través de sus muslos y tirando de sus entrañas.

No es el momento. Demasiado pronto Maizie echó su cabeza atrás, su cuerpo dirigiéndose con fuerza contra él. Sus bolas estaban empapadas en sus jugos. Su clítoris palpitaba con otro orgasmo, los músculos de su culo palpitaban en torno a su polla con el tercero.

Ella se iba a venir con todos a la vez, su clítoris, su coño y su culo.

—Maizie... —No se detuvo. Su orgasmo lo sacó por encima del borde tan rápido que no podía respirar. Su cuerpo trabajando por su cuenta, golpeando en ella. Si ella le hubiera preguntado ahora, no podría haberlo parado. Estaba fuera de la mente, fuera del cuerpo, perdido en un torbellino de sensaciones.

Algo dentro de él dio paso, el calor retumbó sobre él como una tormenta de verano, rodando a través de sus músculos, masajeando sus cojones, aspirando los fluidos de su polla hasta que se sintió totalmente deshecho.

Se desplomó sobre ella y ella se desplomó en el suelo.

Maizie hizo una mueca de dolor cuando la suave polla de Gray se deslizó de su culo, su sexo seguía pulsando y flexionándose con las olas del después. Dios mío, ella nunca había llegado así en su vida.

Se empujó con los codos y Gray corrió fuera de ella, sus labios dejando un rastro de suaves besos por la espalda.

Ella se estremeció, su vientre temblaba. Todo lo que él le hacía parecía tan intenso, que afectaba su mente y cuerpo. Lo sentía en todas partes, lo sentía, más esta noche que antes. Algo había cambiado. Se sintió marcada por él. La sangre de hombre lobo circulando por sus venas forjó una conexión entre ellos.

O reforzando una que ya había estado allí.

Se incorporó, su pierna tocando su muslo, y recogió un puñado del pelo de su espalda. Ella lo oyó respirar, sabía que él agarró su pelo hasta su nariz, y entonces recordó la forma en que su nariz había estallado cuando ella preguntó si él la culpaba de la muerte de su esposa.

La ira le quemó la espalda, los hombros rígidos. Se retorció, empujando hacia arriba hasta sentarse, sin importarle cómo el movimiento arrancó el pelo de su agarre.

Ella lo miró.

Él sonrió.

Ella le dio una palmada dura, bastante dura que casi se cayó. Cuando su cabeza giró bruscamente de nuevo a ella, su ceño se fijó en las líneas profundas en su frente, sus labios apretados.

—¿Qué demonios fue eso?

—¿En qué me convertiste? —Su ira estaba un poco mal dirigida, lo sabía.

Gray no le había hecho esto a ella. Sólo la había culpado por la muerte de su esposa, pero esto le molestaba de todos modos. Ella en realidad no podía quejarse, ya que era evidente que lo había querido tanto como él. Eso no lo hacía menos molesto al respecto o hacía que el golpe fuera menos satisfactorio.

—Lo siento. Pero yo no te infecté. —Se frotó la huella roja que había dejado en su rostro—. No debería haber sucedido. Si pudiera arreglarlo, lo haría. Créeme.

—¿Arreglarlo? Sí. Porque tu estás haciendo todo lo que es correcto. Al igual que culparme a mí por el accidente que mató a mis padres... y tu mujer.

—Lo siento por eso también.

La mandíbula de Maizie se cerró. Ella parpadeó. No había esperado que lo admitiera.

—¿Entonces por qué lo hiciste? Quiero decir, si eso es realmente lo que sientes, de que iba todo... eso. —Hizo un gesto a sus cuerpos desnudos y la aglomeración de hierba donde habían tenido relaciones sexuales.

Él se pasó una mano por su cabellera plateada, gruñó y se puso en pie. Ella trató de no notar la forma en que sus músculos se enrollaban debajo de su piel, el paquete tentador entre las piernas. ¿Podría decir que esta noche fue un error? Ella podría estar de acuerdo, pero no lo había sentido de esa manera. Puso sus rodillas en su pecho, abrazando sus brazos alrededor de ellas, sintiéndose pequeña y vulnerable.

Él miró a lo largo del acantilado, las manos apoyadas en las caderas.

—Fue muy fácil culpar a tus padres por la muerte de Donna. Estaban muertos, y tú eras sólo una niña.

La luz de la luna recortaba su cuerpo en una luz azul-blanca, le hizo estremecer el aliento al mirarlo.

—No sé por qué —dijo—. No la traería de vuelta. No cambió absolutamente nada. Pero hasta que entraste en mi bosque, no importaba realmente una mierda.

—Así que, ¿cómo cambié las cosas?

Sus hombros se agitaban con una risa silenciosa, aunque al hablar no había sonido de ésta en su voz. Se cruzó los brazos bajo el pecho.

—Al ser todo para mí no podía ser yo para ella. Jesús, no tenía ni idea. Quiero decir, yo sabía que era más difícil para ella. Ella nació como hombre lobo, sus instintos eran más fuertes. Tenía que encontrar un compañero de vida, su compañero de vida, y yo sólo quería estar casado con ella. Después de que ella me infectó, ya era demasiado tarde. Yo había cometido un error. Pero era malditamente demasiado testarudo para admitirlo.

—Mucha gente considera que el honor a sus votos matrimoniales es algo bueno.

—Yo no estaba honrando los malditos votos. Al menos no el espíritu de ellos. No de la manera que ella necesitaba. —Su cabeza baja, ella no podía estar segura, pero pensó que había cerrado los ojos—. Nuestro matrimonio la estaba matando. Se estaba muriendo de soledad tumbada justo a mi lado. Si yo la hubiera entendido mejor...

Sacudió la cabeza, alzando la mirada.

—Estaba enojado como el infierno porque nuestro matrimonio estaba fallando. Yo la amaba. Yo sé que ella me amaba, pero le faltaba algo, algo que ella necesitaba. Cuando trató de encontrarlo con otro hombre, yo... —Se encogió de hombros—. Yo la perdí. Tuvimos una pelea tremenda. Maldita sea, no me gustaba hacia donde la había dirigido, odiaba no poder ser lo que ella necesitaba. Por

eso, cuando corrió... la dejé ir.

—Eso fue hace veintiún años, Gray. Tal vez lo estás recordando mal.

Volvió la barbilla hacia su hombro, mirando hacía atrás de ella.

—Lo recuerdo como si fuera ayer. Lo recuerdo porque siento el vínculo contigo que nunca pude forjar con ella. Tu familia alejó a mi mujer de mí, pero me dio a mi compañera de vida. Entonces, dime, ¿debo darles las gracias, o maldecirlos... o ambas cosas?

Ella tragó saliva sin saber si quería sonreír o llorar. Ella quería ir con él, pero los músculos de los brazos y las piernas aún temblaban de todo lo que habían sufrido.

Se acercó a ella en una rodilla.

—No trates de levantarte. Tu cuerpo necesita descansar. Sigue estando más o menos en un estado de flujo.

Habría protestado excepto que podía sentir que él tenía razón.

—Hagas lo que hagas, Gray, deberías empezar por dejarte fuera del gancho. Fue un accidente.

Él soltó un bufido, una breve risa sardónica.

—Eso es sólo una explicación, de acuerdo a tu abuela. Un accidente, sí, pero también predestinado.

—¿Quieres decir como destino?

—Como un maldito cuento de hadas.

Capítulo 13

*Traducido por Darkemily
Corregido por Amelie22*

Maizie sabía que Annette estaba allí antes de que abriera sus ojos. Su perfume de opio llenó la habitación. Era difícil para Maizie respirar sin cubrir su nariz o llenar su garganta con el olor. Se alzó sobre un brazo, tratando de limpiar el gusto del perfume de cerezo del paladar de su boca con la lengua y parpadearon para hacer que desapareciera el sueño.

—Buenos días.

Annette se quedó inmóvil, con un par de jeans medio doblados en sus manos, y con la mirada fija en Maizie desde el pie de la cama de Gray. Una sonrisa sincera se dibujó en su pequeño rostro.

—Buenos días. En realidad, buenas tardes.

Mierda. No de nuevo. Maizie notó la almohada vacía a su lado.

—¿Y cómo he llegado hasta aquí?

—El Sr. Lupo la dejó aquí anoche. Después de que, eh, se desmayó. —Sus mejillas se ruborizaron. Bajó su barbilla y miró a Maizie con sus largas pestañas y rápidamente devolvió la mirada hacia la ropa. Ella las dobló y las colocó en el closet.

Maizie pensó en eso por un minuto, se levantó hasta sentarse, aferrando la sábana sobre su pecho desnudo. Recordó a Gray, su confesión, la admisión de su

conexión extraña e íntima. Se había arrodillado a su lado cuando no pudo levantarse y luego... nada.

—¿Me llevó todo el camino? Wow.

Las cejas delgadas de Annette subieron por encima del marco de sus grandes gafas, con un gesto rápido y feliz.

—El Sr. Lupo dijo que te has convertido. No creo que le importe. De hecho, apuesto que disfrutó mucho tenerte tan cerca. Desde luego te miró de esa manera esta mañana.

La pequeña mujer se echó a reír, su sonrisa con brillantes dientes. Juntó las manos en su pecho y, por un segundo, Maizie esperaba que las frotara con una alegría impaciente.

—¿Esta mañana? ¿Entonces él estuvo aquí hace un momento conmigo? Maizie trató de no demostrar demasiado el hecho de que necesitaba a alguien más para confirmar que su pareja estuvo en su cama.

—Por supuesto. Él la pasó mal dejándote sola aquí, pero tenía una reunión de negocios.

Un cosquilleo caliente llenó el vientre de Maizie. Él la había sostenido toda la noche. Ahora recordó la sensación cálida de él, la seguridad de sus brazos, la fuerza, la ternura. Dios mío, le gustaba la forma en que parecía atesorarla. Le gustaba la forma en que ella le atesoró. Las cosas estaban bien. Maizie gruñó desde la cama, sacó el pelo de su cara y luchó contra la tonta sonrisa que amenazaba con descontrolar su boca. Ellos estaban destinados el uno al otro, como en un cuento de hadas, pero de la vida real.

Annette parloteaba.

—Él se aseguró de que yo le consiguiera ropa limpia y algo de comer y todo lo que usted pueda necesitar. Hay vaqueros, camisetas y ropa interior aquí para usted. Adiviné su talla, pero soy bastante buena en ello. Hay un sándwich de mantequilla de maní y un vaso de leche para cuando esté lista. —Ella hizo un gesto a la mesa de noche—. El señor Lupo pensó que le gustaría, pero si prefiere...

—No. —Maizie echó un vistazo a la bandeja de plata mostrando una sonrisa—. Es, uhm, perfecto. Es absolutamente perfecto.

Annette rió en silencio otra vez, sus hombros elevados.

—Lo es, ¿cierto? Es tan romántico.

De acuerdo, ahora su interés sobre la vida amorosa de Maizie empezaba a ser raro.

—Wow, tú eres realmente cercana a tu jefe, ¿eh?

—Oh, sí. Él es justo así, bueno, él es así de maravilloso.

—Está bien. ¿Qué tan cercanos son los dos

—Él significa mucho para mí. —Ella se encogió de hombros. Se arregló la arruga de su alta blusa abotonada por un momento—. Yo lo amo.

—De verdad.

¿Así que porque ella estaba tan feliz de ver a Maizie en su cama? ¿Juntos?

No era que realmente le importara. Annette era hermosa y pequeña, de unos treinta años, dulce, de pelo castaño, con un moño, gafas grandes, parecía una bibliotecaria. Ella tenía unos hermosos ojos marrones y una figura absolutamente perfecta que iba con su copa-B, piernas bien formadas en unos cómodos zapatos

de tacón bajo, si ella realmente era la competencia por el cariño de Gray, Maizie sería la que terminara fuera de la cama.

—Así que... —Maizie pensó una manera discreta de hacer su pregunta y fracasó—. ¿Ustedes dos han tenido relaciones sexuales?

Estaba agotada, su cuerpo se sentía como si hubiera sido descuartizado, y su fuerte vínculo con Gray había convertido su cerebro en puré. Ella no tenía neuronas de sobra como para andarse por las ramas, y pensando en la forma en que se comportaba el resto de la familia, parecía una pregunta legítima.

Annette arrugó la frente.

—No. claro que no. Yo nunca podría... Bla... —Un estremecimiento la sacudió de pies a cabeza. Parecía como si ella fuera a vomitar.

—Hey, no te contengas. Dime cómo te sientes. —La ofensa de Maizie hacia la repulsión de la mujer era demasiado rebuscada para pensarlo.

Annette miro rápidamente a Maizie.

—No. No es eso. Yo lo amo. Pero no de esa manera.

—Muy bien, estoy perdida.

Annette se echó a reír.

—Lo siento. No, mira, yo he conocido a Gray, el Sr. Lupo, casi toda mi vida. Sería como dormir con mi padre.

Las mejillas de Maizie se calentaron. Eso sin duda explicaba el estremecimiento de Annette. Gray no parecía lo suficientemente mayor para ser su padre, a menos

que se partiera del hecho de que era un hombre lobo. ¿Él realmente envejecía lentamente?

—¿Cómo lo conociste?

Sus manos se entrelazaron delante de ella, muy apropiadamente. Annette camino y pasó al extremo de la cama, apoyando su cadera contra el borde del colchón.

—Él me rescató.

Por supuesto que lo hizo.

—Mi padre, mi padre biológico, era un hombre abusivo —dijo Annette—. Y las cosas empeoraron después de que mi madre murió de cáncer. Tenía seis años cuando me encontró Gray. Había estado caminando delante de mi casa y escuchó a mi padre atacarme.

—¿Atacarte?

—Él abusaba sexualmente de mí...

—Dios, lo siento. —Maizie de repente quería abrazarla. Annette se encogió de hombros—. Fue hace mucho tiempo y Gray me sacó de allí ese mismo día. Él sólo irrumpió en la casa, caminó hasta el dormitorio y lanzó a mi padre a través del cuarto. Le dijo que me estaba llevando a un lugar seguro y si alguna vez intentaba ponerse en contacto con cualquiera de nosotros, lo mataría. Creo que él lo hubiese matado allí mismo si no fuera por mí.

—Eso es horrible, Annette. Me alegro de que Gray estuviera allí.

Ella asintió con la cabeza, sus dedos jugaban distraídamente con un hilo del edredón.

—Nunca hemos oído hablar de él. Ni siquiera presentar una denuncia policial. Sólo una especie de... desaparición.

Esa última declaración hizo que la sangre de Maizie se enfriara. Ella lo ignoró. Existían demasiadas posibilidades de que hubiera esqueletos en el armario. Además, esto no era una película. Ser un hombre lobo no te convierte automáticamente en un asesino. Incluso si el chico se lo merecía.

—Desde entonces Gray se encarga de mí. Él y Donna eran como mis padres. Cuando su matrimonio empezó a ir mal, yo estaba aterrada, pero yo sabía que los estaba destruyendo el permanecer juntos.

—¿Conocías a Donna?

Annette volvió a asentir y se acercó más al lado de la cama.

—Ella era una gran señora. Hermoso cabello castaño arenoso, ojos verdes y una cálida sonrisa. Se amaban, pero nunca estaban a gusto juntos. ¿Ya sabes a qué me refiero? Como ellos no coincidían... fuego.

—Sí. —Ella sabía exactamente lo que quería decir Annette con fuego. La misma forma en que ella se sentía con Gray, como si fueran dos mitades de un mismo rompecabezas. Un ajuste perfecto.

—Por eso me alegré mucho cuando él te trajo a casa. —Annette se acercó un poco más hacia Maizie—. Nunca ha traído a casa a nadie. Y cuando lo vi sonriendo sabía....

El vientre de Maizie se agitó. Dios mío, ella estaba profundamente... No le importaba. Era exactamente donde quería estar.

—Es un buen hombre. Se merece ser feliz. Y ahora que te tiene. Tú eres una de ellos, una de la familia. —Annette se colocó por última vez en la misma posición, ahora enfrente de Maizie—. Yo haría cualquier cosa para cambiar de lugar contigo.

—Pensé que habías dicho que no pensabas en Gray de esa manera.

—No lo hago. Él no es mi tipo. Quise decir cambiar de lugar contigo con esta familia, en la manada.

El corazón de Maizie saltó.

—¿Sabes?

—¿Qué? —Se rió Annette—. ¿Que todos ustedes son hombres lobo? Por supuesto.

—Y no estás sorprendida. ¿No tienes miedo? —Maizie recordó su lucha por creer, y llegar a un acuerdo con la verdad.

—No. Son como mi familia y usted también lo será, salvo... —Annette se enfurruñó, los hombros caídos—. No soy realmente uno de ellos. Todavía soy humana.

—¿Y tú quieres ser como ellos, me refiero a nosotros?

Annette capturó su labio inferior entre los dientes, con la mirada abatida. Ella asintió con la cabeza.

—Pero Gray no te convertirá —supuso Maizie.

—No. Dice que nunca morderá a nadie para que se convierta. Él fue mordido, no nacido como su esposa y el resto de ellos. Pero como no eran verdaderos compañeros de vida, su experiencia ha sido dura.... No puedo imaginar que alguien elegiría esa vida. No es que él no quiera que yo sea uno de ellos, simplemente no se atreve a hacerlo.

—¿Qué pasa con Lynn y Rick y los demás?

Annette mantuvo la mirada fija en las piernas estiradas de Maizie, su mano encontró la rodilla de Maizie a través del edredón. Ella la apretó, el pulgar masajea un lado.

—Ellos siguen posponiéndome. Pero yo estaba pensando, ya que te has adaptado al virus probablemente podrías transformarme. Podríamos hacerlo más divertido.

Un olor caliente almizclado cosquilleó la nariz de Maizie y agitó su cuerpo. Annette se despertó... un mordisco. Los fuertes sentidos de hombre lobo

hacían que el aire pareciera maduro con el entusiasmo cada vez mayor de la mujer. La idea de Annette de diversión se hacía bastante clara.

—Uhm, Annette. —Una risa nerviosa burbujeó de Maizie. Ella se retorció, sintiendo la fiebre del calor familiar de su sexo—. Estoy muy halagada, pero no me balanceo de esa manera. No es que no estés... Me refiero a que eres, en realidad estás... es decir, que nunca... bueno, siempre he... Me gustan los chicos.

Annette tiró sus gafas de su cara con una mano, la otra caliente aún en las rodillas de Maizie. Ella las arrojó a la mesa de noche para caer fuerte en la bandeja de plata. Esos ojos marrones muy ratoniles cerrados sobre Maizie, el ratón había cambiado a una leona en celo.

—¿Cómo sabes si nunca lo has intentado?

Levantó la mano y tiró de los alfileres de su cabello, dejándolo caer en sus hombros suaves como la seda. Ella sacudió la cabeza y el aliento de Maizie la sorprendió, sus músculos sexuales se encorvaron. La mujer era atractiva. No había ninguna discusión de esto...

¡Whoa! ¿Qué pasaba con ella? Se había convertido en una maníaca sexual. Maizie se deslizó en el colchón con la mano libre, tratando de deslizarse lejos.

—Oye, yo no soy así. Me refiero a que realmente... pero no puedo...

—No te preocupes. No hay nada de malo. Los hombres Lobo han aumentado los sentidos, el apetito. Todas las cosas. —Ella comenzó a desabrocharse la blusa, dejando al descubierto el sujetador dulce de encaje—. Además, aunque el virus es neutralizado, su cuerpo todavía está adaptándose. Hice cierta investigación. Usted estará excitada como el infierno por unas semanas. Como he dicho, Gray no es mi tipo, pero sí compartimos gustos similares.

—Oh, por favor no muevas las cejas así —dijo Maizie—. Es preocupante en muchos niveles.

Ella echó la cabeza hacia un lado, sus pestañas parecían más largas, gruesas, le daba sombra a su mejilla.

—¿No te has preguntado alguna vez qué se siente estar con una mujer? No es como tocarte a ti misma. Cada mujer es diferente, pero somos bastante parecidas, sé que se sentirá bien para nosotras dos.

Era el turno de Maizie para estremecerse, pero no era la repulsión que ondulaba bajo su espalda, que reunía entre sus muslos. Esto era la lujuria. Disparando. Su mirada cayó al bonito sostén de encaje, a las elevaciones de carne asomándose por los bordes. Se humedeció los labios, tenía la boca seca de repente.

—Podemos ir despacio. Vamos a esperar tu turno. —La mano de Annette se deslizó más arriba en la pierna de Maizie resbalando al lado para rastrear el interior de su muslo.

Maizie tomó aliento y Annette se paró, pero no antes de que las piernas de Maizie se abrieran media pulgada sobre el reflejo.

—Date la vuelta.

—Uh-huh. —Annette asintió con la cabeza, con la mirada fija pasó la mano, caliente y pesada contra la parte interna del muslo de Maizie, a su cara y a la espalda de nuevo—. Puedes ir primero. Lo que me hagas, te lo haré a ti. Así no haré nada que tú no quieras.

—Pero realmente no quiero...

La expresión de Annette dejó las palabras en la garganta de Maizie. Incredulidad, tal vez un poco de ambos, en cualquier caso, ella tenía razón. Una parte de Maizie estaba curiosa y la otra parte simplemente estaba caliente. La inundación repentina de calor entre sus muslos fue prueba de ello.

El vientre de Maizie se estremeció, su corazón se aceleró, la anticipación del hormigueo a lo largo de su piel.

—No sé qué hacer.

El masaje de Annette comenzó de nuevo, lento y firme, erótico. Maizie sintió la pulgada más cerca, los dedos de Annette frotando perversamente cerca de su coño.

—Eres una mujer hermosa, Maizie, con un gran cuerpo. Sinceramente, me encantaría tocarte en cualquier lugar: en todas partes. Así que donde quiera que me toques es perfecto.

La mirada de Annette cayó en la mano de Maizie que estaba frunciendo la sábana en el pecho.

—Tienes pechos increíbles. Los míos no son tan grandes, pero mi piel es suave. Puedes tocarlos. Descúbrelo por ti misma.

Maizie tragó saliva, miró los montículos pequeños por debajo del encaje blanco. Alargó la mano y Annette se arqueó hacia ella. Sus dedos rozaron lo largo de la correa, el rastreo hasta el encaje que hizo a lo largo de una línea agitando un pecho hacia el centro. Ella apenas tocó la carne de Annette, pero la era carne suave, cubriendo su pecho, y contuvo el aliento.

Envalentonada, Maizie abrió la mano, presionó su palma de la mano al pecho de Annette, sentía el corazón acelerado por debajo. La respiraciones de Annette venían rápidamente y superficiales. Maizie lo ahuecó en su mano, se deslizó más bajo, tomó todo su pecho en su palma. El peso, el calor, el suave tacto de ella, ella era la mujer, era divino y el cuerpo de Maizie tarareaba a la vida.

Ella cogió el pezón de Annette y apretó, suavemente, y lo hizo rodar entre su pulgar. Annette gimió, con los ojos cerrados, con la espalda arqueada en el firme apretón de Maizie.

Los propios senos de Maizie le dolían por atención, sus pezones, erectos, duros contra las sábanas. El corazón le martilleaba en el pecho, flexionando los músculos de su coño, necesitados y listos. Deslizó sus dedos sobre la correa del sujetador de Annette, la empujó fuera de su hombro y deslizó su mano por debajo.

Al igual que los pétalos de rosa, la piel satinada de Annette era suave, incluso cuando era dura, arrugada y aterciopelada. Una chispa de calor sobre el cuerpo de Maizie, un cosquilleo, disparó directamente a su sexo, abriendo sus piernas a las persistentes caricias de Annette. La mano de Annette se deslizó hasta el vértice de los muslos de Maizie, expertamente acariciando su coño a través de las sábanas. Sus jugos empapando en cuestión de segundos, moldeando la sábana los detalles de su coño eran palpables.

La sensación del pecho de una mujer en la mano era pecaminosamente erótica, tan nueva, tan suave, tan sensible a su tacto, Maizie quiso más. Ella se inclinó encima, ahuecando debajo, ofreciéndose un pezón muy excitado hasta su boca.

Maizie chasqueó la lengua, degustando de la carne dulce por el polvo.

Annette jadeó empujando sus pechos hacia Maizie, su cuerpo pidiendo más. Maizie abrió los labios y succionó a Annette en su boca. La textura adictiva se rizó sobre su lengua, dura y blanda a la vez. Inmediatamente, las tripas de Maizie se apretaron, el endurecimiento de los músculos bajo su cuerpo.

El pecho de Annette llenó su boca, moldeada por el apretón de su mano, cálida y flexible. Ella cogió el pezón con los dientes, le dio un mordisco pequeño que hizo que Annette suspirara, luego retrocedió.

Annette se lamió sus labios, sus ojos revoloteaban abiertos para encontrar los de Maizie.

—Dios, se sentía bien. Quiero hacer lo mismo por ti.

Cogió la sábana todavía en su cuello. Maizie dejó caerla, permitió que se moviera hasta su regazo, dejando al descubierto sus pechos desnudos.

—Eres tan hermosa, Maizie —dijo Annette, su mirada fija en el duro pezón de sus pechos. Ella no dudó, alisando la mano por los contornos inclinados.

Su pequeña mano ahuecó debajo, sostuvo el peso de ella. Maizie nunca había estado con un hombre cuyas manos estuvieran tan pequeñas y delicadas como las de Annette. La diferencia era extrañamente excitante. Su suave palma, los dedos delgados, la mezcla perfecta de presión y suavidad que sólo una mujer podía saber, Maizie se encontró presionando al toque de Annette.

Incluso cuando la mano de Annette guardó un ritmo delicioso en el sexo de Maizie, ella se inclinó y tomó su pecho en su boca. Maizie se quedó sin aliento en la succión húmeda, hormigueos corrían sobre su piel, calor desbordaba a través de su cuerpo. Su lengua jugaba con el pezón duro de Maizie chasqueando y arremolinándose, dibujándolo.

Los músculos sexuales de Maizie se doblaron, por dolor a estar llenos. Ella apoyó las manos en el colchón a ambos lados de sus caderas, al no poder negar a Annette el placer, acarició a través de ella. El olor dulzón de su perfume, su pelo largo hacía cosquillas en su vientre, su piel suave como la seda, las sensaciones fueron enloquecedoras.

Maizie la miró por un momento y observó el dulce rostro femenino presionado su pecho. Su pequeño oído con el arete de plata, su piel suave y labios sensuales. Vio cómo la lengua de Annette jugueteaba.

Con el pezón, notó sus largas pestañas cubiertas de rímel, la sombra en sus mejillas. Ella era una mujer. La visión era todo lo malo y tanto más erótico.

El cerebro de Maizie giró con una mezcla caliente de sensación y razón, no era natural. No para ella.

Su cuerpo tenía una mente propia, queriendo algo, todo, reconociendo la satisfacción en cualquier forma. Pero el cerebro de Maizie no podía permitirlo, no podía dejar de lado las preferencias instintivas.

—No. —La voz de Maizie estaba apenas allí, su aliento caliente y jadeante—. Para. No puedo, Annette, para.

Annette se apartó de su pecho, sus dedos seguían acariciando el coño de Maizie. Se humedeció los labios, los ojos entornados. Se acercó a los labios de Maizie.

—Pero te gusta esto. —Su voz era ronca, sus labios rozando los de Maizie—. Puedo decir que te gusta esto.

—Sí. Me gusta, pero no... No de esta manera. Esto... esto... No, no, esto no es... Mierda. —Annette siguió acariciando, las caderas de Maizie se apretaban hacia su toque a pesar de ella. No podía pensar.

—Annette... —Maizie agarró su muñeca, tiró su mano de su sexo—. Por favor. Para. —Annette se enderezó, parpadeando. Con sus cejas arrugadas, el labio inferior en un puchero, evitó los ojos de Maizie.

—Lo siento. Pensé que te gustaba esto. No pensé que te forzara.

—No me forzaste —dijo Maizie, luchando por recuperar el aliento, para calmar el golpeteo de su corazón, la necesidad de saltar a través de su cuerpo—. Me he dejado llevar. Tal vez sea el virus. Pero yo estoy con Gray.

No estaba segura de lo que significa, pero lo puedo sentir y esto... esto es un error. No sólo porque eres una mujer, pero...

—Oh. Yo no había pensado en eso. Dispara. —Los ojos de Annette se abrieron ampliamente y esperanzados—. ¿Vas por lo menos a mordirme? No tenemos que tener sexo para que me conviertas.

Maizie no pudo evitar la sonrisa tirando de su boca. ¡Qué extraño mundo en el que ella había caído!

—Lo siento, pero no puedo. Ahora no. No estoy segura de cómo me siento acerca de ser... lo que soy. Yo no me sentiría bien condenándote a la misma suerte.

La sonrisa esperanzada de Annette vaciló, pero después de un aliento profundo ella la forzó más brillante, aunque la expresión todavía no fuera convincente.

—Yo entiendo. Usted y Gray se parecen mucho, yo calculo que tal vez en algunas semanas o meses usted cambie de opinión.

—Tal vez. —Maizie sonrió, odiando la desilusión que rodeaba el tono de Annette.

—Gracias. —La sonrisa de Annette vaciló como si ella luchara para guardarla en sus labios. Ella retrocedió, fijando su sujetador, metiéndose en su blusa—. Diría que lamento lo de la tentativa de seducirle, pero no lo lamento. Me encanta Gray, pero tenía que intentarlo. Sé bien cómo se siente, así que usted no tiene que preocuparse de que vuelva a ocurrir.

Las mejillas de Maizie se calentaron. Ella tiró de la sábana hasta el cuello y sonrió.

—Está bien.

Annette cogió las gafas y se torció el pelo en un moño y ella se fue.

—Gray no volverá de su reunión con el Sr. Cadwick durante una hora o más. Así que si necesita algo utilice el intercomunicador. Algunos de nosotros no tienen la audiencia de un superhombre lobo —dijo ella, bromeando cuando cerró la puerta detrás de ella.

Voraz, Maizie devoró el sándwich de mantequilla de maní de tres pisos y se bebió el vaso de leche antes de que considerara incluso una ducha. Se tomó su tiempo bajo el agua caliente, memorias destellaban por su mente. Estaban segadas por los ojos de su mitad lobo, nublados y siniestros como si algo sobre ellos fuera importante. Ella no podía poner dar con ello, sin embargo. Había secado su pelo y había terminado de vestirse antes de que la golpeará.

—Cadwick. —La memoria cristalizó en su mente en el momento en que ella dijo su nombre.

¿Aquellos papeles, qué fue de ellos? El estómago de Maizie le dijo que no era nada bueno. Annette había dicho que Gray estaba en una reunión con Cadwick ahora. Si ella pudiera llegar a Gray tal vez podría usar su conexión para conseguir que el hombre lobo dejara en paz a la abuela y sus tierras.

Maizie corrió hacia el teléfono en el lado opuesto de la cama. El intercomunicador zumbó y zumbó, pero nadie lo cogió. Ella no podía esperar. Tenía que encontrar una manera de contactar a Gray antes de que su reunión hubiese terminado, un teléfono celular o un número o algo.

Ella se dirigió de lleno por los pasillos largos, sus pisadas resonaban en los techos altos y paredes revestidas. Encontró la enorme escalinata que conducía al vestíbulo de entrada y tomó tres escalones a la vez. La puerta alta de la entrada estaba delante de ella, el arco de la sala y las salas a la derecha, Maizie se volvió hacia las puertas de madera de doble anchura a su izquierda.

Había visto a Annette salir de esa habitación el primer día que Gray la había llevado a la mansión. Había vislumbrado estanterías y alfombras gruesas y un gran escritorio de roble. Tenía que ser su oficina de la casa.

Primero llamó. No hubo respuesta. Llamó más duro, golpeó, y aún no hubo respuesta. Maizie intentó abrir la puerta. Con un clic se abrió y ella se deslizó en el interior.

La mesa que había visto a través de la puerta abierta era más corta de los dos.

Las pilas de papeles, carpetas de archivos abiertos y las notas adhesivas cubriendo la parte superior del organizador, caótica. Maizie adivinó que el escritorio pertenecía a Annette. Había un gran monitor de pantalla plana

en un rincón que hacía juego con el de la esquina de la otra mesa, más grande.

Maizie miró hacia la mesa de madera más grande y elegante, limpia y ordenada, con su escritorio de conjunto de cuero oscuro. Casi podía ver a Gray sentado detrás de él, frunciendo el ceño mientras garabateaba notas o enviando correos electrónicos importantes a una de sus conexiones de alta potencia.

Su vientre se estremeció, una sonrisa pellizcó sus mejillas. Ella rompió sus pensamientos del pelo plateado y músculos duros con un esfuerzo decidido. Rodeó alrededor de la mesa de Annette y buscó una libreta de direcciones o un botón de marcación rápida en el teléfono. Tenía que haber alguna forma rápida y fácil para ponerse en contacto con Annette o Gray.

Maizie cogió el teléfono en la esquina opuesta de la pantalla del ordenador cuando algo en la mesa le llamó la atención. Una carta abierta, papel recortado en un sobre, el membrete de oro brillando en una corriente de luz solar. Ella reconoció el nombre, el juez Charles Woodsmen, de la factura de teléfono de la clínica de asilo de la abuela. Las llamadas de la clínica de ancianos tanto entrantes como salientes por razones de seguridad.

Ella no había pensado nada de ello entonces, imaginándose que el tipo lo molestaba para votos de reelección o algo. ¿Era sólo una coincidencia o Gray lo sabía? Ella exploró la carta.

Gray,

Se adjuntan los documentos y procedimientos que discutimos para obtener la tutela de Ester Hood. Hablé con ella por teléfono y no preveo un problema en apoyar un argumento a favor de incapacidad mental, siempre que no haya miembros de la familia para protestar por su presentación. Si se presentase un conflicto, yo, por supuesto, completamente examinaré su argumento. Mientras tanto, como usted habrá deducido, deberá mantener un control total de las explotaciones. Todas las ventas y las transferencias realizadas durante este tiempo no se pueden volcar con facilidad. Espero que esta información sea de utilidad para usted.

Espero nuestro juego del domingo. Tengo un nuevo siete de hierro que me muero por probar.

*Atentamente, Chuck
Juez Charles Woodsmen
Juez del distrito de Pittsburgh Tribunales de Condado*

Maizie no podía respirar. Tragó saliva, el corazón le latía en sus oídos. Ella había estado en lo cierto. Gray después de todo quería las tierras de la Abuelita.

—¿Qué es esto? —Anthony Cadwick tomó la pila de papeles de Gray, mirando cada pocos minutos de nuevo a la multitud de periodistas dando vueltas por el lugar de su pronto-a-ser su futuro restaurante.

—Una copia de una enmienda del consejo de división por zonas del municipio, indicando que la venta de bienes se mantendrá en un máximo de dos hectáreas para uso residencial, de acres con fines comerciales. Aprobado en la reunión de anoche. Por unanimidad.

Cadwick pellizcó su grueso cigarro entre sus dedos, tiró de su boca. Su mirada se deslizó a Gray, con las cejas apretadas.

—Ya no dice. ¿Cuándo estará archivado esto?

—El lunes. —A Gray le encantaba el olor de la derrota en la tarde—. Entra en vigor en sesenta días.

Cadwick gruñó, explorando los documentos.

—Eso es rápido.

—La gente quiere poner un freno en el crecimiento. Mantener la pintoresca comunidad. Rural. —Por supuesto que no se dirón cuenta que querían controlar el crecimiento hasta que Gray les había señalado. Una vez que les habló de los planes de Cadwick de hipermercados y plazas de aparcamiento, la batalla había sido ganada.

—Amantes de árboles como usted. No es de extrañar lo que hay. —Empujó los papeles a Gray, arrugándolos en su pecho.

Gray rodó los documentos, entonces los sostuvo en su mano, la otra mano

la metió en el bolsillo delantero de sus pantalones. El perdedor dolorido que Cadwick mostró sólo hizo la victoria más dulce.

—El deslizamiento de una ciudad tranquila. La gente buena. He hecho amigos. —*Varios de ellos se sentaron en el consejo de división por zonas*—. Sí, me gustar allí.

Cadwick empujó su cigarro entre los dientes y se volvió para mirar a los reporteros martillando al hombre de relaciones públicas con preguntas.

—Mire a ellos. Mojándose los calzoncillos sobre mi barca casino. Ni una sola pregunta sobre el restaurante o los otros veinte negocios que se beneficiarán con la embarcación.

Cadwick hizo su voz más alta y burlona.

—¿Cómo es, señor Cadwick, que tendrá un casino en la embarcación fluvial cuando el estado no aprueba las leyes de juego?

Él soltó un bufido.

—Idiotas. Siempre dos pasos atrás. ¿Me veo como un hombre que no tiene en cuenta todas las contingencias? ¿Piensan que llegué a donde estoy, que yo construí mi negocio por ser estúpido?

Se volvió a Gray, y sacó el cigarro de su boca de nuevo. Entrecerró los ojos, con una sonrisa tirando de la comisura de su boca.

—¿Y usted, Lupo? ¿Cree usted que llegué a donde estoy sin pensar en el futuro? ¿Sin una planificación de las leyes estatales, los políticos y las juntas municipales de zonas de un municipio?

La mandíbula de Gray se presionó apretando su puño con los documentos sin valor. Había tenido miedo de esto. Cadwick debió de haber conseguido la firma de la abuela. Es la única manera que podría haber golpeado el sistema. *Había adquirido la venta Maldita sea, ¿cuando lo había hecho?* Gray lo había comprobado el día de ayer.

Cadwick no sería capaz de vender las tierras, pero eso no le impedía desarrollarlas por sí mismo. Incluso si Gray podría cerrar la brecha, sería demasiado tarde. Su bestia rugió en su cabeza, enojado, frustrado. Pero él siguió su rostro con una máscara vacía. No le dio a Cadwick la

satisfacción.

Cadwick se echó a reír, mordisqueó el extremo de su cigarro.

—Al igual que en los viejos tiempos, ¿eh, Lupo? Siempre tuviste demasiado tiempo para entender las cosas. Demonios, incluso Donna se cansó de esperar a que te dieras cuenta de que estabas perdiéndola. Aunque, Dios sabe por qué estaba contigo, para empezar. No la merecías.

Con su expresión sobria, Cadwick miró sobre el río.

—Si ella me hubiera pertenecido, nunca se habría escapado.

La tensión se onduló a largo de la espalda de Gray, tiró sus músculos en un nudo apretado. Sus manos en puños con tanta fuerza que sabía que habría medias lunas en las palmas de sus uñas. Cadwick tenía agallas de hablar con él acerca de Donna. Incluso después de todos estos años. ¿Creía él que Gray no lo sabía?

Un gruñido retumbó en su pecho. No podía evitarlo. Cuando habló, la profunda resonancia hizo que su voz sonara mortal.

—Mi esposa nunca fue algo que se poseía o se guardara. Tal vez si... si me hubiera acordado de eso, ella todavía estaría por aquí. Ella no se habría salido.

Capítulo 14

*Traducido por Steffanie Mirella y evelin.
Corregido por Nanis*

—¿Qué te dijo cuando le preguntaste por la carta?

Maizie se encogió de hombros.

—No pregunté. Sólo me fui.

Cherri espolvoreó otro poco de harina dentro de la mezcla.

—Por supuesto que no. ¿Por que darle al Señor Alto-oscuro-y-maravilloso la oportunidad de explicar las cosas? Digo, él básicamente es perfecto. Apuesto, inteligente, rico, romántico. Apuesto...

—Dijiste apuesto dos veces.

Cherri la miró.

—Sip. Lo sé.

Maizie rodó los ojos.

—Nadie es perfecto.

—Él hace una buena imitación de serlo.

El olor de licor llegó a la nariz de Maizie.

—Demasiado anís —dijo señalando la mezcla.

—Ni siquiera lo has probado.

—Confía en mí. —Aún no le había contado a Cherri sobre los otros atributos del Sr. Maravilla, como su habilidad de convertir a mujeres en lobas locas por sexo que podían oler anís y ropa interior húmeda como a cien yardas... entre otras cosas.

De acuerdo, él no fue el que la convirtió, pero aun así, no quería escuchar a Cherri con más excusas a favor del hombre. Eventualmente le diría.

Probablemente.

—Es sólo que no puedo creer que siempre estuve en lo cierto. Dejé que mis hormonas se metieran en mi cerebro. Demonios. —Batió con una espátula de plástico en el recipiente de mantequilla glaseada que sostenía, sacando ahí su frustración—. Y la pobre Abue. ¿Cómo le voy a decir esto?

—Realmente le agrada, ¿huh? —Cherri metió un dedo en la mezcla de galleta y dio un salto inconscientemente ante el sabor al probarla.

—Adora a Gray. Le destruirá cuando sepa que sólo estaba siendo amable para conseguir su tierra.

—Me sorprende lo bien que lo estás tomando. —Cherri añadió más harina y azúcar a la mezcla—. Digo, si pensara que el amor de mi vida sólo me estaba usando para cerrar un trato, lloraría hasta que se me salieran los ojos.

Maizie no mencionó que había llorado todo el camino desde la casa de Gray hasta la de ella, y más de la mitad del recorrido desde la cabaña. Sintió como si fuera un pedazo de su corazón por el que había conspirado para robar esos papeles, no sólo la tierra de su abuela. Excepto que la abuela aún tenía su tierra, Maizie no podía decir lo mismo de su corazón. Ya no lloraría más.

—Lo que no puedo entender es este otro sujeto... Cadwick. Me hizo una propuesta de que le llamase si la abuela decidía vender. Luego lo vi anoche con la abuela. Se veían serios. Pero no sé si está trabajando para Gray o si es la competencia.

—¿Crees que sea Cadwick quien estaba engañando a tu abuela haciéndole creer que era tu padre? —Cherri introdujo una cuchara limpia en la mezcla. La probó. Y una sonrisa apareció en sus labios.

—Creo. Cuando le dije a Gray que la abuela pensaba que papá le decía que vendiera, lució genuinamente sorprendido. —Maizie se paró y puso una espátula llena de glaseado sobre el papel para pastel en la mesa de preparación.

—Probablemente estaba sorprendido —Cherri dijo detrás de ella—. Me he encontrado con Gray, Maizie. No encendió ninguna de mis alarmas para idiotas. Solo pregúntale de la carta y ve qué te dice.

Maizie negó con la cabeza, esparciendo el glaseado como pintura sobre la tela blanca.

—¿Que podría decir? Usó sus contactos para robarse la tierra de la abuela. ¿Importa si al final lo hizo o no?

—Eso depende de ti.

Maizie la miró sobre su hombro.

—¿Si pienso que lo hubiera hecho por si las cosas entre nosotros no funcionaban?

—Respecto a si estás tan asustada de tus sentimientos por él, que serías capaz de usar cualquier excusa para huir de ellos.

Maizie volvió a su pastel con un exasperado suspiro.

—No comiences con esa mierda otra vez. No tengo ninguna herida emocional profunda dejada por la muerte de mis padres que afecta mis relaciones.

—Te refieres a las heridas de las que estas consciente. —Cherri se acercó y apoyó una cadera contra la meza de preparación de Maizie, aun lamiendo lo ultimo de la mezcla de la cuchara—. La mayoría de los locos, no saben que están locos.

—No estoy loca.

—Que tú sepas.

Maizie le dio una mirada.

—Cherri...

—De acuerdo, de acuerdo, no estás loca. —Esperó un segundo—. Pero sí tienes problemas.

Maizie gruñó y rodó los ojos. Dios, odiaba cuando Cherri jugaba a la psicóloga. Realmente creía que el único curso de psicología que había tomado en la Universidad la calificaba para diagnosticar todo de pasiva-agresiva a transferencia emocional. Maizie tomó la espátula y volvió al glaseado.

Cherri se dio cuenta de los sutiles signos de que Maizie la había sacado de sus pensamientos y ya no la escuchaba.

—Sólo escucha. ¿Qué es lo que siempre dices que recuerdas de tus padres justo antes del accidente?

Maizie realmente no quería hacer esto. Era una molesta, casi interesante distracción, pero al final tendría que ver que iba a hacer con Gray.

—No lo sé, Cherri. Dejemos el tema, ¿bien?

—No, espera. Cada vez que hablas del accidente recuerdas lo felices que eran. Y repentinamente todo acabó. Tu padre se distrajo mucho por su felicidad. Y ahora evitas ser feliz para que no te pase lo mismo.

—Ellos sólo estaban riendo, Cherri. Bromeando. Mi papá volteó a ver a mamá un segundo. Así es como ocurren los accidentes. El conductor quita la vista del camino, se distrae, por cualquier razón.

—Exactamente.

—Así que si hubiese sido su taza de café, que cayó sobre su celular, el cual estaba sonando, según tú, ¿yo evitaría tener algún tipo de relación con personas que tengan café en el auto o hablen mientras conducen?

—Tal vez.

Maizie no pudo evitar reír.

—Eso es una locura, Cherri. No renuncies al trabajo, ¿de acuerdo?

—Hablo en serio. —Cherri movió sus lentes con los nudillos—. De acuerdo, bien. Tal vez sería simplificarlo demasiado. Pero tienes que admitir que hay un patrón ahí.

—¿Oh sí? —Maizie cubrió el último centímetro de pastel de chocolate con glaseado y luego tomó la manga pastelera.

—Desde que te conozco, nada se mete en tu camino. Nada te distrae... especialmente los hombres, pero la mayoría de veces sólo es algo físico. Tú sabes, algo para bajar el deseo sexual.

—Haces que parezca toda una dama.

Cherri ignora su comentario, empujando la red para el cabello de su frente.

—Cada cierto tiempo alguien con algo más en la cabeza aparece. Te hace reír, te hace un poquito más feliz y entonces... BAM. Los botas. Creas una tonta excusa sobre estar demasiado ocupada con la tienda y tu abuela y que no quieres distraerte...

—De acuerdo, primero: estoy ocupada. Y segundo: nada de esto tiene que ver con que Gray se quiera robar la tierra de mi abuela.

—Yu-huh. Nombra un tipo que alguna vez te haya afectado como lo hace Gray Lupo. Uno que te haya hecho sonreír al sólo pensar en él, que tenga más en común contigo, que te haya hecho sentir al menos la mitad de lo que sientes cuando estas con él.

Maizie no dijo palabra. No podía. Nunca había habido alguien como Gray en su vida. Cherri tenía razón. Pero Maizie seguía concentrada en decorar el pastel.

—Enfréntalo chica, estas huyendo y no funcionara esta vez.

Maizie golpeó la bolsa sobre la mesa de preparación, el glaseado azul salió en forma de arco hasta caer el suelo.

—La carta estaba ahí, Cherri. En su escritorio. No hay nada ambiguo sobre eso. En algún momento había planeado cómo robar la propiedad.

—Pero no sé porque... tal vez... tal vez sólo trataba de ayudar.

—¿Ayudar? ¿Cómo? ¿Al tratar de tomar la única cosa que le gusta tanto como yo? —Maizie dijo con voz tensa y fuerte saliéndole del pecho. La tensión se acumulaba en su estomago, su corazón latía rápido y más rápido, gritando como enloquecido.

Tragó saliva, comprimiendo los primeros movimientos de su lobo. Cuando habló de nuevo, su voz era controlada y calmada.

—Bien. ¿Piensas que estoy sacando conclusiones? ¿Piensas que estoy tratando de evitar a algún... tipo?

Maizie puso sus manos en su espalda, para quitarse el delantal. Se lo sacó por la cabeza y arruinó la masa.

—Le pediré una explicación. ¿Feliz? Y cuando resulte que no tiene ninguna excusa válida, voy a estar de vuelta con una gran frase de "TE LO DIJE."

—¿Y si tiene una buena excusa?

La mandíbula de Maizie se puso rígida. Apretó sus labios en una línea dura, respirando por la nariz. No quería pensar en esa posibilidad. Estaba demasiado cerca de Gray, muy cerca de caer de cabeza y hasta el fondo. Si él le diera la más mínima razón para estar juntos... que sería la dueña de su corazón por completo. No tendría ningún control, ninguna posibilidad de protegerse a sí misma si le pasaba todo eso.

Ella sacudió la cabeza y se volvió hacia la puerta.

—Ya vuelvo.

—Lo siento, Maizie. Se fue a correr con los otros hace una hora. No hay manera de que lo contacte. Honestamente... —Annette estaba en el vestíbulo de mármol de la mansión Lupo, retorciéndose las manos.

Dispara. Si Maizie no hubiera pasado a su apartamento para ducharse y pasar dos horas eligiendo qué ponerse antes de conducir los cuarenta y cinco minutos a la mansión de Gray, podría haberlo encontrado.

—¿Sabes en que dirección se fueron? —En su forma de lobo tal vez podría alcanzarlo y ponerse al día con ellos. Por desgracia, no había descubierto la manera de cambiar una y otra vez. No estaba completamente segura de qué pudiera hacerlo.

—No estoy segura, por lo general van por el camino hacia la casa de su abuela. Gray siempre le echaba un ojo a ella. Era una ruta normal.

—Gracias, Annette. Voy a conducir para esperarlo ahí. Tal vez los atrape antes de llegar. —Maizie se dio la vuelta para irse, pero las palabras de Annette la detuvieron.

—Te ama. Lo sabes, ¿verdad?

Maizie la miró por encima de su hombro.

—Yo no sé nada.

—Los lobos se aparean de por vida, Maizie. A pesar de que tú eres su verdadera pareja, no le es fácil dejar su vínculo con Donna. A pesar de todo lo que es, lo hizo por ti. Por los dos. Para que logren conectarse hasta con sus almas, como ambos necesitan.

Maizie negó con la cabeza.

—Como he dicho, hasta no ver a Gray, y hablar con él... no sé nada.

Ya estaba bien entrada la noche cuando Maizie llegó a la cabaña. Había una limosina estacionada enfrente, vacía. Gray. ¿Quién más? Él había dejado el carro para tener un viaje confortable de vuelta a casa. Las luces estaban apagadas en la casa, la puerta sin salida atornillada en el interior. Ella no había utilizado esa cerradura en años. No era seguro que aún tuviera la llave.

Los vellos de la nuca se le erizaron, unos dedos invisibles y como un zumbido le recorrieron la espalda. Maizie ignoró la sensación, su mente competía con lo que diría al verlo. Después de tratar con dos llaves, encontró la correcta y abrió la puerta.

—¿Hola? —Con sus músculos tensos, se asomo a la sala completamente oscura, lista para cualquier cosa. Casi no podía respirar.

Pero podía ver. Ser un hombre lobo tenía su lado gratificante. Maizie se obligo a relajarse, a confiar en su cuerpo. Su visión nocturna era increíble una vez que se relajó lo suficiente. Y lo que podía oír y oler, rellenaba los vacíos que su visión nocturna dejaba. Su conciencia era todavía muy nueva, sin embargo, constantemente la alimentaba con información. Todos los que habían estado en la casa en los últimos meses podía olerlos. Luchó para ordenarlos por olores y sonidos, por familiares, por la edad, por extranjeros.

La planta baja estaba sin vida, llena de sombras y cubierta por el silencio de la noche. Cerró la puerta detrás de ella, un suave clic cuando el pestillo cayó en su lugar. Las tablas del suelo crujían por sus pasos, le hizo voltear su mirada hacia arriba.

Gray es probable que deseara permanecer en gracia con la abuela en caso que la seducción de Maizie no saliera como pensaba. Y qué mejor forma de encantar a la abuela que ofrecerle otra baratija de la época que había olvidado.

Maizie podía sentir en sus huesos que estaba cerca. Probablemente estaba allí escudriñando las pertenencias de la abuela en las cajas manchadas en busca de más recuerdos que ofrecerle. Al menos esta no sería tomada de una escena de muerte.

Momento por momento, Maizie trabajaba para endurecer su corazón, para prepararse a la dolorosa verdad, ¿que excusa podría tener para esa carta? Su pecho apretado. La ansiedad apretaba los músculos de sus hombros. ¿Qué significaba para ella ahora que era un hombre lobo? ¿Tendría que quedarse con Gray sin tener en cuenta su independencia? ¿Tendría que irse? Ninguna opción le ofrecía consuelo.

Dio unos pasos, el ronroneo del primer piso de zapatos de cuero raspando en el piso de madera, llegó a sus oídos. De cuero con flecos y colonia masculina dulce, se mezclaba para crear una fragancia masculina que expresaba, sin lugar a dudas alguien extravagante.

Maizie no logró su propósito de estar tranquila, el más leve aliento parecía hacer eco como de vendaval en el silencio. Llegó hasta la cima de las escaleras, dejando al lado las tablas del suelo que sabía que iban a chillar. Miró hacia la derecha a la puerta oscura del cuarto de la abuela, luego a la izquierda a su propia puerta que hacía juego con la otra. La puerta del baño estaba justo en frente, ni una astilla de luz salía de abajo. ¿Por qué Gray no encendió las luces?

Un pequeño gemido de asombro y un clic de una puerta que se cerró, la hicieron girarse a la habitación de la abuela. Había estado observándola. El nudo de tensión en los hombros apretados, la ira bullendo en su interior y dejando a un lado la razón.

Maizie borró la distancia que la separaba de la puerta en tres pasos rápidos, girando el picaporte tan duro y rápido que el cerrojo se rompió con un chasquido. Una fracción de segundo pasó para hacerle considerar que la puerta había sido cerrada para empezar. Abrió la puerta.

La luz del amanecer hasta el anochecer fluía a través de la ventana lateral, creando destellos de luz en los contornos del piso de madera. La habitación

estaba vacía a pesar de la cama y había unas cajas apiladas en una esquina. Las puertas del armario no estaban. El espacio había estado lleno con cosas de la abuela. Ahora el armario estaba vacío y oscuro.

Maizie entró en la habitación, la esencia quemaba sus sentidos, con la mirada buscando a Gray. Alguien entró y ella entró en pánico, su respiración llenaba el oscuro silencio, el miedo endulzaba el aire. No era Gray.

Tan pronto como ese pensamiento se formó en su mente, una mano la agarró de la parte superior de su brazo y la puerta se cerró detrás de ella. De un solo jalón se encontraba en el duro pecho de Anthony Cadwick.

—¿Dónde está?

Ella contuvo la respiración. El acero frío clavado en su cuello, la punta filosa de un cuchillo le presionaba en la piel. Susurró por el dolor. El corazón le tartamudeó.

—No. No lo hagas por favor.

Él mantuvo su boca en su oreja, su voz un poco ronca. Su aliento le calentaba un lado de la cara, humedeciéndola y aumentando su temor.

—¿Cómo has entrado aquí sin que te arrancaran la garganta?

Maizie se sorprendió y frenó el palpitante de su corazón, trató de entender lo que estaba sucediendo.

—¿Qué estás haciendo aquí? Esto es privado...

—Esto ahora es mío, así que no hables de la mierda de allanamiento a la morada. ¿A quién le importa? Tengo que salir de aquí, y si lo hago, significa que puedo entenderlo. —Anthony la empujó hacia adelante con los dedos clavados en su brazo, y la empujó hacia la ventana.

—¿Que quieres decir con que eres el dueño del lugar? La abuela... —Se tambaleo, pero Anthony seguía empujándola hacia delante. Antes de que pudiera terminar la pregunta estaban en la ventana.

Le inclinó los hombros hacia el marco, con el cuerpo en ángulo para hacerle frente a la puerta, el cuerpo de ella adelante como un escudo. La mirada de él se precipitó sobre el patio de enfrente, la entrada de los carros y la oscuridad del bosque. Su pulso era rápido como el fuego y zumbaba en su pecho y Maizie lo sentía en su espalda. Estaba desesperado, cerca de enloquecer por el miedo.

—¿Que está pasando, Anthony?

Su agarre se hizo más fuerte en su brazo.

—¿No lo has visto?

—¿Ver qué?

—El lobo. Uno grande plateado, hijo de la gran puta.

El alivio se apoderó de Maizie extendiéndose como una manta caliente. Gray estaba aquí. ¡¡Como lo extrañaba!! Ella debió entrar antes de que tuviera la oportunidad de detenerla. ¿Pero dónde estaba ahora? ¿Qué habría hecho para que un hombre como Cadwick actuara como un conejo asustado?

—No vi nada. ¿Que paso?

—Me persiguió, eso es lo que pasó. El maldito trató de matarme. Y casi lo logra. No puedo decir lo mismo de Frank.

—¿Frank?

—Mi chofer. La cosa lo persiguió en el bosque. Dios sabe lo que le ocurrió. —El cuerpo entero de Anthony se estremeció contra el de ella—. Creo que lo oí gritar. Mierda, esto es malo.

Maizie recordó el candado de la puerta principal. Frank no había entrado porque Anthony no lo había dejado. De todas las cosas que Gray podía ser, no era un asesino, pero Anthony no sabía eso. En su mente, había sacrificado otro ser humano para salvarse. Y era bueno en ello.

Su estomago se enrolló por el pensamiento. Se retorció, pero Cadwick presionó el cuchillo, dibujando un pequeño hilo de sangre. Hizo una mueca, la pequeña hilera de sangre corría por su cuerpo, caliente contra su piel.

—Él no te hará daño, Anthony. Sólo déjame ir.

—Claro. No viste el tamaño de sus dientes.

Será mejor que se coma tu maldito corazón, bastardo, Maizie había tenido suficiente. Agarró su muñeca, le arrebató el cuchillo que sostenía sobre su cuello y salió de su agarre. Él no pareció notar lo. No estaba segura si la había dejado ir o si ahora era mucho más fuerte que él.

—Estás siendo ridículo. Dejando que la imaginación saque lo mejor de ti. —Fue a la puerta y encendió el interruptor de luz—. Tranquilízate y dime por qué crees que la propiedad de mi abuela te pertenece.

La habitación se inundó de luz. Anthony entrecerró los ojos, sin embargo, las enormes pupilas de color negro en sus ojos mostraban su pánico. Corrió para apagar el interruptor, se estrelló contra la pared y clavó las uñas en él hasta que la habitación de nuevo quedó a oscuras.

—Sin luces, sin luces. Él regresará. —Jadeaba, apoyando uno de sus lados y su

rostro contra la pared—. Esos ojos. Maldición, nunca olvidaré esos grandes y pálidos ojos.

Lo mejor será ver mentir a estafadores como tú. Ella cruzó los brazos sobre su vientre.

—Bien. Pero quiero una respuesta. ¿Por qué estás aquí? ¿Y que significa que eres el dueño de éste lugar?

Anthony tragó saliva lo suficientemente duro para que lo escuchara. Se dio vuelta, girando sobre el hombro que tenía contra la pared. Su cabeza se inclinó hacia atrás, su pecho se ensanchaba y se contraía con profundos respiros mientras hurgaba en el bolsillo de su pecho. Sacó una pequeña pila de papeles cuidadosamente doblados.

—Ester firmó la escritura anoche. La casa, la tierra... todo es mío.

Le pasó los papeles a Maizie y los tomó. Incluso en la oscuridad podía leer perfectamente la palabra "Escritura." Debajo de ella, escrita a máquina en líneas provistas, estaba la dirección de la casa de campo.

—Eso no es posible. La abuela nunca...

—Ella hará todo lo que su pequeño niño le diga —Anthony dijo, su voz era firme, bordeada de humor con un aire de satisfacción.

Maizie le lanzó una mirada brusca.

—Así que estuviste pretendiendo ser mi papá.

Él se enderezó a lo largo de la pared, poniéndose firme sobre sus pies. Tiró del dobladillo de la chaqueta, se ajustó la corbata y se alisó la camisa.

—Nadie va a creer que la viejita no sabía quién era yo. No se puede probar algo cuando hay una gran cantidad de revistas o periódicos con mi cara. Sólo son negocios.

—No son negocios. —Odiaba cuando sus emociones apagaban su voz. Tragó saliva, calmándose a sí misma—. Es un engaño. Un robo. Es tomar ventaja de una viejita que perdió su hijo. Es... despreciable.

Los insultos no parecían perturbar la mente de Anthony, mientras la normalidad y la familiaridad calmaban sus temores. Dejó la pared y pasó por el lado de ella, quitándole los papeles a su paso.

—También es algo oportuno para ti.

—¿Disculpa?

—¿Qué pasó con tu solicitud de préstamo rechazada? Imagino que los ingresos por la venta te serán muy útiles.

No había tenido noticia del banco todavía. Nadie sabía que ella había aplicado. Sin el préstamo no estaba segura de poder mantener todo el negocio, el alquiler, Green Acres, los impuestos de la casa de campo... la comida. ¿Cómo lo sabía?

Anthony se dio vuelta, capturando su mirada.

—Pagué un precio justo, Señorita Hood. Más que justo. Ella no podía haber conseguido un mejor trato. Y con su situación financiera, usted no puede ser exigente.

—Yo no quería vender.

Él se encogió de hombros.

—Otra pobre decisión empresarial. Afortunadamente para usted, su abuela ha proporcionado los medios para salvar su negocio.

—Yo no quería vender. —¿Como había sucedido esto? Se había distraído, dejó que su corazón nublara su concentración. La abuela contaba con ella, Cherri y Bob contaban con ella. Pensó que podía hacerlo todo, pensó que podía encargarse de todo ella sola si tan sólo seguía concentrándose. Había fracasado.

Un agudo aullido atravesó la noche. El cuerpo de Cadwick se estremeció por completo. Se agachó como si algo pudiera descender volando rápidamente y arrebatarlo.

—¿Escuchaste eso?

Maizie asintió, el penetrante olor del miedo de Anthony se difundió en el aire. No podría importarle menos. Él había ganado. La había vencido.

Anthony la agarró del brazo nuevamente, tirándola para que fuera delante de él con el cuchillo en la garganta. Aparentemente no se había dado cuenta de la facilidad con que había escapado de su agarre antes. Maizie no se molestó en intentarlo esta vez. Dios mío, había enredado todo.

—Vas a mostrarme cómo salir de aquí de la misma manera en la que lograste entrar. —La empujó hacia la puerta y Maizie tropezó al dar un paso.

Anthony puso el cuchillo al nivel del riñón de ella mientras pasaban por la puerta del dormitorio. Su mano se deslizó por su hombro, manteniendo la distancia entre ellos con el brazo extendido. Bajaron por las escaleras lentamente, los dedos de Anthony hacían el menor ruido posible.

Maizie se sacudió el hombro, haciendo que perdiera su agarre, pero no trató de escapar antes de que la agarrara de nuevo. Sabía que podría escapar si así lo quería. Eso era suficiente. Estaba más desesperada por el tiempo que por la libertad.

Se detuvo en la parte inferior de las escaleras. Anthony se inclinó por encima de su hombro para mirar la cocina y luego en sentido contrario hacia la sala.

—Mi abuela estará devastada una vez que se dé cuenta que la engañaste para que vendiera.

—Ssshh. Esa cosa puede oírte —susurró—. Probablemente oye lo que pensamos. Nunca había visto orejas tan grandes.

Lo mejor de escuchar tus mentiras, es saber que tienes un corazón cobarde. Maizie sacudió el hombro y Anthony perdió el equilibrio nuevamente. Se dio vuelta, inclinándose para lograr salir del agarre.

—La abuelita no sabía lo que estaba haciendo cuando firmó los documentos. No tenías derecho.

—Ssshhh... ssshhh... —Sus ojos estaban muy abiertos, Cadwick presionó un dedo en sus labios, luego trató de cubrirle la boca.

Maizie se apartó.

—Ya basta.

—Entonces baja la voz. —Fue hacía la puerta, con las palmas de las manos extendidas, y miró a través de la ventana del arco de la puerta en la parte superior.

—¿Qué puedo hacer para obtener de nuevo la propiedad de mi abuela? ¿Qué tan legales están las cosas?

Cadwick miró por encima de su hombro y sus cejas se tensaron.

—Ella firmó la escritura. —Volvió su atención a la ventana—. Está hecho. Llevaré la escritura a la corte el lunes.

—¿Quieres decir que los papeles que están en tu bolsillo son los originales?

¿Podría ser verdaderamente tan fácil?

La miró de nuevo, con los ojos entrecerrados.

—Lo que sea que estés pensando, Caperucita, será mejor que lo olvides. He esperado mucho tiempo para vencer a Gray Lupo. No voy a echarme atrás ahora.

Ella escuchó algo que dirigió su mirada hacia la puerta. Era suave, como un pie acolchonado en la grava del camino de la entrada. Apenas podía escucharlo. Miró a Cadwick, todavía miraba como si pudiera leer su mente. Él no había oído nada en absoluto.

La manada estaba afuera. Podía sentirlos ahora que lo intentaba. Maizie exhaló un suspiro, no se había dado cuenta de que se estaba conteniendo. No estaba sola. Cerró sus ojos por un minuto, abriendo su mente hacia ellos. Un profundo respiro trajo los aromas de la manada a su cuerpo, el almizcle de sus pelajes, el olor a la tierra del bosque, el salvaje olor de sus alientos.

—¿Qué pasa contigo? —Cadwick dijo y Maizie abrió los ojos.

Se enderezó, dándole la espalda a la puerta, estudiando a Maizie atentamente.

—Parece como si acabaras de ser abrazada o algo parecido.

Ella no pudo contener la sonrisa aunque lo hubiera querido.

—No puedo dejarte salir de aquí con esos papeles, Tony.

Su ceño se frunció profundamente.

—Es Anthony y no sé cómo vas a detenerme, Caperucita Roja.

La puerta de repente se estremeció con un fuerte golpe. Saltaron y se dieron vuelta a tiempo para ver al lobo embestir de nuevo. Su enorme rostro partió en dos la ventana, la baba salpicaba el vidrio. Sus ojos brillaron por un instante, eran grandes y furiosos.

—Mierda. —Cadwick agarró la mano de Maizie, tiró de ella—. La puerta trasera. Vamos.

Maizie podía liberarse, podía haberle roto el brazo si quisiera. Pero no lo hizo. Quería esos papeles, así que fue con él a través de la sala de estar hasta el solar de la puerta trasera.

Cadwick se agachó al pasar por las ventanas de las paredes, mirando la oscuridad a su paso. Puso a Maizie delante de él cuando llegó a la puerta, le pasó el brazo por la cintura y abrió la cerradura.

—Vamos —él dijo.

—¿Que pasa si esa cosa está afuera? —Sabía que no había nadie allí. Ricky todavía estaba en la puerta de frente con Shelly y Joy. Sólo había un lobo esperando en la parte trasera. Pero Cadwick no sabía eso.

—Supongo que lo averiguaremos. Ahora, vamos. —Él empuñó el cuchillo y Maizie se tambaleó hacía atrás, escasamente evitando la punta afilada. Empujo la

puerta y fue más allá de la pérgola antes de que Cadwick la siguiera.

Un movimiento a su izquierda capturó su atención, un destello de pelaje rubio entre las flores iluminado por la luz de la luna. Pobre Lynn, su trabajo con el tinte de cabello no había cambiado al transformarse.

Un profundo gruñido hizo que los vellos de la nuca de Maizie se erizaran y Cadwick corrió al lado de Maizie.

—¿Oíste eso?

Maizie asintió, permitiendo que Cadwick se agachara detrás de ella una vez más. Él la abrazó por encima de los codos, usando su cuerpo para protegerse contra lo que fuera que los observaba desde las flores.

—Cristo, ¿qué clase de bestias malditas tiene Lupo en estos bosques? —Miró hacia la oscuridad—. No es que importe. Morirán una vez que yo termine con estas tierras.

El gruñido de Lynn se volvió primitivo. Saltó imponentemente desde unos girasoles mostrando los dientes. El chillido de niña de Cadwick aturdió a Maizie una fracción de segundo antes de que la empujara hacía el camino de Lynn.

Era demasiado tarde para detener a Lynn. Su pesado y duro pelaje se estrelló contra Maizie, pecho contra pecho, derribándola, sacando el aire de sus pulmones. La cabeza de Maizie golpeó el ladrillo del patio, las estrellitas comenzaron a bailar en sus ojos.

Lynn se retorció encima de ella, tratando de encontrar su equilibrio, sus largas patas de lobo y los filosos dientes se hincaban en el estomago de Maizie mientras se lanzó a la caza. Siguió el rastro de Cadwick a través de las flores en la dirección opuesta, su rubio pelaje desapareció en el espeso follaje.

Superando el mareo, Maizie los siguió, las hojas y los tallos se pegaban en su ropa, golpeando su rostro a pesar de usar sus manos como escudo. Se abrió paso en el borde del jardín en la esquina de la casa, ya iba a dar la vuelta cuando casi se

volcó contra Gray antes de que pudiera detenerse.

Arrojó su peso hacía atrás, aterrizando duramente contra su trasero, sus pies se deslizaron entre las piernas estiradas de Cadwick. Él se quedó tendido sobre su espalda, con la cara de Gray gruñendo a pocas pulgadas y con su gruesa pata presionando su pecho.

Maizie se hizo hacia atrás, se puso en pie antes de que los asustados ojos de Cadwick la encontraran.

—Ayúdame. Por favor. Ayúdame. —Su voz era entrecortada, presa del pánico.

Lynn dio un duro resoplido a unos pocos pies de distancia con su cola chasqueando una vez contra su rabadilla. Como si estuviera dando una señal, Ricky, Shelly, Joy y Shawn trotaron desde la parte delantera de la casa, formando un círculo alrededor de Maizie, Gray y el suplicante Cadwick.

Maizie le dio una mirada a Shawn, su pelaje era más oscuro y el cuerpo más largo, contrastaba con el de Lynn. Él frotó el hocico a lo largo del cuello de ella, tomando el lugar a su lado. Era nuevo en la manada, era nuevo en ser un hombre lobo, pero parecía encajar a la perfección. ¿Podría ser de esa manera para Maizie? ¿Podría ella perdonar y olvidar?

Ella dio un paso más cerca de Gray, su profundo gruñido vibraba a lo largo del pelaje de su espalda. Clavó los dedos en él, cerrando los ojos al sentir lo delicioso que era tocarlo. Su aroma llenó sus pulmones, era salvaje, a la tierra del bosque y el escaso indicio de la dulce colonia para hombres. Gray se inclinó ante su toque, el cambio casi era imperceptible, pero era suficiente para enviar un escalofrío caliente que atravesó a Maizie de cabeza a pies.

Bajó la mirada hacía Cadwick.

—Dame la escritura.

Capítulo 15

Traducido por Rihano

Corregido por Haushiinka

—¿Lo sabías? —Maizie miró muda de asombro por la apretada sonrisa de su abuela.

—Por supuesto, querida —dijo la abuelita—. ¿Cómo más sabría dar mis respuestas locas cuando el juez me llamó?

—¿Entonces por qué no lo hiciste?

La Abuelita cabeceó hacia Gray que estaba a su lado.

—Perdió el valor.

La estoica cara de Gray se ruborizó, la tensión alrededor de sus ojos se suavizó al igual que las líneas a través de su frente. Una sonrisa vaciló en sus labios, pero habló antes de que ésta tomara el control.

—Era un último recurso, y no uno agradable.

Maizie se recostó en su silla, cruzando sus brazos debajo de su pecho.

—Especialmente si la abuelita decidió que quería vender.

Las cejas de Gray se fruncieron.

—Ese nunca fue su deseo.

—¿Y si lo era? Quiero decir, después de que hubieras tomado el control sobre todo. ¿Qué tal si ella decidía que quería vender? —No estaba segura de por qué estaba probándolo. Sólo tenía que estar segura, oírlo de sus propios labios.

Los ojos azul pálido de Gray se estrecharon, con una expresión interrogante. Se inclinó hacia delante, con los codos sobre sus rodillas.

—La custodia era un truco, Maizie. Una línea de defensa contra decisiones precipitadas.

—No responde la pregunta.

—¿Realmente estás preguntando? —Gray sacudió su cabeza y empujándose hacia atrás, inclinó su alto cuerpo en la silla. Mirando a lo lejos, hablando más para sí mismo que para Maizie—. Por supuesto que estás preguntando. Es tu abuela. Deberías hacerlo.

Su mirada se posó sobre el lujoso césped del patio de Green Acres. Cerca de un acre de césped bien cuidado había árboles y jardines de flores, que eran bordeados por el bosque. Habían colocado un cómodo juego de sillas de mimbre debajo de un fresno gigante blanco. Las ramas, gruesas y con hojas, dejaban al sol atravesarse alrededor de ellas moteándolas de luz.

El rostro anguloso de Gray se ensombreció, sin embargo no había furia en sus ojos aún. Estaba usando su traje Armani de costumbre, ligero, de color gris carbón oscuro, con una camisa de cuello redondo debajo, ropa casual de negocios, sexy como el infierno. Su grueso cabello gris plata combinaba perfectamente, rizándose justo por encima de su cuello, un fuerte contraste con el azul glacial de

sus ojos.

Regresó su mirada a ella y esto fue todo lo que Maizie pudo hacer para no jadear ante el impacto de esos ojos.

—Lo habría conseguido. Si, hubiera tomado el control de la propiedad de Ester. Hubiera evitado que vendiera hasta que pudiera estar seguro de que la decisión era sensata, de seguro ella sabía lo que estaba haciendo, y por qué.

—¿Y si ella quería?

Su mirada se centró en la de ella, con su expresión inquebrantable.

—Habría seguido sus deseos.

¿Era suficiente? Maizie atrapó su labio inferior entre sus dientes, mirando a lo lejos. No podía permitir que su sexy apariencia, su dulce y salvaje aroma, o los recuerdos de su duro cuerpo presionando al de ella nublaran su mente. No podía dejar que sus hormonas la distrajeran de nuevo hasta que estuviera segura.

—Fue mi idea, Caperucita. —La abuelita alargó su mano hacia la de Maizie, era tan suave y frágil que ella difícilmente la sentía. Relajó el apretado nudo de sus brazos y tomó la mano de la abuela.

—Con mis desvaríos no siempre podía estar segura de lo que era real y de lo que no —dijo. —Yo no quería preocuparte. Ya estabas tan ocupada con la pastelería. Así que le pedí a Gray que te vigilara por mí, aunque sabía que lo haría sentirse incómodo. Estuvo de acuerdo. Es un buen hombre, querida.

Maizie estudió la adorable y aclimatada cara de la abuela, sus ojos azul cielo mirando con atención desde debajo de sus suaves parpados arrugados, la sabiduría brillando en sus profundidades. La abuela confiaba en él, es más, le quería y esto significaba todo.

Ella volvió su mirada a Gray, su frente estaba arrugada, por la mirada preocupada de sus pálidos ojos. Sonrió. No podía evitarlo.

—Él es un hombre muy bueno.

El alivio se reflejó en su cara, relajando los músculos a lo largo de su frente y la rigidez de su boca. Bajó su mirada, sus mejillas tomaron un tinte sonrosado.

La miró, con ojos intensos, serios.

—Ester es querida para mí. Pero tú eres parte de mi, Maizie, una parte de mi alma. Lo has sido desde que te tuve en mis brazos esa noche. Eras tan joven, y yo era... un desastre. Pero nada de eso importaba. El vínculo fue establecido entre nosotros de cualquier forma. Estamos impotentes contra eso. Sólo me tomó veintiún años admitirlo. —Maizie lo buscó a través de la mesita de café de vidrio y Gray tomó su mano en las suyas—. Vamos a tener que trabajar en esa veta testaruda.

Él rió y besó su mano, su mirada deslizándose en la suya mientras el azul pálido brillaba debajo de las largas pestañas negras.

—Suena divertido.

Su profunda voz retumbaba a través del cuerpo de ella, haciendo vibrar todos los diminutos cabellos a lo largo de su piel y enviando un flujo de líquido caliente a su sexo. Exhaló, con su aliento tembloroso, inclinándose hacia atrás en su silla cuando él soltó su mano. Oh, sí, definitivamente iba a ser divertido.

—¿Ahora estás seguro de que el amigo Cadwick ya no regresará más? —dijo la abuela.

Gray asintió, mirando aún a Maizie, su cabeza volteó lentamente hacia la abuela, sus ojos fueron los últimos en dejar la cara de ella.

—Sí —dijo. —Me detuve en su oficina para ver cómo estaba, uh, manejando los acontecimientos de anoche.

Maizie tomó su vaso de té de la mesa, su boca estaba repentinamente seca.

—¿Qué dijo?

Gray miró en su dirección.

—Está convencido que eres una Dr. Dolittle femenina y ahora tiene un fuerte deseo de donar dinero a la Reserva Bad Wolf Wild Game. Dijo que quería estar seguro que los animales nunca tuvieran razón para vagar por el bosque.

La abuela puso su mano sobre su antebrazo. Sus delgados dedos apretados.

—Gracias, Gray. Sé cuán difícil ha sido para ti tener que tratar con él. Lo siento tanto.

Maizie tomó otro sorbo y colocó su vaso de regreso en el posavasos.

—Creo que me estoy perdiendo de algo.

Gray atrapó su mirada pero la alejó.

—Cadwick, él... él era el hombre con el que Donna se estaba viendo antes del accidente.

—Oh, Gray.

Él agitó su cabeza.

—Fue hace mucho tiempo. Un romance sin sentido. Fue mi culpa, no escuché lo que ella necesitaba. No la dejé ir. Sin embargo, creo que realmente él estaba enamorado de ella. Él cree que ella dejó el pueblo. Todos fuera de la familia lo creían. Pero, al parecer, esto hizo que sus asuntos conmigo fueran aún peor.

—Es un tonto— dijo la abuelita. Ambos, Maizie y Gray la miraron—. Venir aquí pretendiendo ser mi dulce Riddly. Pensando que no conocería la diferencia.

Maizie miró a Gray y él la miró a ella. Ninguno quería mencionar que en efecto Cadwick había hecho exactamente eso.

—Pidiéndome que firmara esos papeles, como si no supiera lo que eran. —dijo enojada—. Tonto. Sin embargo, nunca comprobó cómo firmé.

Eso no importaba, Gray había hecho trizas los documentos.

—¿Cómo los habías firmado, Abuelita? —preguntó.

Su sonrisa brilló, sus mejillas eran redondas como manzanas.

—Caperucita Roja, por supuesto. Te dije que era un lobo en vez de un hombre.

Maizie se levantó y lanzó sus brazos alrededor del cuello de la abuela, presionando un beso en la suave piel de su mejilla.

—Te quiero, Abue. Eres lista.

Le dio palmaditas en su brazo.

—Gracias, querida. Puedo ser vieja, pero no estúpida.

Gray rió mientras Maizie se dejaba caer de regreso en su asiento.

—No, Ester. Nadie nunca te llamaría estúpida.

—Aún —dijo—. Ese dinero hubiera servido de gran manera para ayudar a terminar de pagar, ¿o no lo haría, Caperucita?

Maizie tenía la cara caliente. No quería que la abuela se preocupara por sus problemas financieros.

—¿Cadwick te dijo algo?

—No quiero ser una carga.

—No lo eres —dijo Gray—. El problema de dinero de Maizie está resuelto.

—No voy a aceptar un donativo de ti, Gray —dijo ella, preguntándose cómo trabajaba su mente de niño rico—. Comencé el negocio por mí misma. Si resulta, quiero ser capaz de aceptar el crédito completo. Igual si esto falla.

—No te estoy dando dinero.

—¿No lo estás? —Una parte de ella había considerado buscar la seguridad, aunque nunca lo aceptaría.

—No. Lo que hice, sin embargo, fue servir de fiador para un préstamo. —Él levantó una mano ante la insinuación de su protesta—. No te estoy dando el préstamo, simplemente me aseguro que para el banco eres buena para los negocios. Sé que puedes hacer un éxito de cualquier cosa que tengas en mente, Maizie. Sólo me estoy asegurando de que tengas la oportunidad.

—Gracias.

—Pero si pudiera hacer una sugerencia en cuanto a tu conductor de un solo ojo...

—¿Bob? Renunció —dijo—. Consiguió un trabajo manejando un autobús en la ciudad.

—Jesús.

—Lo sé. Gran trabajo. Sindicato, beneficios adicionales y todo. No podía dejarlo pasar. Hablando de trabajos... —Miró su reloj—. Se suponía que serviría cuatrocientos helados de Cereza y cincuenta y tres pasteles para la verbena de la escuela elemental mañana en la noche. Realmente tengo que irme.

—Te llevo —dijo Gray.

La abuelita tomó la mano de Gray y la de Maizie. Las apretó.

—Está bien que ustedes dos estén juntos. Sabía que ustedes serían el tipo de compañeros de alma del que hablan las personas en las historias. Sólo de la tragedia podía haber nacido tal amor. Eso es lo que ustedes han encontrado, la clase de amor que se sueña en los cuentos de hadas.

Maizie peleó para no rodar sus ojos. Sonrió y besó la mejilla de la abuela y observó cómo él hacía lo mismo.

Él susurró en su oído, pero Maizie pudo escucharlo tan claramente como si lo hubiera hecho en los suyos.

—Gracias, Ester. Tienes razón. Ella es mi Blanca Nieves, mi Bella Durmiente y mi Dorothy Gale. No podría ser mejor pareja para mí que si la hubiera arrancado de las páginas de un cuento.

Su sonrisa brilló solo un momento y Gray besó su mejilla de nuevo. Ella lo miró mientras se enderezaba, pero entonces su mirada se enfocó en algo detrás de él, sus ojos se abrieron.

—Oh, querido, espero que él no viera eso.

Ambos siguieron su mirada hasta un hombre de cabello blanco revoloteando alrededor de un alimentador de aves alejado varios pies. Llevaba un puñado de violetas en sus manos y al parecer no podía dejar de mirar en la dirección de la abuela cada pocos segundos.

—¿Tienes un pretendiente, Abue? —Maizie no podía controlar el tono bromista en su voz.

—Detente, Caperucita. Ya yo tuve al amor de mi vida. George es solo un... un hobby. —Se sonrojó, alisando finos mechones de su cabello hacia atrás de su moño.

—Lindo hobby. —Observó a George ajustar su corbata pajarita y alisar sus tirantes sobre el tejido escocés de su camisa manga corta. Era la gruesa melena de cabello blanco lo que había capturado la atención de su Abuela. La preferencia debía correr en la familia.

La Abuelita mojó sus labios y pellizcó sus mejillas para conseguir un rubor natural.

—Ahora váyanse, los dos. Él no vendrá si tengo compañía y su memoria no es lo que solía ser. Olvidará por qué está esperando allá antes de tiempo.

Gray agarró la barbilla de la abuela con la punta de su dedo, encontrando su mirada.

—¿Eres feliz?

Ella sonrió.

—Sí, mi adorado lobo plateado. Soy feliz siendo humana. Pero gracias por la oferta como siempre.

El vientre de Maizie se calentó observándolo inclinarse para besar su mejilla una vez más.

—Solo por ti, mi dulce Ester —dijo, entonces tomó a Maizie de la mano.

—Me gusta cómo eres con ella. —Se instaló en el cuero intenso de los asientos de su limo.

—Ella es una querida amiga —dijo—. Sin ella la muerte de Donna hubiera sido intolerable.

—Annette dijo que no la convertirías porque estabas tan infeliz con la vida que habías llevado, que no comprometerías a alguien más al mismo destino.

—Lo decidí hace mucho tiempo, por Ester haría una excepción si ella verdaderamente lo deseaba. —Gray deslizó su mano a través del asiento hacia el de Maizie. No podía estar tan cerca y no tocarla.

Sus dedos se entrelazaron. Su mano tan pequeña en la suya, él atesoraba eso.

—Ella siempre se negó. Yo creo, aunque lo negaba, que Ester sabía que los procesos emocionales de lejos pesarían más que los años sumados. Aún, con todo esto, mantuve mi ofrecimiento.

La mirada verde bosque de Maizie bajó a sus manos agarradas.

—¿Será que estamos realmente tan mal?

La ansiedad en su voz tocó su corazón. Llevó su mano a sus labios, probando su piel dulce como el azúcar mientras hablaba.

—Por veintiún años no pude imaginarme un destino peor. —Su temblorosa respiración, su piel caliente contra sus labios.

—¿Y ahora?

—Valoro cada momento que te tengo como mi premio. —Su esencia excitó rápido el aire, llenando el compartimiento privado como el más cautivante perfume.

Él cerró sus ojos, respirándola. Nunca tendría suficiente de ella.

¿Cómo podría? Ella era su compañera de vida, aún cuando había tratado de negar por tanto tiempo que existía. Pero ella existía y él se aseguraría que tuviera todas las razones para quedarse.

—Sabes, cuando era una adolescente, todos los jóvenes enamorados iban al estacionamiento los sábados en la noche. —Él tiró de su mano, y consiguió que una sonrisa pícaro atravesara los labios de Maizie.

—Es mediodía del domingo —dijo ella, siguiendo la iniciativa de él, moviéndose sobre sus rodillas en el asiento—. No estamos en el estacionamiento y no estamos... ah, solos. —Miró sobre su hombro a la sólida pared que proveía intimidad.

—La división es a prueba de sonido —le dijo, agarrándola alrededor de su cintura, montándola sobre su regazo—. Además, Dave no dirá nada de lo que escuche.

—Entonces, es un buen conductor. —Sentándose a horcajadas en sus piernas, presionando el calor húmedo de su sexo contra su ingle. Las caderas de él presionando las de ella, no podía evitarlo, sus manos ahuecadas en la suave curva de su cintura, acercándola a él.

Maizie arqueó su espalda, añadiendo su propia deliciosa presión, sus pechos levantándose bajo el escote de su vestido de verano. Los músculos de Gray apretándose, queriéndola, necesitando sentir su coño apretando su polla, exprimiéndolo hasta secarlo.

Ella estaba lista para él, su excitación era tan pesada en el aire que su mitad lobo despertaba a su esencia. Su deseo estaba rodando a través de él como un toque físico, despertando su cuerpo, llamando a todo lo masculino dentro de él. Estaban tan conectados, demasiado conectados. Ella podía anularlo... y él lo disfrutaría.

Sus testículos pesaban, su polla pulsaba con el pensamiento de introducirse en ella. Su mente era lenta, la sangre corría hacia su polla, haciendo más difícil pensar más allá de deslizar sus manos por debajo de ese dulce y pequeño vestido, la sedosa carne de sus muslos contra sus palmas, el mojado calor de sus bragas...

Su teléfono sonó. Joder.

—¿Qué pasa con esos pensamientos sobre cogerte mientras estoy en este carro que hacen que el maldito teléfono suene?

Maizie se recostó, entrecerrando sus manos sobre sus hombros. Su respiración era profunda, pero aún bajo control.

—Podría ser importante.

Gray tironeó el pequeño Blackberry de su bolsillo frontal.

—¿Qué?

—¿Tío Gray? —dijo Rick—. ¿Estás bien? Suenas... Oh. Maizie está contigo, ¿no?

—Al punto, Rick. —Su mandíbula apretada, trataba de suavizar el calor en su voz.

—Sí, correcto. —Su voz tenía un tono de risa—. Mamá quiere saber si vas a traer a Maizie esta noche. Una especie de fiesta de *ven-a-conocer-a-la-familia*. Personalmente, sólo quiero ver al gran lobo alfa comportándose todo suave y adorable alrededor de su compañera.

Gray dirigió su mirada a Maizie, sus suaves y besables labios, su delicado cuello y sus hombros casi desnudos. Miró la manera en que un único rizo rojo se colocaba por encima del montículo de su pecho.

—Créeme, chico. No hay nada suave y adorable en mí en este momento.

Rick resopló.

—No lo dudo. Así que, ¿vienen o no? Tengo que decirte, que Mamá tiene algún tipo de aprensión con respecto a la primera impresión que Maizie tuvo de ella... tú sabes, ahora que es la ama de casa de Suzie y todo con Shawn.

Maizie se inclinó hacia él, anidando su pequeña cara debajo de su barbilla y presionando sus labios en su cuello. Su perfume, la esencia de flores silvestres con un toque oculto de bosque, se deslizaba a través de su cuerpo como brandy caliente. Gray cerró sus ojos, el calor se rizaba desde el punto donde sus labios lo tocaron en rápidas y vertiginosas olas. Lo besó de nuevo.

—Ella es de la manada ahora, Tío Gray —dijo Rick—. Tú sabes, la familia. Vamos a hacerlo bien por ella. Espero que lo sepa.

Gray encontró la mirada de Maizie, levantando una ceja.

Ella sonrió.

—Toda mi vida hemos sido sólo la abuela y yo. Aún después de que el cambio comenzara y estuviera con ellos, nunca me había sentido tan conectada a la familia de la forma en que lo hice cuando la manada vino a ayudarme. Quiero ser de nuevo parte de eso. Siempre.

—Siempre. —Él se inclinó hacia delante, tomando su boca con la suya, sintiendo su mundo caer en su lugar, completándolo en una forma que nunca hubiera pensado posible.

—¿Tío Gray? ¿Estás ahí?

Gray acercó el teléfono a su oído.

—Uhm... Yo... Te regreso la llamada, chico. —Apretó el botón de apagado de su celular y lo tiró en el asiento. Sus brazos estaban envueltos alrededor de Maizie, sus manos se deslizaban para ahuecar los firmes globos de su trasero.

Jadeó cuando los apretó, sus dedos encontrando el borde de sus bragas, entonces las deslizo por debajo.

—¿Qué tanto te gustan estas cosas? —Sus labios rozaron la suave piel debajo de su oreja.

—Son horribles.

Su risa retumbó entre ellos, haciendo eco a través de su cuerpo, reverberando de regreso hacia él.

—Buena respuesta. —Un rápido tirón y Gray desgarró la entrepierna, otro jalón y desgarró el lateral. Sacó la pieza arruinada de debajo de su vestido. Su mirada bajó a su mano antes de lanzar las bragas al piso. Eran de encaje y seda, el mismo blanco leche como su piel.

Las manos de Maizie ahuecaron su cara, trayendo su atención de regreso a ella.

—Quiero que sepas que... Te amo. Y no a causa de lo que ha pasado, no porque esté infectada. Te amo desde antes. Pienso que te he amado desde siempre. He estado merodeando a través de ese bosque por años sin saber lo que estaba buscando. Ahora lo sé.

—Ahora lo sabemos. —Él cerró la distancia entre ellos, tomando su boca con la suya. Su jadeo robó su aliento, su exhalación llenó sus pulmones.

Las manos de ella trabajaron sus pantalones, su cinturón, su cremallera. Se levantó lo suficiente para deslizar sus pantalones y sus calzoncillos hasta sus rodillas, su polla meneándose rígida y entusiasta. Pasó su mano sobre su eje, enviando una sacudida que entumeció su mente y se disparó a través de su cuerpo. Sus dedos estaban agarrados alrededor de la circunferencia de su polla, acariciándolo mientras su otra mano llevaba su cabello por detrás de su oreja así podía ver.

Gray tragó, su boca estaba seca, su cuerpo pesado. Empujó su lindo vestido hacia sus caderas, exponiendo el tope rojo del cabello de su coño entre sus muslos. Su crema brillando en los ásperos cabellos, su aroma más fuerte ahora, más enloquecedor.

Un gruñido profundo comenzó en su pecho, una necesidad salvaje bordeando más cerca y más cerca a la superficie. *Mi compañera. Reclámala de nuevo.*

Sus caderas balanceándose, siguiendo el ritmo de ella mientras mojaba sus dedos en sus rizos calientes y húmedos. Su jadeo apretó sus pulmones, su placer vibrando a lo largo de su piel mientras él había cerrado sus ojos para evitar perder el control. Sentía lo que ella sentía. La pesada sensación de llenura de sus dedos dentro de ella, como cada arremetida construía esa presión exquisita, llevándola más y más cerca hacia la liberación.

Él conocía la reacción de su cuerpo a su toque mientras ella sabía de la sensación de su mano bombeando la sensitiva carne de su polla. Cada golpe empujaba una sucesión de estremecimientos de placer desde cada esquina de su ser, tan innegable que no podía calmar su cuerpo. Su corazón golpeaba su pecho, su bestia rodaba y gruñía dentro de él, queriendo más, queriéndolo todo.

Curvó sus dedos dentro de ella, empujándola hacia él, aún mientras las paredes de su coño lo apretaban. Cuando la cabeza de su polla se balanceo contra su sexo y su crema mojó su cabeza, sacó sus dedos e introdujo su duro eje profundamente dentro de ella.

Ella lo cabalgó rápido y salvaje, el paso era frenético, satisfactorio desde el comienzo. La presión aumentando entre ellos, a través de ellos, un cuerpo alimentando al otro. Maizie gritó... No, no era un grito. Ella aulló. Y una sencilla comprensión cristalizó en los más primitivos recovecos del cerebro de Gray.

Ella lo había reclamado, marcado como su compañero. Su cuerpo abrazando el suyo, su espíritu buscando a través de la conexión de su carne a su alma y tocándolo ahí. Sus pulmones se agarrotaron, una tormenta de calor inundó su cuerpo, quemando cada atadura difícilmente ganada de su control. La liberación llegó dura y rápida. No había cómo pararlo, sin esperar por ella para disfrutarlo. No había necesidad.

El orgasmo de Maizie corrió a través de él un instante más tarde. Como una caída libre desde un elevado acantilado, él no podía respirar. El placer era demasiado

intenso, estimulando cada terminación nerviosa en su cuerpo mientras sus testículos, sus músculos y su carne zumbaba y temblaba con cada sensación. Un placer tan cercano al dolor que a él casi le dolía.

Ella colapsó contra él, el rápido latido de su corazón era como un trueno a través de su pecho. Nada como eso le había pasado nunca antes y él sabía que nada como eso le volvería a pasar nunca con nadie más. *Compañera de vida.*

Maizie se levantó para mirar en sus ojos, sus brazos estaban calientes alrededor de su cuello.

—La abuelita solía advertirme de que el gran lobo malo en el bosque me comería. —Ella sonrió—. Tengo que decírtelo. Me siento completamente consumida.

Gray la besó, fue un toque rápido de labios.

—¿Quién fue el que dijo, Caperucita, que ser comido por un lobo era algo malo?

Fin

Alison Paige



Alison Paige es el seudónimo de la autora de múltiples-publicaciones Paige Cuccaro. Ella escribe como Alison Paige cuando sus historias se tornan calientes y picantes y como Paige Cuccaro cuando la diversión en la habitación es más un juego lento y sexy. ***El romance siempre es la clave, ya sea entre los seres de este mundo o fuera de él.***

Alison (Paige) vive en Ohio, con su esposo, tres hijas, tres perros, tres gatos, pericos, y un dragón barbudo llamado Rexy, en una pequeña casa. Cuando no está escribiendo puedes encontrarla haciendo de mamá con un libro en una mano, y con un bloc de notas y un bolígrafo en la otra.

Las ideas vienen sin avisar y la mejor manera de estimular tu imaginación es disfrutar la imaginación de alguien más.

Visítanos!



<http://www.PurpleRose.com>